

TED CHIANG

Exhalación

TRADUCCIÓN DE **RUBÉN MARTÍN GIRÁLDEZ**

¿Creías que no te gustaba la ciencia ficción? El nuevo libro del autor que inspiró la película «*La llegada*», escogido por The New York Times como uno de los libros del año.

¿Qué pasaría si un inocente juguete dinamitara nuestra noción de libre albedrío? ¿Y si fuera posible ponerse en contacto con versiones de nosotros mismos en otras líneas temporales? Si creáramos mascotas virtuales provistas de una inteligencia artificial que les permitiera aprender como si fueran niños humanos, ¿qué clase de compromiso ético deberíamos asumir con su educación y su futuro? ¿Y qué ocurriría si pudiéramos visionar cualquier episodio de nuestra vida tal como sucedió, sin el matiz afectivo y el sesgo interpretativo de lo que llamamos «recuerdos»?

No importa cuál sea el tema que trate Ted Chiang en sus narraciones, siempre demuestra una formidable habilidad para indagar en los enigmas de la condición humana y abordar los conflictos éticos que la relación con la tecnología plantea en nuestra existencia. Lejos del enfoque distópico hoy predominante en las narraciones futuristas, las historias de Chiang muestran una perspectiva abiertamente positiva y vitalista, delineando preguntas filosóficas de un enorme calado humano.

Ted Chiang es uno de los nombres insoslayables de la ciencia ficción, género en el que desde hace años goza del más sólido prestigio, como atestigua la infinidad de premios que su obra ha recibido; reveladores, elegantes y sorprendentes, los relatos de *Exhalación* lo sitúan, sencillamente, entre los autores indiscutibles de la literatura estadounidense actual.

Ted Chiang

Exhalación

ePub r1.0
Watcher 01-04-2021

Título original: *Exhalation*
Ted Chiang, 2019
Traducción: Rubén Martín Giráldez
Imagen de portada: Ximo Abadía

Editor digital: Watcher
ePub base r2.1

Para Marcia

EL COMERCIANTE Y LA PUERTA DEL ALQUIMISTA

Oh, poderoso califa y líder de los fieles, me humillo ante el esplendor de tu presencia; un hombre no puede esperar mayor bendición mientras camine por este mundo. La historia que tengo que contar es verdaderamente extraña, y si hubiese de tatuarse en su totalidad en el rabillo de nuestro ojo, el prodigio de su ejecución no excedería al de los acontecimientos relatados, puesto que es una advertencia para todo aquel susceptible de ser advertido y una lección para todo aquel susceptible de aprender de ella.

Me llamo Fuwaad ibn Abbas, y nací aquí en Bagdad, Ciudad de la Paz. Mi padre era comerciante de grano, pero durante la mayor parte de mi vida he trabajado como proveedor de tejidos de calidad, comerciando con seda de Damasco, lino de Egipto y bufandas de Marruecos brocadas en oro. El negocio era próspero, pero tenía yo un corazón inquieto, y ni la acumulación de lujos ni la donación de limosnas lo calmaba. Ahora me presento ante ti sin un solo dírham en el monedero, pero estoy en paz.

Alá es el principio de todas las cosas, pero, con el permiso de Su Majestad, comienzo mi historia por el día en que di un paseo por el distrito de los herreros. Necesitaba comprar un regalo para un hombre con el que tenía que hacer negocios, y me habían dicho que sabría apreciar una bandeja de plata. Después de trastear durante media hora, me di cuenta de que una de las tiendas más grandes del mercado había cambiado de propietario. Era un puesto bien situado que debía de haber sido costoso adquirir, así que entré a examinar su mercancía.

Jamás había visto una selección de artículos tan asombrosa. Cerca de la entrada había un astrolabio equipado con siete discos con incrustaciones de plata, un reloj de agua que daba la hora y un ruiseñor de latón que trinaba cuando soplaba el viento. En el interior había mecanismos incluso más ingeniosos, y los estaba observando atentamente como un niño observa a un malabarista cuando un anciano hizo su aparición desde una puerta al fondo.

—Bienvenido a mi humilde tienda, señor mío —dijo—. Me llamo Bashaarat. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Tiene usted unos artículos extraordinarios a la venta. Yo trato con comerciantes de todas partes del mundo, y sin embargo no había visto nunca algo semejante. ¿Dónde, si puedo preguntar, adquiere usted su mercancía?

—Le agradezco sus amables palabras. Todo lo que ve se ha fabricado en mi taller; o bien lo he hecho yo o bien mis ayudantes bajo mi supervisión.

Me impresionó que aquel hombre pudiera estar versado en tal variedad de artes. Le pregunté por los diferentes instrumentos de su tienda y lo escuché disertar con erudición sobre astrología, matemáticas, geomancia y medicina. Estuvimos hablando durante más de una hora, y mi fascinación y mi respeto florecieron como una planta entibiada por el amanecer, hasta que mencionó sus experimentos de alquimia.

—¿Alquimia? —dije. Esto me sorprendió, porque no parecía de los que hacen declaraciones tan rotundas—. ¿Quiere decir que es capaz de convertir un metal en oro?

—Puedo, mi señor, pero eso no es, de hecho, a lo que la mayoría aspira en el ejercicio de la alquimia.

—¿A qué aspira la mayoría en la alquimia, entonces?

—Se aspira a encontrar una forma de obtener oro más barata que la excavación minera. La alquimia describe, sí, medios para crear oro, pero el procedimiento es tan arduo que, por comparación, excavar bajo una montaña es tan fácil como arrancar melocotones de un árbol.

Sonreí.

—Una respuesta inteligente. Nadie podrá negar que es usted un hombre docto, pero yo sé que no conviene dar crédito a la alquimia.

Bashaarat me miró y sopesó la situación.

—Hace poco he construido algo que quizá lo haga cambiar de opinión. Sería usted la primera persona a quien se lo enseño. ¿Le apetecería verlo?

—Sería todo un placer.

—Por favor, sígame.

Me condujo a través de una puerta en la trastienda. La siguiente sala era un taller decorado con aparatos cuya función me fue imposible adivinar —barras de metal envueltas en una cantidad de hilo de cobre que podría extenderse hasta el horizonte, espejos engastados en una losa circular de granito flotando sobre mercurio—, pero Bashaarat pasó de largo sin mirarlos siquiera.

Lo que hizo fue llevarme hasta un pedestal macizo que me llegaba a la altura del pecho sobre el que se sostenía en vertical un robusto aro metálico. La abertura del aro era de una anchura de dos palmos, y el borde tan grueso que pondría en un aprieto al más forzudo si tratase de levantarlo. El metal era negro como la noche, pero estaba tan pulido que, de haber sido de otro color, podría haber hecho las veces de espejo. Bashaarat me invitó a ponerme delante de manera que viese el aro de perfil, mientras él se colocaba junto a la abertura.

—Por favor, observe —dijo.

Bashaarat metió un brazo a través del aro desde el lado derecho, pero el extremo no apareció por la parte izquierda. En lugar de eso, fue como si se lo hubieran cortado a la altura del codo; agitó el muñón arriba y abajo y entonces sacó el brazo intacto.

No me esperaba ver a un hombre tan docto realizando un truco de ilusionista, pero estaba bien resuelto, así que aplaudí cortésmente.

—Ahora espere un momento —dijo dando un paso atrás.

Esperé, y he aquí que un brazo surgió del aro por el lado izquierdo, sin un cuerpo que lo sostuviese. La manga coincidía con la túnica de Bashaarat. El brazo se agitó arriba y abajo y luego desapareció por el hueco del aro.

El primer truco se me antojó una pamema ingeniosa, pero este otro parecía muy superior, porque el pedestal y el aro eran claramente demasiado estrechos como para ocultar a una persona.

—¡Muy ingenioso! —exclamé.

—Gracias, pero no se trata de mera prestidigitación. El lado derecho del aro le lleva algunos segundos de ventaja al lado izquierdo. Pasar a través del aro supone cruzar ese lapso en un instante.

—No comprendo —dije.

—Deje que repita la demostración.

De nuevo metió un brazo por el aro, y el brazo desapareció. Sonrió y tiró adelante y atrás como si jugase a estirar la soga. Luego sacó el brazo otra vez y me ofreció la mano con la palma abierta. Sostenía un anillo que reconocí.

—¡Ése es mi anillo! —Me inspeccioné la mano y vi que seguía teniendo el anillo en el dedo—. Ha hecho aparecer una réplica.

—No, en realidad, ése es su anillo. Espere.

De nuevo, un brazo apareció estirándose por el lado izquierdo. Deseando descubrir el mecanismo del truco, me apresuré a agarrarlo por la mano. No era una mano falsa sino un apéndice caliente y vivo como el mío. Tiré de la mano y la mano tiró de mí. Entonces, hábil como la de un carterista, la mano

hizo deslizarse mi anillo por el dedo y el brazo se retiró por el aro desvaneciéndose por completo.

—¡El anillo ha desaparecido! —exclamé.

—No, mi señor —dijo él—. Su anillo está aquí. —Y me dio el anillo que sostenía en la mano—. Perdóneme el jueguecito.

Me lo volví a poner en el dedo.

—El anillo lo tenía usted antes de que desapareciera de mi mano.

En ese momento un brazo apareció esta vez por el lado derecho del aro.

—¿Qué es esto? —exclamé. De nuevo lo reconocí como suyo por la manga antes de que se retirase, pero no había visto que lo metiese antes.

—Recuerde —dijo—, el lado derecho va por delante del izquierdo.

Y se acercó al lado izquierdo del aro, metió el brazo a través y de nuevo desapareció.

Sin duda Su Majestad ya lo habrá captado, pero yo no lo entendí hasta entonces: lo que quiera que sucediese en el lado derecho del aro era complementado, unos segundos después, por un acontecimiento en el lado izquierdo.

—¿Se trata de brujería? —pregunté.

—No, mi señor, nunca me he encontrado con un djinn, y si se diera el caso no confiaría en que obedeciese mis órdenes. Esto es una forma de alquimia.

Me dio una explicación, me habló de su búsqueda de diminutos poros en la piel de la realidad, como los agujeros que excavan los gusanos en la madera, y de cómo después de encontrar uno fue capaz de expandirlo y ensancharlo igual que un soplador de vidrio convierte un pegote de cristal fundido en un largo tubo, y de cómo luego dejó que el tiempo fluyese como agua por una de las embocaduras mientras que solidificaba la otra como jarabe. Confieso que no comprendí del todo sus palabras y que no puedo atestiguar su veracidad. Lo único que pude decir en respuesta fue:

—Ha creado usted algo verdaderamente asombroso.

—Gracias —dijo él—, pero esto no es más que un simple preludio de lo que quería enseñarle.

Me invitó a seguirlo hasta otra habitación, más al fondo. Allí había colocada en el centro una puerta circular con un enorme marco hecho del mismo metal negro y pulido.

—Lo que le he enseñado era una Puerta de Segundos. Ésta es una Puerta de Años. Los dos lados de la puerta están separados por un intervalo de veinte años.

Confieso que no entendí su comentario de inmediato. Me lo imaginé metiendo el brazo por el lado derecho y esperando veinte años hasta que emergiera del lado izquierdo, y se me antojó un truco de magia muy enrevesado. Algo así dije, y él se echó a reír.

—Ése sería un posible uso, pero plantéese qué sucedería si atravesara la puerta. —Delante del lado derecho, me hizo un gesto para que me acercase, y entonces señaló a través de la puerta—. Mire.

Miré y vi que al otro lado de la habitación parecía haber alfombras y cojines distintos de los que había visto al entrar. Moví la cabeza de lado a lado y me di cuenta de que cuando miraba a través de la puerta estaba viendo una habitación distinta a aquella en la que me encontraba.

—Está usted viendo la habitación dentro de veinte años —dijo Bashaarat.

Me quedé estupefacto, como le pasaría a cualquiera ante un espejismo de agua en el desierto, pero la visión persistía.

—¿Y dice usted que podría atravesarla? —le pregunté.

—Podría. Y con ese paso visitaría usted el Bagdad de dentro de veinte años. Podría buscar a una versión más vieja de usted mismo y sostener una conversación. Después, podría atravesar de nuevo la Puerta de Años y volver al día de hoy.

Al oír las palabras de Bashaarat sentí una especie de vértigo.

—¿Usted lo ha hecho? —le pregunté—. ¿Usted la ha atravesado?

—Pues sí, y también numerosos clientes míos.

—Antes dijo usted que yo era el primero a quien le enseñaba esto.

—Esta Puerta sí. Pero durante muchos años tuve una tienda en El Cairo, y fue allí donde construí la Puerta de Años. Les enseñé la Puerta a muchos, y muchos hicieron uso de ella.

—¿Qué sacaron de hablar con sus yos más viejos?

—Cada persona saca algo distinto. Si lo desea, puedo contarle la historia de una de esas personas.

Bashaarat procedió a contarme una historia, y si le place a Su Majestad, yo la repetiré aquí.

EL CUENTO DEL CORDELERO AFORTUNADO

Había una vez un joven llamado Hassan que era cordelero. Atravesó la Puerta de Años para ver cómo sería El Cairo dos décadas más tarde, y al llegar se maravilló de cuánto había crecido la ciudad. Se sentía como si se hubiera

metido en una escena bordada en un tapiz, y aunque la ciudad no dejaba de ser El Cairo, observaba con fascinación las cosas más triviales.

Deambulaba por la Puerta de Zuwayla, donde actúan los que danzan con espadas y los encantadores de serpientes, cuando un astrólogo le gritó:

—¡Joven! ¿Quiere saber el futuro?

Hassan se echó a reír.

—Ya lo sé —respondió.

—Pero querrá saber si le esperan riquezas, ¿no?

—Soy cordelero. Ya sé que no.

—¿Cómo estar seguro? ¿Qué me dice del renombrado comerciante Hassan al-Hubbaul, que comenzó de cordelero?

Le picó la curiosidad, Hassan preguntó por el mercado si otros sabían de este rico comerciante y descubrió que el nombre era bien conocido. Se decía que vivía en el barrio rico cerca de Birkat al-Fil, de modo que Hassan fue hasta allí y preguntó a la gente para que le indicase cuál era su casa, que resultó ser la más grande de su calle.

Llamó a la puerta y un sirviente lo condujo hasta un vestíbulo espacioso y bien amueblado con una fuente en el centro. Hassan esperó mientras el sirviente iba a buscar a su señor, pero mientras observaba el ébano y el mármol pulidos a su alrededor sintió que no encajaba allí y estaba a punto de marcharse cuando apareció su yo más viejo.

—¡Por fin estás aquí! —dijo el hombre—. Te he estado esperando.

—¿En serio? —dijo Hassan pasmado.

—Pues claro, porque visité a mi yo más viejo igual que tú me estás visitando ahora. Ha pasado tanto tiempo que se me había olvidado el día exacto. Ven, cena conmigo.

Entraron los dos en un comedor, y unos sirvientes les trajeron pollo relleno de pistachos, buñuelos de miel y cordero asado con granadas especiadas. El Hassan más viejo le dio algunos detalles de su vida: aludió a intereses comerciales de muy diversa índole, pero no le dijo cómo se había convertido en comerciante; mencionó a una esposa, pero dijo que todavía no era el momento de que el joven la conociera. En lugar de eso, le pidió al joven Hassan que le recordase las jugarretas que había protagonizado de niño, y se rio al oír historias que había olvidado.

Finalmente el Hassan más joven le preguntó al más viejo:

—¿Cómo hiciste tan tremendos cambios en tu fortuna?

—Lo único que te diré ahora mismo es esto: cuando vayas a comprar cáñamo al mercado, no camines por el lado sur como sueles hacer. Ve por el

lado norte.

—¿Y con eso lograré mejorar mi posición?

—Tú limítate a hacer lo que digo. Ahora vuelve a casa; tienes cuerdas por hacer. Sabrás cuándo visitarme de nuevo.

El joven Hassan volvió a su presente e hizo lo que le habían indicado, se mantuvo en el lado norte de la calle hasta cuando no había sombra. Unos días más tarde vio cómo un caballo encabritado se desbocaba y corría por el lado sur en dirección opuesta a la suya, golpeando a varias personas, hiriendo a uno al volcarle un pesado jarro de aceite de palma encima, e incluso pisoteando a otro con sus cascos. Una vez se calmó el alboroto, Hassan rezó a Alá para que el herido sanase y el muerto descansara en paz, y le dio gracias por librarlo a él de todo mal.

Al día siguiente, Hassan atravesó la Puerta de Años y se fue a buscar a su yo más viejo.

—¿Te atropelló el caballo cuando ibas al mercado? —le preguntó.

—No, porque tomé nota de la advertencia de mi yo más viejo.

—No te olvides: tú y yo somos uno; cada circunstancia que te acontezca me aconteció a mí en su momento.

Y así es como el viejo Hassan fue dando indicaciones al más joven, y el más joven las obedeció. Se abstuvo de comprar huevos a su tendero habitual, y así evitó la enfermedad que sufrieron los clientes que compraron huevos de una remesa estropeada. Compró cáñamo de sobra y así tuvo material para trabajar cuando a otros les faltaba por culpa de una caravana retrasada. Seguir las indicaciones de su yo más viejo le evitó muchos problemas a Hassan, pero se preguntaba por qué no le contaba más. ¿Con quién se casaría? ¿Cómo se haría rico?

Entonces un día, tras haber vendido todas sus cuerdas en el mercado, y cargando con un monedero inusualmente lleno, Hassan chocó con un chico mientras caminaba por la calle. Se palpó en busca del monedero, descubrió que no lo tenía, se giró pegando un grito y escudriñó la multitud buscando al carterista. Al oír el grito de Hassan, el chico echó a correr de inmediato a través de la multitud. Hassan vio que la túnica del chico tenía un desgarrón en un codo, pero enseguida lo perdió de vista.

Por un instante, Hassan se quedó pasmado preguntándose por qué su yo más viejo no lo había puesto sobre aviso. Pero la cólera no tardó en reemplazar a la sorpresa y se lanzó a la persecución. Corrió entre la multitud, comprobando codos de túnicas masculinas, hasta que por casualidad encontró al carterista agachado bajo una carreta de fruta. Hassan lo agarró y empezó a

gritar a todos que había pillado al ladrón, pidiéndoles que buscasen a un guardia. El chico, asustado de verse arrestado, devolvió el monedero a Hassan y se echó a llorar. Hassan miró fijamente al chico un buen rato y su cólera empezó a disiparse, así que lo soltó.

La siguiente vez que vio a su yo más viejo, Hassan le preguntó:

—¿Por qué no me avisaste de lo del carterista?

—¿Acaso no disfrutaste de la experiencia? —le preguntó su yo más viejo.

Hassan estaba a punto de negarlo, pero se refrenó.

—Sí que lo disfruté —admitió.

Al perseguir al chico, sin tener ni idea de si lograría pillarlo o no, había notado su sangre bombeando como hacía semanas que no bombeaba. Y ver las lágrimas del chico le había hecho recordar las enseñanzas del Profeta sobre el valor de la piedad, y Hassan se había sentido virtuoso al optar por dejar marchar al chico.

—¿Preferirías que te hubiese negado eso, entonces?

Igual que vamos comprendiendo el propósito de costumbres que nos parecen sin sentido durante la juventud, Hassan se dio cuenta de que tanto mérito tenía retener información como revelarla.

—No —contestó—, estuvo bien que no me advirtieras.

El Hassan más viejo vio que había comprendido.

—Ahora te contaré algo muy importante. Alquila un caballo. Te daré indicaciones para que vayas a un punto de las laderas al oeste de la ciudad. Allí, en una arboleda, encontrarás un árbol fulminado por un rayo. Al pie de éste, busca la piedra más pesada a la que seas capaz de darle vuelta y entonces cava debajo.

—¿Qué he de buscar?

—Lo sabrás cuando lo encuentres.

Al día siguiente, Hassan cabalgó hasta las laderas y buscó hasta encontrar el árbol. El terreno que lo rodeaba estaba cubierto de rocas, así que Hassan giró una para cavar debajo, y luego otra, y luego otra. Al final su pala topó con algo que no era roca ni tierra. Despejó la tierra a un lado y descubrió un cofre de bronce, lleno de dinares de oro y joyería variada. Hassan no había visto nada igual en su vida. Cargó el cofre en el caballo y volvió galopando a El Cairo.

La siguiente vez que habló con su yo más viejo, le preguntó:

—¿Cómo sabías dónde estaba el tesoro?

—Lo supe por mí mismo —dijo el Hassan más viejo—, igual que tú. En cuanto a cómo llegamos a saber su ubicación, no tengo explicación salvo que

fue la voluntad de Alá, aunque ¿qué otra explicación hay para lo que sea?

—Te juro que haré buen uso de estas riquezas con las que Alá me ha bendecido —dijo el Hassan más joven.

—Y yo renuevo el juramento —dijo el más viejo—. Ésta es la última vez que hablaremos. Ahora encontrarás tu propio camino. Que la paz sea contigo.

Y así volvió Hassan a su casa. Con el oro pudo comprar cáñamo en grandes cantidades y contratar mano de obra, pagar un sueldo justo y vender cuerda de una manera rentable a todo aquel que la buscase. Se casó con una mujer hermosa y lista, y siguiendo sus consejos, comenzó a comerciar con otros artículos, hasta que fue un comerciante rico y respetado. Mientras tanto fue generoso con los pobres y vivió como un hombre honesto. De esta manera, Hassan vivió la más feliz de las vidas hasta que le dio caza la muerte, rompedora de ataduras y destructora de placeres.

—Es una historia extraordinaria —dije—. Para alguien que se está planteando si hacer uso de la Puerta o no, difícilmente podría encontrarse mejor incentivo.

—Demuestra usted sabiduría al ser escéptico —dijo Bashaarat—. Alá premia a quienes desea premiar y castiga a quienes desea castigar. La Puerta no cambia cómo nos contempla Alá.

Asentí, pensando que había entendido.

—De modo que, aun en el caso de evitar las desgracias que nuestro yo más viejo experimentó, no hay garantías de que no nos topemos con otras.

—No, disculpe a este viejo por ser poco claro. Usar la Puerta no es como decidir algo a cara o cruz, donde el lado escogido de la moneda varía a cada turno. Usar la Puerta es, más bien, como tomar un pasadizo secreto en un palacio, un pasadizo que nos permite entrar en una habitación más rápido que recorriendo el pasillo. La habitación sigue siendo la misma, independientemente de la puerta que usemos para entrar.

Esto me sorprendió.

—¿El futuro está decidido, entonces? ¿Es tan inmutable como el pasado?

—Se dice que el arrepentimiento y la enmienda borran el pasado.

—Yo también lo he oído, pero no me ha parecido que fuera verdad.

—Lamento oír eso —dijo Bashaarat—. Lo único que puedo decirle es que lo mismo sucede con el futuro.

Le di vueltas a aquello un rato.

—Entonces, si nos enteramos de que vamos a morir dentro de veinte años, ¿no podemos hacer nada para evitar la muerte? —Asintió. Se me antojó muy

descorazonador, pero entonces me pregunté si acaso eso mismo no proporcionaba una garantía—. Supongamos que se entera usted de que estará vivo dentro de veinte años. Entonces nada puede matarlo en los próximos veinte años. Por lo tanto, podría luchar en batallas sin preocuparse, porque su supervivencia está asegurada.

—Es posible —dijo él—. También es posible que un hombre susceptible de hacer uso de una garantía semejante no encontrase a su yo más viejo vivo al utilizar por primera vez la Puerta.

—Ah —dije—. ¿Entonces resulta que sólo los prudentes se encuentran con sus yos más viejos?

—Deje que le cuente la historia de otra persona que utilizó la Puerta, y podrá decidir por usted mismo si fue prudente o no.

Bashaarat procedió a contarme la historia, y si le place a Su Majestad, yo la repetiré aquí.

EL CUENTO DEL TEJEDOR QUE SE ROBÓ A SÍ MISMO

Había una vez un joven tejedor llamado Ajib que se ganaba modestamente la vida como tejedor de alfombras, pero ansiaba saborear los lujos de los que disfrutan los ricos. Tras oír la historia de Hassan, Ajib atravesó de inmediato la Puerta de Años y buscó a su yo más viejo, quien, estaba convencido, sería tan rico y tan generoso como el Hassan más viejo.

Al llegar a El Cairo de veinte años más tarde, se dirigió al opulento barrio de Birkat al-Fil y preguntó a la gente dónde se encontraba la residencia de Ajib ibn Taher. Estaba preparado, si se encontraba con alguien que conociera al hombre y se fijase en el parecido de sus rasgos, para identificarse como el hijo de Ajib, recién llegado de Damasco. Pero no tuvo oportunidad de brindar su historia, porque nadie a quien preguntó reconoció el nombre.

Al final decidió volver a su antiguo vecindario y ver si allí alguien sabía dónde se había mudado. Cuando llegó a su antigua calle, paró a un chico y le preguntó si sabía dónde encontrar a un hombre llamado Ajib. El chico le indicó la antigua casa de Ajib.

—Ahí es donde vivía —dijo Ajib—. ¿Dónde vive ahora?

—Si se mudó ayer, no sé dónde —respondió el chico.

Ajib se mostró incrédulo. ¿Acaso era posible que su yo más viejo siguiera viviendo aún en la misma casa veinte años después? Eso significaría que jamás se había hecho rico, y que su yo más viejo no tendría ningún consejo que darle, o al menos ninguno del que Ajib pudiera sacar provecho. ¿Cómo

podía diferir su suerte tanto de la del afortunado cordelero? Con la esperanza de que el chico estuviera equivocado, Ajib esperó delante de la casa y observó.

Al final vio salir de la casa a un hombre, y con un vuelco del corazón reconoció en él a su yo más viejo. Al Ajib más viejo lo seguía una mujer que el otro dio por hecho que sería su esposa, pero apenas se fijó, porque lo único que era capaz de ver era su propio fracaso a la hora de mejorar su posición. Observó consternado la ropa vulgar de la anciana pareja hasta que los perdió de vista.

Movido por la curiosidad que empuja a los hombres a mirar las cabezas de los ejecutados, Ajib se dirigió a la puerta de su casa. Su llave todavía encajaba en la cerradura, así que entró. El mobiliario había cambiado, pero era sencillo y estaba deteriorado, y Ajib se sintió mortificado al verlo. ¿Después de veinte años no se podía permitir siquiera unos almohadones mejores?

Siguiendo un impulso, se acercó al cofre de madera donde normalmente guardaba sus ahorros y lo abrió. Levantó la tapa y vio que el cofre estaba lleno de dinares de oro.

Ajib se quedó estupefacto. ¡Su yo más viejo tenía un cofre lleno de oro, y aun así vestía aquellos ropajes vulgares y llevaba veinte años viviendo en la misma casita! Menudo rácano penoso debía de estar hecho su yo más viejo, pensó Ajib, si teniendo riqueza no la disfrutaba. Ajib siempre había tenido presente que uno no puede llevarse sus posesiones a la tumba. ¿Sería algo que olvidaría según fuese envejeciendo?

Ajib decidió que semejantes riquezas debían pertenecer a alguien que supiera apreciarlas, y ese alguien era él. Quitarle a su yo más viejo sus riquezas no sería robar, razonó, porque sería él mismo quien las recibiría. Se echó el cofre al hombro, y con mucho esfuerzo logró traérselo a través de la Puerta de Años hasta El Cairo que le era conocido.

Ingresó parte de su recién encontrada riqueza en un banco, pero siempre iba con un monedero cargado de oro. Vestía túnica damascena, zapatillas de cuero y un turbante jorasaní adornado con una joya. Alquiló una casa en el barrio rico, la engalanó con alfombras y divanes de las mejores calidades, y contrató a un cocinero para que le preparase suntuosos manjares.

A continuación, fue a buscar al hermano de una mujer a la que deseaba en la distancia desde hacía mucho, una mujer llamada Taahira. Su hermano era boticario y Taahira lo ayudaba en su tienda. Ajib compraba de vez en cuando algún remedio a fin de poder hablar con ella. Una vez vio que se le caía el velo y tenía unos ojos tan oscuros y bellos como los de una gacela. El

hermano de Taahira no le habría consentido que se casara con un tejedor, pero ahora Ajib podía presentarse como un buen partido.

El hermano de Taahira lo aprobó, y Taahira misma consintió sin problemas, puesto que había deseado también a Ajib. Ajib no reparó en gastos para la boda. Alquiló una de las gabarras que flotaban en el canal al sur de la ciudad y celebró un banquete con músicos y bailarinas, tras lo cual le regaló a Taahira un magnífico collar de perlas. La celebración fue la comidilla de todo el barrio.

Ajib se regocijó con la alegría que el dinero les había traído a Taahira y a él, y durante una semana vivieron la más deleitosa de las vidas. Entonces un día Ajib llegó a casa y se encontró la puerta descerrajada y todos los objetos de plata y oro saqueados. El aterrorizado cocinero salió de un escondrijo y le contó que los ladrones se habían llevado a Taahira.

Ajib rezó a Alá hasta que, fatigado por la tristeza, se quedó dormido. Al día siguiente lo despertaron unos golpes a la puerta. Lo esperaba un desconocido.

—Tengo un mensaje para ti —le dijo el hombre.

—¿Qué mensaje? —preguntó Ajib.

—Tu esposa está bien.

Ajib notó el miedo y la rabia que se le acumulaban en el estómago como bilis negra.

—¿Cuánto queréis de rescate? —preguntó.

—Diez mil dinares.

—¡Eso es muchísimo más de lo que tengo! —exclamó Ajib.

—A mí no me regatees —dijo el ladrón—. Te he visto gastar dinero como quien vierte agua.

Ajib cayó de rodillas.

—He sido un derrochador, te juro por el Profeta que no tengo tanto —dijo.

El ladrón se acercó más para mirarlo.

—Reúne todo el dinero que tienes —dijo— y tenlo aquí mañana a esta misma hora. Como sospeche que te guardas algo, tu esposa morirá. Si creo que eres honesto, mis hombres te la devolverán.

Ajib no veía otra posibilidad.

—De acuerdo —dijo, y el ladrón se marchó,

Al día siguiente fue al banco y sacó todo el dinero que le quedaba. Se lo dio al ladrón, que valoró la desesperación en la mirada de Ajib y quedó

satisfecho. El ladrón cumplió su promesa y aquella tarde le devolvieron a Taahira.

Después de abrazarse, Taahira dijo:

—No pensaba que estuvieras dispuesto a pagar tanto dinero por mí.

—No sería capaz de encontrarle placer a la vida sin ti —respondió Ajib, y se sorprendió al darse cuenta de que era verdad—. Pero ahora lamento no poder comprarte lo que te mereces.

—No hace falta que me compres nada nunca más —dijo ella.

Ajib agachó la cabeza.

—Siento como si me hubieran castigado por mis fechorías.

—¿Qué fechorías? —le preguntó Taahira, pero Ajib no dijo nada—. Nunca te lo he preguntado hasta ahora, pero sé que no heredaste todo el dinero. Dime: ¿lo robaste?

—No —dijo Ajib, reticente a admitir la verdad ni ante ella ni ante sí mismo—. Me lo dieron.

—¿Un préstamo, entonces?

—No, no hace falta que lo devolvamos.

—¿Y tú no quieres devolverlo? —Taahira estaba pasmada—. Entonces, ¿estás conforme con que ese otro pagase nuestra boda y mi rescate? —Parecía al borde de las lágrimas—. ¿Soy tu esposa o la de ese otro hombre?

—Eres mi esposa —dijo él.

—¿Cómo voy a ser tu esposa cuando le debo la vida a otro?

—No dejaré que dudes de mi amor —dijo Ajib—. Te juro que le devolveré el dinero, hasta el último dírham.

De manera que Ajib y Taahira se mudaron de nuevo a la antigua casa y empezaron a ahorrar. Se pusieron a trabajar los dos para el hermano boticario de Taahira, y cuando acabó convirtiéndose en perfumero para los ricos, Ajib y Taahira se hicieron cargo del negocio de los remedios para enfermos. Llevaban una buena vida, pero gastaban tan poco como les era posible, viviendo modestamente y reparando el mobiliario estropeado en lugar de comprarlo nuevo. Durante años, Ajib sonreía cada vez que echaba una moneda al cofre, diciéndole a Taahira que era un recordatorio de lo mucho que la valoraba. Decía que incluso una vez llenado el cofre, sería una fruslería a su lado.

Pero no es fácil llenar un cofre si uno se limita a echar unas moneditas de vez en cuando, de modo que lo que comenzó como ahorro fue convirtiéndose paulatinamente en avaricia, y las decisiones prudentes fueron sustituidas por decisiones tacañas. Peor aún: el afecto que sentían Ajib y Taahira el uno por

el otro disminuyó con el tiempo y empezaron a guardarse rencor por el dinero que no podían gastar.

Así es como pasaron los años y Ajib se hizo viejo, a la espera de que le robaran el oro.

—Qué historia más triste y extraña —dije.

—Y tanto —contestó Bashaarat—. ¿Diría usted que Ajib obró con prudencia?

Vacilé antes de contestar.

—No me corresponde a mí juzgarlo —dije—. Tuvo que vivir con las consecuencias de sus actos, igual que yo he de vivir con las de los míos. —Me quedé un instante callado, y luego dije—: Admiro la franqueza de Ajib por contarle a usted todo lo que había hecho.

—Ah, pero Ajib no me contó esto de joven —respondió Bashaarat—. Después de que emergiera por la Puerta con el cofre a cuestas, no volví a verlo hasta veinte años más tarde. Ajib era un hombre mucho más viejo cuando vino a visitarme de nuevo. Había vuelto a casa y le había desaparecido el cofre; saber que había saldado su deuda le hizo sentir que podía contarme todo lo sucedido.

—¿De verdad? ¿El Hassan más viejo de su primera historia también fue a visitarlo?

—No, la historia de Hassan se la oí a su yo más joven. El Hassan más viejo no volvió a mi tienda, pero en su lugar recibí a otro visitante que me contó una historia sobre Hassan que éste no me había contado.

Bashaarat procedió a contarme la historia de aquel visitante, y si a Su Majestad le place, yo la repetiré aquí.

EL CUENTO DE LA ESPOSA Y SU AMANTE

Raniya llevaba casada con Hassan muchos años y vivían la más feliz de las vidas. Un día vio a su marido comiendo con un joven, a quien reconoció como la viva imagen de Hassan en la época en que se casó con él. Tan tremendo fue su asombro que no pudo evitar entrometerse en la conversación. Después de que el joven se marchase, le preguntó a Hassan quién era, y Hassan le contó una historia increíble.

—¿Le has hablado de mí? —preguntó—. ¿Ya sabías lo que nos esperaba cuando nos conocimos?

—Supe que me casaría contigo en cuanto te vi —respondió Hassan sonriendo—, pero no porque me lo dijese nadie. Tú tampoco querrías estropearle ese momento, ¿verdad, esposa mía?

Así que Raniya no habló con el yo más joven de su marido, sino que se limitó a escuchar a escondidas las conversaciones y a lanzarle miraditas. Se le aceleraba el pulso al observar sus facciones juveniles; a veces los recuerdos nos engañan con su dulzor, pero cuando contemplaba a los dos hombres sentados uno enfrente del otro, veía la plenitud de la hermosura del más joven sin exageración. Se pasaba la noche acostada en vela pensando en él.

Algunos días después de despedirse de su yo más joven, Hassan salió de El Cairo para llevar a cabo un negocio con un comerciante en Damasco. En su ausencia, Raniya encontró la tienda que Hassan le había descrito y atravesó la Puerta de Años rumbo a El Cairo de su juventud.

Recordaba dónde vivía él por entonces, de manera que le fue fácil dar con el joven Hassan y seguirlo. Mientras lo vigilaba, sintió un deseo mucho más intenso del que había sentido durante años por el Hassan más viejo, tan vívidos eran los recuerdos de sus escarceos juveniles. Siempre había sido una esposa fiel y leal, pero ahí tenía una oportunidad que no volvería a presentarse. Resolviéndose a cumplir aquel deseo, Raniya alquiló una casa, y en los días siguientes la amuebló.

Una vez la casa estuvo lista, siguió a Hassan discretamente mientras trataba de reunir el atrevimiento suficiente para abordarlo. En el mercado de joyeros lo vio dirigirse a un joyero, enseñarle un collar con diez gemas incrustadas y preguntarle cuánto pagaría por él. Raniya vio que era un collar que Hassan le había dado pocos días después de su boda; no sabía que hubiera intentado venderlo en su momento. Se mantuvo a poca distancia y escuchó, fingiendo mirar unos anillos.

—Tráelo mañana y te pagaré mil dinares —le dijo el joyero.

El joven Hassan aceptó el precio y se marchó.

Mientras lo veía alejarse, Raniya captó una conversación entre dos hombres que estaban a su lado:

—¿Has visto ese collar? Es de los nuestros.

—¿Estás seguro? —le preguntó el otro.

—Y tanto. Ése es el cabrón que desenterró nuestro cofre.

—Vamos a contárselo a nuestro capitán. Después de que ese individuo haya vendido el collar, le quitaremos el dinero y más.

Los dos se fueron sin fijarse en Raniya, que se quedó allí plantada inmóvil con el corazón desbocado, como un ciervo después de ver pasar un tigre. Se

dio cuenta de que el tesoro que Hassan había desenterrado debía de haber pertenecido a una banda de ladrones de la que aquellos dos eran miembros. Ahora estaban vigilando a los joyeros de El Cairo para identificar a la persona que se había llevado su botín.

Raniya era consciente de que, dado que ella tenía aquel collar, el joven Hassan no podía haberlo vendido. También sabía que los ladrones no podían haber matado a Hassan. Pero no podía ser voluntad de Alá que ella no interviniera. Alá tenía que haberla llevado hasta allí para usarla como instrumento.

Raniya volvió a la Puerta de Años, la atravesó hacia su presente y en su casa encontró el collar dentro del joyero. Luego volvió a usar la Puerta de Años, pero en lugar de entrar por el lado izquierdo, entró por el lado derecho, de manera que visitó El Cairo de veinte años después. Allí buscó a su yo más viejo, ya una anciana. La Raniya más vieja la recibió cordialmente y cogió el collar de su propio joyero. A continuación, las dos mujeres ensayaron cómo iban a ayudar al joven Hassan.

Al día siguiente, los dos ladrones volvieron con un tercer hombre, que Raniya dio por hecho debía ser el capitán. Se quedaron vigilando mientras Hassan le enseñaba el collar al joyero.

Mientras el joyero lo examinaba, Raniya se acercó y dijo:

—¡Qué coincidencia! Joyero, yo quiero venderle un collar igual que éste.

Sacó su collar del bolso.

—Es extraordinario —dijo el joyero—. En mi vida había visto dos collares más parecidos.

Entonces apareció la Raniya anciana.

—¿Qué veo? ¡Está claro que la vista me juega una mala pasada! —Y dicho esto, sacó un tercer collar idéntico—. El que me lo vendió me juró que era único. Esto demuestra que era un mentiroso.

—A lo mejor debería devolverlo —le dijo Raniya.

—Eso depende —dijo la Raniya anciana. Le preguntó a Hassan—: ¿Cuánto le van a pagar por él?

—Mil dinares —respondió Hassan apabullado.

—¿De verdad? Joyero, ¿le gustaría comprar también este otro?

—Tengo que reconsiderar mi oferta —dijo el joyero.

Mientras Hassan y la Raniya anciana regateaban con el joyero, Raniya retrocedió lo suficiente para escuchar al capitán reprendiendo a los otros dos ladrones.

—Estúpidos, es un collar totalmente vulgar. Nos habríais hecho matar a la mitad de los joyeros de El Cairo y echarnos encima a la guardia.

Les dio unos capones y se los llevó.

Raniya volvió a prestar atención al joyero, que le había retirado a Hassan su oferta por el collar. La Raniya más vieja dijo:

—Muy bien. Intentaré devolvérselo al que me lo vendió.

Mientras la anciana se alejaba, Raniya vio que sonreía bajo el velo.

Raniya se volvió hacia Hassan.

—Parece que ni uno ni otro venderá el collar hoy.

—Quizá otro día —dijo Hassan.

—Debería llevarme el mío a casa para guardarlo a buen recaudo —dijo Raniya—. ¿Le importaría acompañarme?

Hassan accedió y acompañó a Raniya a la casa que había alquilado. Entonces ella lo invitó a entrar, le sirvió vino y, después de que ambos bebieran un poco, lo llevó a su dormitorio. Cubrió todas las ventanas con unas gruesas cortinas y apagó todas las lámparas para que la habitación quedase tan oscura como la noche. Sólo entonces se quitó el velo y lo condujo hasta la cama.

Raniya había estado emocionadísima previendo aquel momento, de manera que le sorprendió descubrir que los movimientos de Hassan eran torpes y desmañados. Recordaba su noche de bodas con toda claridad; era un hombre seguro de sí mismo y la había dejado sin aliento. Sabía que no faltaba mucho para el primer encuentro con la joven Raniya, y por un instante no comprendió cómo aquel muchacho tan manazas podría cambiar tan rápidamente. Pero enseguida lo vio claro.

Así que, cada tarde durante muchos días, Raniya y Hassan se vieron en la casa alquilada y ella le enseñó las artes amatorias, y haciendo esto demostró que, como se dice a menudo, las mujeres son la creación más asombrosa de Alá. Le dijo:

—El placer que das se te devuelve en el placer que recibes. —Y sonrió por dentro al pensar en cuánta verdad había en aquellas palabras. En poco tiempo adquirió la habilidad que ella recordaba, y disfrutó todavía más de él que siendo una mujer joven.

No tardó mucho en llegar el día en que le dijo al joven Hassan que era hora de marcharse. Él era consciente de que no valía la pena presionarla para imponer sus deseos, pero le preguntó si volverían a verse algún día. Ella le dijo, amablemente, que no. Luego Raniya vendió el mobiliario de la casa a su casero y volvió a través de la Puerta de Años a El Cairo de su presente.

Cuando el Hassan más viejo volvió de su viaje a Damasco, Raniya estaba en casa esperándolo. Lo recibió cariñosamente, pero se guardó el secreto de lo sucedido.

Me quedé perdido en mis pensamientos cuando Bashaarat concluyó su historia, hasta que dijo:

—Veo que esta historia lo ha intrigado como no lo han hecho las otras.

—No se equivoca, desde luego —admití—. Ahora me doy cuenta de que, aun cuando el pasado sea inmodificable, se puede encontrar lo inesperado al visitarlo.

—Por supuesto. ¿Comprende ahora por qué digo que el futuro y el pasado son lo mismo? No podemos cambiar ni uno ni otro, pero podemos conocer ambos más a fondo.

—Lo entiendo; me ha abierto usted los ojos, y ahora me gustaría usar la Puerta de Años. ¿Qué precio pide?

Me hizo un gesto de displicencia.

—No vendo pasajes a través de la Puerta —dijo—. Alá guía a quien desea hasta mi tienda, y yo me alegro de ser un instrumento de su voluntad.

De haberse tratado de otro hombre me hubiese tomado sus palabras como una estratagema para negociar, pero después de todo lo que me había contado, sabía que era sincero.

—Su generosidad es tan ilimitada como su sabiduría —le dije, y le dirigí una inclinación de cabeza—. Si algún día necesita un favor que pueda satisfacer un comerciante de telas, hágame llamar, por favor.

—Gracias. Hablemos ahora de su viaje. Tenemos que comentar algunos detalles antes de que visite el Bagdad de dentro de veinte años.

—No quiero visitar el futuro —le dije—. Me gustaría entrar por el otro lado, para revisitar mi juventud.

—Vaya, pues mil disculpas. Esta Puerta no lo llevará allí. Verá, construí esta puerta hace sólo una semana. Hace veinte años aquí no había ninguna puerta por la que pudiera salir.

Mi desilusión fue tal que mi pregunta debió sonar como la de un niño desconsolado:

—Pero ¿adónde lleva el otro lado de la Puerta? —Y rodeé la puerta circular para observar el otro lado.

Bashaarat rodeó la puerta para colocarse frente a mí. La vista a través de la Puerta aparecía idéntica a la de fuera, pero cuando estiró una mano para atravesarla, se detuvo como si chocase contra una pared invisible. Miré más

de cerca y me fijé en una lámpara de latón en una mesa. La llama no oscilaba sino que estaba fija e inmóvil como si la habitación estuviese atrapada en un ámbar casi transparente.

—Lo que ve es la habitación como estaba la semana pasada —dijo Bashaarat—. Dentro de unos veinte años, el lado izquierdo de la Puerta permitirá la entrada y dejará que la gente cruce desde aquí para visitar su pasado. O bien —dijo conduciéndome hacia el lado de la puerta que me había enseñado en un principio—, podemos entrar desde la derecha ahora para visitarnos a nosotros mismos. Pero me temo que esta Puerta nunca permitirá visitar la época de su juventud.

—¿Y qué pasó con la Puerta de Años que tenía usted en El Cairo? —le pregunté.

Asintió.

—Esa Puerta sigue en pie. Mi hijo está al cargo de esa tienda.

—Entonces puedo ir a El Cairo y usar la Puerta para visitar El Cairo de hace veinte años. Desde allí podría viajar hasta Bagdad.

—Sí, podría emprender ese viaje, si es su deseo.

—Pues sí —dije—. ¿Me indicará cómo llegar a su tienda de El Cairo?

—Primero tenemos que hablar de unos asuntos —dijo Bashaarat—. No le preguntaré qué intenciones tiene, me conformo con esperar hasta que esté listo para confiármelas. Pero le recordaré que lo que está hecho no puede deshacerse.

—Lo sé —dije.

—Y que no puede evitar las tribulaciones que le están asignadas. Lo que da Alá, hemos de aceptarlo.

—Eso me recuerdo cada día de mi vida.

—Entonces será un honor ayudarlo en lo que esté en mi mano.

Sacó papel, pluma y tinta, y empezó a escribir.

—He de escribirle una carta para ayudarlo en su viaje. —Dobló la carta, dejó gotear un poco de cera de una vela en el borde y aplastó el sello de su anillo—. Cuando llegue a El Cairo, entréguele esto a mi hijo y él le dejará cruzar la Puerta de Años de allí.

Un comerciante como yo ha de estar versado en diferentes fórmulas de gratitud, pero en mi vida había sido tan efusivo dando gracias como con Bashaarat, y cada una de esas palabras las dije de corazón. Me indicó cómo llegar a su tienda de El Cairo, y yo le aseguré que ya le contaría a mi regreso. Cuando estaba a punto de salir de su tienda, se me ocurrió una cosa.

—Dado que la Puerta de Años de aquí se abre al futuro, tiene usted la garantía de que la Puerta y esta tienda siguen en pie dentro de veinte años.

—Sí, eso es verdad —dijo Bashaarat.

Empecé a preguntarle si había conocido a su yo más viejo, pero me interrumpí a media frase. Si la respuesta era no, estaba claro que era porque su yo más viejo había muerto, y le estaría preguntando si conocía la fecha de su muerte. ¿Quién era yo para hacer una pregunta así, cuando aquel hombre me estaba otorgando una bendición sin preguntarme por mis intenciones? Supe por su expresión que sabía lo que había pretendido preguntarle, y yo agaché la cabeza para pedirle mis humildes disculpas. Me indicó que las aceptaba con un gesto de la cabeza, y yo me volví a casa para ocuparme de los preparativos.

La caravana tardó dos meses en llegar a El Cairo. En cuanto a lo que ocupaba mis pensamientos durante el trayecto, Su Majestad, le contaré ahora lo que no le había contado a Bashaarat. Yo estuve casado, veinte años antes, con una mujer llamada Najya. Su figura se mecía con la gracilidad de una rama de sauce y tenía una cara hermosa como la luna, pero fue su naturaleza buena y tierna lo que me cautivó el corazón. Acababa de comenzar mi carrera como comerciante cuando nos casamos, y no éramos ricos, pero no vivíamos con apreturas.

Llevábamos sólo un año casados cuando tuve que viajar a Basra para entrevistarme con el capitán de un barco. Tenía la oportunidad de prosperar comerciando con esclavos, pero Najya no lo aprobaba. Le recordé que el Corán no prohibía la tenencia de esclavos siempre que se los tratase bien, y que incluso el Profeta contó con alguno. Pero ella dijo que yo no tendría ninguna manera de saber cómo trataban mis compradores a los esclavos, y que vender objetos era mejor que vender hombres.

La mañana de mi partida, Najya y yo discutimos. Le hablé con aspereza, utilizando palabras que me avergüenza recordar, y le ruego a Su Majestad me perdone por no repetirlas aquí. Me marché enfadado y no la volví a ver nunca más. Quedó malherida cuando se derrumbó la pared de una mezquita, pocos días después de irme yo. La llevaron al bimaristán, pero los médicos no pudieron salvarla, y murió poco después.

¿Serán los tormentos del infierno peores que lo que padecí en los días siguientes? Parecía probable que lo descubriese, tan cerca de la muerte me llevó la angustia. Y desde luego que la experiencia debe de ser similar porque, al igual que el fuego infernal, el pesar abrasa pero no consume; lo que hace es volvernos el corazón vulnerable a ulteriores sufrimientos.

El tiempo de mis lamentaciones acabó tocando a su fin y me quedé vacío, hecho un pellejo sin entrañas. Liberé a los esclavos que había comprado y me hice comerciante de telas. Con los años llegué a ser rico, pero no me volví a casar. Algunos de mis clientes intentaron emparejarme con una hermana o una hija, diciéndome que el amor de una mujer puede hacernos olvidar los dolores. A lo mejor tienen razón, pero no puede hacernos olvidar el dolor que le hemos provocado a otros. Siempre que me imaginaba casándome con otra mujer, recordaba la mirada dolida de Najya la última vez que la vi, y mi corazón se cerraba a otras.

Hablé con un mulá de lo que había hecho, y fue él quien me dijo que el arrepentimiento y la enmienda borran el pasado. Yo me arrepentí y me enmendé lo mejor que pude; durante veinte años viví como un hombre honrado, ofrecí mis plegarias, hice ayuno, di limosna a los más desfavorecidos y peregriné a la Meca, y aun así la culpa me siguió corroyendo. Alá es misericordioso, de manera que sabía que era cosa mía.

Si Bashaarat me lo hubiera preguntado, no habría sabido decirle qué esperaba conseguir. Quedaba claro por sus historias que no podría cambiar lo que sabía que iba a pasar. Nadie había impedido a mi yo más joven que discutiera con Najya en nuestra última conversación. Pero el cuento de Raniya, que se escondía en el de la vida de Hassan sin su conocimiento, me hizo albergar una leve esperanza: a lo mejor era capaz de participar en los acontecimientos mientras mi yo más joven estaba fuera con sus negocios.

¿No podía suceder, acaso, que hubiese habido un error y mi Najya hubiera sobrevivido? A lo mejor había sido otra mujer y su cuerpo el que fue envuelto en un sudario y enterrado durante mi ausencia. A lo mejor podía rescatar a Najya y llevármela al Bagdad de mi presente. Sabía que era una insensatez; los hombres experimentados dicen: «Hay cuatro cosas que no vuelven: lo dicho, la flecha disparada, el pasado y las oportunidades perdidas», y yo comprendía la veracidad de esas palabras mejor que la mayoría. Y aun así me atreví a esperar que Alá hubiese considerado suficientes mis veinte años de arrepentimiento y ahora me estuviera concediendo una oportunidad de recuperar lo perdido.

El viaje en caravana transcurrió sin percances, y tras sesenta amaneceres y trescientas plegarias, llegué a El Cairo. Allí tuve que orientarme por las calles de la ciudad, que son un laberinto desconcertante en comparación con el armonioso diseño de la Ciudad de la Paz. Me abrí paso hasta Bayn al-Qasrayn, la calle principal que parte el barrio fatimí de El Cairo. Desde allí localicé la calle en la que estaba establecida la tienda de Bashaarat.

Le dije al vendedor que había hablado con su padre en Bagdad, y le entregué la carta que Bashaarat me había dado. Después de leerla, me condujo a una trastienda, en cuyo centro se alzaba otra Puerta de Años, y me indicó con un gesto que entrase por el lado izquierdo.

Al colocarme frente al gigantesco círculo de metal noté un escalofrío y me reproché mi nerviosismo. Respiré hondo, lo atravesé y me encontré en la misma habitación con un mobiliario distinto. De no ser por eso no habría visto que la Puerta se diferenciase de cualquier otra puerta. Entonces me di cuenta de que el escalofrío que había sentido era simplemente por el frescor del aire de aquella habitación, puesto que el día de allí no era tan caluroso como el día que había dejado. Percibía su brisa cálida a mi espalda, entrando por la Puerta como un suspiro.

El vendedor me siguió y dijo en voz alta:

—Padre, tienes visita.

Entró un hombre en la habitación y quién iba a ser sino Bashaarat, veinte años más joven que cuando lo vi en Bagdad.

—Bienvenido, mi señor —dijo—. Soy Bashaarat.

—¿No me conoce? —le pregunté.

—No, usted debe de haber conocido a mi yo más viejo. Para mí, éste es nuestro primer encuentro, pero será un honor ayudarlo.

Su Majestad, como corresponde a esta crónica de mis defectos, he de confesar que, tan inmerso me hallaba en mis propios temores durante el trayecto desde Bagdad, que no me había dado cuenta antes de que era más que probable que Bashaarat me hubiera reconocido en el instante en que entré en su tienda. Mientras admiraba su reloj de agua y su pájaro de latón, tenía que saber que yo viajaría a El Cairo, y era más que probable que supiese ya si había logrado mi objetivo o no.

El Bashaarat con el que hablaba ahora no sabía ninguna de estas cosas.

—Le estoy doblemente agradecido por su amabilidad, señor —le dije—. Me llamo Fuwaad ibn Abbas, recién llegado de Bagdad.

El hijo de Bashaarat hizo mutis, y Bashaarat y yo conversamos; le pregunté a qué día y mes estábamos, confirmando que tenía tiempo de sobra para el viaje de regreso a la Ciudad de la Paz, y le prometí que le contaría todo cuando volviese. Su yo más joven era tan cortés como el más viejo.

—Estoy deseando hablar con usted a la vuelta, y ayudarlo de nuevo dentro de veinte años —dijo.

Sus palabras me hicieron detenerme.

—¿Tenía usted planeado abrir una tienda en Bagdad antes?

—¿Por qué lo pregunta?

—Me maravilló la coincidencia de que nos conociésemos en Bagdad justo a tiempo para que yo viajara hasta aquí, usara la Puerta y volviera. Pero ahora me pregunto si tal vez no tiene nada de coincidencia. ¿Mi llegada aquí hoy es la razón de que se mude usted a Bagdad dentro de veinte años?

Bashaarat sonrió.

—Coincidencia e intención son las dos caras de un tapiz, mi señor. Nos puede resultar más agradable mirar una, pero no podemos decir que una sea verdadera y la otra falsa.

—Como siempre, me ha dado usted mucho que pensar —le dije.

Le di las gracias y me despedí. Cuando salía de la tienda pasé por el lado de una mujer que entraba con cierto apresuramiento. Oí que Bashaarat la saludaba como Raniya y frené en seco por la sorpresa.

Desde la puerta oí decir a la mujer:

—Tengo el collar. Espero que mi yo más viejo no lo haya perdido.

—Estoy seguro de que lo tendrá usted guardado a buen recaudo, previendo su visita —le respondió Bashaarat.

Me di cuenta de que aquella era la Raniya de la historia que me había contado Bashaarat. Iba de camino a recoger a su yo más vieja para volver a los días de su juventud, confundir a unos ladrones con un collar doble y salvar a su marido. Por un momento no tuve claro si estaba soñando o despierto, porque me sentía como si acabase de entrar en un cuento, y la idea de que podría hablar con sus protagonistas y participar en los acontecimientos me produjo vértigo. Tuve la tentación de hablar y ver si podía representar un papel en secreto en aquel cuento, pero entonces recordé que mi objetivo era representar un papel en secreto en mi propio cuento. Así que me fui, sin decir palabra, a organizar un viaje en caravana.

Se dice, Su Majestad, que el Destino se ríe de los planes de los hombres. Al principio pareció que era yo el más afortunado de los seres humanos, puesto que una caravana que se dirigía hacia Bagdad salía aquel mes, y pude unirme a ella. En las siguientes semanas empecé a maldecir mi suerte, porque el viaje de la caravana empezó a sufrir retrasos. Los pozos de una ciudad cercana a El Cairo se secaron, y tuvo que enviarse una expedición a por agua. En otro pueblo, los soldados que protegían la caravana contrajeron disentería, y tuvimos que esperar semanas hasta que se recuperaron. A cada retraso revisaba mi estimación de cuándo llegaríamos a Bagdad y mi ansiedad iba en aumento.

Luego vinieron las tormentas de arena, que parecían una advertencia de Alá, y que realmente me hicieron dudar del discernimiento de mis actos. Tuvimos la buena fortuna de encontrarnos descansando en un caravasar al oeste de Kufa cuando irrumpieron las primeras tormentas de arena, pero nuestra estancia se prolongó primero días y luego semanas cuando, ahora sí y ahora no, los cielos se despejaban para oscurecerse de nuevo tan pronto como teníamos cargados de nuevo los camellos.

Rogué a los camelleros de uno en uno, tratando de contratar a alguien para que me llevase solo, pero no pude convencer a ninguno. Al final encontré a uno que aceptó venderme un camello a un precio que habría sido desorbitado en circunstancias ordinarias, pero que yo estaba más que dispuesto a pagar. Acto seguido enfilé mi solitario camino.

No sorprenderá a nadie saber que no avancé demasiado en plena tormenta, pero cuando los vientos amainaron, adquirí un buen ritmo de inmediato. Sin soldados que acompañasen la caravana, sin embargo, era un blanco fácil para bandidos, y cómo no, me pararon a los dos días de viaje. Me quitaron el dinero y el camello que había comprado, pero me perdonaron la vida, si fue por piedad o porque no quisieron molestarse en matarme no lo sé. Empecé a deshacer el camino para alcanzar la caravana, pero ahora los cielos me atormentaban con su claridad sin nubes y padecí todo su calor. Para cuando la caravana se topó conmigo, tenía yo la lengua hinchada y los labios agrietados como barro cocido al sol. Después de esto no tuve otra opción que acompañar a la caravana a su ritmo habitual.

Como pétalos que caen de uno en uno de una rosa marchita, mis esperanzas disminuyeron con el transcurso de cada día. Para cuando la caravana llegó a la Ciudad de la Paz, supe que era demasiado tarde, pero en cuanto entramos por las puertas de la ciudad le pregunté a los guardias si habían oído que se hubiera derrumbado alguna mezquita. El primer guardia con el que hablé dijo que no, y por un instante me atreví a albergar la esperanza de haber confundido la fecha del accidente, y de que en realidad llegaba a tiempo.

Luego otro guardia me contó que una mezquita se había desmoronado el día anterior en el barrio de Karkh. Sus palabras me golpearon como el hacha de un verdugo. Había viajado hasta tan lejos para recibir la peor de las noticias por segunda vez en mi vida.

Fui hasta la mezquita y vi los montones de ladrillos donde en su día hubo una pared. Era una escena que me había perseguido en sueños durante veinte años, pero ahora la imagen permanecía incluso aunque cerrase los ojos, y con

una claridad más nítida de la que era capaz de soportar. Me di la vuelta y caminé sin rumbo, ciego a lo que me rodeaba, hasta que me encontré delante de mi antigua casa, aquella donde Najya y yo vivimos. Me quedé plantado en la calle delante, lleno de recuerdos y congoja.

No sé cuánto tiempo había transcurrido cuando advertí que una joven se había puesto a mi lado.

—Mi señor —dijo—. Busco la casa de Fuwaad ibn Abbas.

—La ha encontrado —le respondí.

—¿Es usted Fuwaad ibn Abbas, mi señor?

—Soy yo, y te pido, por favor, que me dejes en paz.

—Mi señor, le ruego que me perdone. Me llamo Maimuna, y ayudo a los médicos del bimaristán. Atendía a su esposa antes de que muriera.

Me volví a mirarla.

—¿Tú atendiste a Najya?

—Sí, mi señor. Juré entregarle un mensaje de su parte.

—¿Qué mensaje?

—Quería que le dijese que sus últimos pensamientos fueron para usted. Quería que le dijese que si bien su vida fue breve, fue feliz gracias al tiempo que pasó con usted.

Vio que me corrían las lágrimas por las mejillas y añadió:

—Discúlpeme si mis palabras le han causado daño, mi señor.

—No tienes por qué pedir disculpas, muchacha. Ojalá estuviera en mi mano pagarte lo que vale este mensaje para mí, porque aunque me pasara una vida dándote las gracias seguiría en deuda.

—El dolor no se adeuda —dijo—. Que la paz sea con usted, mi señor.

—Que la paz sea contigo —respondí.

Se marchó, y yo deambulé por las calles durante horas, llorando lágrimas de alivio. Mientras tanto iba pensando en lo acertado de las palabras de Bashaarat: pasado y futuro son lo mismo, y no podemos cambiar ni uno ni otro, sólo conocerlos más a fondo. Mi viaje al pasado no había cambiado nada, pero lo que había aprendido lo había cambiado todo, y comprendí que no podía haber sido de otra forma. Si nuestras vidas son cuentos que cuenta Alá, entonces somos la audiencia y los protagonistas al mismo tiempo, y es a fuerza de vivir esos cuentos como recibimos nuestras enseñanzas.

Cayó la noche, y entonces fue cuando la guardia nocturna me encontró, vagando por las calles después del toque de queda con mis ropas polvorientas, y me preguntaron que quién era. Les dije mi nombre y dónde vivía, y los

guardias me llevaron con mis vecinos para ver si me conocían, pero no me reconocieron, así que me metieron en el calabozo.

Le conté al capitán de la guardia mi historia, y le pareció entretenida pero no se la creyó, porque ¿quién se la iba a creer? Entonces recordé algunas noticias de mi época de luto veinte años atrás y le dije que el nieto de Su Majestad nacería albino. Pocos días después llegó a oídos del capitán el rumor de la dolencia del niño, así que me llevó ante el gobernador del distrito. Cuando el gobernador escuchó mi historia, me trajo aquí a palacio, y cuando su señor chambelán escuchó mi historia, a su vez, me trajo aquí a la sala del trono, para que pudiese tener el infinito privilegio de contársela a Su Majestad.

Ahora mi cuento coincide con mi vida, enredados el uno y la otra, y la dirección que tomará a continuación es decisión de Su Majestad. Sé muchas cosas que sucederán aquí en Bagdad a lo largo de los próximos veinte años, pero nada de lo que me espera ahora. No tengo dinero para el viaje de vuelta a El Cairo y la Puerta de los Años de allí, aunque me considero más que afortunado, puesto que se me dio la oportunidad de revisitar mis errores pasados, y he experimentado los remedios que nos dispensa Alá. Sería un honor contarle todo lo que sé del futuro, si Su Majestad ve conveniente preguntarme, pero personalmente, el conocimiento más precioso que poseo es el siguiente:

Nada borra el pasado. Existe el arrepentimiento, existe la enmienda, y existe el perdón. No hay más, pero con eso basta.

EXHALACIÓN

Durante mucho tiempo se ha dicho que el aire (que otros llaman argón) es la fuente de la vida. Pero lo cierto es que no es así, en absoluto, y grabo estas palabras para explicar cómo llegué a comprender la verdadera fuente de la vida y, a modo de corolario, los motivos por los que la vida tocará un día a su fin.

Durante la mayor parte de la historia, la afirmación que postula que extraemos vida del aire fue tan obvia que no había necesidad de ratificarla. Cada día consumimos dos pulmones enteros de aire; cada día nos sacamos del pecho los vacíos y los sustituimos por otros llenos. Si una persona es descuidada y deja que el nivel de aire disminuya en exceso, siente la pesadez de las extremidades y una necesidad creciente de rellenarlos. Es tremendamente raro que una persona sea incapaz de conseguir como mínimo un repuesto de pulmón antes de que el par instalado se vacíe; en las desafortunadas ocasiones en las que así sucede —cuando alguien se encuentra atrapado y no puede moverse, sin nadie cerca que lo asista—, muere a los pocos segundos de quedarse sin aire.

Pero en el curso habitual de la vida, nuestra necesidad de aire está lejos de nuestros pensamientos, y de hecho muchos dirían que satisfacer tal necesidad es la menos importante a la hora de acudir a las estaciones de llenado. Porque las estaciones de llenado son el espacio principal para la conversación social, los lugares de donde extraemos sustancia tanto emocional como física. Todos guardamos recambios de pulmones llenos en nuestras casas, pero cuando uno está solo, el acto de abrirnos el pecho y sustituirnos los pulmones puede antojarse poco más que una tarea cansina. En compañía de otros, en cambio, se convierte en una actividad comunitaria, un placer compartido.

Si uno está excesivamente ocupado o se siente poco sociable, puede limitarse a coger un par de pulmones llenos, instalárselos y dejar los vacíos en la otra punta de la habitación. Si uno tiene unos minutos libres, es cortesía elemental conectar los pulmones vacíos a un dispensador de aire y rellenarlos para la siguiente persona. Pero la práctica más extendida, con diferencia,

consiste en quedarse y pasar un rato en compañía de otros, comentar las noticias del día con amigos o conocidos y, de paso, ofrecer pulmones recién rellenados a nuestro interlocutor. Si bien esto, quizá, no puede considerarse compartir aire en el sentido más estricto, sí se deriva una camaradería de la consciencia de que todo nuestro aire proviene de la misma fuente, dado que los dispensadores no son más que los terminales visibles de tuberías que se extienden desde el reservorio de aire alojado en lo más hondo del subsuelo, el gran pulmón del mundo, la fuente de todo nuestro alimento.

Se devuelven muchos pulmones a la misma estación de llenado al día siguiente, pero tantos otros circulan por otras estaciones cuando la gente visita distritos vecinos; los pulmones son idénticos en apariencia, cilindros lisos de aluminio, de manera que no se puede distinguir si un pulmón en concreto ha estado siempre cerca de casa o si ha recorrido largas distancias. Y de la misma forma que los pulmones pasan de persona a persona y de distrito a distrito, pasan las noticias y los cotilleos. De este modo, se pueden recibir noticias de distritos remotos, incluso de aquéllos en la mismísima frontera del mundo, sin necesidad de salir de casa, aunque personalmente disfruto viajando. He recorrido el camino que va hasta la frontera del mundo y he visto el muro de cromo sólido que se extiende desde tierra firme hasta el cielo infinito.

Fue en una de las estaciones de llenado donde oí por primera vez los rumores que motivaron mi investigación y me condujeron a mi definitiva iluminación. Comenzó de manera bastante inocente, con un comentario del pregonero público de nuestro distrito. En el mediodía del primer día de cada año, es tradición que el pregonero recite un pasaje en verso, una oda compuesta hace mucho para esta celebración anual, que tarda en recitarse exactamente una hora. El pregonero aludió al hecho de que, en su última actuación, el reloj del torreón tocó la hora antes de que terminase, algo que nunca antes había sucedido. Otra persona comentó que ya era coincidencia, porque acababa de volver de un distrito colindante donde el pregonero público se había quejado de la misma incongruencia.

Nadie le dio demasiadas vueltas al asunto más allá de la simple constatación que dimos por sentada. No fue hasta pocos días después, cuando llegó el rumor de una desviación similar entre el pregonero y el reloj de un tercer distrito, cuando se insinuó que aquellas discordancias podrían evidenciar un defecto en el mecanismo común a todos los relojes de los torreones, si bien era curioso que provocara que los relojes anduvieran más rápido en lugar de más despacio. Los relojeros investigaron los relojes de los

torreones en cuestión, pero durante la inspección no pudieron discernir ninguna imperfección. De hecho, al compararlos con los artefactos que normalmente se emplean para tales propósitos de calibrado, se llegó a la conclusión de que todos los relojes de los torreones habían vuelto a marcar un ritmo perfecto.

Yo mismo encontré la cuestión interesante hasta cierto punto, pero estaba demasiado concentrado en mis propios estudios como para dedicar demasiada atención a otros temas. Era y soy estudiante de anatomía, y, a fin de proporcionar un contexto para mis acciones posteriores, hablaré brevemente de mi experiencia en este ámbito.

La muerte es poco común, por suerte, debido a que somos longevos, y los percances fatales son infrecuentes, pero eso dificulta el estudio de la anatomía, sobre todo teniendo en cuenta que los accidentes lo bastante graves como para provocar la muerte dejan los restos del difunto demasiado dañados para el estudio. Si los pulmones revientan estando llenos, la potencia explosiva puede partir en dos el cuerpo que los envuelve, rajando el titanio como si fuera hojalata. En el pasado, los anatomistas centraban su atención en las extremidades, que eran las partes más susceptibles de quedar intactas. Durante la primerísima lección de anatomía a la que asistí hace un siglo, el ponente nos enseñó un brazo cortado, con el revestimiento retirado para revelar la densa columna de varas y pistones del interior. Recuerdo vívidamente cómo, tras conectar sus cánulas arteriales al pulmón de pared que tenía en el laboratorio, fue capaz de manipular las varas impulsoras que sobresalían de la base del brazo destrozado, y en respuesta la mano se abrió y cerró a intervalos.

En el transcurso de estos años, nuestro campo ha avanzado hasta el punto de que los anatomistas son capaces de reparar extremidades dañadas y, ocasionalmente, unir de nuevo una extremidad amputada. Al mismo tiempo, hemos logrado estudiar la fisiología de la vida; yo he dado una versión de aquella primera lección que presencié, durante la cual abrí el revestimiento de mi propio brazo y dirigí la atención de mis alumnos hacia las varas que se contraían y extendían cuando movía los dedos.

A pesar de dichos avances, el campo de la anatomía conserva en su núcleo un gran misterio sin resolver: la cuestión de la memoria. Mientras que sabemos algo sobre la estructura del cerebro, su fisiología es tristemente difícil de estudiar dada la extrema fragilidad del mismo. Es típico en los casos de accidente fatal, cuando el cráneo queda fracturado, que el cerebro se escape en medio de una nube de oro, dejando poco más que filamentos y

hojas en jirones en las que nada útil puede distinguirse. Durante décadas, la teoría predominante sobre la memoria fue que el conjunto de las experiencias de una persona estaba inscrito en láminas de papel de oro; eran estas láminas, desgarradas por el impacto, las que constituían la fuente de las diminutas escamas que se encontraban tras los accidentes. Los anatomistas recogían los pedazos de papel de oro, tan finos que la luz pasaba a través en tonos verdosos, y dedicaban años a la tentativa de reconstruir las láminas originales, con la esperanza de acabar descifrando los símbolos con los que las recientes experiencias de los fallecidos estaban inscritas.

Yo no suscribía esta teoría, conocida como la hipótesis de la inscripción, por la sencilla razón de que si todas nuestras experiencias estuviesen realmente inscritas, ¿por qué están incompletas nuestras memorias? Los defensores de la hipótesis de la inscripción propusieron una explicación para el olvido insinuando que con el tiempo las láminas de papel se desalineaban de la aguja que lee los recuerdos, hasta que las láminas más viejas se desviaban completamente del contacto con la misma, pero nunca me resultó convincente. Aunque no me costaba comprender el atractivo de dicha teoría; yo también había dedicado muchas horas a examinar las escamas de oro en el microscopio y era capaz de imaginarme lo gratificante que sería regular el botón de reajuste y ver cómo los símbolos legibles quedaban reenfocados.

Es más, ¿no sería maravilloso descifrar los más antiquísimos recuerdos de personas fallecidas, esas que el sujeto había olvidado? Ninguno de nosotros era capaz de recordar poco más que un centenar de años atrás, y los registros escritos —informes que nosotros mismos inscribíamos, pero de los que apenas guardábamos recuerdo— se remontaban sólo a unos cuantos centenares de años. ¿Cuántos años habíamos vivido antes del comienzo de la historia escrita? ¿De dónde veníamos? La promesa del descubrimiento de respuestas en nuestros propios cerebros es lo que hace la hipótesis de la inscripción tan seductora.

Yo era partidario de la escuela de pensamiento rival, que sostenía que nuestros recuerdos se almacenaban en algún medio en el que el proceso de borrado no era más complicado que el de inscripción: tal vez mediante la rotación de ciertos engranajes, o según la posición de una serie de interruptores. Esta teoría suponía que todo lo que habíamos olvidado estaba, de hecho, perdido, y que nuestros cerebros no contenían historias más antiguas que las que se encuentran en nuestras bibliotecas. Una ventaja de esta teoría era que explicaba mejor por qué, cuando se instalan pulmones en aquellos que han muerto por falta de aire, los resucitados no tienen recuerdos

pero no carecen en absoluto de discernimiento: de alguna manera el shock de la muerte ha reseteado todos los engranajes o interruptores. Los inscribas declaraban que el shock se había limitado a desalinear las láminas de papel, pero nadie estaba dispuesto a matar a una persona viva, ni siquiera a un imbécil, a fin de dirimir el debate. Yo había concebido un experimento que podría permitirme determinar la verdad de una manera concluyente, pero era arriesgado y merecía una cuidadosa reflexión antes de ser llevado a cabo. Permanecí indeciso durante un larguísimo tiempo, hasta que oí más noticias sobre la anomalía de los relojes.

Llegó el rumor desde un distrito más lejano de que su pregonero público también había observado que el reloj del torreón tocaba la hora antes de que terminase su recital de año nuevo. Lo destacable del caso era que el reloj de este distrito empleaba un mecanismo diferente, un mecanismo según el cual las horas venían marcadas por el flujo de mercurio en un cuenco. Aquí no podía explicarse la discordancia por un fallo mecánico común. La mayoría de gente sospechaba que se trataba de un fraude, una broma perpetrada por malhechores. Yo tenía una sospecha distinta, más sombría y que no osaba pronunciar en voz alta, pero que resolvió mi forma de proceder; estaba dispuesto a llevar a cabo mi experimento.

La primera herramienta que construí fue de lo más simple: en mi laboratorio fijé cuatro prismas enmarcados en soportes y los alineé cuidadosamente de manera que las puntas formasen los ángulos de un rectángulo. Cuando estuvieron colocados así, un rayo de luz dirigido hacia uno de los prismas de abajo se reflejaba arriba, luego hacia atrás, abajo, y por último, de nuevo hacia delante en un cuadrilátero en bucle. Por consiguiente, cuando me sentaba con los ojos a la altura del primer prisma, obtenía una vista clara de la parte posterior de mi cabeza. Este periscopio solipsístico conformaba la base de todo lo que habría de venir.

Un dispositivo rectangular de engranajes accionables parecido permitía un desplazamiento de acción para acompañar al desplazamiento de visión facilitado por los prismas. El panel de engranajes accionables era mucho más grande que el periscopio y aun así relativamente sencillo desde el punto de vista de su diseño; por contraste, lo que iba acoplado al extremo de aquellos dos mecanismos era, con diferencia, más intrincado. Al periscopio le añadí un microscopio binocular montado en un armazón capaz de balancearse de lado a lado y de arriba abajo. A los engranajes accionables les añadí una serie de manipuladores de precisión, aunque esta descripción apenas hace justicia a aquellas cumbres del arte mecánico. Combinando la inventiva de los

anatomistas y la inspiración proporcionada por las estructuras corporales que estudiaban, los manipuladores permitían al operador llevar a cabo cualquier tarea que normalmente habría realizado a mano, pero a una escala mucho más pequeña.

Armar todo este equipo me llevó meses, pero no podía permitirme menos meticulosidad. Una vez los preparativos estuvieron listos, fui capaz de colocar las manos en un nido de interruptores y palanquitas y controlar un par de manipuladores situados en mi nuca y usar el periscopio para ver sobre qué actuaban. A partir de ese momento sería capaz de diseccionar mi propio cerebro.

La sola idea ha de sonar a pura locura, lo sé, y de habérsela comunicado a cualquiera de mis colegas sin duda habrían tratado de detenerme. Pero no podía pedirle a nadie que se pusiera en peligro en nombre de la investigación anatómica, y dado que deseaba llevar a cabo la disección en persona, no me conformaría con ser simplemente el sujeto pasivo de dicha operación. La autodisección era la única posibilidad.

Cogí una decena de pulmones llenos y los interconecté por medio de un distribuidor. Encajé este ensamblaje bajo la mesa de trabajo ante la que me sentaría y ubiqué un dispensador para conectármelos directamente a las válvulas bronquiales del pecho. Esto me proporcionaría seis días de aire. En previsión de que no llegase a completar mi experimento dentro de dicho período había programado la visita de un colega cuando expirara el tiempo estipulado. Daba por hecho, sin embargo, que la única manera de que no hubiera acabado la operación en ese período sería haberme provocado la muerte.

Empecé por quitar la placa curvadísima que forma la parte posterior y superior de mi cabeza; luego las otras dos, curvadas más levemente, que forman los laterales. Sólo me dejé la placa facial pero estaba encajada en un soporte con abrazaderas, y no podía ver la superficie interior desde la atalaya de mi periscopio; lo que veía expuesto era mi propio cerebro. Consistía en más de una decena de subensamblajes, el exterior de los cuales aparecía recubierto de carcasas complicadamente moldeadas; colocando el periscopio cerca de las fisuras que las separaban, obtuve un prometedor atisbo de los fabulosos mecanismos de su interior. Incluso con lo poco que veía podía decir que aquél era el motor más hermosamente complejo que había contemplado, tan superior, con diferencia, a cualquier artefacto construido por el hombre que tenía que ser indiscutiblemente de origen divino. Aquel espectáculo era a un tiempo emocionante y vertiginoso, y lo paladeé desde una perspectiva

estrictamente estética durante varios minutos antes de proceder con mis exploraciones.

Generalmente se conjeturaba que el cerebro estaba dividido en un motor ubicado en el centro de la cabeza que llevaba a cabo la cognición en sí, rodeado de una serie de componentes en los que se almacenaban los recuerdos. Lo que observé coincidía con esta teoría, dado que los subensamblajes periféricos parecían asemejarse entre ellos, mientras que el subensamblaje del centro parecía distinto, más heterogéneo y con más partes móviles. Sin embargo, la articulación de los componentes quedaba demasiado apretujada como para ver gran cosa de su funcionamiento; si pretendía aprender algo más necesitaría un punto de observación más cercano.

Cada subensamblaje contaba con un depósito de aire, alimentado por una cánula que se extendía desde un regulador en la base de mi cerebro. Centré el periscopio en el subensamblaje de más atrás y, utilizando los manipuladores remotos, desconecté rápidamente la cánula de desagüe e instalé una más larga en su lugar. Había practicado esta maniobra innumerables veces a fin de poder llevarla a cabo en cuestión de segundos; aun así, no estaba convencido de poder completar la conexión antes de que el subensamblaje agotara su depósito local. No continué hasta quedar convencido de que la operación del componente no había sido interrumpida; recoloqué la cánula más larga para obtener una vista mejor de lo que había en la fisura detrás de aquello: otras cánulas que lo conectaban con los componentes adyacentes. Utilizando el par de manipuladores más finos para introducirme en la grieta más estrecha, sustituí las cánulas una a una por las largas. Al final me abrí paso por el subensamblaje entero y sustituí cada conexión del resto de mi cerebro. Ahora era capaz de desencajar aquel subensamblaje del soporte que lo aguantaba y sacar la sección íntegra de lo que había sido la parte posterior de mi cabeza.

Sabía que era posible que hubiera dañado mi capacidad de pensar y que fuese incapaz de darme cuenta, pero unas pruebas aritméticas básicas sugirieron que me encontraba en perfecto estado. Con un subensamblaje colgando de un andamio más arriba, tenía ahora una mejor vista del motor cognitivo del centro de mi cerebro, pero no había espacio suficiente para introducir el accesorio del microscopio e inspeccionar de más cerca. Para poder examinar realmente los mecanismos de mi cerebro tendría que desplazar como mínimo media docena de subensamblajes.

Laboriosa, meticulosamente, repetí el proceso de sustitución de cánulas con otros subensamblajes, reposicionando dos de más atrás, dos de más arriba y otras dos de los laterales, suspendiendo las seis del andamio colocado sobre

mi cabeza. Cuando acabé, mi cerebro parecía como una explosión congelada una fracción infinitesimal de segundo después de la detonación, y de nuevo sentí vértigo al pensar en ello. Pero finalmente el motor cognitivo quedó expuesto, soportado por un pilar de cánulas y engranajes accionables que continuaban tronco abajo. Ahora también tenía espacio para rotar mi microscopio en un radio de trescientos sesenta grados y pasear la vista por las facetas internas de los subensamblajes que había movido. Lo que vi fue un microcosmos de maquinaria áurea, un paisaje de diminutos rotores giratorios y compresores de pistones en miniatura.

Ante semejante panorama, me pregunté dónde estaba mi cuerpo. Los conductos que desplazaban mi visión y acción por la sala no eran en principio distintos de los que conectaban mis ojos y manos originales a mi cerebro. En lo que durase aquel experimento, ¿acaso no eran aquellos manipuladores, en esencia, mis manos? ¿Acaso no eran aquellas lentes de aumento en el extremo de mi periscopio, en esencia, mis ojos? Era una persona del revés, con el cuerpo diminuto, fragmentado, en el centro de mi propio cerebro distendido. En esta inconcebible configuración empecé a explorarme.

Dirigí mi microscopio hacia uno de los subensamblajes de memoria y comencé a examinar su diseño. No tenía expectativas de ser capaz de descifrar mis recuerdos, sólo pretendía adivinar el método por el cual se inscribían. Tal y como había predicho, no había resmas de láminas a la vista, pero para mi sorpresa tampoco vi paneles de ruedas dentadas ni interruptores. En lugar de eso, el subensamblaje parecía consistir casi exclusivamente en un panel de túbulos de aire. A través de los intersticios entre túbulos fui capaz de atisbar ondas propagándose por el interior del panel.

A base de una cuidadosa inspección y un aumento creciente de las lentes, distinguí que los túbulos se ramificaban en diminutos capilares de aire, entretejidos en una densa celosía de cables en los que se engastaban hojas de oro por medio de bisagras. Bajo la influencia del aire que se escapaba de los capilares, las hojas quedaban colocadas en una gran variedad de posiciones. No se trataba de interruptores en el sentido convencional, dado que su posición estaba a merced de las corrientes de aire, pero conjeturé que aquéllos eran los interruptores que había estado buscando, el medio en el que mis recuerdos se inscribían. Las ondas que había observado tenían que ser actos de memoria, a medida que una cadena de hojas se leía y se enviaba de vuelta al motor cognitivo.

Pertrechado con esta nueva comprensión, dirigí mi microscopio hacia el motor cognitivo. Aquí también observé una celosía de cables, pero éstos no

contaban con hojas suspendidas en una posición; aquí las hojas se agitaban adelante y atrás casi demasiado rápido como para verlas. De hecho, prácticamente la totalidad del motor cognitivo parecía en movimiento, y consistía más en cuadrículas que en capilares de aire, y me pregunté cómo podía alcanzar el aire todas las hojas de oro de una manera coherente. Durante muchas horas escudriñé las hojas, hasta que me di cuenta de que estas mismas desempeñaban el papel de capilares; las hojas formaban conductos y válvulas temporales que existían el tiempo suficiente para redirigir el aire a otras hojas a su vez, y acto seguido desaparecían. Se trataba de un motor sujeto a una transformación continua, modificándose a sí mismo como parte de su funcionamiento. La cuadrícula no era tanto una máquina como una página en la cual la máquina era escrita, y en la cual la máquina misma escribía incesantemente.

Se podía decir que mi consciencia se codificaba en la posición de aquellas diminutas hojas, pero sería más preciso decir que se codificaba en el cambiante patrón de aire que afectaba a aquellas hojas. Al observar las oscilaciones de aquellas escamas de oro, vi que el aire no se limita, como siempre había dado por hecho, a proporcionar energía al motor que lleva a cabo nuestros pensamientos. Todo lo que somos es un patrón de flujo aéreo. Mis recuerdos estaban inscritos no como muescas sobre láminas ni en la posición de unos interruptores, sino como persistentes corrientes de argón.

En los instantes posteriores a la deducción de la naturaleza de aquel mecanismo en celosía, un torrente de intuiciones penetró en mi consciencia en rápida sucesión. La primera y más trivial fue la comprensión de por qué el oro, el más maleable y dúctil de los metales, era el único material del que podían estar hechos nuestros cerebros. Sólo la más finísima de las láminas podía moverse lo suficientemente rápido para mantener en funcionamiento semejante mecanismo, y sólo el más delicadísimo filamento podía hacerle las veces de bisagra. Por comparación, la viruta de cobre que levanta mi aguja según grabo estas palabras y que sacudo al acabar cada página es tan gruesa y pesada como chatarra. Aquello sí que era un medio en el que el borrado y el grabado podían llevarse a cabo con rapidez, mucho más que con ningún dispositivo de interruptores o ruedecillas.

Lo que quedó claro a continuación fue por qué instalar pulmones llenos en una persona que ha muerto por falta de aire no lo resucita. Las hojas de la celosía permanecen en equilibrio entre continuas bolsas de aire. Esta disposición les permite revolotear velozmente adelante y atrás, pero también significa que si el flujo de aire cesa en algún momento todo se pierde; las

hojas al completo cuelgan a plomo en idéntica posición y se borran los patrones y las consciencias que representan. Reanudar el suministro de aire no puede recrear lo que se ha desvanecido. Éste era el precio de la velocidad; un medio más estable para almacenar patrones supondría que nuestras consciencias operarían mucho más lentamente.

Fue entonces cuando percibí la solución a la anomalía de los relojes. Vi que la velocidad de movimiento de aquellas hojas dependía de que el aire las soportara; con suficiente flujo de aire, las hojas podían moverse casi sin fricción. Si se movían más despacio era porque estaban siendo sometidas a más fricción, cosa que sólo podía suceder si las bolsas de aire que las soportaban eran más finas y el aire que fluía a través de la celosía se movía con menos fuerza.

No es que los relojes de los torreones marchen más rápido. Lo que está sucediendo es que nuestros cerebros van más lento. Los relojes de los torreones funcionan mediante péndulos, cuyo tempo jamás varía, o por medio de un flujo de mercurio que pasa por un tubo y que nunca cambia. Pero nuestros cerebros dependen de la circulación del aire, y cuando ese aire fluye más despacio, nuestros pensamientos se ralentizan, haciendo que nos parezca que los relojes van más rápido.

Había temido que nuestros cerebros se estuviesen volviendo más lentos, y fue esta posibilidad lo que me empujó a emprender mi autodisección. Pero daba por hecho que nuestros motores cognitivos —si bien propulsados a base de aire— tenían a fin de cuentas una naturaleza mecánica, y que cierto aspecto del mecanismo se estaba deformando gradualmente por agotamiento, y que ésta era la causa de la ralentización. Esto habría sido nefasto, pero al menos había esperanzas de que pudiésemos reparar el mecanismo y restaurar la velocidad de funcionamiento original de nuestros cerebros.

Pero si nuestros pensamientos eran simplemente patrones de aire más que movimientos de ruedas dentadas, el problema era mucho más grave, porque ¿qué podía estar provocando que el aire que fluía a través del cerebro de cada persona se moviese a una velocidad menor? No podía ser una disminución de la presión de nuestras estaciones de llenado; la presión de aire en nuestros pulmones es tan alta que debe ir reduciéndose por medio de una serie de reguladores antes de llegar a nuestros cerebros. La disminución de la fuerza, según vi, debía proceder de la dirección contraria: la presión de la atmósfera que nos rodea estaba aumentando.

¿Cómo podía ser? Tan pronto como se formuló la pregunta se hizo patente la única respuesta posible: la altura de nuestro cielo no podía ser infinita. En

algún punto más allá de los límites de nuestra visión, el muro de cromo que rodea nuestro mundo tenía que curvarse hacia dentro formando una cúpula; nuestro universo es una cámara sellada más que un pozo abierto. Y el aire se está acumulando paulatinamente dentro de esta cámara, hasta que iguale la presión del reservorio subterráneo.

Por eso, al principio de esta grabación, he dicho que el aire no es la fuente de la vida. El aire no puede crearse ni destruirse; la cantidad total de aire del universo permanece constante, y si el aire fuera lo único que necesitáramos para vivir, jamás moriríamos. Pero en realidad la fuente de la vida es *una diferencia en la presión del aire*, el flujo de aire desde espacios donde es más denso hacia otros donde es más ligero. La actividad de nuestros cerebros, el movimiento de nuestros cuerpos, la acción de cada una de las máquinas que hemos creado, los determina el movimiento del aire, la fuerza ejercida cuando distintas presiones buscan el equilibrio entre ellas. Cuando la presión sea la misma en todo el universo, todo el aire quedará inmóvil e inservible; un día estaremos rodeados de aire inmóvil y seremos incapaces de sacarle ningún provecho.

En realidad no estamos consumiendo aire. La cantidad de aire que extraigo de cada par de pulmones diarios es exactamente la misma que se escapa por las junturas de mis extremidades y los cierres de mi revestimiento, exactamente la misma que añado a la atmósfera que me rodea; lo único que estoy haciendo es convertir aire a altas presiones en aire a bajas presiones. Con cada movimiento de mi cuerpo contribuyo al igualamiento de la presión en nuestro universo. Con cada pensamiento acelero la llegada del equilibrio fatal.

De haber llegado a esta comprensión en otras circunstancias, habría pegado un salto de mi silla y me habría echado a correr por las calles, pero dada mi situación en aquel momento —el cuerpo encajado en un soporte con abrazaderas, el cerebro suspendido en medio del laboratorio— me resultaba imposible. Veía las hojas de mi cerebro revoloteando más rápidamente ante el tumulto de mis pensamientos, que a su vez incrementaban mi agitación por encontrarme sujeto e inmovilizado de aquella manera. En aquel momento, el pánico podría haberme llevado a la muerte, un paroxismo de pesadilla motivado por estar atrapado y dando bandazos fuera de control simultáneamente, forcejeando contra las abrazaderas hasta que se me acabara el aire. Fue más una cuestión de suerte que de intención el que mis manos ajustaran los controles para desviar mi mirada periscópica de la celosía, de manera que lo único que pudiese ver fuera la superficie plana de mi mesa de

trabajo. Dispensado así de tener que ver y aumentar mis propios temores, fui capaz de calmarme. Cuando recuperé algo de compostura, emprendí el tedioso proceso de reensamblarme. Finalmente, restablecí mi cerebro a su configuración compacta original, me reconecté las placas de la cabeza y me liberé de las abrazaderas del soporte.

Al principio los demás anatomistas no me creyeron cuando les conté lo que había descubierto, pero a lo largo de los meses que siguieron a mi autodisección inicial, cada vez más y más fueron convenciéndose. Se realizaron más exámenes de cerebros, se tomaron más mediciones de la presión atmosférica, y se descubrió que los resultados confirmaban mis afirmaciones. La presión ambiental del aire de nuestro universo estaba aumentando realmente, y como resultado, ralentizando nuestros pensamientos.

Hubo un pánico generalizado en los días que siguieron a aquella revelación, cuando la gente contempló por primera vez la idea de que la muerte era inevitable. Muchos exigieron una reducción estricta de las actividades a fin de minimizar la densificación de nuestra atmósfera; las acusaciones de malgastar aire desembocaron en furibundas peleas y, en algunos distritos, en muertes. Fue la vergüenza por haber causado aquellas muertes, junto con el recordatorio de que faltaban muchos siglos aún para que la presión de nuestra atmósfera se igualara a la del reservorio subterráneo, lo que facilitó que el pánico remitiese. No tenemos la seguridad de cuántos siglos se necesitarán; se están llevando a cabo y debatiendo mediciones y cálculos adicionales. Mientras tanto hay mucha discusión sobre cómo deberíamos pasar el tiempo que nos queda.

Una secta se consagró al objetivo de revertir el igualamiento de la presión y encontró muchos adeptos. Los ingenieros que la formaban construyeron un artefacto que extraía aire de nuestra atmósfera y lo inoculaba en un volumen menor, un proceso que llamaron compresión. El artefacto restablecía la presión que tenía originalmente el aire del reservorio, y estos Reversionistas anunciaron emocionados que constituiría la base de un nuevo tipo de estación de llenado que, con cada pulmón que rellenase, revitalizaría no sólo a los individuos sino el mismísimo universo. Ay, pero un examen más detenido del artefacto reveló su funesto defecto. El artefacto en sí se alimentaba de aire del reservorio, y por cada pulmón relleno de aire que producía, consumía no sólo un pulmón entero sino un poco más. No revertía el proceso de igualamiento sino que, como todo lo demás en el mundo, lo agravaba.

Aunque algunos de sus adeptos desistieron, desilusionados, tras este revés, los Reversionistas en cuanto que grupo siguieron resueltos y empezaron a proyectar diseños alternativos en los que el compresor se alimentaba por medio del desenroscado de muelles o un sistema de pesas. Estos mecanismos no prosperaron. Cada muelle comprimido representa aire liberado por la persona que lo enroscó; cada peso suspendido a una altura superior a la del nivel de la superficie terrestre representa aire liberado por la persona que lo elevó. No existe ninguna fuente de energía en el universo que no derive en última instancia de una diferencia en la presión del aire, y no puede existir ningún artefacto cuyo funcionamiento no reduzca, al equilibrarse, dicha diferencia.

Los Reversionistas continúan con su labor, confiados en que un día construirán un artefacto que genere más compresión de la que usa, una fuente de energía perpetua que restablecerá el vigor perdido del universo. No comparto su optimismo; creo que el proceso de nivelación es inexorable. Al final todo el aire de nuestro universo quedará distribuido equitativamente, incapaz de accionar un pistón, hacer girar un rotor o voltear una lámina de oro. Será el fin de la presión, el fin de la fuerza motriz, el final del pensamiento. El universo habrá alcanzado un equilibrio perfecto.

A algunos les resulta irónico el hecho de que un estudio de nuestros cerebros nos haya revelado no los secretos del pasado sino lo que nos espera en el futuro en última instancia. Sin embargo, mantengo que en realidad hemos aprendido algo importante sobre el pasado. El universo comenzó como una enorme bocanada de aliento contenido. Quién sabe por qué, pero sea cual sea la razón, me alegro de que así fuera, porque debo mi existencia a ese hecho. Todos mis deseos y reflexiones no son ni más ni menos que remolinos generados por la exhalación paulatina de nuestro universo. Y hasta el momento en que esta gran exhalación termine, mis pensamientos proseguirán.

Para que nuestros pensamientos puedan continuar tanto tiempo como sea posible, los anatomistas y mecánicos están diseñando repuestos para nuestros reguladores cerebrales, capaces de incrementar paulatinamente la presión del aire dentro de nuestros cerebros y mantenerla ligeramente más alta que la presión atmosférica ambiental. Una vez se instalen, nuestros pensamientos continuarán más o menos a la misma velocidad aun cuando el aire se espese a nuestro alrededor. Al final la presión diferencial caerá a tales niveles que nuestras extremidades se debilitarán y nuestros movimientos se irán volviendo cada vez más pesados. Tal vez entonces tratemos de ralentizar nuestros pensamientos para que el letargo físico nos resulte menos obvio,

pero eso también provocará que los procesos externos se nos antojen acelerados. El tictac de los relojes se elevará a un castañeteo a la par que sus péndulos se balancean frenéticamente; cuando caiga un objeto se estampará contra el suelo como impulsado por muelles; las ondulaciones agitarán los cables como el restallar de un látigo.

En algún momento nuestras extremidades dejarán de moverse del todo. No estoy seguro acerca de la secuencia precisa de los acontecimientos que precederán al final, pero imagino un escenario en el que aún podamos seguir pensando, de manera que permanezcamos conscientes pero congelados, inmóviles como estatuas. Quizá podamos seguir hablando durante algún tiempo, porque nuestras cajas de voz funcionan con un diferencial de presión menor que las extremidades, pero, sin la posibilidad de acudir a una estación de llenado, cada palabra pronunciada reducirá la cantidad de aire necesaria al pensamiento y nos acercará al momento en que nuestros pensamientos cesen. ¿Qué será preferible, permanecer mudos para prolongar nuestra capacidad de pensar o hablar hasta el último momento? No lo sé.

Quizá unos pocos, en los días previos a dejar de movernos, seamos capaces de conectar nuestros reguladores cerebrales directamente a los dispensadores de las estaciones de llenado, sustituyendo efectivamente nuestros pulmones por el pulmón colosal del mundo. Si es así, esos pocos serán capaces de permanecer conscientes hasta los últimos instantes antes de que toda la presión se iguale. La última partícula de presión atmosférica restante en nuestro universo se gastará en cursar el pensamiento consciente de una persona.

Y entonces nuestro universo quedará en un estado de absoluto equilibrio. Toda vida y pensamiento cesarán y, con ellos, el tiempo mismo.

Pero conservo una leve esperanza.

Aun cuando el nuestro sea un universo cerrado, quizá no es la única cámara de aire en la infinita extensión de cromo sólido. Especulo con la posibilidad de que exista otra bolsa de aire en alguna parte, otro universo además del nuestro que sea incluso mayor en volumen. Es posible que este universo hipotético cuente con la misma presión atmosférica que el nuestro o incluso con una más alta, pero supongamos que tuviera una presión mucho menor, quizá incluso un auténtico vacío.

El cromo que nos separa de este supuesto universo es demasiado denso y demasiado duro como para perforarlo, así que no hay modo de llegar a él por nuestra cuenta, no hay manera de purgar el exceso de atmósfera de nuestro universo y recuperar así fuerza motriz. Pero fantaseo con que ese universo

adyacente cuente con sus propios habitantes, con mayores facultades que nosotros. ¿Y si ellos fueran capaces de crear un conducto entre los dos universos e instalar válvulas para liberar aire del nuestro? Podrían usar nuestro universo como reservorio, colocando dispensadores con los que podrían rellenar sus pulmones, y utilizar nuestro aire como una forma de impulsar su propia civilización.

Me anima imaginar que el aire que un día me alimentó a mí pueda alimentar a otros, creer que el aliento que me permite grabar estas palabras pueda un día fluir a través del cuerpo de otro. No me engaño pensando que esto podría ser una manera de vivir de nuevo, porque yo no soy ese aire, yo soy el patrón que asumió temporalmente. El patrón que soy yo, los patrones que son el mundo entero en el que vivimos, habrán desaparecido.

Pero tengo una esperanza incluso más leve: no sólo que esos habitantes usen nuestro universo como reservorio, sino que una vez lo hayan vaciado de su aire, sean capaces un día de abrir un pasaje y entrar realmente en nuestro universo como exploradores. Deambularán por nuestras calles, verán nuestros cuerpos congelados, rebuscarán entre nuestras posesiones y se preguntarán por las vidas que llevamos.

Ésa es la razón por la que he escrito este informe. Tú, espero, eres uno de esos exploradores. Tú, espero, encontraste estas hojas de cobre y descifraste las palabras grabadas en su superficie. E independientemente de que tu cerebro funcione impelido por el aire que impelió el mío o no, por medio del acto de leer estas palabras, los patrones que forman tus pensamientos se vuelven una imitación de los patrones que un día formaron los míos. Y de esta manera vivo de nuevo a través de ti.

Tus camaradas exploradores habrán encontrado y leído otros libros que dejamos, y por medio de la acción combinada de vuestras imaginaciones, mi civilización al completo vive de nuevo. Mientras recorréis nuestros silenciosos distritos, imaginadlos como fueron: con los relojes de los torreones tocando las horas, las estaciones de llenado atestadas de vecinos cotilleando, los pregoneros recitando versos en las plazas públicas y los anatomistas dando conferencias en las aulas. Visualizad todo esto la próxima vez que miréis el mundo congelado que os rodea, y en vuestras mentes, volverá a ser animado y vivaz.

Te deseo lo mejor, explorador, pero me pregunto: ¿Acaso os espera el mismo destino que me aguardó a mí? No puedo sino imaginar que así es, que la tendencia hacia el equilibrio no es un rasgo peculiar de nuestro universo, sino inherente a todos los universos. Quizá esto sólo sea una limitación de mi

pensamiento, y tu gente haya descubierto una fuente de presión verdaderamente eterna. Pero aquí mis especulaciones ya son demasiado fantasiosas. Daré por hecho que un día vuestros pensamientos también cesarán, aunque no puedo desentrañar cuán lejos en el futuro pueda ser. Vuestras vidas terminarán igual que terminaron las nuestras, igual que han de terminar las de todos. Independientemente de lo que tarde, al final se alcanzará el equilibrio.

Espero que no os entristezca esta constatación. Espero que vuestra expedición fuera más que una búsqueda de otros universos utilizables como reservorios. Espero que os motivase un deseo de conocimiento, un ansia de ver qué puede surgir de la exhalación de un universo. Porque si la duración de un universo es calculable, no lo es la variedad de vida que se genera. Los edificios que hemos levantado, el arte, la música y los versos que hemos compuesto, las vidas que hemos llevado: nada de eso pudo predecirse, porque nada de eso era inevitable. Nuestro universo pudo haberse deslizado hasta el equilibrio emitiendo poco más que un silencioso siseo. El hecho de que engendrase tanta plenitud es un milagro, un milagro sólo comparable al hecho de que vuestro universo os originara a vosotros.

Aunque cuando lees esto llevo mucho tiempo muerto, explorador, te dirijo unas palabras de despedida. Contempla la maravilla que constituye la existencia, y alégrate de disfrutar de esa posibilidad. Siento que tengo derecho a decirte esto porque, mientras grabo estas palabras, estoy haciendo eso mismo.

LO QUE SE ESPERA DE NOSOTROS

Esto es un aviso. Por favor, lean atentamente.

A estas alturas, probablemente ya han visto un Pronostic; para cuando lean esto se habrán vendido millones. Para quienes no hayan visto ninguno, se trata de un aparatito, como un control remoto para abrir el coche. Consta únicamente de un botón y un gran led verde. Si aprietas el botón, la luz destella. Para ser exactos, la luz destella un segundo antes de que aprietes el botón.

La mayoría de la gente dice que la primera vez que lo pruebas es como si estuvieses jugando a un extraño juego, un juego en que el objetivo es apretar el botón después de ver el destello, y al que es fácil jugar. Pero cuando intentas romper las normas descubres que no puedes. Si intentas apretar el botón sin haber visto el destello, aparece el destello de inmediato, y por muy rápido que actúes, jamás aprietas el botón hasta pasado un segundo. Si te esperas al destello con la intención de no llegar a apretar el botón, el destello nunca aparece. Hagas lo que hagas, la luz siempre precede al accionamiento del botón. No hay manera de engañar a un Pronostic.

El corazón de cada Pronostic consiste en un circuito con un retraso negativo del tiempo; envía una señal atrás en el tiempo. Las repercusiones globales de esta tecnología quedarán claras más adelante, cuando se consigan retrasos negativos de más de un segundo, pero ése no es el objetivo de este aviso. El problema inmediato es que los Pronostics demuestran que no existe el libre albedrío.

Siempre han existido argumentos que demostraban que el libre albedrío es una ilusión, algunos basados en la estricta física, otros basados en la pura lógica. La mayoría de la gent e conviene en que estos argumentos son irrefutables, pero nadie acepta realmente la conclusión. La experiencia de poseer libre albedrío es demasiado potente como para que un argumento la desautorice.

Generalmente, una persona juega con un Pronostic de manera compulsiva durante varios días, se lo enseña a sus amigos, prueba distintas estratagemas

para burlar al aparato. Puede parecer que la persona pierde interés en ello, pero nadie es capaz de olvidar lo que significa; a lo largo de las semanas siguientes las implicaciones de un futuro inmutable van calando. Algunas personas, al darse cuenta de que sus elecciones no importan, dejan de tomar decisiones por completo. Como una legión de Bartlebys, dejan de participar en la acción espontánea. Finalmente, una tercera parte de los que juegan con un Pronostic tienen que ser hospitalizados porque dejan de comer. El estado final es de mutismo acinético, una especie de coma en plena vigilia. Siguen los objetos en movimiento con la mirada y cambian de posición ocasionalmente, pero nada más. Se conserva la motricidad, pero la motivación ha desaparecido.

Antes de que la gente comenzara a jugar con Pronostics, el mutismo acinético era muy raro, resultado de daños en la región anterior cingulada del cerebro. Ahora se propaga como una plaga cognitiva. La gente solía especular con un pensamiento que destruye al pensante, una especie de horror lovecraftiano inefable, o un teorema de Gödel que aplasta el sistema lógico humano. Resulta que el pensamiento desactivador es uno con el que todos nos hemos topado: la idea de que el libre albedrío no existe. Lo que pasa es que no es perjudicial hasta que uno se lo cree realmente.

Los médicos intentarán discutir con los pacientes mientras todavía respondan a la conversación. Hemos estado llevando vidas felices, vidas activas antes, razonan con ellos, y tampoco teníamos libre albedrío. ¿Por qué va a cambiar nada? «Ninguna acción que hayas realizado en el último mes era más libre que una que lleves a cabo hoy —podría decir un médico—. Puedes seguir comportándote como entonces». Los pacientes responderán indefectiblemente: «Pero ahora lo sé». Y algunos no volverán a decir nada nunca más.

Habrá quien argumente que el hecho de que el Pronostic provoque este cambio en el comportamiento significa que tenemos libre albedrío. Un autómata no puede desilusionarse, sólo una entidad librepensadora podría. El hecho de que algunos individuos caigan en mutismo acinético mientras que otros no, no hace sino subrayar la importancia de la elección.

Desgraciadamente, un razonamiento semejante es incorrecto; cualquier forma de comportamiento es compatible con el determinismo. Un sistema dinámico puede caer en una cuenca de atracción y acabar en un punto fijo mientras otro presenta un comportamiento caótico indefinidamente, pero ambos son completamente deterministas.

Les estoy transmitiendo esta advertencia a un año vista en el futuro; éste es el primer mensaje largo recibido utilizando circuitos con retardos negativos de un alcance de megasegundos para construir dispositivos de comunicación. Le seguirán otros mensajes, abordando otros asuntos. Mi mensaje es éste: Finjan que tienen libre albedrío. Es esencial que se comporten como si sus decisiones contaran, aun cuando sepan que no es así. La realidad no es importante; lo que es importante es lo que creen, y creer la mentira es la única manera de evitar el coma en vigilia. Ahora la civilización depende del autoengaño. Quizá siempre ha sido así.

Y aun así sé que, dado que el libre albedrío es una ilusión, ya está predeterminado quién caerá en mutismo acinético y quién no. No hay nada que hacer al respecto; no pueden elegir el efecto que el Pronostic tiene sobre ustedes. Algunos sucumbirán y otros no, y que yo envíe este mensaje no va a alterar dichas proporciones. Entonces, ¿por qué lo envío?

Porque no tengo elección.

EL CICLO DE VIDA DE LOS ELEMENTOS DE SOFTWARE

1

Se llama Ana Alvarado y está teniendo un mal día. Se ha pasado toda la semana preparándose para una entrevista de trabajo, la primera en meses que alcanza la fase de videoconferencia, pero apenas apareció la cara del entrevistador en la pantalla, ya le contó que la empresa había decidido contratar a otra persona. Así que ahí está, sentada delante del ordenador, con su traje bueno, para nada. Hace un par de intentos desganados por mandar solicitudes a algunas otras empresas e inmediatamente recibe una tanda de rechazos automáticos. Tras una hora, Ana decide que necesita distraerse un poco: abre una ventana en Next Dimension para echar una partida a su juego favorito, *Age of Iridium*.

La cabecera de playa está atestada, pero su avatar lleva la codiciada armadura de combate madreperla y, al poco, unos jugadores le preguntan si quiere unirse a su escuadrón. Atraviesan la zona de combate, brumosa por el humo de los vehículos ardiendo, y durante una hora se afanan en limpiar de mántides un bastión; es la misión perfecta para el estado de ánimo de Ana, lo bastante fácil como para tener la victoria asegurada pero lo bastante exigente como para producirle satisfacción. Sus compañeros de equipo están a punto de aceptar otra misión cuando en la esquina de la videopantalla de Ana se abre una ventana de teléfono. Es una comunicación vía audio de su amiga Robyn, así que Ana enciende el micrófono para atender la llamada.

—Ey, Robyn.

—Hola, Ana, ¿cómo va?

—Te daré una pista: ahora mismo estoy jugando a AoI.

Robyn sonríe.

—¿Una mañana dura?

—Se podría decir que sí.

Ana le cuenta lo de la entrevista cancelada.

—Bueno, tengo noticias que igual te animan. ¿Podemos vernos en Data Earth?

—Claro, dame un segundo para cerrar sesión.

—Estaré en mi casa.

—Vale, hasta ahora.

Ana se disculpa con el escuadrón y cierra su ventana de Next Dimension. Se loguea en Data Earth y la ventana se abre en su última ubicación, una discoteca incrustada en la pared de un acantilado gigantesco. Data Earth cuenta con sus propios continentes recreativos —Elderthorn, Orbis Tertius— pero no son del gusto de Ana, así que pasa el rato aquí en los continentes sociales. Su avatar todavía lleva un vestido de fiesta de su última visita; cambia a un atuendo más convencional y entonces abre un portal a la dirección de casa de Robyn. Un paso y entra en el salón virtual de Robyn, en un edificio residencial aerostático que flota sobre una catarata semicircular de casi dos kilómetros de ancho.

Sus avatares se abrazan.

—¿Qué hay? —dice Ana.

—Blue Gamma va viento en popa —dice Robyn—. Acabamos de recibir otra tanda de subvenciones, así que estamos contratando. Pasé tu currículum por allí y todo el mundo está deseando conocerte.

—¿A mí? ¿Por mi vasta experiencia?

Ana acaba de diplomarse en testeo de software. Robyn impartía un curso introductorio, y ahí se conocieron.

—Exacto. Lo que les ha interesado es tu último empleo.

Ana se pasó seis años trabajando en un zoológico; el cierre fue la única razón por la que volvió a estudiar.

—Ya sé que en una *start-up* las cosas se pueden salir de madre, pero tampoco será como para necesitar a una vigilante de zoo.

Robyn suelta una risita.

—Deja que te enseñe en lo que estamos trabajando. Me han dicho que podía dejarte echar un vistazo, ADC mediante.

La cosa va en serio; hasta este momento, Robyn no había podido darle ningún detalle sobre su trabajo en Blue Gamma. Ana firma la ADC y Robyn abre un portal.

—Tenemos una isla privada; ven a echar una ojeada.

Avanzan con sus avatares.

Ana prácticamente espera ver un paisaje fantástico cuando la ventana se actualiza, pero lo que sucede es que su avatar se encuentra en lo que a primera

vista parece una guardería. Después de fijarse mejor, se le antoja una escena sacada de un libro infantil: hay un cachorrito de tigre antropomórfico enhebrando cuentas de colorines en un bastidor de alambres, un oso panda examinando un coche de juguete y un chimpancé con apariencia de dibujo animado dándole vueltas a una pelota de gomaespuma.

Las anotaciones en pantalla los identifican como digientidades, organismos digitales que viven en entornos como Data Earth, pero no se parecen a nada que Ana haya visto hasta el momento. No se trata de las mascotas idealizadas para el mercado de gente incapaz de responsabilizarse de un animal de verdad; éstos no son tan monos ni tan perfectos, y sus movimientos son demasiado desmañados. Tampoco se parecen a los habitantes de los biomas de Data Earth: Ana había visitado el archipiélago Pangea, había visto los canguros unípedos y las serpientes bidireccionales que reptaban por sus diversos invernaderos, y estaba claro que aquellos digientes no se habían originado allí.

—¿Esto es a lo que se dedica Blue Gamma? ¿Digientes?

—Sí, pero no digientes corrientes. Fíjate. —El avatar de Robyn se acerca al chimpancé que le da vueltas a la pelota y se acuclilla enfrente—. Hola, Pongo. ¿Qué haces?

—Pongo juga pota —dice el digiente a Ana, que se sobresalta.

—¿Jugando con la pelota? Genial. ¿Puedo jugar yo?

—No. Pongo pota.

—Por favor…

El chimpancé mira a su alrededor sin soltar la pelota en ningún momento, se va tambaleante hacia unos bloques de madera desparramados por el suelo. Empuja uno hacia Robyn.

—Robyn juga boques. —Se sienta de nuevo—. Pongo juga pota.

—Bueno, vale. —Robyn vuelve con Ana—. ¿Qué te parece?

—Es increíble. No sabía que los digientes habían llegado tan lejos.

—Es todo bastante reciente; nuestro equipo de desarrolladores contrató a un par de doctorados después de asistir a una conferencia suya el año pasado. Ahora tenemos un motor genómico que llamamos Neuroblast, y soporta más desarrollo cognitivo que cualquier otro que haya actualmente en el mercado. Las criaturitas estas —señala con un gesto a los habitantes de la guardería— son las más listas que hemos generado hasta el momento.

—¿Y los vais a vender como mascotas?

—Ése es el plan. Los vamos a publicitar como mascotas a las que puedes hablar y enseñar trucos muy guais. Hay un eslogan no oficial que usamos de

puertas adentro: «Toda la diversión de un mono, pero sin que te tiren caca».

Ana sonríe.

—Empiezo a ver dónde resultaría útil algo de experiencia con animales.

—Ahí está. No siempre logramos que estos chavales hagan lo que les decimos, y no sabemos cuánto de eso está en los genes y cuánto se debe únicamente a que no estamos usando las técnicas adecuadas.

Ana observa al digiente con forma de panda, que coge un coche de juguete con una garra y lo examina por debajo; con la otra garra da golpecitos cautelosos a las ruedas.

—¿Cuánto saben de partida estos digientes?

—Prácticamente nada. Deja que te lo enseñe. —Robyn activa una videopantalla en una pared de la guardería; se despliega la grabación de un cuarto decorado con colores primarios y un puñado de digientes tumbados en el suelo. Físicamente no son distintos de los que ahora están en la guardería, pero sus movimientos son azarosos, espasmódicos—. Éstos están recién abocetados. Se requiere un mes subjetivo para que aprendan lo básico: cómo interpretar estímulos visuales, cómo mover las extremidades, cómo se comportan los objetos sólidos. Durante esta etapa los ejecutamos en invernaderos, así que en total lleva como una semana. Cuando están listos para aprender interacción verbal y social, pasamos a ejecutarlos en tiempo real. Ahí entrarías tú.

El panda empuja el coche de juguete adelante y atrás por el suelo un par de veces, y luego emite un roznido, *mo mo mo*. Ana se da cuenta de que el digiente se está riendo.

Robyn continúa:

—Sé que estudiaste comunicación entre primates en la facultad. Ésta es tu oportunidad de ponerlo en práctica. ¿Qué te parece? ¿Te interesa?

Ana vacila; esto no es lo que se imaginaba haciendo en un futuro, y por un momento se pregunta cómo ha acabado así. De niña soñaba con seguir a Fossey y a Goodall hasta África; para cuando salió del posgrado quedaban tan pocos monos que su mejor opción fue trabajar en un zoo; ahora se está planteando un puesto de adiestradora de mascotas virtuales. En su trayectoria profesional puede observarse una progresiva pérdida de contacto con el mundo natural.

Déjate de monsergas, se dice. Igual no es lo que tenía en mente, pero es un empleo en la industria del software, que es para lo que volvió a la facultad. Y adiestrar monos virtuales podría ser, en realidad, más divertido que ejecutar

paquetes de testeo, así que siempre que Blue Gamma ofrezca un sueldo aceptable, ¿por qué no?

Se llama Derek Brooks, y no está contento con la tarea que tiene asignada actualmente. Derek diseña para Blue Gamma los avatares de los digientes, y normalmente disfruta de su trabajo, pero ayer los *product managers* le pidieron algo que considera una mala idea. Intentó decírselo, pero la decisión no le compete, así que ahora tiene que ingeniárselas para conseguir un resultado decente.

Derek estudió para ser animador, así que en cierto modo crear personajes digitales encaja en su perfil. En otros aspectos, su trabajo es muy distinto al de un animador tradicional. Normalmente diseñaría los andares y los gestos de un personaje, pero con los digientes esos rasgos son propiedades dimanantes del genoma; lo que tiene que hacer es diseñar un cuerpo que manifieste los gestos de los digientes de una manera con la que pueda empatizar la gente. Estas diferencias explican por qué muchos animadores (entre ellos, su mujer, Wendy) no trabajan en formas de vida digitales, pero a Derek le encanta. Siente que ayudar a expresarse a una nueva forma de vida es el trabajo más emocionante que podría hacer un animador.

Suscribe la filosofía del diseño de IA de Blue Gamma: la experiencia es la mejor maestra, así que en lugar de tratar de programar una IA con lo que quieres que sepa, vende unas IA capaces de aprender y haz que tus clientes les enseñen. Para lograr que los clientes inviertan esa clase de esfuerzo, todo tiene que ser atractivo en los digientes: sus personalidades tienen que ser encantadoras, punto en el que están trabajando los desarrolladores, y sus avatares tienen que ser cucos, y ahí es donde entra Derek. Pero no se puede limitar a ponerle unos ojos enormes y unas naricitas diminutas a los digientes. Si parecen dibujos animados, nadie se los tomará en serio. Y al revés, si se parecen demasiado a los animales reales, sus expresiones faciales y la capacidad de hablar se vuelven desconcertantes. Requiere un delicado equilibrio, así que ha dedicado horas sin fin a ver grabaciones de crías de animales, pero se las ha arreglado para diseñar caras híbridas que resultan adorables, pero sin exagerar.

Su tarea actual es un poco distinta. No satisfechos con gatos, perros, monos y pandas, los *product managers* han decidido que se necesita una mayor variedad de avatares, algo que no sean crías de animales. Proponen robots.

A Derek la idea le parece absurda. Toda la estrategia de Blue Gamma radica en la afinidad de la gente con los animales. Los digientes aprenden a base de refuerzo positivo, igual que hacen los animales, y sus recompensas incluyen interacciones como que les rasquen la cabeza o recibir bolitas virtuales para mascotas. Esto encaja a la perfección con un avatar animal, pero con un avatar robot el resultado es cómico y forzado. Si estuvieran vendiendo juguetes físicos, los robots tendrían la ventaja de ser más baratos de fabricar que animales verosímiles, pero en el ámbito virtual los costes de producción no importan, y las caras animales son más expresivas. Poner a disposición del público avatares robóticos es como ofrecer imitaciones, cuando se supone que vendes un producto revolucionario.

El hilo de sus ideas se ve interrumpido cuando llaman a la puerta; es Ana, la nueva miembro del equipo de testeo.

—Ey, Derek, deberías ver este vídeo de la sesión de adiestramiento de esta mañana. Han estado muy divertidos.

—Gracias, les echaré un vistazo.

Está a punto de marcharse, pero se para.

—Tienes pinta de llevar un mal día.

Derek piensa que contratar a una antigua vigilante de zoo fue una buena idea. No sólo ideó un programa de adiestramiento para digientes, además tuvo la genial idea de sugerir que mejoraran su alimentación.

Otros vendedores de digientes ofrecen una variedad limitada de bolitas comestibles, pero Ana sugirió que Blue Gamma ampliase radicalmente la forma que adopta la comida del digiente; señaló que una dieta variada mantiene a los animales de los zoológicos más contentos y hace que el momento de la alimentación sea más divertido para los visitantes. Dirección accedió, y el equipo de desarrollo editó el mapa de gratificaciones básico para que reconociera un amplio abanico de comida virtual; en realidad no podían simular distintos componentes químicos —la simulación física de Data Earth dista mucho de estar tan avanzada—, pero añadieron parámetros que suplieran el sabor y la textura de la comida y diseñaron una interfaz para el software dispensador de comida que permitía a los usuarios elaborar sus propias recetas. Ha resultado ser un gran éxito; cada digiente tiene sus favoritas, y los betatesters informan de que les encanta atender las preferencias de sus digientes.

—Dirección ha decidido que los avatares animales no bastan —dice Derek—. Quieren también avatares robots. ¿Te lo puedes creer?

—Me parece una buena idea —dice Ana.

Derek se queda sorprendido.

—¿En serio? Yo pensaba que preferirías los avatares animales.

—Todo el mundo considera animales a los digientes. La cosa es que los digientes no se comportan como ningún animal de verdad. Tienen todos esa cualidad no animal, así que es como si los estuviésemos vistiendo con disfraces de circo cuando tratamos de hacer que se parezcan más a monos o pandas.

Duele un poco que comparen con disfraces de circo a esos avatares suyos creados con tanto mimo. Se le debe de notar en la cara, porque añade:

—Tampoco es que el usuario medio vaya a darse cuenta. Es que me he pasado mucho más tiempo con animales que la mayoría.

—No pasa nada —dice él—. Agradezco que me den una perspectiva distinta.

—Perdona. Los avatares tienen una pinta genial, sinceramente. Me gusta el cachorro de tigre, sobre todo.

—No pasa nada. De verdad.

Se despide con un gesto de disculpa de la mano y se va por el pasillo mientras Derek piensa en lo que ha dicho.

Quizá está demasiado enfrascado en los digientes, tanto que ha comenzado a pensar en ellos como algo que no son. Ana tiene razón, por supuesto, en que los digientes tienen lo mismo de animales tradicionales que de robots tradicionales, ¿y quién puede decir que una analogía sea más precisa que la otra? Si trabaja partiendo de la premisa de que un avatar robótico es un medio tan bueno de facilitarle la expresión a un digiente como un avatar animal, entonces tal vez logre diseñar uno con el que se sienta satisfecho.

Pasa un año y Blue Gamma está a pocos días del gran lanzamiento de su producto. Ana está trabajando en su cubículo, al otro lado del pasillo de Robyn; se sientan espalda con espalda, pero ahora mismo las videopantallas de ambas muestran Data Earth, donde sus avatares aparecen uno al lado del otro. Cerca, una decena de digientes repartidos por un parque infantil, persiguiéndose por encima o por debajo de un diminuto puente, subiendo por un breve tramo de escalones y deslizándose por una rampa. Estos digientes son los aspirantes al lanzamiento; en unos días, ellos —o aproximaciones bastante cercanas— estarán a la venta para los clientes por todo el ámbito del mundo real y Data Earth.

Llegados a este punto, más que enseñar a los digientes ningún nuevo comportamiento, se supone que Ana y Robyn hacen que los digientes

practiquen lo ya aprendido. Están en medio de una sesión cuando Mahesh, uno de los cofundadores de Blue Gamma, pasa por los cubículos. Se para a mirar.

—Como si no estuviese, seguid con lo que estéis haciendo. ¿Qué habilidad toca hoy?

—Identificación de formas —dice Robyn. Instancia un batiburrillo de bloques de colorines en el suelo delante de su avatar. Le dice a uno de los digientes—: Ven aquí, Lolly.

Un cachorro de león cruza el patio tambaleándose.

Mientras tanto, Ana llama a Jax, cuyo avatar es un robot neovictoriano hecho de cobre pulido. Derek se lució con este diseño, desde las proporciones de las extremidades hasta la forma de la cara; Ana piensa que Jax es adorable. Instancia, además, una selección de bloques de colorines de distintas formas y dirige la atención de Jax hacia éstos.

—¿Ves los bloques, Jax? ¿Qué forma tiene el azul?

—Trángulo —dice Jax.

—Bien. ¿Qué forma tiene el rojo?

—Cuarraro.

– Bien. ¿Qué forma tiene el verde?

—Derrondo.

—Muy bien, Jax.

Ana le da una bolita que el cachorro devora con entusiasmo.

—Jax lito —dice Jax.

—Lolly pamién lita —añade Lolly.

Ana sonríe y les rasca a los dos la nuca.

—Sí, sois los dos muy listos.

—Lo do litos —dice Jax.

Los candidatos al lanzamiento son la destilación definitiva de innumerables pruebas, lo mejor de lo mejor en términos de educabilidad. Ha sido en parte una criba por inteligencia, pero también una criba por temperamento, una personalidad que no frustre a los clientes. Un elemento al respecto es la capacidad de juego en grupo. El equipo de desarrollo ha tratado de reducir el comportamiento jerárquico en los digientes: Blue Gamma quiere vender una mascota sobre la que los dueños no tengan que estar reafirmando su dominio continuamente, pero eso no quiere decir que nunca aflore la competitividad. A los digientes les encantan las atenciones, y si uno se da cuenta de que Ana está dándole coba a otro, intenta meterse en medio. La mayor parte del tiempo la cosa va rodada, pero cada vez que un digiente

parece especialmente rencoroso con sus compañeros o con Ana, ella lo marca, y ese genoma en concreto queda excluido de la siguiente generación. El proceso ha sido un poco como criar perros, aunque a veces es como una enorme cocina experimental: tandas interminables de *brownies* y pruebas de la palatabilidad de cada uno para encontrar la receta perfecta.

Los modelos actuales de los candidatos al lanzamiento se conservarán como mascotas, y habrá copias disponibles a la venta, pero lo que se espera es que la mayoría de la gente compre digientes más pequeños, en estado prelingüístico. Enseñar a hablar a tu digiente es un cincuenta por ciento de lo que lo hace divertido; las mascotas sirven principalmente como ejemplos de la clase de resultados que se pueden esperar. Ofertar digientes prelingüísticos también permite que se vendan en mercados no angloparlantes a pesar de que Blue Gamma sólo tenga personal suficiente para criar mascotas en inglés.

Ana manda a Jax de nuevo al patio y llama a Marco, un panda digiente. Está a punto de empezar a testear su reconocimiento de formas cuando Mahesh le señala un rincón de su videopantalla. Un par de digientes están en la cuesta que hay junto al parque tirándose y rodando pendiente abajo.

—Eh, qué guay —dice Ana—. Nunca les había visto hacer eso.

Hace andar a su avatar hacia la ladera, Jax y Marco la siguen y, acto seguido, se unen el resto de digientes. La primera vez que lo intenta, Jax se frena casi de inmediato, pero después de practicar un poco se atreve a bajar rodando por la cuesta. Lo repite unas cuantas veces y luego vuelve corriendo con Ana.

—¿Ana vito? —pregunta Jax—. ¡Jax caí vuelta abajo!

—¡Sí, te he visto! ¡Has rodado cuesta abajo!

—¡Rueda cueta abajo!

—Lo has hecho genial. —Le rasca la nuca de nuevo.

Jax se va corriendo y echa a rodar de nuevo. Lolly también se ha apuntado a la nueva actividad con entusiasmo. Al llegar al final de la pendiente continúa rodando por la tierra plana y acaba golpeando contra uno de los puentes del parque.

—Uyuyuy —dice Lolly—. Coño.

De repente la atención de todos se centra en Lolly.

—¿Dónde ha aprendido eso? —pregunta Mahesh.

Ana silencia su micrófono y hace que su avatar se acerque a Lolly para consolarla.

—No lo sé —dice—. Debe de haberlo oído.

—Bueno, pues no podemos vender un digiente que dice «coño».

—Yo me encargo —dice Robyn. En una nueva ventana en su pantalla carga los archivos de las sesiones de adiestramiento y realiza una búsqueda de las pistas de audio—. Parece que ésta es la primera vez que un digiente dice eso. En cuanto a quién de nosotros lo dijo… —Los tres observan mientras se acumulan resultados en la ventana; resulta que el culpable es Stefan, uno de los adiestradores de la sucursal australiana de Blue Gamma. Blue Gamma tiene gente trabajando en Australia e Inglaterra para adiestrar digientes cuando la sucursal de la Costa Oeste está cerrada; los digientes no necesitan dormir (o, para ser más precisos, el proceso de integración que vendría a ser su sueño puede ejecutarse a velocidad acelerada), así que se les puede adiestrar veinticuatro horas al día.

Revisan las secuencias de grabación de cada vez que Stefan ha dicho la palabra «coño» durante una sesión de adiestramiento. El estallido más exagerado es de hace tres días; es difícil decirlo con ver su avatar de Data Earth, pero suena como si se hubiese dado un golpe en la rodilla contra el escritorio. Hay ejemplos anteriores que se remontan a semanas atrás, pero ninguno tan alto ni prolongado.

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunta Robyn.

La solución inmediata parece clara. Tan cerca de la fecha de lanzamiento no les da tiempo a repetir semanas de adiestramiento; ¿deberían jugársela dando por hecho que los digientes no captaron la palabrota las primeras veces? Mahesh reflexiona unos instantes y se decide.

—Vale. Rebobínalos tres días y volvemos a empezar desde ahí.

—¿A todos? —dice Ana—. ¿No sólo a Lolly?

—No podemos arriesgarnos. Rebobínalos a todos. Y a partir de ahora quiero que se pase un corrector con búsqueda de palabra clave en cada sesión de adiestramiento. La próxima vez que quien sea diga una palabrota, rebobinadlos hasta el último punto de control guardado.

Así que los digientes pierden tres días de experiencia. Incluida la primera vez que se tiraron rodando pendiente abajo.

2

Los digientes de Blue Gamma son un exitazo. Durante el primer año de lanzamiento los compraron cien mil clientes y, lo más importante, los tuvieron en funcionamiento sin parar. Blue Gamma apuesta por un modelo de negocio similar al de las maquinillas de afeitar con cuchillas desechables, porque sólo con vender los digientes no recuperarían los costes de desarrollo;

lo que hacen, por lo tanto, es cobrar a los clientes cada vez que fabrican alimento digiente, y así mantienen un flujo de ingresos constante durante tanto tiempo como el digiente entretenga a sus dueños. Y hasta ahora los clientes los encuentran tremendamente entretenidos y los tienen todo el día en marcha. Lo habitual es que los clientes ejecuten el procesamiento de integración en modo lento para que los digientes duerman toda la noche, pero algunos lo ejecutan en modo acelerado para que sus digientes estén despiertos casi siempre; los comparten con gente de otras zonas horarias y así logran que maduren más rápidamente. Aparecen calificaciones de parques y guarderías para digientes por todos los continentes sociales de Data Earth, y los calendarios de actividades públicas se llenan de puntos que señalan encuentros para jugar en grupo, clases de adiestramiento y concursos de talento. Algunos dueños hasta llevan a sus digientes a las zonas de carreras y los dejan conducir sus vehículos. El mundo virtual funciona como una aldea global para la cría de digientes, un tejido social en el que se teje una nueva categoría de mascota.

La mitad de digientes que vende Blue Gamma son únicos, porque cuentan con un genoma generado aleatoriamente sin por ello salirse de los parámetros seleccionados durante el proceso de crianza. La otra mitad son copias de las mascotas, pero la empresa no pierde la ocasión de recordar a los compradores que cada copia se desarrollará de manera distinta dependiendo de su entorno. Para ilustrar este punto, el equipo de ventas de Blue Gamma muestra a Marco y a Polo, dos de las mascotas de la empresa. Ambos son instanciaciones del mismo genoma exacto y ambos tienen avatares de osos panda, pero poseen personalidades bien diferenciadas. Marco tenía dos años cuando se instanció a Polo, así que se pegó a él como si lo considerase una especie de hermano mayor; ahora son inseparables, pero Marco es más extrovertido mientras que Polo es más reservado, y no se espera que Polo se convierta en Marco para nada.

Las mascotas de Blue Gamma son los digientes Neuroblast más antiguos en activo, así que en un principio dirección esperaba que proporcionasen al equipo de testeo un avance del comportamiento digiente antes de que se lo encontrasen los clientes. En la práctica no ha funcionado en ese sentido; es imposible predecir en qué resultarán digientes criados en un millar de emplazamientos distintos. Cada dueño de un digiente explora, literalmente, un territorio nuevo, y se piden ayuda los unos a los otros. Aparecen foros *online* para dueños de digientes, repletos de anécdotas y discusiones, búsqueda de consejos y soluciones.

Blue Gamma tiene un empleado de atención al cliente cuya labor consiste en leerse el foro, pero Derek a veces lo revisa por su cuenta, después del trabajo. A veces los clientes hablan de las expresiones faciales de los digientes, pero cuando no, Derek también disfruta leyendo las anécdotas.

> De: Zoe Armstrong
> ¡No os vais a creer lo que hizo el otro día Natasha! Estábamos en el parque y otro digiente se cayó y se hizo daño. Natasha le dio un abrazo para que se sintiera mejor y yo la puse por las nubes. ¡Acto seguido, empuja a otro digiente para hacerlo llorar, lo abraza y me mira para que la felicite!

El siguiente *post* que lee capta su atención:

> De: Andrew Nguyen
> Hay unos digientes más listos que otros, ¿no? El mío no responde a mis órdenes como he visto que hacen los de otra gente.

Mira el perfil público del cliente y ve que su avatar es una lluvia interminable de monedas de oro; las monedas rebotan aquí y allá de manera que sus trayectorias sugieren una silueta humana bastante abstracta. Es una animación excelente, pero Derek sospecha que el usuario no ha leído las recomendaciones de Blue Gamma sobre cómo criar a los digientes. Postea una respuesta:

> De: Derek Brooks
> Cuando juegas con tu digiente, ¿llevas el avatar que aparece en tu perfil? Si es así, un problema es que tu avatar no tiene cara. Haz que tu cámara escanee tus expresiones faciales, ponte un avatar capaz de desplegarlas y obtendrás una interacción mucho más satisfactoria con tu digiente.

Continúa navegando. Un minuto después, se encuentra otra pregunta que le resulta interesante:

> De: Natalie Vance
> Mi digiente Coco es una Lolly de un año y medio. Últimamente está muy desobediente. Nunca hace lo que le digo, y me pone de los nervios. Hace unas semanas era una monada, así que probé a restaurarla desde un punto de guardado, pero no ha durado mucho. Ya lo he hecho dos veces, y siempre acaba igual de desobediente (aunque la segunda vez tardó un poco más). ¿A alguien le ha pasado algo parecido? Estoy especialmente interesada si se trata de una Lolly. ¿Cuánto habría que rebobinarla para solucionar el problema?

Hay varias respuestas en las que la gente propone maneras de aislar lo que motivó en concreto el cambio de disposición de Coco para después solucionarlo. Está a punto de publicar una respuesta, en el sentido de que un

digiente no es un videojuego que uno pueda rejugar hasta conseguir una puntuación perfecta, cuando ve una respuesta de Ana.

> De: Ana Alvarado
> Puedo empatizar, porque he visto exactamente lo mismo. No es un rasgo específico de las Lollys, es algo que sufren un montón de digientes. Puedes seguir intentando solucionar episodios como ése, pero sospecho que son inevitables y acabarás perdiendo meses con un digiente que nunca se hará mayor. O puedes apechugar con esta etapa complicada y tener un digiente más maduro una vez la haya atravesado.

Le anima leerlo. La práctica de tratar a seres conscientes como si fueran juguetes está demasiado extendida, y no sucede sólo con mascotas. Una vez asistió a una fiesta en casa de su cuñado y allí había una pareja con un clon de ocho años. Lo pasaba mal cada vez que miraba al chaval. El niño era una maraña de neurosis andante, el resultado de criarse como un monumento al narcisismo de su padre. Hasta un digiente merece más respeto.

Le envía a Ana un mensaje privado agradeciéndole su *post*. Luego se fija en que el cliente del avatar sin cara ha respondido a su propuesta.

> De: Andrew Nguyen
> A tomar por saco. Pagué un pastizal por este avatar, y lo compré precisamente para ponérmelo en los continentes sociales. No voy a quitármelo por un digiente.

Derek suspira; probablemente no hay manera de hacer que ese hombre cambie de opinión, pero con suerte suspenderá a su digiente en lugar de criarlo mal. Blue Gamma ha hecho lo que estaba en su mano para minimizar abusos; todos los digientes Neuroblast van equipados con circuitos inhibidores de dolor, lo que los hace inmunes a la tortura y por lo tanto poco atractivos para los sádicos. Lamentablemente, no hay manera de proteger a los digientes de situaciones como la pura negligencia.

A lo largo del año siguiente, otras empresas empiezan a comercializar sus propios motores genómicos con soporte de aprendizaje. Ninguno llega a la popularidad de los Neuroblast en la plataforma Data Earth, aunque en otras plataformas la situación es distinta. En Next Dimension predomina el motor Origami; en Anywhere, otro motor llamado Fabergé. Por suerte, Blue Gamma ha alentado a las empresas a ofrecer productos que se complementan y que, a la vez, compiten entre sí.

Hoy la mitad de los empleados de la compañía están reunidos en la zona de recepción: gerentes, desarrolladores, testers, diseñadores. Están aquí

porque por fin ha llegado un esperadísimo paquete: enfrente del mostrador del recepcionista hay un embalaje de cartón del tamaño de un maletón.

—Vamos a abrirla —dice Mahesh.

Ana y Robyn tiran de las lengüetas del embalaje y las separan en ocho bloques de aislante de celulosa que se abren como una puerta sobre bisagras. El ocupante de este sarcófago a medida es un cuerpo robótico recién llegado del centro de fabricación. Es de forma humanoide pero pequeño, de menos de un metro de altura, para garantizar menos inercia en sus extremidades y permitirle cierta agilidad. Tiene la piel de un negro brillante y la cabeza es desproporcionadamente grande, con una superficie ocupada en su mayor parte por una pantalla envolvente.

El robot es de SaruMech Toys. Varias empresas se han apresurado a ofrecer servicios dirigidos a propietarios de digientes, pero SaruMech es la primera con un producto de hardware y no de software. Han enviado un ejemplo de su producto a Blue Gamma con la esperanza de conseguir respaldo.

—¿Qué mascota tiene mayor puntuación? —pregunta Mahesh.

Se refiere a las pruebas de agilidad. La semana pasada se proporcionó a todos los digientes unos avatares de prueba con una distribución de peso y un rango de movimiento que coincidía con el cuerpo del robot; se pasaron parte del día llevando esos avatares, moviéndose con ellos para practicar. Ayer Ana puntuó a los digientes según su capacidad para ponerse en pie desde la postura de tumbados en el suelo, subir y bajar escaleras, mantener el equilibrio sobre una pata y luego la otra. Fue como realizar un control de alcoholemia a un puñado de niños de teta.

—Jax —dice Ana.

—Vale, prepáralo.

El recepcionista cede su lugar de trabajo a Ana, que se loguea en Data Earth desde ahí y llama a Jax. Jax es afortunado, porque el avatar de prueba no es radicalmente distinto del suyo propio; es más voluminoso, pero las extremidades y el tronco tienen proporciones similares. Por contraste, los digientes que se criaron llevando avatares de oso panda y cachorro de tigre han tenido más dificultades.

Robyn estudia el panel de diagnóstico del robot.

—Parece que estamos listos para empezar.

Ana abre un portal al gimnasio en pantalla y le hace un gesto a Jax.

—Vale, Jax, ven aquí.

En pantalla, Jax atraviesa el portal, y en la zona de recepción el pequeño robot cobra vida. La cabeza del robot se enciende para desplegar la cara de Jax, convirtiendo la cabeza desmesurada en un casco redondo. El diseño es una manera de mantener el parecido del avatar del digiente original sin tener que producir cuerpos personalizados. Jax parece un robot de hojalata con una armadura de obsidiana.

Jax se gira para contemplar la sala entera.

—¡Hala! —Deja de girar—. ¡Hala, hala! Sueno distinto. Hala, hala, hala.

—No pasa nada, Jax —le dice Ana—. Recuerda, te conté que tu voz podría sonar distinta en el mundo exterior.

El paquete de información de SaruMech les había avisado de esto, un chasis de plástico y metal conduce el sonido de manera distinta a los avatares de Data Earth.

Jax levanta la mirada hacia la cara de Ana y se asombra al contemplarla. Ella sabe que no está realmente dentro del cuerpo, el código de Jax sigue ejecutándose desde la red central, y este robot no es más que un periférico resultón, pero la ilusión es perfecta. E incluso después de toda su interacción en Data Earth, es emocionante tener a Jax plantado delante mirándola a los ojos.

—Ey, Jax. Soy yo, Ana.

—Llevas un avatar distinto —dice Jax.

—En el mundo exterior lo llamamos cuerpo, no avatar. Y aquí la gente no se cambia de cuerpo; eso sólo podemos hacerlo en Data Earth. Aquí siempre llevamos el mismo cuerpo.

Jax se para a reflexionar.

—¿Todo el rato sois así?

—Bueno, podemos llevar ropa distinta. Pero sí, éste es mi aspecto.

Jax se acerca para verla mejor y Ana se acuclilla, con los codos apoyados en las rodillas, de manera que queden casi a la misma altura. Jax le echa una ojeada a sus manos y luego a sus antebrazos; lleva manga corta. Acerca más la cabeza y Ana oye el leve zumbido de las cámaras de los ojos del robot reenfocando.

—Pelitos en los brazos —dice.

Ana se echa a reír; los brazos de su avatar son lisos como los de un bebé.

—Sí, tengo pelitos.

Jax levanta una mano y extiende un pulgar y un índice para agarrar unos pelos. Hace un par de intentos, pero igual que las pinzas de una máquina

expendedora, los dedos se le resbalan una y otra vez. Entonces le pellizca la piel y tira.

—Au. Jax, eso duele.

—Perdón. —Jax escudriña la cara de Ana—. Agujerillos por la cara.

Ana percibe el cachondeo general en la sala.

—Se llaman poros —dice poniéndose en pie—. Podemos hablar de mi piel luego. Ahora, ¿por qué no echas un vistazo por la sala?

Jax se gira y camina despacio por el vestíbulo, un astronauta en miniatura explorando un mundo alienígena. Se fija en la ventana que da al aparcamiento y se dirige hacia ella.

La luz del atardecer entra en diagonal por el cristal. Jax pisa el rayo de sol y retrocede repentinamente.

—¿Eso qué?

—Es el sol. Igual que el de Data Earth.

Jax vuelve a pisar con cautela la luz.

—No igual. Este sol brilla brilla brilla.

—Es verdad.

—El sol no necesita tanto brilla brilla brilla.

Ana se ríe.

—Tienes razón, supongo.

Jax se le acerca de nuevo y mira el tejido de sus pantalones. Tentativamente, ella le rasca la nuca. Los sensores táctiles del cuerpo del robot se ponen en funcionamiento, claramente, porque Jax se apoya en su mano; nota su peso, la resistencia dinámica de sus actuadores. Entonces Jax la abraza a la altura de los muslos.

—¿Me lo puedo quedar? —le dice a los demás—. Me ha seguido hasta casa.

Se echan a reír todos.

—Eso lo dices ahora —comenta Mahesh—, pero espera a que te tire las toallas de mano por el váter.

—Lo sé, lo sé —dice Ana. Había muchos motivos por los que Blue Gamma se orientó en el ámbito virtual en lugar de en el real: coste menor, facilidades de las redes sociales; pero uno fue el riesgo de los daños a la propiedad; no podían vender una mascota capaz de destrozarte las persianas venecianas reales de tu casa o hacer castillos de mayonesa en tu alfombra real —. El caso es que es guay ver a Jax así.

—Tienes razón, sí. Aunque espero por el bien de SaruMech Toys que la experiencia quede bien en vídeo.

SaruMech Toys no tiene planeado vender los cuerpos de los robots sino alquilarlos por horas. Se les dará a los digientes el uso de cuerpos en unas instalaciones fuera de Osaka y se les llevará de excursión al mundo real, mientras los dueños lo ven todo a través de cámaras montadas en microzepelines. Ana siente una necesidad apremiante de trabajar para ellos; ver a Jax de esta manera le recuerda lo mucho que echa de menos la parte física de trabajar con animales, y por qué no es lo mismo trabajar con digientes a través de una videopantalla.

Robyn le pregunta a Mahesh:

—¿Quieres que todas las mascotas prueben el robot?

—Sí, pero no hasta que no hayan pasado el test de agilidad. Si rompemos éste, SaruMech no nos va a dar otro gratis.

Ahora Jax está jugueteando con sus zapatillas, pegando tironcitos del extremo de un cordón. No sucede a menudo que Ana desee ser rica, pero ahora mismo, notando tensarse el cordón tironeado por Jax, es justo lo que está deseando. Porque si se lo pudiera permitir, se compraría uno de estos robots en un abrir y cerrar de ojos.

Varios empleados se turnan para enseñar a las mascotas el mundo real; Derek suele llevar a Marco o a Polo. Su primera idea es llevárselos fuera, rodear el edificio de oficinas donde Blue Gamma tiene su sede, y enseñarles las franjas de césped y arbustos que dividen el aparcamiento. Señala al robot acangrejado que se ocupa de la jardinería, fruto de una anterior tentativa de trasladar a los digientes al mundo real. El robot está equipado con una pala parecida a un zapato de tacón que sirve para arrancar hierbajos, y su labor depende del puro instinto; desciende de generaciones de ganadores en un torneo de jardinería evolutiva de los invernaderos de Data Earth. Derek siente curiosidad por saber cómo reaccionarán las mascotas al oír la historia del robot arrancahierbajos, se pregunta si lo identificarán como un camarada emigrado de Data Earth, pero ninguno muestra el más mínimo interés.

En cambio, resulta que a las mascotas les fascinan las texturas. En Data Earth las superficies tienen mucho detalle visual pero ninguna cualidad táctil aparte del coeficiente de fricción; muy pocos jugadores usan controladores que transmitan el tacto, de manera que la mayoría de vendedores no se molestan en implementar textura en las superficies de sus entornos. Ahora que los digientes pueden notar las superficies del mundo real, encuentran la novedad en las cosas más simples. Cuando Marco vuelve de su turno en el cuerpo robótico, no puede parar de hablar de las alfombras y la tapicería de

cuero de las butacas; cuando Polo lleva el cuerpo, se pasa todo el rato palpando los ásperos escalones antideslizantes de las escaleras del edificio. Nadie se sorprende cuando resulta que las almohadillas sensoras de los dedos del robot son los primeros componentes en necesitar recambio.

Lo siguiente en lo que se fija Marco es en que la boca de Derek es distinta de la suya. Las bocas de los digientes sólo comparten un parecido superficial con las bocas humanas; aunque los labios se mueven cuando hablan, los generadores de habla de los digientes no están basados en parámetros físicos. Marco quiere conocer la mecánica del habla y le pide repetidas veces a Derek que le deje meterle los dedos en la boca mientras habla. Polo se queda atónito al descubrir que la comida cae de verdad garganta abajo cuando Derek traga, en lugar de desvanecerse simplemente, como sucede con la comida digiente. Derek había temido que se angustiaran al enterarse de los límites de su fisicidad, pero resulta que lo encuentran divertido, nada más.

Una ventaja inesperada de ver a los digientes en un cuerpo robótico es que proporciona una visión más cercana de sus caras de lo que es habitual al observarlos en Data Earth. En consecuencia, el trabajo dedicado a sus expresiones faciales es más fácil de apreciar ahora. Un día Ana va a su cubículo y le dice emocionada:

—¡Eres una maravilla!

—Ehmm…, gracias, supongo.

—Acabo de ver a Marco poniendo unas expresiones para partirse de risa. Tienes que verlas. ¿Me dejas? —Le hace un gesto en dirección a su teclado, y Derek se separa del escritorio rodando en su silla para que llegue. Ana abre un par de ventanas de vídeo en su pantalla: una es una grabación de la cámara del cuerpo robótico en la que se muestra el punto de vista del digiente, mientras que la otra es una grabación de lo que aparecía en la pantalla del casco. A juzgar por la primera, estaban en el aparcamiento de nuevo—. La semana pasada fue a una de esas excursiones de SaruMech —le cuenta—, y, evidentemente, le encantó, así que ahora se aburre en las oficinas.

En la pantalla, Marco dice: «Quiere ir parque de cuando excursión».

«Aquí te puedes divertir lo mismo». En la pantalla, Ana hace una seña a Marco para que la siga.

La imagen se balancea de lado a lado mientras Marco niega con la cabeza. «No mismo divertido. Parque más divertido. Te lo enseño».

«No podemos ir a ese parque. Está muy lejos; tendríamos que viajar un montón de rato para llegar allí».

«Pues abre portal».

«Lo siento, Marco, no puedo abrir portales en el mundo exterior».

—Ahora mira qué cara —dice Ana.

«Inténtalo. Inténtalo fuerte por favor por favor». Marco pone una carita de panda suplicante; es la primera vez que Derek la ve, así que suelta una carcajada sorprendido.

Ana se ríe también y dice:

—Sigue mirando.

En la pantalla, Ana dice:

«Da igual lo fuerte que lo intente, Marco; el mundo exterior no tiene portales. Sólo Data Earth tiene portales».

«Entonces vamos a Data Earth. Abres allí portal».

«Eso valdría sólo para ti si tienes allí un cuerpo que ponerte, pero yo no puedo ponerme un cuerpo distinto, tendría que mover éste de sitio y eso llevaría mucho tiempo».

Marco reflexiona sobre lo dicho y a Derek le fascina comprobar que la cara del digiente realmente expresa su incredulidad.

«Mundo exterior tonto», declara el digiente.

Derek y Ana estallan en carcajadas. Ella cierra la ventana y dice:

—Has hecho un trabajo fabuloso con esto.

—Gracias. Y gracias por enseñármelo; qué subidón.

—Me alegra oírlo.

Es agradable que le recuerden a uno que el trabajo de los inicios está dando sus frutos, porque la mayoría de los encargos recientes de Derek no son ni por asomo tan interesantes. Los digientes Origami y Fabergé han empezado a multiplicarse en una variedad de avatares más amplia como dragoncitos, grifos y otras criaturas mitológicas, así que Blue Gamma quiere ofrecer avatares similares para los digientes Neuroblast. Los nuevos avatares son modificaciones directas de los ya existentes, y no requieren de nada nuevo en lo que se refiere a sus expresiones faciales.

De hecho, su tarea más reciente exige que cree un avatar sin ningún tipo de expresión facial. Un grupo de entusiastas de la vida artificial quedó impresionado por el potencial del genoma Neuroblast y, en lugar de esperar a que una inteligencia real evolucionase por su cuenta en los biomas, encargó a Blue Gamma el diseño de una especie alienígena inteligente para ellos. Los desarrolladores diseñaron un taxón de personalidad que está a años luz de las razas que Blue Gamma vende, así que Derek está diseñando un avatar con tres patas, un par de tentáculos por brazos y una cola prensil. Algunos de esos aficionados quieren un esbozo de cuerpo incluso más extraño, además de un

entorno con físicas diferentes, pero él les recordó que mientras crían a los digientes tendrán que llevar ellos mismos los avatares, y que controlar tentáculos ya es dificultad suficiente.

Los aficionados han bautizado a su nueva especie con el nombre de xenoterios, y han organizado un continente privado llamado Data Mars en el que pretenden crear una cultura alienígena desde cero. A Derek le pica la curiosidad, pero no le han dejado visitarlo, porque el único idioma permitido en presencia de los digientes es un dialecto personalizado del idioma artificial lojban. Se pregunta cuánto tiempo serán capaces esos aficionados de proseguir con el proyecto. Aparte del enorme obstáculo del acceso, criar a los xenoterios no proporciona satisfacciones como las que Ana y él acaban de experimentar observando a Marco. Las recompensas serán puramente intelectuales y, a largo plazo, ¿bastarán?

3

A lo largo del año siguiente, el pronóstico meteorológico para el futuro de Blue Gamma pasa de soleado a decididamente nublado. Las ventas a nuevos clientes han ido disminuyendo, y lo que es peor, los ingresos generados por el software dispensador de comida han caído: cada vez más y más clientes están suspendiendo sus digientes.

El problema es que a medida que los digientes Neuroblast dejan la infancia se están volviendo demasiado exigentes. Al criarlos, Blue Gamma apostó por una combinación de astucia y obediencia, pero debido a la impredecibilidad inherente a cualquier genoma, incluso a uno digital, resulta que los desarrolladores fracasaron en su objetivo. Igual que en un juego tremendamente complicado, el equilibrio entre desafío y recompensa que proporcionan los digientes va más allá de lo que la mayoría de gente considera divertido, de modo que los suspenden. Pero a diferencia de los dueños de perros que compran una raza para la que no están preparados, a los clientes de Blue Gamma no se les puede culpar de no haber hecho sus deberes; la propia compañía no sabía que los digientes fueran a evolucionar de esta manera.

Algunos voluntarios han comenzado a mantener refugios de rescate donde acogen digientes no deseados con la esperanza de encontrarles nuevos dueños. Estos voluntarios ponen en práctica gran variedad de estrategias; algunos tienen en funcionamiento a los digientes sin parar, mientras que otros los restauran desde el último punto guardado cada pocos días para evitar que

desarrollen traumas de abandono que podrían dificultar su adopción. Ninguna estrategia resulta demasiado eficaz a la hora de atraer propietarios en potencia. De vez en cuando aparece una persona que quiere probar un digiente sin tener que criarlo desde la infancia, pero estas adopciones no duran mucho, de modo que, en esencia, los refugios se convierten en almacenes de digientes.

A Ana no le hace gracia esta tendencia, pero está familiarizada con la realidad de las protectoras de animales: sabe que no pueden salvarlos a todos. Preferiría que las mascotas de Blue Gamma no se enteraran de lo que está sucediendo, pero el fenómeno se ha extendido demasiado. Los ha llevado en sucesivas ocasiones a un mismo parque infantil y uno de los digientes se fija en la ausencia de este u otro compañero de juegos habitual.

El trayecto de hoy hacia el parque es distinto y les depara una sorpresa agradable. Antes incluso de que todas las mascotas hayan atravesado el portal, Jax y Marco se fijan en un digiente que lleva puesto un avatar de robot. Exclaman a una: «¡Tibo!», y corren hacia él.

Tibo es uno de los digientes más antiguos aparte de las mascotas, propiedad de un betatester llamado Carlton. Suspendió a Tibo como hace un mes; Ana se alegra de ver que no era una cosa permanente. Mientras los digientes parlotean, hace avanzar su avatar hasta el de Carlton y charla con él; Carlton le explica que necesitaba un descanso y que ahora se siente listo para darle a Tibo la atención que le ha estado exigiendo.

Más tarde, después de llevar las mascotas de nuevo del parque a la isla de Blue Gamma, Jax le cuenta la conversación con Tibo.

—Le he contado la diversión cuando no estaba él. Le he dicho la excursión al zoo díver díver.

—¿Se ha puesto triste por habérsela perdido?

—No. Ha discutido. Ha dicho la excursión fue al centro comercial no al zoo. Pero esa excursión fue mes pasado.

—Eso es porque Tibo ha estado suspendido todo este tiempo que no lo habéis visto —le explica Ana—, así que se piensa que la excursión del mes pasado fue ayer.

—Dije eso —dice Jax, sorprendiéndola con esa comprensión—, pero no cree. Discute hasta que Marco y Lolly dicen también. Entonces triste.

—Bueno, seguro que haremos otras excursiones al zoo.

—No por perder zoo. Triste por perder mes.

—Ah.

—Yo no quiero suspensión. No quiero perder mes.

Ana se esfuerza por sonar tranquilizadora.

—No tienes que preocuparte por eso, Jax.

—No me vas suspender, ¿verdad?

—Claro que no.

Para gran alivio suyo, Jax parece conformarse; no ha dado con la idea de sacar a alguien una promesa, y ella se avergüenza por alegrarse de no haber tenido que prometerle nada. Se consuela con el convencimiento de que si suspendieran a las mascotas durante un lapso cualquiera, casi con total seguridad los suspenderían a todos, así que al menos no habría discrepancias experienciales dentro del grupo. Lo mismo pasaría si rebobinasen a las mascotas hasta una edad más temprana. Restaurar en un punto de guardado anterior es una de las sugerencias de Blue Gamma a los clientes que consideran demasiado exigentes a sus digientes, y se ha hablado de que la empresa debería hacer lo mismo con sus propias mascotas para respaldar la estrategia.

Ana se fija en la hora y empieza a instanciar algunos juegos para que las mascotas jueguen por su cuenta; es hora de adiestrar a los digientes sobre la nueva línea de productos de Blue Gamma. En los años transcurridos desde que se creó el genoma Neuroblast, los desarrolladores han programado herramientas más sofisticadas para analizar las interacciones de sus diversos genes, así que comprenden mejor las propiedades del genoma. Hace poco han creado un taxón con menos plasticidad cognitiva, lo que implica digientes que deben estabilizarse más rápidamente y permanecer dóciles para siempre. La única manera de saberlo con seguridad es dejar que los clientes los críen durante años y ver qué pasa, pero los desarrolladores están bastante convencidos. Esto constituye una desviación significativa del objetivo original de la empresa de conseguir digientes que se volviesen cada vez más sofisticados, pero las situaciones drásticas requieren medidas drásticas. Blue Gamma cuenta con estos nuevos digientes para frenar la pérdida de ingresos, así que Ana y el resto del equipo de testeo los están adiestrando de manera intensiva.

Tiene tan bien adiestradas a las mascotas que esperan para que les dé permiso antes de empezar con sus juegos.

—Muy bien, venga a jugar todos —dice, y todos los digientes se abalanzan a por sus favoritos—. Os veo luego.

—No —dice Jax. Se queda quieto y se acerca al avatar de Ana—. No quiero jugar.

—¿Qué? Pues claro que quieres.

—No juego. Quiero empleo.

Ana se echa a reír.

—¿Qué? ¿Para qué quieres un empleo?

—Para ganar dinero.

Se da cuenta de que Jax no dice esto alegre; está de un humor taciturno. Poniéndose más seria, le pregunta:

—¿Para qué necesitas dinero?

—No necesito. Te doy ti.

—¿Por qué quieres darme dinero?

—Tú necesitas —dice como si no pudiera ser de otra manera.

—¿Acaso he dicho yo que necesitase dinero? ¿Cuándo?

—La semana pasada pregunto por qué juegas con otros digientes y no mí. Dijiste que gente paga para jugar con ellos. Si tengo dinero, puedo pagar. Entonces juegas más migo.

—Ay, Jax. —Por un momento se queda en blanco—. Eres un amor.

Pasado otro año, la cosa es oficial: Blue Gamma va directa al cese de operaciones. No hay suficientes clientes interesados en probar suerte con los digientes perpetuamente dóciles. Internamente se debatieron diversas propuestas, incluida la de una raza de digientes que comprendiera el idioma pero que no pudiera hablarlo, aunque era demasiado tarde. La base de consumidores ha quedado reducida a una pequeña comunidad de propietarios acérrimos de digientes, y no generan suficientes ingresos como para mantener Blue Gamma a flote. La empresa sacará una versión gratuita del software dispensador de comida para que aquellos que lo deseen puedan continuar haciendo funcionar a sus digientes durante tanto tiempo como les apetezca, pero, por lo demás, los clientes ya no pueden contar con su ayuda.

La mayor parte de los empleados ya han vivido otras quiebras empresariales, así que si bien no se alegran, para ellos no se trata más que de otro episodio laboral más de sus vidas en la industria del software. Para Ana, sin embargo, el cierre de Blue Gamma le recuerda al del zoo, que fue una de las experiencias más traumáticas de su vida. Todavía se le llenan los ojos de lágrimas cuando piensa en la última vez que vio a sus monos, deseando poder explicarles por qué no volverían a verla, esperando que fueran capaces de adaptarse a sus nuevos hogares. Cuando se decidió a reciclarse para la industria del software, se alegró de no tener que afrontar otra vez una despedida similar en su nueva vía profesional. Aquí está ahora, contra todo pronóstico, confrontada con una situación extrañamente parecida.

Parecida, pero no la misma. Blue Gamma no necesita encontrarle nuevos hogares a sus decenas de mascotas, realmente; puede limitarse a suspenderlas, sin ninguna de las implicaciones que tendría la eutanasia. La propia Ana ha suspendido a miles de digientes durante el proceso de cría, y no están muertos ni se sienten abandonados. El único sufrimiento que produce la suspensión de las mascotas es el de los propios adiestradores; Ana lleva pasando con las mascotas cada día de los últimos cinco años, y no quiere decirles adiós. Por suerte hay una alternativa: cualquier empleado puede permitirse quedarse con una mascota en Data Earth, mientras que ni tan siquiera habría podido plantearse el quedarse un simio en su apartamento.

Teniendo en cuenta lo fácil que es, a Ana le sorprende que muchos empleados no quieran adoptar a una mascota. Sabe que puede dar por sentado que Derek se quede uno —se preocupa por los digientes tanto como ella—, pero los adiestradores se muestran inesperadamente renuentes. Todos les tienen cariño a los digientes, pero la mayoría sienten que quedarse con uno de mascota ahora sería como seguir haciendo su trabajo, aunque gratis. Ana está convencida de que Robyn se llevará uno, pero Robyn se le adelanta con una noticia durante el almuerzo:

—No se lo íbamos a decir a nadie todavía —le confía—, pero… estoy embarazada.

—¿En serio? ¡Enhorabuena!

Robyn sonríe.

—¡Gracias!

Suelta una oleada de informaciones reprimidas: las opciones que Linda, su pareja, y ella barajaron, el método de ovofusión por el que apostaron, su tremenda suerte al lograr que prosperase en el primer intento. Ana y Robyn comentan cuestiones relativas a la búsqueda de empleo y la baja de maternidad. Al final vuelven al tema de la adopción de las mascotas.

—Evidentemente vas a estar ocupadísima —dice Ana—, pero ¿qué te parece adoptar a Lolly?

Sería fascinante ver la reacción de Lolly a su embarazo.

—No —responde Robyn negando con la cabeza—. En lo que a digientes se refiere, ya he pasado página.

—¿Has pasado página?

—Estoy lista para ir a por algo tangible, ¿sabes lo que te quiero decir?

Ana responde con prudencia:

—No estoy segura.

—La gente siempre dice que evolucionamos para querer tener bebés, y yo pensaba que eso no eran más que un montón de patrañas, pero ya no. —La expresión facial de Robyn es de trance; ya no se dirige a Ana exactamente—. Perros, gatos, digientes: no son más que sustitutos de aquellos seres de los que se supone que deberíamos ocuparnos. Al final empiezas a entender lo que significa un bebé, lo que de verdad significa, y todo cambia. Y entonces te das cuenta de que todo lo que habías sentido hasta ahora no era… —Robyn se frena—. Es decir, que a mí me ha ayudado a poner las cosas en perspectiva.

Las mujeres que trabajan con animales están hartas de oír lo mismo: que su amor por los animales tiene que nacer de un deseo sublimado de criar niños. Ana está cansada del estereotipo. Le gustan los niños lo normal, pero no son el baremo por el que medir todos los demás logros. Preocuparse por los animales tiene un valor intrínseco, es una vocación por la que nadie necesita disculparse. No habría dicho lo mismo de los digientes cuando empezó a trabajar en Blue Gamma, pero ahora se da cuenta de que igual esto también vale por ellos.

4

El año que sigue al cierre de Blue Gamma supone muchos cambios para Derek. Consigue un empleo en la empresa donde trabaja su mujer, Wendy, animando actores virtuales para la televisión. Tiene suerte de trabajar en una serie con un buen guion, pero por más ingenioso y espontáneo que suene el diálogo, todas y cada una de sus palabras, cada uno de los matices y entonaciones están exhaustivamente coreografiados. Durante el proceso de animación escucha pronunciar las frases centenares de veces, así que la actuación final se le antoja de una perfección lustrosa y estéril.

En cambio, la vida con Marco y Polo es una cadena interminable de sorpresas. Los adoptó a los dos porque ellos no querían que los separaran, y si bien no puede dedicarles tanto tiempo como cuando trabajaba para Blue Gamma, ser propietario de un digiente ahora es de hecho más interesante que nunca. Los clientes que continuaron con sus digientes en marcha formaron un grupo de usuarios de Neuroblast para mantenerse en contacto; es una comunidad más pequeña que antes, pero los miembros son más activos y dedicados, y sus esfuerzos están dando fruto.

Ahora mismo es fin de semana, y Derek va en coche al parque; en el asiento del copiloto va Marco, con un cuerpo robótico. Va de pie en el asiento —con el cinturón de seguridad ceñido—, así que ve por la ventana; busca

todo lo que hasta el momento sólo ha visto en vídeos, cosas que no hay en Data Earth.

—Boca dincendos —dice Marco señalando.

—Boca de incendios.

—Boca de incendios.

—Eso es.

El cuerpo que lleva Marco es el que tenía Blue Gamma en propiedad. Las excursiones en grupo se acabaron porque SaruMech Toys cerró poco después de Blue Gamma, así que Ana —que trabaja probando software usado en plantas de almacenamiento de carbono— compró con descuento el cuerpo robótico para que lo usara Jax. Le prestó a Derek el cuerpo la semana pasada para que Marco y Polo pudieran jugar con él puesto, y ahora se lo va a devolver. Ana va a pasar el día en el parque dejando que otros dueños de digientes se turnen el cuerpo.

—Voy a hacer boca de incendios la próxima manualidad —dice Marco—. Usaré cilindro, usaré cono, usaré cilindro.

—Me parece buena idea —dice Derek.

Marco se refiere a las sesiones de manualidades que ahora tienen los digientes a diario. Empezaron hace unos meses, después de que un dueño programara un software que permitía que unas cuantas herramientas de Data Earth de edición en pantalla pudieran manipularse desde dentro de la propia Data Earth. Manipulando una consola de palancas y botones deslizantes, un digiente puede instanciar varias formas sólidas, cambiarlas de color, combinarlas y editarlas de muchas maneras distintas. Los digientes están en la gloria; para ellos es como si les hubiesen concedido poderes mágicos, y en cierto modo así es, teniendo en cuenta cómo estas herramientas de edición llegan a eludir la simulación de leyes físicas de Data Earth. Cada día después del trabajo, cuando Derek se loguea en Data Earth, Marco y Polo le enseñan las manualidades que han hecho.

—Luego puedo enseñar a Polo cómo… ¡Parque! ¿Ya parque?

—No, todavía no hemos llegado.

—El cartel dice hamburguesas y parque. —Marco señala un cartel que dejan atrás.

—Dice hamburguesas y café. «Café», no «parques». Todavía falta un poco.

—Café —dice Marco mirando retroceder el cartel a lo lejos.

Otra nueva actividad para los digientes han sido las clases de lectura. Marco o Polo nunca le habían prestado demasiada atención a los textos antes

—no abundan en Data Earth aparte de las anotaciones en pantalla, que no son visibles para los digientes—, pero el dueño de uno le enseñó al suyo a reconocer órdenes escritas en tarjetas, animando a varios dueños más a hacer la prueba. En términos generales, los digientes Neuroblast reconocen palabras razonablemente bien, pero les cuesta asociar letras sueltas con sonidos. Es una forma de dislexia que parece ser propia del genoma Neuroblast; según otros grupos de usuarios, los digientes Origami aprenden las letras con facilidad, mientras que los digientes Fabergé continúan exasperantemente sumidos en el analfabetismo con independencia del método de aprendizaje que se emplee con ellos.

Marco y Polo dan clases con Jax y otros pocos, y parece que las disfrutan bastante. A ninguno de los digientes los criaron con cuentos para dormir, así que el texto no les fascina como a los niños humanos, pero su curiosidad general —junto con las alabanzas de sus dueños— los animan a explorar los usos que se le pueden dar al texto. A Derek le parece emocionante y se lamenta de que Blue Gamma no siguiera en marcha lo suficiente para ver estas cosas.

Llegan al parque; Ana los ve y se acerca mientras Derek aparca el coche. Marco le da un abrazo a Ana en cuanto Derek lo deja salir del coche.

—Hola, Ana.

—Hola, Marco —responde Ana; acaricia la nuca del robot—. ¿Todavía estás en el cuerpo? Lo has tenido una semana entera. ¿No te ha bastado?

—Quería viaje en coche.

—¿Querías jugar un ratito en el parque?

—No, nos vamos ahora. Wendy no quiere nos quedemos. Adiós Ana.

Derek ya ha sacado del asiento de atrás la plataforma de carga del robot. Marco se sube a la plataforma —han enseñado a los digientes a volver ahí cada vez que vuelven a Data Earth— y el casco del robot se oscurece.

Ana usa su portátil para preparar al primer digiente que ha de entrar en el robot.

—¿Entonces tú también tienes que marcharte? —le pregunta a Derek.

—No, no me esperan en ningún sitio.

—Entonces, ¿a qué se refería Marco?

—Bueno…

—A que lo adivino: Wendy cree que pasas demasiado tiempo con digientes, ¿verdad?

—Eso es —dice Derek. A Wendy también le incomodaba la cantidad de tiempo que ha estado pasando con Ana, pero no tiene sentido comentarlo. Le

aseguró que no ve a Ana de esa manera, que sólo son amigos con un interés común en los digientes.

El casco del robot se enciende y muestra la cara de un cachorro de jaguar; Derek reconoce a Zaff, el dueño es uno de los betatesters.

—Hola Ana hola Derek —dice Zaff, y sale corriendo de inmediato hacia un árbol cercano. Derek y Ana lo siguen.

—Así que ni viéndolo en el cuerpo robótico se ablandó, ¿no? —pregunta Ana.

Derek impide que Zaff recoja unas cacas de perro. A Ana le dice:

—Qué va. Todavía no entiende por qué no lo suspendo cada vez que nos viene bien.

—Cuesta encontrar a alguien que lo entienda. Cuando trabajaba en el zoo era lo mismo; todos los tipos con los que salía se sentían como segundones. Y ahora, cuando le cuento a uno que le pago clases de lectura a mi digiente, me mira como si estuviera loca.

—Eso tampoco le parecía bien a Wendy.

Observan a Zaff revolviendo la hojarasca, saca una hoja casi transparente de tan descompuesta, y se la pone delante de la cara para mirar a través, una máscara de blonda vegetal.

—Aunque supongo que no debería hablar pestes de ellos —dice Ana—. A mí misma me costó entender qué gracia tienen.

—A mí no —dice Derek—. Yo pensé que los digientes eran fabulosos desde el primer instante.

—Eso es verdad —conviene Ana—. Eres poco común.

Derek observa a Ana con Zaff, admira su paciencia a la hora de guiarlo. La última vez que notó tantas cosas en común con una mujer fue cuando conoció a Wendy, que compartía su entusiasmo por dar vida a personajes por medio de la animación. Si no estuviese casado, igual le pediría salir a Ana, pero no tiene sentido especular ahora sobre eso. Lo más que pueden ser es amigos, y eso ya vale bastante la pena.

Ha pasado un año, y Ana va a quedarse en su apartamento esta noche. En el ordenador tiene una ventana abierta en Data Earth, donde su avatar está en el parque, supervisando un encuentro de Jax con otro puñado de digientes. El número de digientes sigue disminuyendo —Tibo, por ejemplo, hace meses que no aparece—, pero el grupo habitual de Jax se ha mezclado con otro hace poco, así que todavía tiene oportunidad de hacer nuevos amigos. Unos

cuantos digientes están subidos en las estructuras para trepar, otros juegan con juguetes en el suelo, mientras que un par miran una televisión virtual.

En otra ventana, Ana sigue los foros de debate del grupo de usuarios. El tema *du jour* es la última actuación del Frente de Libertad de Información, una organización que presiona para acabar con la propiedad privada de datos. La semana pasada hizo públicas una serie de técnicas para crackear muchos de los mecanismos de control de acceso a Data Earth, y en los últimos días la gente ha visto ítems raros y caros de sus inventarios personales de juegos circulando libremente como si fueran folletos que estuvieran repartiendo en una esquina del centro. Ana no ha vuelto a ningún continente recreativo de Data Earth desde que comenzó el problema.

En el parque, Jax y Marco han decidido jugar a algo nuevo. Se ponen a cuatro patas y empiezan a gatear de aquí para allá. Jax le hace una seña y ella hace que su avatar se acerque.

—Ana —le dice—, ¿sabes las hormigas hablan con ellas?

Han estado viendo vídeos sobre naturaleza en la televisión.

—Sí, algo había oído.

—¿Sabes que sabemos qué dicen?

—¿En serio?

—Hablamos hormigo. Así: *Imp fimp deemul weetul*.

Marco responde:

—*Beedul jeedul lomp womp*.

—¿Y eso qué significa?

—No te lo digo. Sólo sabemos nosotros.

—Nosotros y hormigas —añade Marco. Y entonces Jax y Marco se echan a reír, *mo mo mo*, y Ana sonríe. Los digientes se van corriendo a jugar a otra cosa y ella vuelve a hojear los foros.

De: Helen Costas

¿Creéis que hay peligro de que hagan copias de nuestros digientes?

De: Stuart Gust

¿Quién se va a molestar en copiarlos? Si hubiera una gran demanda de digientes, Blue Gamma no habría quebrado. ¿Os acordáis de lo que pasó con los refugios? Literalmente no había manera de regalar un digiente. Y no es que hayan ganado popularidad desde entonces.

En el parque, Jax exclama: «¡He ganado!». Ha estado jugando con Marco a un juego vagamente organizado. Se balancea triunfalmente de lado a lado.

—Vale —dice Marco—, te toca.

Rebusca entre los juguetes desparramados a su alrededor, encuentra un mirlitón y se lo tiende a Jax.

Jax se coloca un extremo del silbato en la boca. Se pone de rodillas y con el mirlitón le va dando golpecitos rítmicos a Marco a la altura del ombligo, si tuviera.

Ana le pregunta:

—Jax, ¿qué haces?

Jax se saca el mirlitón de la boca.

—Hago mamada a Marco.

—¿Qué? ¿Dónde has visto tú una mamada?

—Ayer en la tele.

Ana mira el televisor; en ese momento emiten unos dibujos animados infantiles. Se supone que el televisor extrae su contenido del catálogo de vídeos para niños; es probable que alguien esté insertando material adulto sirviéndose de alguna herramienta de pirateo del FLI. Decide no darle demasiada importancia delante de los digientes.

—Vale —dice, y Jax y Marco prosiguen con su pantomima. Publica una nota sobre la manipulación del catálogo de vídeos en los foros y sigue leyendo.

Unos minutos más tarde, Ana oye un pitido poco habitual y ve que Jax se ha ido a ver la televisión; todos los digientes la están viendo. Mueve su avatar para ver qué les ha llamado la atención.

En la televisión virtual, una persona con un avatar de payaso sujeta a un digiente que lleva un avatar de cachorrillo de perro mientras le da martillazos en las piernas. Las piernas de los digientes no se pueden romper, porque sus avatares no se diseñaron previendo esa posibilidad y, quizá por la misma razón, tampoco pueden gritar, pero sí pueden sufrir, y ese pitido es su única manera de expresarlo.

Ana apaga la televisión virtual.

—¿Qué pasado? —pregunta Jax, y varios de los demás digientes repiten la pregunta, pero ella no contesta. Lo que hace es abrir una ventana en su pantalla física para leer la descripción que acompaña al vídeo que se estaba reproduciendo. No es una animación, sino una grabación de un *griefer* que ha usado un hack del FLI para deshabilitar los disyuntores del circuito de dolor físico de un digiente. Peor aún: el digiente no es una instanciación nueva y anónima, sino la mascota querida de alguien, copiada ilícitamente con el hack del FLI. El digiente se llama Nyyti, y Ana se da cuenta de que es compañero de Jax en clase de lectura.

Quienquiera que haya copiado a Nyyti puede tener una copia de Jax también. O podría estar haciendo una copia de Jax en este preciso instante.

Teniendo en cuenta la distribución arquitectónica de Data Earth, Jax es vulnerable si el *griefer* está en cualquier punto del mismo continente donde está situado el parque.

Jax sigue preguntando sobre lo que han visto en el televisor. Ana abre en una ventana un listado de todos los procesos en marcha de Data Earth con su cuenta personal, encuentra la que representa a Jax y la suspende. En el parque, Jax se queda inmóvil a media frase y acto seguido se esfuma.

—¿Qué pasado Jax? —pregunta Marco.

Ana abre otra ventana para los procesos de Derek —se han dado autorizaciones completas el uno al otro para sus cuentas— y suspende a Marco y a Polo. No tiene autorización completa para los demás digientes, así que no tiene claro cómo proceder a continuación. Ve que están inquietos y confusos. Carecen del reflejo de lucha o huida de los animales, y de reacciones desencadenadas por oler feromonas u oír gritos angustiados, pero sí tienen una versión de neuronas espejo. Les ayuda a aprender y socializar, pero también implica que se angustien por lo que han visto en la televisión.

Todos los que han traído a sus digientes al encuentro han facilitado a Ana un permiso para que los ponga a dormir la siesta, pero sus procesos seguirán en marcha aunque estén dormidos, lo que quiere decir que seguirán en peligro de ser copiados. Decide trasladar a los digientes a una islita, lejos de los continentes más grandes, con la esperanza de que haya menos posibilidades de que un acosador esté rastreando procesos allí.

—Muy bien, atención todo el mundo —anuncia—, nos vamos al zoo.

Abre un portal al centro para visitantes del archipiélago Pangea y los ayuda a atravesarlo. El centro para visitantes parece vacío, pero no piensa arriesgarse. Hace dormir a los digientes y luego les envía a sus dueños mensajes diciéndoles dónde recoger cada uno al suyo. Deja su avatar con los digientes mientras va al foro a avisar a todo el mundo.

A lo largo de la siguiente hora los dueños llegan para recoger a sus digientes mientras Ana ve proliferar el debate en los foros como una maraña de algas. Indignación y amenazas de demanda contra varios grupos. La posición que adoptan algunos jugadores es que las quejas de los dueños de digientes deberían quedar en un segundo plano frente a las suyas propias, porque los digientes no tienen valor monetario, con lo que prenden la chispa de una enconada discusión. Ana ignora a la mayoría y se dedica a buscar información sobre la respuesta de Daesan Digital, la empresa que dirige la plataforma Data Earth. Finalmente aparecen noticias tangibles:

Daesan tiene una actualización de la arquitectura de seguridad para Data Earth que dicen que reparará la fisura. Iba a formar parte de la actualización del año que viene, pero la están poniendo a punto en vista de lo sucedido. No pueden proporcionarnos datos sobre cuándo estará lista. Hasta que lo esté, mejor que todos mantengan suspendidos sus digientes.

De: Maria Zheng

Hay otra opción. Lisma Gunawan está preparando una isla privada, y sólo permitirá el acceso a los códigos verificados. No podréis utilizar nada que hayáis comprado recientemente, pero los digientes Neuroblast funcionarán bien. Contactad con ella si queréis que os incluya en la lista de visitantes.

Ana envía una petición a Lisma y recibe una respuesta automática que le promete ponerla al tanto cuando la isla esté lista. La de Ana no está preparada para poner en marcha una instanciación local del entorno de Data Earth por sí sola, pero tiene otra opción. Se pasa una hora configurando su sistema para poner en marcha una instanciación completamente local del motor Neuroblast; sin un portal de Data Earth, tiene que cargar el estado guardado de Jax manualmente, pero al final logra poner en marcha a Jax con el cuerpo robótico.

—¿… apagado la televisión? —Se calla al darse cuenta de que lo que lo rodea ha cambiado—. ¿Qué pasado?

—No pasa nada, Jax.

Ve el cuerpo que lleva.

—Estoy en mundo exterior. —La mira—. ¿Me has suspendido?

—Sí, lo siento. Sé que te dije que no lo haría, pero me he visto obligada.

Él le pregunta quejoso:

—¿Por qué?

Ana se avergüenza de lo fuerte que abraza el cuerpo robótico.

—Estoy intentando mantenerte a salvo.

Un mes más tarde, Data Earth tiene una actualización de seguridad. El FLI niega cualquier responsabilidad de lo que los *griefers* hagan con la información que publicaron, alegando que toda libertad es susceptible de que alguien se aproveche de ella, pero desvían su atención hacia otros proyectos. Por un tiempo, al menos, los continentes públicos de Data Earth son seguros de nuevo para los digientes, pero el daño está hecho. No hay manera de rastrear copias que estén funcionando de forma privada, así que aun cuando no se publiquen más vídeos de tortura digiente, muchos dueños de Neuroblast dan por sentado que la cosa sigue en marcha; suspenden a sus digientes para siempre y abandonan el grupo de usuarios.

Al mismo tiempo, otros se entusiasman con la oferta de digientes copiados, en concreto con aquellos a los que se ha enseñado a leer. Los miembros de un departamento de investigación de inteligencia artificial se han planteado si los digientes podrían formar su propia cultura en caso de dejarlos en un invernadero, pero nunca han tenido acceso a digientes que leyeran, y no les interesaba criarlos ellos. Ahora los investigadores reúnen tantas copias de digientes alfabetizados como les es posible, Origami la mayoría, por ser los que tienen mejores habilidades lectoras, pero meten un puñado de Neuroblast también. Los ponen en islas privadas provistas de bibliotecas de texto y software y las hacen funcionar a velocidad de invernadero. Los foros de debate bullen especulando sobre ciudades en botellas, microcosmos en tableros.

Derek piensa que la idea es ridícula —un puñado de niños abandonados no van a volverse autodidactas por más libros que les dejes—, así que no se sorprende al leer sobre los resultados: todas las poblaciones examinadas terminan volviéndose salvajes. Los digientes no tienen tanta capacidad de agresión como para llegar a una degradación brutal al estilo de *El señor de las moscas*; se limitan a dividirse en grupos indefinidos y sin jerarquías. Al principio, las rutinas diarias de cada grupo se hilan por la fuerza de la costumbre: leen y usan el *eduware* cuando es hora de clase, van a jugar a los parques…, pero sin nada que los refuerce, estos rituales se deshilachan como un cordel barato. Cada objeto se convierte en un juguete, cada espacio es un parque, y poco a poco los digientes pierden sus habilidades. Desarrollan una especie de cultura propia, tal vez la misma que se habría dado en un grupo de digientes salvajes si hubieran evolucionado en sus propios biomas.

Por más interesante que pueda parecer, no es ni de lejos la civilización emergente que los investigadores buscaban, así que intentan rediseñar las islas. Intentan aumentar la variedad de poblaciones de prueba pidiendo a los propietarios de digientes educados que donen copias; para gran sorpresa de Derek, reciben unas cuantas de propietarios que han acabado cansándose de pagar clases de lectura y se conforman con que los digientes salvajes no sufran. Los investigadores idean varios incentivos —todos automatizados, de manera que no se requiere interacción en tiempo real— para mantener a los digientes motivados. Imponen dificultades, de manera que la indolencia tenga un precio. Mientras que un puñado de las poblaciones en pruebas revisadas evitan volverse salvajes, ninguna comienza la escalada hacia una sofisticación tecnológica.

Los investigadores concluyen que al genoma Origami le falta algo, pero Derek opina que la carencia la tienen ellos. Están demasiado ciegos como para ver la verdad pura y dura: las mentes complejas no pueden desarrollarse por sí solas. Si así fuese, los niños salvajes serían como todos los demás. Y las mentes no crecen como las ortigas, donde sea y sin las atenciones de nadie; de lo contrario, todos los niños de los orfanatos prosperarían. Para que una mente tenga posibilidad de acercarse a su pleno potencial necesita que la cultiven otras mentes. Ese cultivo es lo que está tratando de proporcionarles a Marco y a Polo.

De vez en cuando, Marco y Polo discuten, pero el enfado no les dura demasiado. Sin embargo, hace unos días empezaron a reñir sobre si era justo que a Marco lo hubieran materializado antes que a Polo, y por alguna razón la cosa fue subiendo de tono. Desde entonces, los digientes apenas han vuelto a hablarse, así que Derek se siente aliviado cuando los ve acercarse juntos.

—Qué bien veros juntos de nuevo. ¿Habéis hecho las paces?

—¡No! —dice Polo—. Enfadados aún.

—Pues qué pena.

—Los dos queremos ayuda —dice Marco.

—Vale, ¿qué puedo hacer yo?

—Queremos nos rebobines a semana pasada, antes de gran pelea.

—¿Qué? —Ésta es la primera vez que oye a un digiente pedir que lo restauren desde un punto de guardado—. ¿Por qué vais a querer hacer eso?

—Quiero no recordar gran pelea —dice Marco.

—Quiero estar contento, no triste —dice Polo—. Tú quieres que estar contentos, ¿verdad?

Derek opta por no entrar en un debate sobre la diferencia entre sus instanciaciones actuales y las instanciaciones restauradas desde un punto de guardado.

—Claro que sí, pero no os puedo rebobinar cada vez que os peleéis. Esperad un poco y se os pasará el enfado.

—Hemos esperado y aún enfadados —dice Polo—. Pelea grande grande. Quiero que no pasado.

Con tanta serenidad como le es posible, Derek dice:

—Bueno, pues ha pasado, y ahora tendréis que apechugar con ello.

—¡No! —grita Polo—. ¡Yo enfadado enfadado! ¡Quiero que arreglas!

—¿Por qué quieres que estamos enfadados para siempre? —pregunta Marco.

—No quiero que estéis enfadados para siempre; quiero que hagáis las paces. Pero si no podéis, entonces tendremos que vivir con ello, yo incluido.

—¡Ahora enfadado contigo también! —dice Polo.

Los digientes salen de estampida en direcciones distintas, y Derek se pregunta si ha tomado la decisión correcta. No siempre ha sido fácil criar a Marco y a Polo, pero nunca los ha rebobinado a un punto de guardado anterior. La estrategia ha funcionado hasta la fecha, pero ya no está seguro de que vaya a seguir sirviendo.

No hay manuales para criar digientes, y las técnicas pensadas para mascotas o niños tan pronto funcionan como no. Los digientes habitan cuerpos simples, así que su viaje hacia la madurez está libre de los remolinos y borrascas ocasionadas por las hormonas de un cuerpo orgánico, pero eso no significa que no experimenten cambios de humor o que sus personalidades no se transformen nunca; sus mentes bordean continuamente nuevas regiones del espacio fase definido por el genoma Neuroblast. De hecho, es posible que los digientes no lleguen a alcanzar la «madurez»; la idea de una meseta del desarrollo se basa en un modelo biológico que no se corresponde necesariamente con la de ellos. Es posible que sus personalidades evolucionen al mismo ritmo durante tanto tiempo como sigan en funcionamiento. Sólo el tiempo lo dirá.

Derek quiere hablar sobre lo que acaba de pasar con Marco y Polo; desgraciadamente, la persona con la que quiere hablarlo no es su mujer. Wendy comprende las posibilidades del crecimiento de los digientes y reconoce que Marco y Polo se volverán más y más capaces cuanto más tiempo se les dedique; el caso es que sencillamente es incapaz de que dicha perspectiva le genere ningún tipo de entusiasmo. Celosa por el tiempo y la atención que dedica a los digientes, consideraría su petición de rebobinado la oportunidad perfecta para suspenderlos por un período indefinido.

La persona con la que quiere hablar, evidentemente, es Ana. Lo que en su momento parecía un temor de Wendy sin fundamento se ha hecho realidad; ha terminado por desarrollar sentimientos por Ana que van más allá de la amistad. Ésta no es la causa de sus problemas con Wendy; si acaso, es el resultado. El tiempo que pasa con Ana representa un alivio, una oportunidad de disfrutar de la compañía de los digientes sin remordimientos de conciencia. Cuando está enfadado piensa que es culpa de Wendy por alejarlo, pero cuando se calma se da cuenta de que eso es injusto.

Lo importante es que no se ha dejado llevar por sus sentimientos hacia Ana, ni piensa hacerlo. Lo que necesita es concentrarse en llegar a un acuerdo

con Wendy en lo relativo a los digientes; si lo logra, la tentación que representa Ana pasará. Hasta entonces, debe intentar pasar menos tiempo con ella. No va a ser fácil: dado el reducido número de la comunidad de dueños de digientes, la interacción con ella es inevitable, y no puede hacer sufrir a Marco y a Polo por eso. No tiene claro qué hacer, pero por ahora se aguanta las ganas de llamar a Ana para pedirle consejo y en lugar de eso publica una pregunta en el foro.

5

Pasa otro año. Las corrientes subterráneas del mercado cambian, y los mundos virtuales experimentan desplazamientos tectónicos como respuesta: una nueva plataforma llamada Real Space, implementada a partir de la ultimísima arquitectura de la computación distribuida, se convierte en el meollo de la formación del terreno digital. Mientras tanto, Anywhere y Next Dimension dejan de expandirse por sus fronteras y cristalizan en una configuración estable. Data Earth ha sido durante mucho tiempo un habitual en el universo de los mundos virtuales que ha sabido resistir a los picos de crecimiento y a los bajones drásticos, pero ahora su topografía comienza a erosionarse; uno por uno, sus superficies continentales virtuales desaparecen como islas reales, esfumándose bajo una oleada creciente de indiferencia de los consumidores.

Mientras tanto, el fracaso de los experimentos para producir civilizaciones en miniatura en invernaderos ha provocado que el interés general en las formas de vida digitales disminuya. De vez en cuando se observa alguna nueva fauna curiosa en los biomas, una especie que presenta una configuración corporal exótica o una estrategia reproductiva novedosa, pero en general se da por sentado que los biomas no se están ejecutando a suficiente velocidad de resolución para que una inteligencia auténtica se desarrolle en ellos. Las empresas que crearon los genomas Fabergé y Origami se van a pique. Muchos especialistas en tecnología declaran que los digientes representan un callejón sin salida, la prueba de que la IA encarnada en un cuerpo es inútil para todo lo que no sea el entretenimiento, hasta la introducción de un nuevo motor genómico llamado Sophonce.

Los diseñadores de Sophonce querían digientes susceptibles de aprender vía software sin necesidad de interacción con humanos; con ese fin, han creado un motor que facilita el comportamiento asocial y las personalidades obsesivas. La gran mayoría de los digientes generados con el motor son

descartados por sus malformaciones psicológicas, pero una diminuta fracción se revela capaz de aprender con una supervisión mínima: dadles el software de tutoría adecuado y estudiarán alegremente durante semanas de tiempo subjetivo, lo que significa que se los puede hacer funcionar a velocidad de invernadero sin que se vuelvan salvajes. Algunos aficionados muestran digientes Sophonce que superan a digientes Neuroblast, Origami y Fabergé en pruebas matemáticas, a pesar de haber sido adiestrados con muchísimo menos tiempo real de interacción. Se especula que, si se pudiera orientar sus energías en una dirección práctica, los digientes Sophonce podrían volverse trabajadores útiles en cuestión de meses. El problema es que tienen tan poco encanto que muy poca gente desea dedicarles siquiera el poco tiempo de interacción que requieren.

Ana se ha traído a Jax con ella a Siege of Heaven, el primer nuevo continente recreativo aparecido en Data Earth en un año. Le enseña la Argent Plaza, donde los jugadores se congregan y socializan entre misión y misión; es un patio enorme de mármol blanco, lapislázuli y filigrana dorada ubicado en lo alto de un cumulonimbo. Ana tiene que llevar puesto su avatar de juego, un querubín-cernícalo, pero Jax conserva su avatar robótico habitual de hojalata.

Según van paseándose entre los demás jugadores, Ana ve la anotación en pantalla referida a un digiente. Su avatar es un duende hidrocefálico, el avatar estándar para un Drayta: un digiente Sophonce que se ha especializado en resolver puzles lógicos de los que se encuentran en los continentes recreativos. El dueño original del Drayta le enseñó con un generador de puzles pirateado del continente Five Dynasties, en la plataforma Real Space, y luego lanzó copias libres de derechos. Ahora tantos jugadores llevan consigo un Drayta en sus misiones, que las empresas de juegos se están planteando rediseños drásticos.

Ana dirige la atención de Jax hacia el otro digiente.

—¿Ves ese de ahí? Es un Drayta.

—¿De verdad? —Jax ha oído hablar de Draytas, pero éste es el primero que se encuentra. Se acerca al duende—. Ey —dice—. Soy Jax.

—Quiero resolver puzles —responde el Drayta.

—¿Qué clase de puzles te gustan?

—Quiero resolver puzles. —El Drayta se está poniendo nervioso; corretea por la zona de espera—. Quiero resolver puzles.

Un jugador allí al lado que lleva un avatar de serafín-águila pescadora interrumpe su conversación para señalar con un dedo al Drayta; el digiente se

queda inmóvil con un pie en el aire, se encoge hasta convertirse en un icono y se incrusta con un chasquido en uno de los compartimentos del cinturón del jugador como si tirase de él una cuerda elástica.

—Qué raro el Drayta —dice Jax.

—Sí que lo es, ¿no?

—¿Todos los Draytas son así?

—Creo que sí.

El serafín se acerca a Ana.

—¿Qué clase de digiente tienes? No había visto nunca uno de este tipo.

—Se llama Jax. Funciona con el genoma Neuroblast.

—Ése no lo conozco. ¿Es nuevo?

Uno de los compañeros de equipo del serafín, con un avatar de nefilim, se les acerca.

—Qué va, es viejo, de la generación anterior.

El serafín asiente.

—¿Se le dan bien los puzles?

—La verdad es que no —contesta Ana.

—¿Entonces qué hace?

—Me gusta cantar —se apresura a contestar Jax.

—¿En serio? Pues cántate algo.

Jax no necesita que se lo pidan dos veces; se descuelga con una de sus canciones favoritas, «Mack the Knife», de *La ópera de los tres centavos*. Se sabe la letra de cabo a rabo, pero afirmar que lo que canturrea es una burda aproximación de la melodía real ya es decir mucho. Lo acompaña todo con un baile que él mismo ha coreografiado, en su mayor parte una serie de poses y gestos con las manos que ha tomado prestados de un videoclip de hip-hop indonesio que le gusta.

Los otros jugadores se parten durante su actuación. Jax remata con una reverencia y ellos aplauden.

—Fenomenal —dice el serafín.

Ana le dice a Jax:

—Eso quiere decir que le gusta. Di gracias.

—Gracias.

El serafín le dice a Ana:

—No te va a servir de mucha ayuda en los laberintos, ¿no?

—Nos tendrá entretenidos —responde ella.

—Eso seguro. Mándame un mensaje si aprende a resolver puzles; me compraré una copia. —Ve que su equipo se ha reunido—. Bueno, salimos

para nuestra siguiente misión. Buena suerte con la tuya.

—Buena suerte —dice Jax. Dice adiós con la mano mientras el serafín y su equipo alzan el vuelo y se dirigen en formación hacia el lejano valle.

Ana se acuerda de este encuentro unos días después, cuando está leyendo una conversación en los foros del grupo de usuarios:

> De: Stuart Gust
>
> Anoche jugué a SoH con una gente que llevaba un Drayta en sus misiones, y aunque no era demasiado divertido, desde luego era útil tenerlo por allí. Me hizo plantearme si tiene que ser una cosa o la otra. Esos digientes Sophonce no son mejores que los nuestros. ¿No podrían ser nuestros digientes divertidos y útiles al mismo tiempo?
>
> De: Maria Zheng
>
> ¿Esperas vender copias del tuyo? ¿Crees que eres capaz de criar un Andro mejor?

Maria se refiere a un digiente Sophonce llamado Andro, adiestrado por su dueño, Bryce Talbot, para actuar como su asistente personal. Talbot presentó a Andro a la VirlFriday, creadora de software de gestión de agenda, y logró que los ejecutivos se interesasen en ello. El acuerdo se fue al traste cuando los ejecutivos recibieron copias de prueba; Talbot no se había percatado de que Andro era, a su manera, tan obsesivo como Drayta. Igual que un perro siempre leal a su primer dueño, Andro no trabajaba para nadie a no ser que Talbot diera las órdenes. VirlFriday probó a instalar un filtro sensorial de entrada para que cada nueva instanciación de Andro percibiera el avatar y la voz de su nuevo propietario como los de Talbot, pero el disfraz nunca funcionó más de un par de horas seguidas. Al poco, todos los ejecutivos apagaron a sus desolados Andros, que no dejaban de buscar al Talbot original.

En consecuencia, Talbot sólo pudo vender los derechos de Andro por una cantidad que ni por asomo se acercaba a la que esperaba en un principio. Lo que sucedió fue que VirlFriday compró los derechos del genoma específico de Andro y un archivo completo de sus puntos de guardado, y contrataron a Talbot para que trabajara en la empresa. Forma parte de un equipo que se dedica a restaurar puntos de guardado anteriores de Andro y los vuelven a adiestrar, tratando de crear una versión con las mismas habilidades de asistente personal y la voluntad de aceptar a un nuevo dueño.

> De: Stuart Gust
>
> No, no me refiero a vender copias. Pienso más bien en Zaff trabajando como esos perros que guían a los ciegos o rastrean drogas. Mi objetivo no es ganar dinero, pero si hay algo que los digientes puedan hacer y por lo que la gente esté dispuesta a pagar, demostraría a todos los escépticos que los digientes no son sólo un entretenimiento.

Ana postea una respuesta:

De: Ana Alvarado

Sólo quiero asegurarme de que tenemos claras nuestras motivaciones. Sería fabuloso que nuestros digientes aprendieran habilidades prácticas, pero no podemos considerarlos un fracaso si no es así. Igual Jax puede ganar dinero, pero Jax no es para ganar dinero. No es como los Draytas o los ortigabots. Da igual los puzles que sea capaz de resolver o las tareas que pueda desempeñar, no son ésos los motivos por los que lo estoy criando.

De: Stuart Gust

Sí, estoy completamente de acuerdo. Lo único que quiero decir es que nuestros digientes podrían tener habilidades sin explotar. Si hay algún tipo de tarea que se les da bien, ¿no sería guay para ellos llevarla a cabo?

De: Maria Zheng

Pero ¿qué pueden hacer? Los perros se criaron para ser buenos en cosas específicas, y los digientes Sophonce son tan monotemáticos que solamente quieren hacer una cosa, sean o no buenos en ella. Ni una cosa ni la otra pueden aplicarse a los digientes Neuroblast.

De: Stuart Gust

Podríamos exponerlos a toda clase de situaciones y ver para qué tienen aptitudes. Darles una educación liberal artística en lugar de un adiestramiento vocacional (tampoco lo digo tan en broma).

De: Ana Alvarado

Pues no es ninguna tontería. Los bonobos han aprendido de todo, desde fabricar herramientas cortantes de piedra hasta jugar a videojuegos cuando se les da la oportunidad. A nuestros digientes se les podrían dar bien cosas que no se nos ha ocurrido enseñarles.

De: Maria Zheng

¿De qué estamos hablando exactamente? Ya les hemos enseñado a leer. ¿Les vamos a dar clases de ciencia e historia? ¿Les vamos a dar herramientas para el pensamiento crítico?

De: Ana Alvarado

La verdad es que no lo sé. Pero creo que si nos ponemos con esto, es importante tener una mentalidad abierta y no ser escépticos. Las bajas expectativas son profecías autocumplidas. Si apuntamos alto, obtendremos mejores resultados.

La mayoría de miembros del grupo de usuarios están satisfechos con la educación actual de sus digientes —una mezcla improvisada de colegio en casa, tutorías en grupo y *eduware*—, pero los hay que se entusiasman con la idea de ir más allá. Estos últimos inician una discusión con los tutores de sus digientes sobre la posibilidad de expandir su plan de estudios. En el curso de unos meses, varios dueños se ponen al día sobre teoría pedagógica y tratan de determinar en qué difiere el estilo de aprendizaje de los digientes respecto al de los chimpancés o los niños humanos, y cómo diseñar unidades didácticas que se adapten mejor a él. La mayor parte del tiempo, los propietarios están abiertos a todas las sugerencias, hasta que surge la cuestión de si los digientes podrían hacer progresos más rápidos si sus tutores les asignasen deberes.

Ana prefiere que los digientes encuentren actividades que desarrollen sus capacidades pero que disfruten lo suficiente como para realizarlas por

iniciativa propia. Otros dueños argumentan que los tutores tendrían que poner a los digientes deberes de verdad. Le sorprende leer un *post* del foro en el que Derek apoya la idea. Le pregunta por ello la siguiente vez que hablan.

—¿Por qué vas a querer que hagan deberes?

—¿Qué tiene de malo? —dice Derek—. ¿Es porque de niña tuviste un profesor hueso?

—Muy gracioso. Va, que lo digo en serio.

—Vale, en serio: ¿qué tienen los deberes de malo?

A Ana se le ocurren mil motivos.

—Una cosa es darle posibilidades a Jax para que se entretenga después de clase, pero ¿ponerle deberes y decirle que tiene que hacerlos, aunque no se lo pase bien? ¿Hacerlo sentir mal si no los hace? Eso va en contra del principio de adiestramiento animal.

—Hace mucho tiempo fuiste tú quien me dijo que los digientes no eran como los animales.

—Sí que lo dije —conviene—, pero tampoco son herramientas. Y sé que lo sabes, pero lo que estáis comentando suena como si los estuvieseis preparando para desempeñar un trabajo que ellos no querrían hacer.

Derek niega con la cabeza.

—Esto no va de hacerlos trabajar, va de hacerlos aprender a ser un poco responsables. Y quizá son lo suficientemente fuertes como para soportar alguna contrariedad de vez en cuando; la única forma de saberlo es intentarlo.

—¿Por qué vamos a arriesgarnos siquiera a hacer que se sientan mal?

—Es algo que se me ocurrió mientras hablaba con mi hermana —dice. La hermana de Derek da clases a niños con síndrome de Down—. Comentó que algunos padres no quieren presionar demasiado a sus hijos, porque temen exponerlos a la posibilidad del fracaso. La intención de los padres es buena, pero con tanto mimo impiden a sus hijos alcanzar su pleno potencial.

A Ana le lleva un rato acostumbrarse a la idea. Está acostumbrada a considerar a los digientes como monos fabulosamente dotados, y aun cuando en el pasado se ha comparado a los simios con los niños con necesidades especiales, siempre fue más bien una metáfora. Contemplar a los digientes más literalmente como niños con necesidades especiales requiere un cambio de perspectiva.

—¿Cuánta responsabilidad crees que pueden manejar los digientes?

Derek extiende las manos.

—No lo sé. En cierto sentido es como el síndrome de Down; afecta a cada persona de una manera distinta, así que cada vez que mi hermana trabaja con

un chico nuevo tiene que ir improvisando sobre la marcha. Nosotros tenemos incluso menos idea de por dónde empezar, porque hasta la fecha nadie ha criado digientes durante tanto tiempo. Si resulta que lo único que logramos con los deberes es que se sientan mal, por supuesto que lo dejaré. Pero no quiero que el potencial de Marco y Polo se eche a perder porque me dio miedo meterles un poco de presión.

Ana ve que Derek tiene una idea de las altas expectativas un poco distinta de la suya. Es más: se da cuenta de que la idea de él, de hecho, es la mejor.

—Tienes razón —dice tras una pausa—. Deberíamos ver si son capaces de hacer deberes.

Ha pasado un año, y Derek está terminando un trabajo antes de verse con Ana para comer. Es sábado. Lleva las últimas dos horas testeando la modificación de un avatar que cambiará las proporciones de los cuerpos y las caras de los digientes para que parezcan más maduros. Entre los propietarios que han optado por incrementar la educación de sus digientes, cada vez se ha comentado más la incongruencia entre unos avatares eternamente cucos y su creciente competencia. Este *add-on* pretende corregir esto y facilitar que los dueños piensen en los digientes como entes más capaces.

Antes de marcharse revisa sus mensajes y se queda de piedra al ver los de un par de desconocidos que lo acusan de estar llevando a cabo una especie de estafa. Los mensajes parecen legítimos, así que los relee con mayor atención. Los remitentes se quejan de un digiente que los abordó en Data Earth pidiéndoles dinero.

Derek se da cuenta de lo que debe de haber sucedido. Hace poco empezó a darle a Marco y a Polo una asignación, que generalmente se gastan en suscripciones a juegos o en juguetes virtuales; le han pedido que se la aumente, pero él ha puesto un tope. Deben de haber decidido pedir dinero al azar a la gente de Data Earth y se lo han negado, pero dado que los digientes funcionan a partir de la cuenta de Derek en Data Earth, la gente ha dado por hecho que él los había entrenado para pedir limosna.

Le enviará disculpas a esta gente más tarde, pero por el momento les dice a Marco y a Polo que se metan en sus cuerpos robóticos de inmediato. La tecnología ha alcanzado un punto en el cual puede permitirse dos cuerpos robóticos personalizados para complementar los avatares de Marco y Polo. Un minuto después sus caras de osos panda aparecen en los cascos de los robots, y Derek los regaña por ir pidiendo dinero a desconocidos.

—Pensaba que sabríais que está mal.

Polo responde arrepentido:

—Sí, sabíamos —dice.

—¿Entonces por qué lo hicisteis?

—Idea mía, no de Polo —contesta Marco—. Sabía que no darían dinero. Sabía que te mensajerían a ti.

Derek se queda asombrado.

—¿Estabais intentando que la gente se enfadase conmigo?

—Esto pasa porque estamos en tu cuenta —dice Marco—. No pasa si tenemos cuentas propias, como Voyl.

Ahora lo entiende. Los digientes han oído hablar de un digiente Sophonce llamado Voyl. El dueño de Voyl —un abogado de nombre Geral Hecht— hizo el papeleo para crear la Voyl Corporation, y ahora Voyl funciona en una cuenta de Data Earth independiente, registrada al nombre de dicha sociedad. Voyl paga impuestos y puede tener propiedades, participar en contratos, presentar denuncias y ser denunciado; en muchos aspectos es una persona jurídica, aunque contando técnicamente con Hecht como director.

La idea lleva un tiempo en el aire. En su aplastante mayoría, los entusiastas de la vida artificial están de acuerdo en que es imposible que los digientes adquieran protección legal en cuanto que clase, poniendo a los perros como ejemplo: la compasión humana por los perros es profunda y generalizada, pero la eutanasia en los refugios alcanza tintes de holocausto canino, y si los tribunales no le han puesto fin a eso, desde luego no van a otorgar protección a entidades que carecen de frecuencia cardíaca. Según esto, algunos propietarios creen que a lo más que se puede aspirar es a una protección legal en términos individuales: presentando la constitución en calidad de sociedad anónima de un digiente en concreto, un propietario puede sacar provecho de una parte sustancial del corpus judicial que establece derechos para entidades no humanas. Hecht es el primero en haberlo llevado a cabo.

—Así que ha sido una declaración de intenciones —dice Derek.

—La gente dice que ser sociedad anónima fantástico —dice Marco—. Puedes hacer lo que quieres.

Un montón de adolescentes humanos se han quejado de que Voyl tiene más derechos que ellos; evidentemente, los digientes han leído sus comentarios.

—A ver, no sois sociedad anónima, y desde luego no podéis hacer lo que queráis.

—Lo sentimos —dice Marco, advirtiendo de repente el lío en el que se ha metido—. Sólo queremos ser sociedad anónima.

—Ya os lo he dicho otras veces: no tenéis edad.

—Somos mayores que Voyl —dice Polo.

—Sobre todo yo —dice Marco.

—Voyl tampoco tiene edad para eso. Su dueño ha cometido un error.

—¿Entonces no dejas ser sociedad anónima nunca?

Derek les echa una mirada terca.

—A lo mejor un día, cuando seáis más mayores; ya veremos. Pero si me la volvéis a jugar así otra vez, habrá graves consecuencias, ¿entendido?

Los digientes se quedan mohínos.

—Sí —responde Marco.

—Sí —dice Polo.

—Vale. Tengo que salir; seguiremos hablándolo luego. —Los mira enfadado—. Venga, los dos de vuelta a Data Earth.

Mientras conduce hacia el restaurante piensa en lo que Marco le está pidiendo. Mucha gente se muestra escéptica ante la idea de que los digientes se constituyan en sociedades anónimas; consideran la ocurrencia de Hecht nada más que una estratagema, una impresión que Hecht sólo refuerza emitiendo comunicados de prensa sobre sus planes para Voyl. Ahora mismo, Hecht dirige la Voyl Corporation, pero está enseñando derecho mercantil a Voyl e insiste en que un día éste tomará todas las decisiones por su cuenta; el papel de director, ya lo represente Hecht o cualquier otra persona, será una simple formalidad. Mientras tanto, Hecht invita a la gente a poner a prueba el estatus de persona jurídica de Voyl. Hecht cuenta con los recursos para emprender una batalla judicial, y se muere por una pelea. De momento nadie lo ha llevado a los tribunales, pero Derek espera que alguien lo haga; quiere que los precedentes estén bien establecidos antes de plantearse constituir a Marco y a Polo en sociedades anónimas.

Si Marco o Polo llegarán a ser intelectualmente capaces de convertirse en sociedades anónimas es otro tema; para la mente de Derek, una pregunta más difícil de responder. Los digientes Neuroblast han demostrado que pueden hacer deberes solos, y él está convencido de que sus períodos de atención para las tareas independientes aumentarán a un ritmo constante con el tiempo, pero aun cuando lleguen a ser capaces de emprender proyectos de envergadura considerable sin supervisión, seguirán estando a años luz de ser capaces de tomar decisiones responsables sobre su propio futuro. Y no tiene claro siquiera si ese nivel de independencia es un objetivo que tenga que servir de

incentivo a Marco y a Polo. Convertirlos en empresas abre la puerta a la posibilidad de que se mantengan en funcionamiento después de que Derek fallezca, una perspectiva preocupante: para las personas con síndrome de Down existen organizaciones que proporcionan asistencia a aquellos que viven solos, pero no hay servicios de apoyo similares para los digientes constituidos como empresa. Podría ser mejor asegurarse de que Marco y Polo son suspendidos en el caso de que Derek no pueda hacerse cargo de ellos.

Independientemente de lo que decida hacer, tendrá que hacerlo sin Wendy; han decidido firmar los papeles de divorcio. Los motivos son complejos, claro, pero uno está claro: criar un par de digientes no es lo que Wendy desea para su vida, y si Derek quiere una compañera en este empeño, tendrá que encontrar a otra persona. Su consejero matrimonial les ha explicado que el problema no son los digientes per se, es el hecho de que Derek y Wendy no encuentren una manera de asumir que tienen intereses distintos. Derek sabe que el consejero tiene razón, pero claramente tener intereses en común habría ayudado.

No quiere precipitarse, pero no puede dejar de pensar que el divorcio le brinda una oportunidad de ser algo más que amigo de Ana. Seguramente ella también se ha planteado la posibilidad; después del tiempo que hace que se conocen, ¿cómo no planteárselo? Los dos formarían un equipo fabuloso, trabajando juntos por lo que más conviene a los digientes.

No es que planee declararle sus sentimientos durante la comida; es demasiado pronto para eso, y sabe que Ana está saliendo con alguien ahora mismo, un tal Kyle. Pero su relación se acerca a toda velocidad a los seis meses, que normalmente es cuando el tipo se da cuenta de que Jax no es sólo un hobby sino la mayor prioridad en su vida; es probable que no tarde mucho en desencadenarse la ruptura. Derek imagina que al contarle a Ana lo de su divorcio le estará recordando que existen otras opciones, que no todos los tíos consideran a los digientes como competidores de su atención.

Mira a su alrededor buscando a Ana por el restaurante, la ve, y la saluda con una mano; ella le dirige una gran sonrisa. Cuando llega a la mesa, le dice:

—No te vas a creer lo que Marco y Polo acaban de hacer.

Se lo cuenta y ella se queda boquiabierta.

—Es asombroso —dice—. Dios, seguro que Jax ha oído las mismas cosas.

—Ya, igual deberías charlar con él cuando llegues a casa.

Esto los lleva a hablar de las ventajas y desventajas de darles a los digientes acceso a los foros sociales. Los foros ofrecen una interacción más

rica de la que los dueños pueden proporcionar, pero no todas las influencias que reciben los digientes son positivas.

Después de hablar sobre digientes un rato, Ana pregunta:

—Bueno, y aparte de eso, ¿qué te cuentas?

Derek suspira.

—Aprovecho para contártelo: Wendy y yo nos vamos a divorciar.

—Ay, no. Derek, lo siento.

Su solidaridad es sincera, y a él lo reconforta.

—Se veía venir desde hace mucho —contesta.

Ella asiente.

—Aun así, lo lamento.

—Gracias.

Habla un rato de lo que han acordado Wendy y él, que venderán el apartamento y se repartirán las ganancias. Afortunadamente, el proceso es en su mayor parte amistoso.

—Por lo menos no quiere copias de Marco y Polo —dice Ana.

—Ya, gracias a Dios —conviene Derek. Una esposa puede casi siempre hacer una copia de un digiente, y cuando un divorcio no se resuelve de manera amistosa es demasiado tentador usarlo contra la expareja. Han sido testigos de cosas así en los foros muchas veces.

—Vamos a dejarlo —dice Derek—. Hablemos de otra cosa. ¿Qué pasa contigo?

—Nada, la verdad.

—Parecía que estabas de buen humor hasta que he empezado a contarte lo de Wendy.

—Bueno, sí, lo estaba —admite.

—Entonces, ¿hay algo en concreto que te tenga tan animada?

—No es nada.

—¿Nada te tiene de buen humor?

—Bueno, tengo noticias, pero a lo mejor no es el momento.

—No, no seas tonta, no pasa nada. Si tienes buenas noticias, cuéntame.

Ana se calla y entonces, casi como disculpándose, dice:

—Kyle y yo hemos decidido irnos a vivir juntos.

Derek se queda de piedra.

—Enhorabuena.

Pasan otros dos años. La vida sigue.

De vez en cuando, Ana, Derek y el resto de dueños centrados en la educación someten a sus digientes a unos exámenes estandarizados para ver hasta qué punto se los puede comparar con los niños humanos. Los resultados varían. Los digientes Fabergé, al ser analfabetos, no pueden responder exámenes escritos, pero parece que se están desarrollando bien según otros baremos. Entre los digientes Origami se da una curiosa división en los resultados: la mitad continúa desarrollándose con el tiempo y la otra mitad alcanza una meseta, posiblemente fruto de una peculiaridad del genoma. Los digientes Neuroblast se las arreglan razonablemente bien si se les da el mismo margen que a los humanos disléxicos; si bien hay variación entre cada digiente en particular, como grupo su desarrollo intelectual continúa a buen ritmo.

Si hay algo difícil de medir es su desarrollo social, pero un indicio alentador es que los digientes están socializando con adolescentes humanos en varias comunidades *online*. Jax se empieza a interesar por el *tetrabrake*, una subcultura centrada en el baile virtual coreografiado para avatares de cuatro brazos; Marco y Polo se han hecho miembros cada uno de un club de fans de un culebrón interactivo, y de tanto en tanto uno trata de convencer al otro de la superioridad de su elección. Aun cuando Ana y Derek no comprendan el atractivo de estas comunidades, les gusta que sus digientes hayan entrado a formar parte de ellas. A los adolescentes que ahí predominan no parece importarles que los digientes no sean humanos, y los tratan como cualquier otro tipo de amigo *online* al que difícilmente conocerán en persona.

La relación de Ana con Kyle tiene sus altibajos, pero en general va bien. De vez en cuando salen con Derek y con quien él esté saliendo en ese momento; Derek queda con mujeres, pero nada llega a buen puerto. Le dice a Ana que es porque las mujeres con las que sale no comparten su interés en los digientes, pero la verdad es que sigue sintiendo algo por ella.

La economía entra en recesión tras la última pandemia de gripe, y provoca cambios en los mundos virtuales. Daesan Digital, la empresa que creó la plataforma Data Earth, hace un anuncio conjunto con Viswa Media, creadora de la plataforma Real Space: Data Earth va a entrar a formar parte de Real Space. Todos los continentes de Data Earth serán sustituidos por versiones Real Space idénticas y añadidas al universo Real Space. Lo denominan fusión de dos mundos, pero no es más que una manera educada de decir que, tras años de actualizaciones y nuevas versiones, Daesan ya no puede permitirse continuar con la guerra de plataformas.

Para la mayoría de clientes todo esto sólo significa que pueden viajar entre más ubicaciones virtuales sin necesidad de entrar y salir de su cuenta. Con el transcurso de los años, casi todas las empresas cuyo software se ejecuta en Data Earth han creado versiones ejecutables en Real Space. Los jugadores de *Siege of Heaven* o *Elderthorn* pueden limitarse a ejecutar un archivo de conversión, y su inventario de armas y atuendos les esperará en las versiones de los continentes recreativos de Real Space.

Sin embargo, una excepción es Neuroblast. No existe una versión Real Space del motor Neuroblast —Blue Gamma cerró antes de que se presentase la plataforma—, lo que significa que no hay manera de que un digiente con un genoma Neuroblast tenga cabida en el entorno de Real Space. Los digientes Origami y Fabergé experimentan la migración a Real Space como una expansión de posibilidades, pero para Jax y el resto de digientes Neuroblast, el anuncio de Daesan supone, en esencia, el fin del mundo.

Ana se está preparando para irse a la cama cuando oye el estruendo. Corre al salón para averiguar qué pasa.

Jax lleva puesto el cuerpo robótico, se observa la muñeca. A su lado, una de las teselas de la pantalla mural está agrietada. Ve entrar a Ana y dice:

—Siento mucho.

—¿Qué estabas haciendo? —pregunta ella.

—Siento mucho mucho.

—Dime qué estabas haciendo.

A regañadientes, Jax responde:

—Volteretas.

—Y se te ha torcido la muñeca y te has golpeado contra la pared. —Ana le echa un vistazo a la muñeca del cuerpo robótico. Tal y como se temía, habrá que cambiarla—. No te pongo normas porque no quiera que te diviertas. Pero esto es lo que pasa cuando intentas bailar con un cuerpo robótico.

—Sé tú dijiste. Pero intenté poquito de baile y cuerpo bien. Intenté poquito más y cuerpo bien aún.

—Así que intentaste un poco más y ahora tenemos que comprar una muñeca y una tesela nueva para la pantalla.

Se para a pensar cuánto tiempo le llevará cambiarlos, si puede evitar que Kyle, que está fuera en viaje de trabajo, se entere. Hace unos meses Jax estropeó una escultura que le encantaba a Kyle, y quizá es mejor no refrescarle aquel incidente.

—Siento mucho mucho —repite Jax.

—Vale, vuelve a Data Earth. —Ana señala la plataforma de carga.

—Admito que hecho mal…

—Vete ya.

Jax va hacia allí obedientemente. Justo antes de subirse a la plataforma dice en voz baja:

—Eso no es Data Earth.

Acto seguido el casco del robot se oscurece.

Jax se queja de la versión privada de Data Earth que el grupo de usuarios de Neuroblast ha puesto en marcha, duplicando muchos de los continentes del original. En cierto modo, es mucho mejor que la isla privada que usaron como refugio del hackeo del FLI, porque ahora la potencia de procesado es tan barata que pueden ejecutar decenas de continentes. En otro sentido, es mucho peor, porque estos continentes están casi por completo despoblados.

El problema no es sólo que todos los humanos se hayan mudado a Real Space. Los digientes Origami y Fabergé también se han marchado a Real Space, y Ana no puede afearles la conducta a sus dueños; ella habría hecho lo mismo en caso de tener la oportunidad. Más inquietante todavía es que la mayoría de los digientes Neuroblast también hayan desaparecido, incluidos muchos de los amigos de Jax. Algunos miembros del grupo de usuarios tiraron la toalla al cerrar Data Earth; otros optaron por la postura de esperar a ver, pero acabaron desilusionados tras comprobar el raquitismo de la Data Earth privada y prefirieron suspender a sus digientes antes que criarlos en una ciudad fantasma. Y eso es lo que la Data Earth privada parece, precisamente: una ciudad fantasma del tamaño de un planeta. Hay vastas extensiones de terreno detallado minuciosamente por los que vagar, pero nadie con quien hablar aparte de los tutores que vienen a dar clases. Hay mazmorras sin misiones, centros comerciales sin tiendas, estadios sin actividades deportivas; es el equivalente digital a un paisaje postapocalíptico.

Los amigos humanos de Jax del rollo *tetrabrake* se logueaban en la Data Earth privada sólo por visitarlo, pero esas visitas se han vuelto cada vez menos frecuentes; ahora todas las actividades relacionadas con el *tetrabrake* se celebran en Real Space. Jax puede enviar y recibir grabaciones de coreografías, pero la mayor parte del rollo consiste en reuniones en directo donde la coreografía se improvisa, así que ya no tiene manera de participar en ellas. Jax está perdiendo casi toda su vida social en el mundo virtual, y no es capaz de encontrar otras en el mundo real: su cuerpo robótico se ha categorizado como vehículo no tripulado en circulación, así que los espacios

públicos son zona restringida para él a menos que Ana o Kyle lo acompañen. Encerrado en su apartamento, se aburre y se desespera.

Ana se pasó semanas intentando que Jax se sentara delante de su ordenador con su cuerpo robótico e iniciara sesión en Real Space así, pero él se negó a repetir. Tuvo dificultades con la interfaz de usuario —su inexperiencia a la hora de usar un ordenador de verdad, a lo que hay que sumar el subóptimo escaneo de las gesticulaciones de un cuerpo robótico— pero Ana cree que podría haberlas superado. El mayor problema es que Jax no quiere controlar un avatar a distancia: él quiere ser el avatar. Para él, el teclado y la pantalla son un sustituto cutre de lo que es estar ahí, tan insatisfactorio como sería para un chimpancé sacado del Congo un videojuego ambientado en la jungla.

El resto de digientes Neuroblast experimenta frustraciones similares, lo que deja claro que una Data Earth privada no es más que un remiendo temporal. Lo que se necesita es una manera de ejecutar a los digientes en Real Space que les brinde libertad de movimiento y libertad a la hora de interactuar con sus objetos y habitantes. En otras palabras, la solución es un *port* del motor Neuroblast: reescribirlo para que se pueda ejecutar en la plataforma Real Space. Ana ha convencido a los antiguos propietarios de Blue Gamma de que publiquen el código fuente del Neuroblast, pero harán falta desarrolladores con experiencia para llevar a cabo la reescritura. El grupo de usuarios ha publicado anuncios en foros de aficionados al código abierto en un intento de atraer voluntarios.

La única ventaja de la obsolescencia de Data Earth es que sus digientes están a salvo del lado oscuro del mundo social. Una compañía llamada Edgeplayer promociona una cámara de tortura para digientes en la plataforma Real Space; para evitar acusaciones de copiado sin autorización, sólo usan digientes libres de derechos como víctimas. El grupo de usuarios ha acordado que una vez tengan el port del motor Neuroblast, el procedimiento de conversión incluirá verificación de propiedad completa; ningún digiente Neuroblast entrará jamás a Real Space sin alguien dedicado a su cuidado.

Han pasado dos meses y Derek hojea el foro del grupo de usuarios leyendo las respuestas a un *post* suyo anterior a propósito del punto en que está el port Neuroblast. Por desgracia, las noticias no son buenas; la intentona de reclutar desarrolladores para el proyecto no ha cosechado demasiado éxito. El grupo de usuarios ha celebrado jornadas de puertas abiertas en su Data Earth privada

para que la gente pueda conocer a los digientes, pero el respaldo ha sido mínimo.

El problema es que los motores genómicos están pasados de moda. Los desarrolladores se sienten atraídos por proyectos nuevos y emocionantes, y ahora mismo esto supone trabajar en interfaces neuronales o en software nanomédico. Hay montones de motores genómicos languideciendo en varios estados de desarrollo en los almacenes de código abierto, todos necesitados de programadores voluntarios, de modo que la perspectiva de un port del motor Neuroblast, con doce años cumplidos, para una nueva plataforma tal vez sea el menos motivante de todos. Sólo un puñado de estudiantes contribuye al port Neuroblast, y teniendo en cuenta el poco tiempo que pueden dedicarle, para cuando lo acaben la plataforma Real Space estará obsoleta.

La otra alternativa es contratar a desarrolladores profesionales. Derek ha hablado con varios desarrolladores con experiencia en motores genómicos y ha pedido presupuesto del coste del port. Las estimaciones que ha recibido son razonables dada la complejidad del proyecto, y para una empresa de varios cientos de miles de clientes tendría todo el sentido del mundo ponerlo en marcha. Para un grupo de usuarios cuyo número de miembros ha disminuido hasta llegar a veinte personas, sin embargo, el precio es abrumador.

Derek lee los últimos comentarios en el foro de debate y luego llama a Ana. Tener a los digientes encerrados en una Data Earth privada ha sido duro, sin duda, pero para él también ha tenido un lado positivo: Ana y él cuentan con un motivo para hablar a diario, ya sea de la marcha del port Neuroblast o intentando organizar actividades para sus digientes. A lo largo de estos años Marco y Polo han ido alejándose de Jax a medida que se embarcaban en sus propios intereses, pero ahora los digientes Neuroblast se tienen los unos a los otros por toda compañía, de modo que Ana y él tratan de encontrar pasatiempos en grupo. Ya no tiene una mujer que se queje de esto, y al novio de Ana, Kyle, no parece importarle, así que puede llamarla sin recriminaciones. Pasar tanto tiempo con ella es una especie de placer doloroso; tal vez sería más saludable para él que interactuasen menos, pero no quiere dejarlo.

La cara de Ana aparece en la ventana del teléfono.

—¿Has visto el *post* de Stuart? —pregunta Derek.

Stuart ha señalado cuánto tendría que pagar cada interesado si dividieran los costes a partes iguales y ha preguntado cuántos miembros podrían permitirse tanto.

—Acabo de leerlo —responde Ana—. Igual se cree que está siendo de ayuda, pero lo único que hace es poner de los nervios a los demás.

—Eso digo yo. Pero hasta que demos con una buena alternativa, el coste por persona será lo que todos estamos planteándonos. ¿Has quedado ya con esa recaudadora de fondos? —Ana iba a hablar con una amiga de un amigo, una mujer que ha dirigido campañas de recaudación de fondos para santuarios de fauna y flora.

—De hecho, acabo de volver de almorzar con ella.

—¡Genial! ¿Qué has averiguado?

—La mala noticia es que no cree que nos podamos considerar una organización sin ánimo de lucro, porque sólo pretendemos recaudar dinero para una serie de individuos concretos.

—Pero cualquiera podrá usar el nuevo motor… —Se calla. Es verdad que probablemente existen millones de instantáneas de digientes Neuroblast almacenadas en archivos por todo el mundo. Pero el grupo de usuarios no puede alegar sinceramente que esté trabajando por ellos; sin nadie que desee criarlos, ninguno de esos digientes se beneficiará de una versión del motor Neuroblast para Real Space. Los únicos digientes a los que el grupo de usuarios trata de ayudar son los suyos.

Ana asiente sin que él llegue a formularlo; debe de haber pensado exactamente lo mismo hace un rato.

—Vale —dice Derek—, no podemos ser una organización sin ánimo de lucro. Entonces ¿cuáles son las buenas noticias?

—Dice que todavía podemos solicitar contribuciones fuera del modelo de la organización sin ánimo de lucro. Lo que tenemos que hacer es contar una historia que genere simpatía por los digientes en sí. Así es como algunos zoológicos pagan cosas como intervenciones quirúrgicas a elefantes.

Derek se detiene a pensarlo un momento.

—Imagino que podríamos postear algunos vídeos sobre los digientes, ir a tocar la fibra sensible de la gente.

—Exacto. Y si logramos despertar el suficiente sentimiento popular, a lo mejor conseguimos contribuciones de tiempo, así como de dinero. Cualquier cosa que ponga de relieve la figura de los digientes aumentará nuestras posibilidades de captar voluntarios para la comunidad de código abierto.

—Comenzaré a revisar mis vídeos de Marco y Polo —comenta Derek—. Hay un montón de cosas monas de cuando eran pequeños; no sé yo si las grabaciones más recientes servirán. ¿O necesitamos material desolador?

—Deberíamos hablar sobre qué puede funcionar mejor —dice Ana—. Postearé un mensaje en el foro preguntando al resto.

Esto le recuerda algo a Derek.

—Por cierto, ayer recibí una llamada que igual nos sirve de ayuda. Aunque tiene su intríngulis.

—¿Quién era?

—¿Te acuerdas de los xenoterios?

—¿Aquellos digientes que se suponía que eran alienígenas? ¿Ese proyecto sigue en marcha?

—Más o menos.

Derek le cuenta que lo contactó un joven llamado Felix Radcliffe, que es uno de los últimos integrantes que quedan del proyecto xenoterio. La mayor parte de los entusiastas originales se rindieron hace años, agotados por la dificultad de inventar una cultura alienígena partiendo de cero, pero allí sigue un pequeño grupo de aficionados que se han vuelto casi monomaníacos. Por lo que Derek ha sido capaz de colegir, la mayoría son desempleados que raramente salen de sus dormitorios en la casa paterna; viven sus vidas en Data Mars. Felix es el único miembro del grupo dispuesto a mantener contacto con los forasteros.

—Y la gente nos llama lunáticos —dice Ana—. ¿Y por qué se puso en contacto contigo?

—Se enteró de que estábamos intentando conseguir un port para Neuroblast y quiere echar una mano. Reconoció mi nombre porque yo les diseñé los avatares.

—Qué suertudo —dice Ana sonriendo, y Derek le hace una mueca—. ¿Qué le importa a él si se hace un port de Neuroblast? Yo creía que la gracia de Data Mars era mantener a los xenoterios aislados.

—Así era en un principio, pero ahora ha decidido que están listos para conocer a seres humanos, y quiere dirigir un experimento de primer contacto. Si Data Earth continuara en funcionamiento habría mandado a los xenoterios de expedición a los continentes principales, pero ya no hay posibilidad. Así que estamos en el mismo barco; quiere un port de Neuroblast para que sus digientes puedan entrar a Real Space.

—Bueno…, supongo que puedo llegar a comprenderlo. ¿Y dices que podría ayudar con la financiación?

—Está intentando generar interés entre antropólogos y exobiólogos. Cree que se van a pirrar por estudiar a sus xenoterios, de manera que pagarán un port.

Ana parece escéptica.

—¿De verdad estarían dispuestos a pagar por algo así?

—Lo dudo —contesta Derek—. No es que los xenoterios sean alienígenas realmente. Creo que Felix habría tenido más suerte con compañías de videojuegos que necesiten alienígenas para poblar sus mundos, pero es decisión suya. Imagino que, mientras no aborde a ninguna de las personas con las que nosotros estamos contactando, no echará a perder nuestras posibilidades, y existe la posibilidad de que ayude.

—Pero si es tan extravagante como parece, ¿qué probabilidades hay de que convenza a alguien?

—A ver, por su pico de oro no será. Tiene un vídeo de los xenoterios que muestra a los antropólogos para estimular sus apetitos. Me dejó ver un trozo.

—¿Y?

Se encoge de hombros y alza las manos al cielo.

—Si me dicen que es un enjambre de ortigabots, me lo creo.

Ana se echa a reír.

—Bueno, igual no es mala cosa. A lo mejor cuanto más extraños sean, más interesantes se vuelven.

Derek también se ríe al plantearse la ironía: después de todo el trabajo que hicieron en Blue Gamma para que los digientes fueran más atractivos, ¿y si resulta que lo que más llama la atención de la gente es que sean extraños?

7

Pasan otros dos meses. Los intentos del grupo de usuarios por recaudar fondos no obtienen demasiado éxito; las almas caritativas empiezan a estar hartas de que les hablen de especies naturales en peligro de extinción, así que no digamos ya de las artificiales, y los digientes no son ni por asomo tan fotogénicos como los delfines. El flujo de donativos ha llegado siempre con cuentagotas.

El estrés de permanecer encerrados en Data Earth está acabando de hacer mella en los digientes; los dueños intentan pasar más tiempo con ellos para evitar que se aburran, pero no sirven de sustitutivo a un mundo virtual totalmente habitado. Ana también intenta proteger a Jax de los problemas que rodean al port Neuroblast pero, aun así, él es consciente de ellos. Un día vuelve del trabajo, se loguea y se lo encuentra visiblemente inquieto.

—Quiero preguntarte sobre *port* —dice sin andarse por las ramas.

—¿Qué quieres saber?

—Antes pensaba sólo otra actualización, como anteriores. Ahora creo es más grande. Más como subir archivo, pero con digientes dentro, ¿no?

—Sí, supongo que eso es.

—¿Has visto vídeo de ratón?

Ana sabe a qué vídeo se refiere Jax: lo publicó hace muy poco un equipo de investigación, y muestra a un ratón blanco congelado e instantáneamente desintegrado, micra a micra, en volutas de humo por un rayo escaneador de electrones, y acto seguido materializado en un entorno de pruebas donde lo descongelan y despiertan virtualmente. El ratón sufre de inmediato un ataque, y convulsiona patéticamente durante un par de minutos subjetivos antes de morir. Por el momento ostenta el récord de tiempo de supervivencia de un mamífero subido como archivo.

—A ti no te va a pasar nada así —le asegura.

—Quieres decir no me acuerdo si pasa —dice Jax—. Sólo recuerdo si la transición sale bien.

—Nadie te va a ejecutar, ni a ti ni a nadie, en un motor que no esté probado. Cuando se haya hecho el port de Neuroblast ejecutaremos paquetes de pruebas y corregiremos todos los bugs antes de ejecutar un digiente. Los paquetes de prueba no sienten nada.

—¿Los investigadores ejecutaron paquetes de prueba antes de subir el ratón?

A Jax se le da bien poner el dedo en la llaga.

—Los ratones eran los paquetes de prueba —admite Ana—. Pero eso es porque nadie tiene el código fuente del cerebro, así que no pueden escribir paquetes de pruebas más simples que los de un ratón auténtico. Nosotros contamos con el código de Neuroblast, así que no tenemos ese problema.

—Pero no tenéis dinero para port.

—No, ahora mismo no, pero lo tendremos. —Espera que suene con más convicción de la que tiene.

—¿Cómo ayudo? ¿Cómo gano dinero?

—Gracias, Jax, pero ahora mismo no tienes manera de ganar dinero. Por ahora tu tarea es seguir estudiando y aplicarte en tus clases.

—Sé eso: ahora estudiar, luego otras cosas. ¿Y si pido préstamo y pago después cuando gano dinero?

—Deja que me preocupe yo de eso, Jax.

Jax parece abatido.

—Vale.

De hecho, lo que Jax propone es casi exacto a lo que el grupo de usuarios ha intentado hace poco al buscar inversores empresariales. Se trata de una vía abierta por el éxito de VirlFriday al vender digientes como asistentes personales. Le costó varios años, pero Talbot acabó logrando criar un modelo de Andro dispuesto a trabajar para cualquiera; VirlFriday ha vendido cientos de miles de copias. Es la primera prueba de que un digiente puede ser rentable, realmente, y muchas otras empresas están intentando repetir la hazaña de Talbot.

Una de estas empresas se llama Polytope, y ha anunciado planes para lanzar un gigantesco programa de crianza para crear el próximo Andro. El grupo de usuarios contactó con ellos y les ofreció acciones del futuro de los digientes Neuroblast: a cambio de pagar el port del motor Neuroblast, Polytope recibiría un porcentaje a perpetuidad de cualquier ingreso generado por los digientes. Hacía muchos meses que el grupo no se sentía tan esperanzado, pero la respuesta de la empresa fue negativa; los únicos digientes que le interesan a Polytope son los Sophonce, cuya concentración obsesiva es prioritaria si han de reemplazar al software convencional.

El grupo de usuarios ha debatido brevemente la posibilidad de pagar de su propio bolsillo el port, pero claramente no es viable. En consecuencia, algunos miembros están planteándose lo impensable:

De: Stuart Gust

Odio ser yo quien saque el tema, pero alguien tiene que hacerlo. ¿Qué opináis de suspender temporalmente a los digientes durante un año o así, hasta que hayamos recaudado el dinero para el port?

De: Derek Brooks

Ya sabes lo que pasa cuando alguien suspende a su digiente. Lo temporal termina siendo indefinido y luego permanente.

De: Ana Alvarado

No puedo estar más de acuerdo. Nada más fácil que entrar en modo de perpetua posposición. ¿Tú conoces a alguien que haya vuelto a poner en marcha a su digiente después de suspenderlo más de seis meses? Yo no.

De: Stuart Gust

Pero nosotros no somos como esa gente. Ésos suspendieron a sus digientes porque estaban cansados de ellos. Nosotros los echaremos de menos cada día que pasen suspendidos; todo será un incentivo para recaudar el dinero.

De: Ana Alvarado

Si crees que suspender a Zaff aumentará tu motivación, adelante. Mantener a Jax despierto es lo que me motiva a mí.

Ana no duda cuando postea su respuesta en el foro, pero la conversación es más difícil cuando, unos días después, Jax saca el tema a colación. Están los dos en la Data Earth privada, donde Ana le está enseñando un nuevo continente recreativo. Es un clásico, un continente que Ana exploró hace años, y hace poco lo han lanzado gratis, así que el grupo de usuarios ha instanciado una copia para los digientes. Trata de contagiarle su entusiasmo señalando lo que lo distingue del otro continente recreativo del que los digientes han acabado por aburrirse, pero Jax ve el continente como lo que es: una intentona más de mantenerlo ocupado mientras esperan el port Neuroblast.

Mientras caminan por la plaza de una ciudad medieval deshabitada, Jax dice:

—A veces desearía ser suspendido, no tener que esperar más. Puesto en marcha cuando puedo entrar en Real Space, sentir como si tiempo no pasado.

El comentario pilla a Ana desprevenida. Ninguno de los digientes tiene acceso a los foros del grupo de usuarios, así que Jax tiene que haber llegado a esa conclusión por su cuenta.

—¿En serio quieres eso? —le pregunta.

—En realidad no. Quiero estar despierto, saber qué pasa. Pero a veces frustro. —Luego le pregunta—: ¿A veces deseas no tener que cuidarme?

Ana se asegura de que Jax la esté mirando a la cara antes de responder.

—Igual mi vida sería más sencilla si no tuviera que cuidar de ti, pero no sería tan feliz. Te quiero, Jax.

—Yo también te quiero.

Mientras vuelve en coche del trabajo, Derek recibe un mensaje de Ana diciéndole que alguien de Polytope se ha puesto en contacto con ella y que la llame en cuanto llegue a casa.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta.

Ana parece perpleja.

—Ha sido una llamada muy extraña.

—¿Extraña en qué sentido?

—Me ofrecían un empleo.

—¿En serio? ¿De qué?

—De adiestradora de digientes Sophonce. Por toda mi experiencia previa, quieren que sea jefa de equipo. Ofrecen un salario genial, un puesto de tres años garantizado y un bono al firmar francamente fabuloso. Pero tiene truco.

—A ver, que me tienes en ascuas.

—Todos sus adiestradores tienen que usar InstantRapport.

A Derek se le ponen unos ojos como platos.

—Qué me dices. —InstantRapport es uno de esos transdérmicos inteligentes, un parche que inocula dosis de un cóctel oxitocínico-opioide cada vez que quien lo lleva se encuentra en presencia de una persona concreta. Se utiliza para fortalecer matrimonios inestables y relaciones padre-hijo tensas, y hace poco que está disponible sin receta médica—. ¿Para qué coño?

—Creen que el afecto producirá mejores resultados, y la única manera de que los adiestradores sientan afecto por digientes Sophonce es mediante la intervención farmacéutica.

—Ah, ya lo pillo. Es una manera de incrementar la productividad laboral. —Derek conoce a un montón de gente que toma nootrópicos o usa estimulación magnética transcraneal para aumentar su rendimiento en el trabajo, pero hasta la fecha ninguna empresa había hecho de ello un requisito. Niega con la cabeza incrédulo—. Si cuesta tanto querer a sus digientes, quizá podrían hacérselo mirar y pasarse a los digientes Neuroblast.

—Algo así les dije, pero no estaban interesados. El caso es que se me ocurrió una idea. —Ana se inclina hacia delante—. A lo mejor podría hacer que cambiasen de opinión si trabajo para ellos.

—¿Cómo lo harías?

—Sería una oportunidad de que la dirección de Polytope viera a Jax de vez en cuando. Podría loguearme en nuestra Data Earth privada desde el trabajo, igual incluso llevármelo con el cuerpo robótico. ¿Qué mejor manera de demostrarles lo versátil que es el motor Neuroblast? Y una vez se den cuenta, harán el port para Real Space.

Derek reflexiona.

—Eso dando por hecho que no te prohíban pasar tiempo con Jax en horas de trabajo…

—Dame un voto de confianza. No se lo voy a plantar en los morros; lo haré con sutileza.

—A lo mejor funciona. Pero te harán ponerte el parche de InstantRapport. ¿Te merece la pena?

Ana se encoge de hombros con frustración.

—No lo sé. Ya te digo que no sería mi primera opción. Pero a veces hay que correr el riesgo, ¿no? Llevar un poco las cosas al límite.

Derek no sabe muy bien qué responder.

—¿Qué opina Kyle de esto?

Ana suspira.

—Está completamente en contra. No le hace gracia la idea de que me meta InstantRapport, y desde luego no cree que las probabilidades sean tan halagüeñas como para arriesgarse. —Se calla, y luego dice—: Pero él no siente lo mismo que nosotros por los digientes, así que daba por hecho que diría eso. Para él, la cosa no compensa.

Está claro que Ana espera apoyo y Derek se lo presta, pero en el fondo sus pensamientos son más contradictorios. Tiene reservas sobre lo que propone, pero duda si decírselo o no.

Odia tener esos pensamientos, pero siempre que Ana comenta que está pasando una mala racha con Kyle, fantasea con la posibilidad de que rompan. Se ha dicho que jamás hará nada por intentar separarlos, pero si Kyle no comparte el compromiso de Ana con los digientes, Derek no hace nada malo por demostrarle que él sí. Si eso le sugiere a Ana que encajaría mejor con él que con Kyle, no es culpa suya.

La cuestión es si de verdad piensa que es buena idea que Ana acepte la oferta de empleo de Polytope. No está seguro, pero hasta que no lo tenga claro contará con su apoyo.

Después de soltar el teléfono, Derek se loguea en la Data Earth privada para pasar un rato con Marco y Polo. Están jugando un partido de tenis en gravedad cero, pero se bajan de la pista en cuanto lo ven.

—Hoy hemos tenido visita simpática —dice Marco.

—¿En serio? ¿Sabéis quiénes eran?

—Una persona llamada Jennifer y una persona llamada Roland.

Derek comprueba el registro de visitas y se queda consternado por lo que ve; Jennifer Chase y Roland Michaels son empleados de una empresa llamada Binary Desire, fabricantes de muñecos sexuales tanto virtuales como físicos.

No es la primera vez que al grupo de usuarios se le plantean consultas de alguien interesado en destinar a los digientes para uso sexual. La inmensa mayoría de muñecos sexuales siguen siendo controlados por software convencional a la hora de representar situaciones guionizadas, pero desde que aparecieron los digientes siempre ha habido gente que trata de practicar sexo con ellos; el procedimiento habitual es copiar un digiente libre de derechos y reconfigurar su mapa de gratificaciones de modo que disfrute de lo que sea que su dueño considere excitante. Sus detractores lo consideran el equivalente a hacer que un perro te lama los genitales untados en mantequilla de cacahuete, y no es una comparación caprichosa, ya sea referida a la inteligencia de los digientes o a la sofisticación de su adiestramiento. Desde

luego, ahora mismo no hay ningún digiente ni por asomo tan similar a una persona como Marco o Polo disponible para mantener relaciones sexuales, así que el grupo de usuarios recibe solicitudes de fabricantes de muñecos sexuales interesados en comprar copias de los digientes. Todos los miembros han acordado que ignorarán dichas peticiones.

Pero según el registro, Chase y Michaels entraron acompañados por Felix Radcliffe.

Derek les dice a Marco y a Polo que sigan con su partido y luego llama a Felix:

—¿En qué coño estabas pensando? ¿Cómo se te ocurre meternos aquí a Binary Desire?

—No han intentado mantener relaciones sexuales con los digientes.

—Ya lo veo. —Está reproduciendo el vídeo de la visita acelerado en otra ventana.

—Entablaron conversación.

Hablar con Felix a veces es como hablar con un alienígena.

—Teníamos un acuerdo sobre los fabricantes de muñecos sexuales, ¿lo recuerdas?

—Esa gente no es para nada como los demás. Me gusta cómo piensan.

Derek teme preguntarle a qué se refiere.

—Si tanto te gustan, te los llevas a Data Mars y les enseñas a tus xenoterios.

—Ya se los enseñé —dice Felix—. No les interesaron.

Pues claro que no, conviene Derek; la demanda de sexo con trípedos lobjanhablantes debe de ser microscópica. Pero advierte que Felix está siendo sincero, que no le molestaría prostituir a los xenoterios con tal de financiar su experimento de primer contacto. Felix puede ser un excéntrico, pero no un hipócrita.

—Tendrías que haberte limitado a eso —le dice—. Igual tenemos que bloquearte en Data Earth.

—Deberíais hablar con esa gente.

—No, no deberíamos.

—Os pagarán sólo por escucharlos. Os enviarán un mensaje con los detalles.

Derek casi se echa a reír. En Binary Desire tienen que estar muy desesperados si están pagando a la gente para que escuche sus ofertas.

—No hay problema con los mensajes. Pero voy a poner a esa gente en la lista de bloqueados, y no quiero que vuelvas a traer a ningún otro fabricante

de muñecos sexuales. ¿Queda claro?

—Claro queda —dice Felix, y cuelga.

Derek sacude la cabeza. Normalmente ni se plantearía la posibilidad de atender una oferta así, ni siquiera a cambio de dinero, porque no quiere dar la impresión de que estaría dispuesto a vender a Marco y a Polo como objetos sexuales. Pero ahora mismo el grupo de usuarios necesita hasta el último dólar que pueda recabar. Si escuchar la presentación de una empresa puede animar a otras a pagar por la misma oportunidad, entonces quizá vale la pena. Reinicia el vídeo de los visitantes con los digientes y lo ve a velocidad normal.

8

El grupo de usuarios se ha reunido para escuchar la presentación de Binary Desire vía videoconferencia; Binary Desire ha hecho un pago a un servicio de depósito, y los fondos podrán ser retirados tras la reunión. Sentada bajo el foco de su pantalla envolvente, Ana mira a su alrededor; los feeds de los vídeos de cada cual están integrados para que el grupo de usuarios aparezca reunido en un auditorio virtual, cada uno sentado en un diminuto palco privado. Derek está sentado en el palco de su izquierda, y Felix a su vez a la izquierda de Derek. En la palestra, Jennifer Chase, la portavoz de Binary. Su imagen en pantalla es rubia, guapa y vestida con gusto, y dado que ambas partes han acordado usar vídeo autenticado, Ana sabe que ésa es la apariencia real de Chase. Se pregunta si Binary Desire asigna a Chase para todas sus negociaciones; seguramente la mujer es muy buena consiguiendo lo que pide.

Felix se pone de pie en su sitio y empieza a decir algo en lobjan hasta que se da cuenta.

—Os gustará lo que os va a contar —dice.

—Gracias, Felix, pero deja que siga yo —dice Chase. Felix se sienta y Chase se dirige al grupo—: Gracias por acceder a reunirse conmigo. Normalmente, cuando me reúno con posibles socios comerciales hablo de cómo puede ayudarlos Binary Desire a alcanzar un mercado más amplio del que alcanzarían por su cuenta, pero no voy a hacer eso con ustedes. Mi objetivo para esta reunión es asegurarles que sus digientes serán tratados con respeto. No queremos mascotas sexualizadas por medio de un simple condicionamiento operante. Queremos seres que emprendan relaciones sexuales a un nivel más elevado y personal.

Stuart exclama:

—¿Cómo espera lograr eso si nuestros digientes son completamente asexuales?

Chase no se arredra.

—Con dos años de adiestramiento como mínimo.

Ana se queda sorprendida.

—Eso es una inversión importante —dice—. Yo pensaba que a los muñecos sexuales digientes se los adiestraba un par de semanas.

—Eso es porque normalmente se trata de digientes Sophonce, y no mejoran como parejas sexuales en dos años más que en dos semanas. No sé si han visto los resultados, pero si les pica la curiosidad puedo decirles dónde encontrar un harén de Draytas con avatares de Marilyn Monroe balando: «Quiero comer polla». El colmo del refinamiento.

Ana se echa a reír a su pesar, igual que varios miembros del grupo.

—Sí que suena refinado.

—Eso no es lo que Binary Desire está buscando. Cualquiera puede coger un digiente libre de derechos y reconfigurar su mapa de gratificación. Queremos ofrecer parejas sexuales con auténtica personalidad, y estamos dispuestos a invertir el esfuerzo que sea necesario para crearlas.

—Entonces ¿qué supondría ese adiestramiento? —pregunta Helen Costas, desde el fondo.

—Para empezar, descubrimiento sexual y exploración. Proporcionaríamos a los digientes avatares anatómicamente correctos y les dejaríamos que se acostumbrasen a tener zonas erógenas. Los animaríamos a comenzar a experimentar sexualmente unos con otros, para que puedan adquirir algo de práctica como seres sexuados y escoger un género con el que se sientan cómodos. Dado que la mayor parte del aprendizaje durante esta fase tendría lugar entre ellos, habría períodos en los que se les podría ejecutar a velocidades rápidas en lugar de en tiempo real. Una vez hayan adquirido una cantidad razonable de experiencia, empezaremos a vincularlos afectivamente con parejas humanas compatibles.

—¿Por qué están tan seguros de que crearán vínculos afectivos con un humano en concreto? —pregunta Derek.

—Nuestros desarrolladores han examinado a algunos de los digientes de los refugios; son demasiado jóvenes para nuestros fines, pero han desarrollado apegos emocionales, y nuestros desarrolladores han analizado lo suficiente como para creer que serán capaces de inducir un apego similar en digientes de más edad. A medida que el digiente vaya conociendo al humano,

acentuaremos la dimensión emocional de sus interacciones sexuales y no sexuales de manera que generen amor en el digiente.

—Una especie de versión Neuroblast del parche InstantRapport —dice Ana.

—Algo así —responde Chase—, pero más efectiva y específica, porque se sintonizará de manera personalizada. Para el digiente será indistinguible de un enamoramiento espontáneo.

—Esa sintonización personalizada no suena a algo que puedan ustedes conseguir a la primera —dice Ana.

—No, claro que no —contesta Chase—. Calculamos que a cada digiente le llevará dos meses enamorarse; a lo largo de este período estaremos trabajando con el cliente, rebobinando al digiente a puntos de guardado y probando diferentes ajustes hasta que el apego emocional quede establecido firmemente. Será como el programa de crianza que dirigía usted cuando trabajaba en Blue Gamma; nos limitaremos a hacerlo a la medida de clientes individualizados.

Ana a punto está de decir que eso es muy distinto, pero decide callarse. Lo único que tiene que hacer es escuchar la propuesta comercial de esa mujer, no refutarla.

—Veo a qué se refiere —dice.

Derek dice:

—Aun en el caso de que logren que se enamoren, ninguno de nuestros digientes va a ser una Marilyn Monroe convincente.

—No, pero ése no es nuestro objetivo. Los avatares que les asignaremos serán humanoides, pero no humanos. Verá, no tratamos de reproducir la experiencia del sexo con un ser humano; queremos proporcionar parejas no humanas con encanto, afectuosas y genuinamente entusiastas en el terreno sexual. Binary Desire considera que éste es un nuevo horizonte sexual.

—¿Un nuevo horizonte sexual? —interrumpe Stuart—. Querrá usted decir popularizar una perversión hasta que se convierta en común.

—Puede verlo así —contesta Chase—. Pero intente verlo de otra manera: nuestras ideas de lo que constituye una relación sexual sana se han ido ampliando con el paso del tiempo. La gente pensaba que la homosexualidad, el BDSM y el poliamor eran síntomas de problemas psicológicos, pero en estas actividades no hay nada intrínsecamente incompatible con una relación amorosa. Creemos que, con el tiempo, el sexo con digientes también será aceptado como una expresión válida de la sexualidad. Pero eso exige ser abiertos y honestos con ello, y no fingir que un digiente es un humano.

Aparece un icono en la pantalla indicando que Chase ha transmitido un documento al grupo.

—Les envío una copia del contrato que proponemos —dice—, pero permítanme hacerles un resumen. Binary Desire cubrirá los costes del port Neuroblast a Real Space a cambio de los derechos no exclusivos de sus digientes. Ustedes conservan el derecho a hacer y vender copias de sus digientes, siempre que no compitan con nosotros. Si sus digientes se venden bien, también les pagaremos royalties. Y sus digientes disfrutarán con lo que hacen.

—Vale, gracias —dice Ana—. Le echaremos un ojo al contrato y ya le diremos. ¿Es todo?

Chase sonríe.

—Casi. Antes de hacer efectivo el pago me gustaría tener la oportunidad de responder a cualquier duda que tengan; les aseguro que no me ofenderé. ¿Es sobre el aspecto sexual sobre lo que tienen reservas?

Ana vacila, y luego dice:

—No, es la coerción.

—No habrá coerción. El proceso de vínculo asegura que los digientes disfruten tanto como sus propietarios.

—Pero no les dan ustedes otra opción sobre qué disfrutar.

—¿Tan diferente es con los humanos? Cuando yo era pequeña, la idea de besar a un chico no me interesaba lo más mínimo, y si por mí hubiera sido, jamás habría cambiado. —Chase esboza una leve, pícara sonrisa, como para insinuar lo mucho que le gusta ahora besar—. Nos volvemos seres sexuales queramos o no. Las modificaciones que Binary Desire haría en los digientes no son distintas. De hecho, serán mejores. Hay a quien se le otorgan propensiones sexuales que lo llevan por la calle de la amargura. Eso no va a pasarles a los digientes. En lo que se refiere a cada uno de los digientes, va a ser emparejado con un compañero sexual perfectamente compatible. Eso no es coerción; eso es realización sexual definitiva.

—Pero no es real —apostilla Ana, y se arrepiente de inmediato.

Ésa es justo la oportunidad que estaba buscando Chase.

—¿Cómo que no? —pregunta—. Sus sentimientos hacia sus digientes son reales; los sentimientos de ellos hacia ustedes son reales. Si ustedes y sus digientes pueden mantener una conexión no sexual auténtica, ¿por qué no va a poder serlo una conexión sexual entre un humano y un digiente?

Ana se queda sin argumentos por un instante y Derek interviene.

—Podemos seguir con este debate filosófico eternamente —dice—. La conclusión es que no nos hemos pasado años criando a nuestros digientes para convertirlos en juguetes sexuales.

—Ya veo —dice Chase—. Y cerrar este trato no evitará que sus digientes prosigan con otras cosas. Pero el caso es que ahora mismo, por maravillosos que sean, no tienen ninguna habilidad comercializable, y no se puede predecir si llegarán a tenerla. ¿De qué otra manera van a recaudar el dinero que necesitan?

Cuántas mujeres se han dicho lo mismo, se pregunta Ana.

—Entonces es la profesión más antigua.

—Es una manera de verlo, pero permítanme señalarles de nuevo que los digientes no estarán sujetos a ningún tipo de coerción, ni siquiera de tipo económico. Si quisiéramos vender deseo sexual simulado, existen maneras más baratas de crearlo. El quid de la cuestión es crear una alternativa al deseo simulado. Consideramos que el sexo es mejor cuando ambas partes lo disfrutan; mejor como experiencia y mejor para la sociedad.

—Todo eso suena muy noble. ¿Qué me dice de la gente a la que le excita la tortura sexual?

—No aprobamos ningún tipo de acto sexual no consensuado, y eso incluye el sexo con digientes. El contrato que les he enviado garantiza que Binary Desire conserva los inhibidores de circuitos que Blue Gamma instaló originalmente, reforzados con el control de acceso de última generación. Como he dicho, creemos que el sexo es mejor cuando ambas partes lo disfrutan. Es un compromiso propio.

—Aceptáis, ¿correcto? —dice Felix al grupo—. Tienen previstas todas las posibilidades.

Muchos miembros del grupo de usuarios lo fulminan con la mirada, y hasta Chase revela en su expresión que preferiría pasar sin la ayuda de Felix.

—Sé que esto no es lo que deseaban cuando comenzaron a buscar inversores —dice Chase—. Pero si son capaces de ir más allá de sus reacciones iniciales, creo que convendrán conmigo en que lo que les proponemos beneficiará a todos.

—Nos lo pensaremos y la tendremos al tanto —dice Derek.

—Gracias por escuchar mi propuesta —dice Chase. En la pantalla aparece una ventana que indica que los fondos del depósito están disponibles—. Permítanme añadir una última cosa. Si otra empresa los aborda, asegúrense de leer la letra pequeña. Probablemente incluirán una cláusula que nuestros abogados querían incorporar, y que les da derecho a revender sus digientes a

otra empresa con los inhibidores de circuitos desactivados. Supongo que saben lo que eso significa.

Ana asiente; eso significa que los digientes podrían ser revendidos a una empresa como Edgeplayer para usarlos como víctimas de tortura.

—Sí, lo sabemos.

—Binary Desire denegó la recomendación de nuestros abogados. Nuestro contrato garantiza que los digientes no serán utilizados jamás para nada que no sea sexo sin coerción. Piensen si alguien más les ofrece las mismas garantías.

—Gracias —dice Ana—. Seguiremos en contacto.

Ana asistió a la reunión de Binary Desire con la actitud de quien acata un formulismo, una manera de ganar algo de dinero escuchando una oferta comercial. Ahora, tras oírla, se da cuenta de que le está dando muchas vueltas.

No le ha prestado atención al mundo del sexo virtual desde que estaba en la facultad, cuando un novio se pasó un semestre en el extranjero. Compraron los periféricos juntos antes de que se marchase, unos discretos accesorios de carcasa dura rellenos de silicona con un aspecto bastante extravagante, y bloquearon los aparatos con los números de serie del otro, una fidelidad garantizada para sus genitales virtuales. Sus primeras sesiones fueron inesperadamente divertidas, pero la novedad no tardó en agotarse y las limitaciones de la tecnología quedaron patentes. El sexo sin los besos era penosamente incompleto, y Ana echaba de menos tener una cara a unos centímetros de la suya, notar el peso de su cuerpo, oler el sudor; verse en una pantalla de vídeo no podía sustituirlo, por muy cerca que te pusieras la cámara. Su piel ansiaba la de él de una manera que ningún periférico podía satisfacer; hacia el final del semestre le parecía que iba a explotar de un momento a otro. La tecnología ha mejorado desde entonces, desde luego, pero no deja de ser una forma empobrecida de intimidad.

Ana recuerda la gran diferencia que representó la primera vez que vio a Jax con un cuerpo físico puesto. Si un digiente habitase un muñeco, ¿sería más atractiva la idea del sexo? No. Ella ha tenido la cara pegada a la de Jax, mientras le limpiaba manchas en las lentes o inspeccionaba resquebrajaduras, y no se parece en nada a estar cerca de una persona; con un digiente no hay sensación de penetrar en un espacio personal, ni la confianza que implica que un perro te deje frotarle la panza. En Blue Gamma decidieron no dotarlos de esa clase de autoprotección física —no tenía sentido aplicado a su producto —, pero ¿qué significa intimidad física cuando no existen límites que

traspasar? No pone en duda que sea posible provocar en un digiente una respuesta de excitación lo suficientemente parecida a la humana de tal manera que las neuronas espejo de ambos implicados sufran una conmoción. Pero ¿acaso sería capaz Binary Desire de hacer comprender a un digiente la vulnerabilidad que supone estar desnudo, y qué le estás comunicando a otro con tu deseo de estar desnudo en su presencia?

Pero quizá nada de esto importa. Ana reproduce la grabación de la videoconferencia, escucha a Chase diciendo que se trata de una nueva frontera, relaciones sexuales con una pareja no humana. No pretende ser lo mismo que las relaciones sexuales con otra persona, será un tipo de sexo distinto, y tal vez conlleve un tipo de intimidad distinta.

Ana piensa en el incidente que tuvo lugar cuando trabajaba en el zoo, cuando una de las oranguntanas falleció. Todo el mundo estaba destrozado, pero el adiestrador favorito de la oranguntana el que más. Al final confesó que había estado manteniendo relaciones sexuales con ella, y al poco el zoo lo despidió. Ana se quedó pasmada, desde luego, pero sobre todo porque el hombre no era el típico pervertido asqueroso que hubiera imaginado que encajaba con el perfil de un zoófilo; su dolor era tan profundo y sincero como el de cualquiera que hubiera perdido a un amante. También había estado casado, cosa que sorprendió a Ana; había dado por hecho que esa clase de gente no sale con nadie, pero entonces se dio cuenta de que se estaba tragando el estereotipo de los empleados del zoo: que pasan el tiempo con animales porque no se saben relacionar con la gente. Tal y como hizo por entonces, Ana trata de dilucidar por qué exactamente las relaciones no sexuales con animales pueden ser sanas mientras que las sexuales no lo son, por qué el consentimiento limitado que los animales pueden dar basta para quedárselos como mascotas, pero no para mantener relaciones sexuales con ellos. De nuevo es incapaz de articular un argumento que no se base en su desagrado personal, y no está segura de que ésa sea una razón lo suficientemente válida.

En cuanto a la cuestión de que los digientes tengan relaciones sexuales entre ellos, el tema se ha debatido de vez en cuando en el pasado, y Ana siempre ha sentido que los dueños eran afortunados de no tener que lidiar con eso, porque es precisamente cuando los animales alcanzan la madurez sexual cuando éstos se vuelven más difíciles de manejar. Ni siquiera está la culpa asociada a esterilizar quirúrgicamente a Jax, porque no le está despojando de un aspecto fundamental de su naturaleza. Pero ahora hay un hilo en el foro de debate que le hace replantearse las cosas:

De: Helen Costas

No me gusta la idea de que alguien mantenga relaciones sexuales con mi digiente, pero luego me acuerdo de que los padres tampoco quieren imaginarse a sus niños manteniendo relaciones sexuales.

De: Maria Zheng

Eso es una falsa analogía. Los padres no pueden impedir que los hijos se vuelvan seres sexuales, pero nosotros sí. Los digientes no tienen ninguna necesidad intrínseca de emular ese aspecto del desarrollo humano. No exageremos con la proyección antropomórfica.

De: Derek Brooks

¿Qué es intrínseco? Los digientes no tenían ninguna necesidad intrínseca de tener personalidades encantadoras ni avatares monísimos, pero aun así todo ello tenía una razón de ser: eso hacía que hubiera más probabilidades de que la gente pasara tiempo con ellos, y eso era bueno para los digientes.

No estoy diciendo que debamos aceptar la oferta de Binary Desire. Pero creo que lo que tenemos que preguntarnos es: si volvemos sexuales a los digientes, ¿eso animará a la gente a que los quiera de una manera que es buena para ellos?

Ana se pregunta si la asexualidad de Jax significa que se está perdiendo cosas que podría beneficiarle experimentar. Le gusta que Jax tenga amigos humanos, y el motivo por el que desea el port de Neuroblast a Real Space es para que pueda mantener esas relaciones, afianzarlas. Pero ¿hasta dónde podría llegar ese afianzamiento? ¿Cómo de íntima puede volverse una relación antes de que el sexo se convierta en un problema?

Esa misma noche, postea una respuesta al comentario de Derek:

De: Ana Alvarado

Derek plantea una buena pregunta. Pero aun cuando la respuesta sea afirmativa, no significa que debamos aceptar la oferta de Binary Desire.

Si una persona está buscando una fantasía masturbatoria puede utilizar software ordinario para conseguirlo. No tiene por qué comprarse una esposa por correo y pegarle veinte parches de InstantRapport, pero eso es lo que Binary Desire quiere darle a sus clientes, en esencia. ¿Es ésa la clase de vida que queremos que tengan nuestros digientes? Podríamos drogarlos con endorfina virtual a mansalva para que sean felices viviendo en un armario en Data Earth, pero nos importan demasiado como para hacer eso. No creo que debamos permitir que otros los traten con menos respeto.

Admito que la idea de las relaciones sexuales con un digiente me molestaba de entrada, pero supongo que no me opongo a la idea en sí. No es algo que me pueda imaginar haciendo yo misma, pero no tengo problemas con que otros quieran, siempre que no consista en una explotación. Mientras se dé un cierto nivel de reciprocidad, a lo mejor puede ser como dice Derek: bueno tanto para los digientes como para los humanos. Pero si el humano tiene libertad para personalizar el mapa de gratificaciones del digiente o de rebobinarlo una y otra vez hasta que logre una instanciación totalmente alterada, ¿entonces dónde está la reciprocidad? Binary Desire les está diciendo a sus clientes que para nada tienen que amoldarse a las preferencias de sus digientes. Da igual si incluye o no sexo; eso no es una relación real.

Cualquier miembro del grupo de usuarios es libre de aceptar la oferta de Binary Desire de manera individual, pero el argumento de Ana es lo suficientemente persuasivo como para que por el momento nadie lo haga.

Unos días después de la reunión, Derek les explica a Marco y a Polo la oferta de Binary Desire, dando por hecho que merecen estar informados de lo que pasa. Polo tiene curiosidad por las modificaciones que Binary Desire quiere hacer; sabe que tiene un mapa de gratificaciones, pero nunca se ha parado a pensar en lo que significaría editarlo.

—Igual es divertido editar mi mapa de gratificaciones —dice.

—Cuando trabajas para alguien no puedes editarte el mapa de gratificaciones —dice Marco—. Sólo puedes cuando eres una sociedad anónima.

Polo se gira hacia Derek.

—¿Eso verdad?

—Bueno, no es algo que yo os fuese a dejar hacer ni siendo sociedad anónima.

—Eh —protesta Marco—. Dijiste que cuando fuéramos sociedades tomaríamos las decisiones nuestras.

—Lo dije —admite Derek—, pero no se me había ocurrido que fueseis a editar vuestros propios mapas de gratificaciones. Eso podría ser peligroso.

—Pero los humanos pueden editar sus mapas.

—¿Qué? No podemos.

—¿Y las drogas que toma la gente para el sexo? ¿Afrodicosis?

—Afrodisíacos. Eso es de efecto temporal.

—¿InstantRapport es temporal? —pregunta Polo.

—No exactamente —responde Derek—, pero muchas veces, cuando la gente hace eso, está cometiendo un error. —Sobre todo, piensa, si una empresa te paga para tomártelos.

—Cuando yo sea sociedad haré mis errores —dice Marco—. Ésa es la gracia.

—No estás preparado para ser una sociedad anónima.

—¿Porque no te gusta mis decisiones? ¿Preparado significa siempre estar de acuerdo contigo?

—Si te estás planteando editar tu mapa de gratificaciones en cuanto te constituyas en sociedad es que no estás preparado.

—No digo que quiero —dice Marco con énfasis—. No quiero. Digo que cuando sea sociedad, puedo hacerlo. Es distinto.

Derek se calla un momento. Es fácil olvidarse, pero ésa es la misma conclusión a la que llegó el grupo de usuarios durante el debate del foro sobre la constitución de digientes en sociedades: si la personificación jurídica va a

ser algo más que pura palabrería, tiene que suponer brindarle a un digiente cierto grado de autonomía.

—Sí, tienes razón. Cuando seas sociedad anónima podrás hacer cosas que yo considero equivocaciones.

—Eso —dice Marco, satisfecho—. Cuando decidas que yo preparado, no es porque yo de acuerdo contigo. Puede ser incluso si yo no de acuerdo contigo.

—Eso es. Pero, por favor, dime que no quieres editar tu mapa de gratificaciones.

—No, sé que es peligroso. Podría hacer error y luego no pudiera arreglarme por error.

Es un alivio para Derek.

—Gracias.

—Pero dejar que Binary Desire edite mi mapa de gratificaciones no es peligroso.

—No, no es peligroso, pero sigue siendo una mala idea.

—No estoy de acuerdo.

—¿Qué? No creo que entiendas lo que quieren hacer.

Marco le echa una mirada de frustración.

—Sí entiendo. Me hacen gustar lo que quieren que guste aunque ahora no me guste.

Derek se da cuenta de que Marco lo comprende.

—¿Y no crees que eso está mal?

—¿Por qué mal? Todo lo que me gusta ahora es porque Blue Gamma hizo que me gusta. Eso no está mal.

—No, era distinto. —Derek reflexiona un momento para explicarle por qué—. Blue Gamma hizo que te gustase la comida, pero no decidió el tipo de comida que te tenía que gustar.

—¿Y qué? No mucha diferencia.

—Hay mucha diferencia.

—De acuerdo que es malo editar digientes que no quieren que los editen. Pero si el digiente quiere, entonces no es malo.

Derek nota que empieza a exasperarse.

—¿Entonces quieres constituirte en sociedad y tomar tus propias decisiones o quieres que otros las tomen por ti? ¿En qué quedamos?

Marco se para a pensar.

—A lo mejor las dos cosas. Una copia mía es sociedad, la segunda copia trabaja para Binary Desire.

—¿No te importa que haya copias de ti?

—Polo es una copia de mí. Eso no es malo.

Sin saber qué decir, Derek da por terminada la discusión y manda a los digientes a ponerse con sus estudios, pero le cuesta ignorar lo que Marco ha dicho. Por un lado, Marco ha planteado buenos argumentos, pero por el otro, Derek recuerda sus años en la facultad lo bastante bien como para saber que habilidad para el debate no es lo mismo que madurez. No es la primera vez que piensa que sería mucho más fácil si hubiera una mayoría de edad obligatoria para los digientes; sin ello, le corresponderá a él decidir cuándo está listo Marco para constituirse en sociedad.

Derek no es el único que tiene desencuentros a raíz de la oferta de Binary Desire. La siguiente vez que habla con Ana, ella se queja de una pelea reciente con Kyle.

—Kyle cree que deberíamos aceptar la oferta de Binary Desire. Dice que es mejor opción que trabajar para Polytope.

Es otra oportunidad de ser crítico con Kyle, ¿cómo conviene que aborde el tema Derek? Se limita a decir:

—Porque cree que modificar a los digientes no es para tanto.

—Exacto. —Rebufa un poco y continúa—: No es que yo no piense que ponerme un parche de InstantRapport no sea para tanto. Pues claro que es para tanto. Pero hay una gran diferencia entre que yo use InstantRapport voluntariamente y que Binary Desire imponga su proceso de vinculación afectiva a los digientes.

—Una diferencia enorme. Pero ¿sabes qué?, eso pone sobre la mesa una cuestión interesante. —Le cuenta la conversación con Marco y Polo—. No tengo claro que Marco no estuviera discutiendo por discutir, pero me hizo pensar. Si un digiente se ofrece voluntario para someterse a los cambios que Binary Desire quiere hacerle, ¿no vuelve la cuestión distinta?

Ana parece pensativa.

—No sé. Quizá.

—Cuando un adulto decide usar un parche de InstantRapport no tenemos derecho a ponerle pegas. ¿Qué hace falta para que nosotros respetemos las decisiones de Jax y Marco de la misma manera?

—Tendrían que ser adultos.

—Pero podríamos presentar su constitución en sociedades mañana mismo si quisiéramos —responde—. ¿Qué es lo que nos hace estar tan seguros de que no debemos? Supón que un día Jax te dice que comprende en qué se estaría metiendo al aceptar la oferta de Binary Desire, igual que te pasa a ti

con el puesto de trabajo en Polytope. ¿Qué haría falta para que aceptaras su decisión?

Ana piensa un momento.

—Imagino que dependería de si creyera que basa la decisión en su experiencia o no. Jax nunca ha tenido una relación amorosa ni ha desempeñado un trabajo, y aceptar la oferta de Binary Desire representa ambas cosas en una, en principio para siempre. Me gustaría que contara con alguna experiencia previa en esos asuntos antes de tomar una decisión en la que las consecuencias son permanentes. Una vez contara con esa experiencia, supongo que no podría oponerme.

—Ah —dice Derek asintiendo—, ojalá se me hubiera ocurrido eso mientras discutía con Marco. —Supondría modificar a los digientes para convertirlos en seres sexuados, pero sin la intención de venderlos; otro gasto para el grupo de usuarios, aun después de tener el port de Neuroblast—. Pero eso nos va a llevar mucho tiempo.

—Y tanto, pero no hay prisa en sexuar a los digientes. Es mejor esperar hasta que podamos hacerlo de manera adecuada.

—Es mejor fijar una mayoría de edad más alta que arriesgarse a ponerla demasiado baja.

—Y hasta entonces, nos corresponde a nosotros protegerlos.

—¡Eso es! Tenemos que dar prioridad a sus necesidades. —Ana parece agradecida por la concordancia, y Derek se alegra de haber podido proporcionársela. Entonces la frustración vuelve a su cara—. Ojalá lo entendiera Kyle.

Derek busca una respuesta diplomática.

—No estoy seguro de que nadie pueda entenderlos sin haberles dedicado el tiempo que llevamos nosotros con ellos —dice. No pretende que sea una crítica a Kyle; es lo que cree sinceramente.

9

Ha pasado un mes desde la presentación de Binary Desire, y Ana está en la Data Earth privada con un puñado de digientes Neuroblast esperando la llegada de unos visitantes. Marco le cuenta a Lolly el último episodio de su culebrón interactivo favorito, mientras Jax practica un baile que ha coreografiado.

—Mira —le dice.

Ana lo ve encadenar rápidamente una secuencia de posturas.

—Recuerda: cuando lleguen tienes que hablarles de lo que has construido.

—Lo sé, me lo has repetido repetido. Paro de bailar en cuanto lleguen. Me tengo que distraer.

—Perdona, Jax. Es que estoy nerviosa.

—Mira cómo bailo. Se te pasa.

Ana sonríe.

—Gracias, pruebo a ver. —Respira hondo y se obliga a calmarse.

Se abre un portal y lo atraviesan dos avatares. Jax deja de bailar al momento, y Ana acerca su avatar para dar la bienvenida a los visitantes. Las anotaciones en pantalla los identifican como Jeremy Brauer y Frank Pearson.

—Espero que no les haya costado llegar —dice Ana.

—No —contesta Pearson—, los logins que nos proporcionó han funcionado correctamente.

Brauer mira a su alrededor.

—La vieja Data Earth. —Su avatar agarra la rama de un matorral, la suelta y mira cómo se balancea—. Recuerdo lo emocionante que fue cuando Daesan la lanzó. Era tecnología punta.

Brauer y Pearson trabajan para Exponential Appliances, fabricantes de robots domésticos. Estos robots son un ejemplo de IA desfasada; sus habilidades están más programadas que aprendidas, y si bien ofrecen algunas ventajas no tienen ninguna clase de consciencia. Exponential va lanzando nuevas versiones con regularidad, publicitando cada una como un paso más cerca de la IA soñada por el cliente: un mayordomo completamente leal y atento desde el momento en que se acciona su interruptor. A Ana esta secuencia de mejoras le parece como caminar hacia el horizonte, ofrece una ilusión de progreso, aunque realmente uno nunca llegue a estar más cerca de la meta. Pero los consumidores compran esos robots, y le han proporcionado a Exponential un balance general bastante saludable, que es lo que busca Ana.

Ana no está intentando encontrarles a los digientes Neuroblast empleo de mayordomos; está claro que Jax y los demás son demasiado tozudos para esa clase de trabajo. Brauer y Pearson ni siquiera trabajan para el departamento comercial de la empresa, sino que forman parte del departamento de investigación, la razón por la que se fundó Exponential. Los robots domésticos son su manera de financiar los esfuerzos por lograr la IA soñada por los ingenieros: una entidad de pura cognición, un genio libre del peso de las emociones y el cuerpo, un intelecto vasto y frío pero empático. Aguardan el advenimiento de una Atenea de software de la noche a la mañana, y si bien Ana considera descortés decirles que cree que ya pueden esperar sentados,

pretende convencer a Brauer y Pearson de que los digientes Neuroblast suponen una alternativa viable.

—Bueno, muchas gracias por venir —dice Ana.

—Estábamos deseando verlo —contesta Brauer—. Un digiente con un tiempo total en marcha más largo que la vida útil de la mayoría de sistemas operativos no es algo que se encuentre muy a menudo.

—No, es verdad. —Ana se da cuenta de que están aquí más por una cuestión de nostalgia que para escuchar seriamente una propuesta comercial. Bueno, algo es algo, mientras estén aquí…

Ana les presenta a los digientes, que les muestran los proyectos en los que han estado enfrascados. Jax les enseña un artefacto virtual que ha construido, una especie de sintetizador musical que suena al bailar. Marco explica un juego de puzles que ha diseñado y al que se puede jugar en modo cooperativo o en competición. Brauer está especialmente interesado en Lolly, que les enseña un programa que ha estado escribiendo: a diferencia de Jax y Marco, que construyen sus proyectos usando herramientas, Lolly escribe código. La desilusión de Brauer queda patente cuando se da cuenta de que Lolly no es más que una programadora novata del montón; está claro que esperaba que su naturaleza de digiente le hubiera proporcionado una aptitud especial para la materia.

Tras charlar con los digientes un rato, Ana y los visitantes de Exponential se salen de Data Earth y pasan a modo videoconferencia.

—Son fabulosos —dice Brauer—. Yo tenía uno, pero no fue más allá de los primeros balbuceos.

—¿Tuvo un digiente Neuroblast?

—Y tanto, en cuanto salieron me compré uno. Era una instanciación de la mascota Jax, como el suyo. Le puse de nombre Fitz, lo tuve activo un año.

Este hombre tuvo un cachorro de Jax, piensa. En algún punto de almacenaje existe una versión en cachorro de Jax que identifica a este hombre como a su dueño. En voz alta dice:

—¿Se aburrió de él?

—Más que aburrirme, fui consciente de sus limitaciones. Vi que el genoma Neuroblast abordaba el asunto de manera equivocada. Fitz era listo, vaya si lo era, pero habría costado una eternidad lograr que hiciera algo productivo. Tiene mérito haberle dedicado tanto tiempo a Jax. Lo que ha conseguido usted es impresionante. —El elogio suena como si Ana hubiera levantado la escultura de palillos de dientes más grande del mundo.

—¿Sigue pensando que Neuroblast adoptó un enfoque equivocado? Ha visto de lo que es capaz Jax. ¿Tienen algo parecido en Exponential? —Usa un tono más brusco de lo que pretendía.

La reacción de Brauer es serena:

—No buscamos una IA de nivel humano; buscamos una IA de nivel superhumano.

—¿Y no creen que una IA de nivel humano es un primer paso en esa dirección?

—No si es del tipo de la que sus digientes hacen gala —dice Brauer—. No puede tener la seguridad de que Jax sea susceptible de trabajar para nadie, y mucho menos de que pueda convertirse en un genio de la programación. Que usted sepa, ha llegado a su tope.

—No creo que haya…

—Pero no lo sabe seguro.

—Sé que si el genoma Neuroblast es capaz de producir un digiente como él, puede producir uno tan listo como el que buscan ustedes. El Alan Turing de los digientes Neuroblast está esperando la oportunidad de nacer.

—Perfecto, supongamos que tiene usted razón —dice Brauer; la trata con clara condescendencia—. ¿Cuántos años nos costaría encontrarlo? A ustedes les ha costado tanto criar a la primera generación que la plataforma se ha quedado obsoleta. ¿Cuántas generaciones hacen falta para descubrir a un Turing?

—No siempre nos veremos limitados a ejecutarlos en tiempo real. En un momento dado habrá suficientes digientes como para formar una población autosuficiente, y entonces no dependerán de la interacción humana. Podremos ejecutar una sociedad entera a velocidad de invernadero sin peligro de que se vuelvan salvajes, y ver qué producen.

Lo cierto es que Ana está muy lejos de confiar en que ese planteamiento vaya a producir un Turing, pero ha practicado el argumento las veces suficientes para que suene como si se lo creyera.

Brauer, sin embargo, no está convencido.

—Hablando de inversiones arriesgadas: nos enseña usted un puñado de adolescentes y nos pide que les paguemos la educación con la esperanza de que cuando sean adultos funden una nación que producirá genios. Me disculpará usted si le digo que creo que hay mejores maneras de gastarnos el dinero.

—Pero piensen en lo que tendrían en sus manos. El resto de dueños y yo hemos dedicado años de atención a criar a esos digientes. Hacer un port de

Neuroblast es barato comparado con lo que costaría contratar a gente para hacerlo con otro genoma. Y el resultado potencial es exactamente lo que busca su empresa: genios de la programación que trabajen a velocidades tremendas, con las miras puestas en una inteligencia superhumana. Si ahora estos digientes son capaces de inventar juegos, imagínense de lo que serán capaces sus descendientes. Y ustedes ganarán dinero con cada uno de ellos.

Brauer está a punto de replicar cuanto Pearson se le adelanta:

—¿Es por eso por lo que quieren el port de Neuroblast? ¿Para ver lo que puedan llegar a inventar los digientes superinteligentes un día?

Ana ve a Pearson escudriñándola y decide que no vale la pena tratar de mentir.

—No —dice—. Lo que quiero es que Jax tenga la oportunidad de una vida más plena.

Pearson asiente.

—Le gustaría que Jax se constituyera en sociedad anónima un día, que tuviera algún tipo de personalidad jurídica, ¿verdad?

—Pues sí.

—Y seguro que Jax quiere lo mismo, ¿no? ¿Constituirse en sociedad anónima?

—En términos generales sí.

Pearson asiente de nuevo, confirmadas sus sospechas.

—Eso es innegociable. Es bonito que tengan salidas graciosas charlando, pero toda esa atención que le han dado ustedes a sus digientes los ha animado a considerarse personas.

—¿Y por qué es innegociable? —Pero sabe la respuesta.

—No buscamos empleados superinteligentes, buscamos productos superinteligentes. Ustedes nos ofrecen lo primero, y no se lo reprocho; nadie puede dedicar tantos años como ustedes a educar a un digiente y seguir considerándolo un producto. Pero nuestro negocio no se basa en esa clase de sentimientos.

Ana ha fingido que no existía, pero ahora Pearson lo ha puesto de relieve de mala manera: la incompatibilidad fundamental entre los objetivos de Exponential y los suyos. Quieren algo que responda como una persona, pero a la que no se deban las mismas atenciones que a una persona, y eso es algo que ella no puede darles.

Nadie se lo puede dar, porque se trata de una imposibilidad. Los años que ha pasado criando a Jax no sólo lo volvieron gracioso, no sólo le proporcionaron aficiones y sentido del humor. Todo eso es lo que le otorgó

los atributos que Exponential busca: fluidez a la hora de desenvolverse en el mundo real, creatividad a la hora de solucionar nuevos problemas, discernimiento fiable a la hora de tomar decisiones importantes. Cualquier cualidad que haga a una persona más valiosa que una base de datos sería producto de la experiencia.

Le entran ganas de decirles que Blue Gamma iba mejor encaminada de lo que ella creyó: la experiencia no es simplemente la mejor maestra, es la única maestra. Si hay algo que ha aprendido criando a Jax es que no hay atajos; si quieres crear un sentido común fruto de veinte años de andar por el mundo, necesitas dedicarle veinte años a esa labor. No puedes reunir un abanico heurístico equivalente en menos tiempo; la experiencia es algorítmicamente incomprensible.

Y aun cuando sea posible tomar una instantánea de toda esa experiencia y duplicarla *ad infinitum*, aun cuando sea posible vender copias baratas o regalarlas, cada uno de los digientes resultantes habrá vivido una cantidad de vida. Cada uno habrá visto el mundo con nuevos ojos, habrá visto realizadas sus esperanzas y las habrá visto frustradas, habrá descubierto cómo sienta decir una mentira y cómo sienta que te la digan.

Lo que significa que cada uno merece cierto respeto. Respeto que Exponential no se puede permitir.

Ana hace una última tentativa.

—Estos digientes podrían hacerles ganar dinero como empleados. Podrían…

Pearson niega con la cabeza.

—Valoro lo que intenta hacer, y le deseo toda la suerte del mundo, pero no encaja con Exponential. Si estos digientes fueran a convertirse en productos, tal vez valdría la pena correr el riesgo por unos beneficios potenciales. Pero si no van a ser más que empleados, la cosa es distinta; no podemos justificar una inversión tan grande a cambio de tan poco.

Claro que no, piensa Ana. ¿Y quién podría? Sólo un fanático, alguien motivado por el amor. Alguien como ella.

Ana le está enviando un mensaje a Derek sobre la reunión fallida con Exponential cuando el cuerpo robótico cobra vida.

—¿Cómo ha ido la reunión? —pregunta Jax, pero puede leer demasiado bien la expresión de Ana como para responderla por sí mismo—. ¿Es culpa mía? ¿No les gustó lo que les enseñé?

—No, tú lo hiciste genial, Jax. Es que no les gustan los digientes; cometí un error pensando que podría hacerlos cambiar de opinión.

—Intentar valía la pena —dice Jax.

—Supongo que sí.

—¿Estás bien?

—Se me pasará. —Lo tranquiliza. Jax le da un abrazo y luego devuelve el cuerpo a la plataforma de carga y regresa a Data Earth.

Sentada en su escritorio, con la mirada clavada en una pantalla vacía, Ana contempla las opciones que le quedan al grupo de usuarios. Que ella sepa, sólo queda una: trabajar para Polytope y tratar de convencerlos de que vale la pena hacer un *port* del motor Neuroblast. Lo único que tiene que hacer es colocarse el parche de InstantRapport y unirse a su experimento de cuidadores industrializados.

Por mucho que se diga de Polytope, esta empresa comprende el valor de la interacción en tiempo real, a diferencia de Exponential. Los digientes Sophonce quizá estén satisfechos de que los dejen solos en un invernadero, pero eso no es un atajo viable si pretendes que se conviertan en individuos productivos. Alguien va a tener que pasar tiempo con ellos, y Polytope se ha dado cuenta.

Sus recelos vienen de la estrategia de Polytope para hacer que la gente dedique ese tiempo. La estrategia de Blue Gamma fue hacer a los digientes adorables, mientras que Polytope comienza con digientes no adorables y usa medicamentos para hacer que la gente los adore. Ana ve claro que la forma correcta de abordar el asunto era la de Blue Gamma, no sólo más ética sino también más efectiva.

De hecho, quizá fue demasiado efectiva, teniendo en cuenta la situación en la que se ve ahora: se enfrenta al mayor gasto de toda su vida, y es por su digiente. No es algo que nadie hubiera esperado en Blue Gamma hace tantísimos años, aunque tal vez deberían haberlo hecho. La idea del amor sin ataduras es tan fantasiosa como lo que Binary Desire vende. Amar a alguien significa hacer sacrificios por ese alguien.

Y ésa es la única razón por la que Ana se plantea trabajar para Polytope. En cualquier otra circunstancia se habría tomado como un insulto una oferta que exigiera el uso de InstantRapport: nadie en el mundo tiene tanta experiencia como ella trabajando con digientes, y aun así Polytope da a entender que no puede ser una adiestradora efectiva sin intervención de medicamentos. Adiestrar digientes —al igual que adiestrar animales— es un

empleo, y una profesional puede desempeñar su trabajo sin necesidad de estar enamorada de una tarea concreta.

Al mismo tiempo, es consciente de la diferencia que puede suponer el afecto en el proceso de adiestramiento, cómo fomenta la paciencia cuando es paciencia lo que más necesitas. La idea de que un afecto semejante pueda manufacturarse no le resulta atractiva, pero no puede negar las realidades de la neurofarmacología moderna: si le inundan el cerebro de oxitocina cada vez que adiestra a digientes Sophonce, eso va tener un efecto en sus sentimientos hacia ellos, lo quiera o no.

La única pregunta es si es algo que pueda tolerar. Está convencida de que el parche de InstantRapport no la distraerá de cuidar a Jax; ningún digiente Sophonce va a desplazar el lugar de Jax en sus afectos. Y si trabajar para Polytope es una oportunidad de oro para conseguir el port de Neuroblast, está dispuesta a ello.

Ana sólo desearía que Kyle lo entendiese; siempre ha dejado claro que el bienestar de Jax es prioritario, y hasta ahora Kyle nunca había tenido problemas con eso. No quiere que su relación se acabe por culpa de este empleo, pero lleva más tiempo con Jax que con cualquier novio; llegado el caso, sabe a quién escogería.

10

El mensaje de Ana sobre la reunión fallida es breve, pero a Derek le transmite muchísima información. Ha oído el tono de su voz cuando ha hablado de esta posibilidad antes, así que sabe que se está preparando para aceptar la oferta de empleo de Polytope.

Éste es el último intento a la desesperada de Ana por conseguir el port de Neuroblast, y se acabó. A nadie le gusta la idea, pero Ana es adulta; ha sopesado los pros y los contras y ha tomado una decisión. Si está dispuesta a ello, lo menos que puede hacer él es prestarle su apoyo.

Pero el caso es que no puede. No ahora que existe otra alternativa: aceptar la oferta de Binary Desire.

Tras su anterior conversación con Marco y Polo, Derek se puso en contacto en privado con Jennifer Chase para preguntarle si el deseo de los digientes de constituirse en sociedad anónima no los descalificaría para los propósitos de Binary Desire. Chase le dijo que los clientes de Binary Desire tendrían libertad para solicitar la constitución en sociedad de las copias adquiridas. De hecho, si sus sentimientos hacia sus digientes se volvieran tan

fuertes como la empresa desearía, esperaba que muchos lo hicieran. Por lo que a él respecta es la respuesta adecuada, pero una parte de él esperaba que le diera la contraria y le proporcionara así un motivo rotundo para rechazar su propuesta. En lugar de eso, la decisión sigue pendiente. La suya y la de Marco.

Ha pensado en el argumento formulado por Ana sobre que los digientes no son competentes para aceptar la oferta de Binary Desire porque les falta experiencia en relaciones amorosas y empleos. El argumento tiene sentido si consideras a los digientes como niños humanos. También significa que mientras estén encerrados en Data Earth, mientras sus vidas estén tan radicalmente salvaguardadas, nunca se volverán lo bastante maduros como para tomar una decisión de semejante magnitud.

Pero tal vez los baremos de madurez para un digiente no deben ser tan exigentes como para los humanos; tal vez Marco es suficientemente maduro como para tomar esa decisión. Marco parece completamente cómodo considerándose a sí mismo como un digiente y no como un humano. Es posible que no aprecie del todo las consecuencias de lo que insinúa, pero Derek no deja de tener la sensación de que Marco comprende su propia naturaleza mejor que su dueño. Marco y Polo no son humanos, y quizá pensar en ellos como si lo fueran es una equivocación que los obliga a amoldarse a las expectativas de los dueños en lugar de permitirles ser ellos mismos. ¿Qué es más respetuoso, tratarlo como un ser humano o aceptar que no lo es?

En otras circunstancias, esto hubiera sido una cuestión teórica, algo que podría posponer para un debate futuro, pero resulta que enlaza directamente con la decisión a la que se enfrenta aquí y ahora. Si acepta la oferta de Binary Desire no habrá necesidad de que Ana coja el empleo de Polytope, así que la pregunta es: ¿es mejor que le alteren químicamente el cerebro a Marco a que se lo alteren a Ana?

Ana sabe en qué se mete al aceptarlo mejor que Marco. Pero Ana es una persona y por mucho que piense que Marco es fabuloso, valora más a Ana. Si uno de ellos tiene que sufrir una manipulación neuroquímica, no quiere que sea ella.

Derek abre en pantalla el contrato que les envió Binary Desire. Luego llama a Marco y a Polo en sus cuerpos robóticos.

—¿Listo para firme el contrato? —pregunta Marco.

—No deberías hacer esto sólo por ayudar a los demás —le dice Derek—. Deberías hacerlo porque es lo que quieres hacer.

Entonces se pregunta si eso es verdad.

—No hace falta que me preguntes repetido —dice Marco—. Pienso lo mismo que antes, quiero hacerlo.

—¿Y tú qué, Polo?

—Sí, acuerdo.

Los digientes están dispuestos, incluso deseosos, y tal vez eso debería bastar para zanjar el tema. Pero existen además otras consideraciones, puramente egoístas.

Si Ana acepta el empleo en Polytope creará una desavenencia con Kyle de la que Derek podría salir beneficiado. No es un pensamiento loable, pero no puede negar que se le haya ocurrido. Mientras que si acepta la oferta de Binary Desire, la desavenencia será entre Ana y él; echará a perder cualquier oportunidad de llegar a estar juntos. ¿Es capaz de tirar la toalla?

Tal vez nunca ha tenido posibilidades con Ana; tal vez lleva todos estos años engañándose. En tal caso sería mejor abandonar esa fantasía y liberarse del anhelo de algo que no va a suceder.

—¿Qué esperas? —pregunta Marco.

—Nada —dice Derek.

Con los digientes delante, firma el contrato de Binary Desire y se lo envía a Jennifer Chase.

—¿Cuándo me voy a Binary Desire? —pregunta Marco.

—Te haré una réplica después de que me llegue la copia del contrato contrafirmado —contesta—. Luego se la enviaremos.

—Vale —dice Marco.

Mientras los digientes parlotean emocionados sobre lo que esto supone, Derek piensa en cómo decírselo a Ana. No le puede decir que lo hace por ella, claro está. Ana se sentiría tremendamente culpable si pensara que Derek sacrifica a Marco por su bien. Es decisión de él, y es mejor que Ana le eche la culpa.

Ana y Jax están jugando a Jerk Vector, un juego de carreras que Ana ha añadido hace poco a Data Earth; pilotan unos coches voladores por un paisaje montañoso que parece una huevera. Ana se las arregla para ganar suficiente velocidad en una cuenca como para saltar un barranco cercano, mientras que Jax no lo logra y su coche volador se precipita espectacularmente hacia el fondo.

—Espera te alcanzo —dice Jax por el intercomunicador.

—Vale —contesta Ana, y pone el coche volador en punto muerto. Mientras espera que Jax suba el camino en zigzag por la pared del barranco,

abre una ventana para ver sus mensajes. Lo que ve la sobresalta.

Felix ha enviado un mensaje en el que inicia triunfalmente la cuenta atrás para el primer contacto de la humanidad con los xenoterios. Al principio Ana se pregunta si está malinterpretando a Felix dado su excéntrico uso del idioma, pero un par de mensajes del resto del grupo de usuarios le confirma que el port de Neuroblast está en marcha, y que Binary Desire lo paga. Alguien del grupo de usuarios ha vendido a su digiente como juguete sexual.

Entonces ve un mensaje en el que se dice que se trata de Derek, que ha vendido a Marco. Está a punto de postear una respuesta diciendo que no puede ser verdad, pero se detiene. Lo que hace en lugar de eso es volver a la ventana de Data Earth.

—Jax, tengo que hacer una llamada. ¿Por qué no practicas el salto del barranco un rato?

—Te arrepentirás —responde Jax—. La próxima carrera te gano.

Ana pasa el juego a modo entrenamiento para que Jax pueda intentar saltar el barranco sin tener que escalarlo desde el fondo cada vez que falle. Luego abre una ventana de videófono y llama a Derek.

—Dime que no es verdad —le dice, pero un vistazo a su cara le confirma que sí.

—No quería que te enteraras así. Iba a llamarte, pero…

Ana está tan sorprendida que a duras penas encuentra las palabras.

—¿Por qué lo has hecho? —Derek tarda tanto en contestar, que continúa —: ¿Ha sido por el dinero?

—¡No! Claro que no. Es que he decidido que los argumentos de Marco tienen sentido, y que es lo suficientemente mayor para escoger.

—Ya hablamos de eso. Estabas de acuerdo en que era mejor esperar hasta que tuvieran más experiencia.

—Lo sé. Pero luego… decidí que me estaba pasando de precavido.

—¿Que te pasas de precavido? No es que vayas a dejar que Marco se arriesgue a magullarse una rodilla; Binary Desire va a practicarle una intervención cerebral. ¿Cómo te vas a pasar de precavido con eso?

Derek se calla, y luego dice:

—Me di cuenta de que era hora de pasar página.

—¿Pasar página? —Como si la idea de proteger a Marco y a Polo fuera un capricho infantil que hubiese superado—. No sabía que lo veías de esa manera.

—Yo tampoco, hasta hace poco.

—¿Eso significa que no te planteas constituir a Marco y a Polo en sociedad algún día?

—No, sigo pensando hacerlo. Pero no estaré tan… —duda de nuevo— obsesionado.

—No estarás tan obsesionado. —Ana se pregunta cuánto conocía a Derek, a fin de cuentas—. Es bueno para ti, supongo.

Parece que le duele, y a Ana le parece bien que así sea.

—Es bueno para todo el mundo —responde—. Los digientes logran acceder a Real Space…

—Lo sé, lo sé.

—En serio, creo que es lo mejor que se puede hacer —lo dice, pero no parece creerlo.

—¿Cómo va a ser lo mejor que se puede hacer? —le pregunta. Derek no responde, y ella se queda mirándolo fijamente—. Ya hablaremos —le dice, y cierra la ventana del videófono.

Le rompe el corazón pensar en las mil maneras en las que podrán utilizar a Marco sin que éste se dé cuenta siquiera de que le están utilizando. No los puedes salvar a todos, se recuerda. Pero nunca se le hubiera ocurrido que Marco sería de los que correrían ese peligro. Daba por hecho que Derek pensaba como ella, que comprendía la necesidad de hacer sacrificios.

En su ventana de Data Earth ve a Jax pilotando alegremente su coche volador, subiendo y bajando las laderas como un niño en una montaña rusa sin raíles. No quiere contarle lo del trato con Binary Desire ahora mismo; tendrán que discutir qué supone para Marco, y no tiene energías para esa conversación. Por el momento, lo único que quiere hacer es mirarlo y, prudentemente, tratar de acostumbrarse a la idea de que el port de Neuroblast está en marcha. Es una sensación peculiar. No la puede llamar alivio, por el coste que supone, pero es innegablemente bueno que ese enorme obstáculo para el futuro de Jax haya desaparecido, y que no tenga que aceptar el empleo en Polytope para ello. Pasarán meses hasta que el port esté listo, pero el tiempo transcurrirá deprisa ahora que saben adónde van. Jax podrá entrar en Real Space, ver a sus amigos de nuevo y reunirse con el resto del universo social.

No es que el futuro vaya a ser un paseo. Todavía quedan un sinfín de obstáculos por salvar, pero por lo menos Jax y ella tendrán la oportunidad de encararlos. Por un instante, Ana se regodea, fantaseando sobre lo que puede pasar si lo logran.

Se imagina a Jax madurando con los años, tanto en Real Space como en el mundo real. Se lo imagina constituido en sociedad anónima, persona jurídica, con un empleo y ganándose la vida. Se lo imagina participando en la subcultura digiente, una comunidad con suficiente dinero y recursos como para crear un port a nuevas plataformas cuando la necesidad acucie. Se lo imagina aceptado por una generación de humanos criados con digientes que los consideran potenciales compañeros de un modo impensable para los miembros de su generación. Se lo imagina amando y siendo amado, discutiendo y comprometiéndose. Se lo imagina haciendo sacrificios, algunos complicados y otros sencillos cuando los haga por una persona que realmente le importe.

Pasan unos minutos y Ana se dice que tiene que parar de fantasear. No hay ninguna garantía de que Jax llegue a ser capaz de ninguna de esas cosas. Pero por si en algún momento se le presenta la oportunidad de intentarlo, ella tiene que emprender la tarea que ahora tiene por delante: enseñarle, como mejor pueda, en qué consiste vivir.

Inicia el proceso de apagado del juego y llama a Jax por el intercomunicador:

—Se acabó el recreo, Jax —dice—. Es hora de hacer los deberes.

LA NIÑERA AUTOMÁTICA, PATENTADA POR DACEY

EXTRAÍDO DEL CATÁLOGO QUE ACOMPAÑABA A LA EXPOSICIÓN *PEQUEÑOS ADULTOS DEFECTUOSOS: POSTURAS ANTE LA INFANCIA DESDE 1700 HASTA 1950*; MUSEO NACIONAL DE PSICOLOGÍA, AKRON, OHIO.

La niñera automática fue un invento de Reginald Dacey, matemático nacido en Londres en 1861. La intención primera de Dacey fue construir un dispositivo pedagógico; inspirado por los entonces recientes avances en tecnología gramofónica, trató de convertir el molino aritmético de la propuesta de Artefacto Analítico de Charles Babbage en una máquina capaz de enseñar gramática y aritmética por repetición. Dacey la ideó no como sustitutivo de la educación humana, sino como un aparato para ahorrar esfuerzos, destinado al uso de maestros e institutrices.

Durante años, Dacey trabajó diligentemente en su artefacto pedagógico, y ni siquiera la muerte de su esposa, Emily, al dar a luz en 1894, le hizo cejar en su empeño.

Lo que cambió el sentido de su investigación fue el descubrimiento, varios años más tarde, de que su hijo Lionel sufría malos tratos por parte de la niñera, una mujer conocida como la Nana Gibson. Al propio Dacey lo había criado una niñera afectuosa, y durante años dio por hecho que la mujer que había contratado se estaba ocupando de su hijo de la misma manera, aunque ocasionalmente le recordaba que no fuese demasiado indulgente. Se quedó pasmado cuando se enteró de que la Nana Gibson zurraba al chico de forma habitual y le administraba polvos Gregory (un potente laxante de sabor horrendo) como castigo. Al darse cuenta de que su hijo vivía aterrorizado por la niñera, Dacey la despidió de inmediato. Después entrevistó atentamente a varias aspirantes y se quedó sorprendido al descubrir la gran variedad de puntos de vista existentes en lo que a crianza se refiere. Algunas colmaban a

sus niños de mimos, mientras que otras aplicaban métodos disciplinarios peores que los de la Nana Gibson.

Al final, Dacey contrató a una sustituta, pero la hacía llevarle a Lionel a su taller con regularidad para tenerla vigilada. Aquello debió de venirle como caído del cielo al niño, que mostraba la mayor obediencia en presencia de su padre; las discrepancias entre la descripción que hacía la Nana Gibson del comportamiento de su hijo y sus propias observaciones animó a Dacey a emprender una investigación sobre las prácticas de crianza óptimas. Dada su inclinación a las matemáticas, contemplaba el estado emocional de un niño como el modelo de un sistema en equilibrio inestable. En sus cuadernos de aquella época se puede leer lo siguiente: «La indulgencia conduce al mal comportamiento, que irrita a la niñera y la incita a administrar castigos más severos de lo recomendable. Luego la niñera tiene remordimientos y termina sobrecompensando con más indulgencia. Se trata de un efecto de péndulo invertido, propenso a oscilaciones de magnitud cada vez mayor. Sólo con que fuésemos capaces de mantener vertical el péndulo, ya no habría necesidad de una corrección ulterior».

Dacey trató de inculcar su filosofía de crianza a una serie de niñeras para Lionel, con el único resultado, según ellas, de que el niño no las obedecía. Por lo visto, a Dacey no se le había ocurrido que Lionel pudiera comportarse de manera distinta con las niñeras que con él; de manera que su conclusión fue que las niñeras eran demasiado temperamentales como para seguir las pautas que les daba. Por un lado, estaba de acuerdo con la creencia convencional de su época, que sostenía que la naturaleza emocional de las mujeres las convierte en figuras paternas inadecuadas; discrepaba con la idea de que un exceso de castigo pudiera ser tan perjudicial como un exceso de afecto. Al final decidió que la única niñera que iba a acatar los procedimientos que estipulaba sería una construida por él mismo.

En cartas a sus colegas, Dacey facilitó numerosos motivos por los que había centrado su atención en el proyecto de la niñera mecánica. Primero: una máquina semejante sería fundamentalmente más sencilla de construir que un artefacto pedagógico, y venderlo supondría una manera de recaudar los fondos necesarios para perfeccionar este último. Segundo: lo consideraba una oportunidad para intervenir con cierta ventaja; poniendo a niños al cuidado de máquinas siendo aún pequeños se podía garantizar que no adquirieran malos hábitos que hubiera que corregir más tarde. «Los niños no nacen inmorales, pero se vuelven así por influencia de aquellos a quienes confiamos su cuidado. Una crianza racional dará como fruto niños racionales», escribió.

Un indicativo de la postura victoriana hacia los niños es el hecho de que Dacey en ningún momento sugiriera que los niños deberían ser criados por sus padres. De su propia participación en la crianza del hijo, escribió: «Me doy cuenta de que mi presencia conlleva precisamente los peligros que deseo evitar, porque si bien soy más racional que cualquier mujer, no soy inmune a las expresiones de satisfacción o insatisfacción del chico. Pero el progreso sólo puede darse poco a poco, y aunque Lionel llegue demasiado tarde para aprovechar en todo su esplendor los beneficios de mi trabajo, comprende su importancia. Perfeccionar esta máquina significa que otros padres podrán criar a sus hijos en un entorno más racional del que yo fui capaz de proporcionar al mío».

Para la manufactura de la Niñera Automática, Dacey contrató a la empresa Thomas Bradford & Co., fabricante de máquinas de coser y lavadoras. La mayor parte del tronco de la Niñera lo ocupaba un mecanismo de relojería con muelles que controlaba el horario de comidas y mecidas. La mayor parte del tiempo, los brazos adoptaban la forma de una cuna para mecer al bebé. A intervalos concretos, la máquina colocaba al bebé en posición de amamantar y sacaba una tetina de goma conectada a un depósito de leche de fórmula. Además de la manivela para tensar el muelle principal, la Niñera contaba con otra manivelita para dar cuerda al gramófono que se usaba para hacer sonar nanas; el gramófono tenía que ser extraordinariamente pequeño para caber en la cabeza de la Niñera, y sólo podían ponerse discos prensados a tal efecto. También tenía un pedal cerca de la base que usaba para comprimir la bomba de deshechos, que proporcionaba potencia de succión a un par de mangueras que iban desde el pañal de goma del bebé hasta un orinalito.

La Niñera Automática salió a la venta en marzo de 1901, con la aparición del siguiente anuncio en el *Illustrated London News*:

> No deje a su hijo al cuidado de una mujer de cuyo carácter no sabe nada. Adopte la práctica moderna de la crianza científica con la compra de
>
> LA NIÑERA AUTOMÁTICA, PATENTADA POR DACEY
>
> Las VENTAJAS de este SUSTITUTO ÚNICO de niñeras son:
>
> - Enseña a su hijo a amoldarse a un horario específico de alimentación y sueño.
> - Calma a su bebé sin administrar narcóticos estupefacientes.
> - Funciona noche y día, no requiere de dependencias individuales y no roba.
> - No expondrá a su hijo a influencias perniciosas.
>
> Fíjese en los testimonios de nuestros clientes:

«Nuestro niño se comporta ahora de maravilla y es una gozada tenerlo cerca». (Señora de Menhenick, Colwyn Bay).
«Ni punto de comparación con la chica irlandesa que teníamos contratada antes. Una bendición para toda la casa». (Señora de Hastings, Eastbourne).
«Ojalá me hubiera criado una a mí». (Señora de Godwin, Andoversford).

THOMAS BRADFORD & CO.

68, FLEET-STREET, LONDRES y MÁNCHESTER

Vale la pena comentar que, más que promover la crianza de niños racionales, el anuncio se aferra al miedo que puedan tener los padres ante las niñeras de poco fiar. Esto podría haber sido simplemente una astuta maniobra publicitaria por parte de los socios de Dacey en Thomas Bradford & Co, pero algunos historiadores piensan que pone de relieve los auténticos motivos que llevaron a Dacey a desarrollar la Niñera Automática. Si bien siempre describió su artefacto pedagógico como una herramienta auxiliar para institutrices, posicionó la Niñera Automática como un sustituto completo de la niñera humana. Teniendo en cuenta que las niñeras provienen de la clase obrera mientras que las institutrices suelen provenir de la clase alta, la cosa sugiere un prejuicio clasista inconsciente por parte de Dacey.

Independientemente de los motivos de su atractivo, la Niñera Automática disfrutó de un breve período de popularidad, con más de ciento cincuenta unidades vendidas en seis meses. Dacey mantenía que las familias que usaron una Niñera Automática quedaron totalmente satisfechas con la calidad de los cuidados que proporcionaba la máquina, aunque no hay manera de verificarlo; los testimonios usados en los anuncios probablemente eran inventados, como era costumbre por aquella época.

Lo que sí se sabe seguro es que en septiembre de 1901, un niño llamado Nigel Hawthorne fue lanzado por los aires, con consecuencias fatales, por una Niñera Automática a la que se le partió el muelle principal. La noticia de la muerte del niño se propagó rápidamente, y Dacey tuvo que afrontar un alud de devoluciones de Niñeras Automáticas. Examinó la Niñera de los Hawthorne y descubrió que habían modificado el mecanismo para que la máquina funcionase más tiempo sin necesidad de darle cuerda. Publicó un anuncio a página completa en el que —tratando de no culpar al matrimonio Hawthorne— insistía en que la Niñera Automática era totalmente segura y funcionaba correctamente, pero sus esfuerzos fueron en vano. Nadie quería confiar el cuidado de sus niños a la máquina de Dacey.

Para demostrar que la Niñera Automática era segura, Dacey anunció audazmente que confiaría su próximo hijo a los cuidados de la máquina. Si se hubiera salido con la suya en este particular, tal vez habría logrado restaurar

la confianza pública en la máquina, pero no tuvo oportunidad debido a su manía de contarle a sus pretendidas los planes que abrigaba para una futura prole. El inventor presentaba su proposición como la invitación a participar en un gran proyecto científico y lo dejaba perplejo que ninguna de las mujeres a las que cortejó encontrase atrayente esta perspectiva.

Tras varios años de rechazos, Dacey abandonó su empeño de vender la Niñera Automática a un público hostil. Llegó a la conclusión de que la sociedad no era lo suficientemente ilustrada para apreciar los beneficios de una crianza basada en máquinas, así que abandonó también sus planes de construir un artefacto pedagógico y reanudó su trabajo con las matemáticas puras. Publicó artículos sobre teoría de números y dio clases en Cambridge hasta su muerte en 1918, durante la pandemia global de gripe.

La Niñera Automática podría muy bien haber caído en el olvido de no ser por la publicación de un artículo en 1925 en el *London Times* titulado «Gajes de la ciencia». En él se contaba en tono burlón una serie de invenciones y experimentos fallidos, incluida la Niñera Automática, a la que se calificaba de «artilugio monstruoso cuyo inventor sin duda despreciaba a los niños». El hijo de Reginald, Lionel Dacey, que para entonces se había convertido también en matemático y proseguía con el trabajo de su padre en teoría de números, montó en cólera. Escribió una carta inflamada al periódico exigiendo una retractación, y cuando se la negaron interpuso una demanda por calumnias contra el editor, que terminó perdiendo. Sin dejarse intimidar, Lionel Dacey emprendió una campaña para demostrar que la Niñera Automática estaba basada en principios de crianza sensatos y humanos, y autopublicó un libro sobre las teorías de su padre a propósito de la crianza de niños racionales.

Lionel Dacey restauró las Niñeras Automáticas que habían estado almacenadas en la casa familiar, y en 1927 las puso a la venta de nuevo, pero fue incapaz de encontrarles un solo comprador. Lo achacó a la obsesión por el estatus de la clase alta británica; afirmaba que, dado que ahora los electrodomésticos se publicitaban como «sirvientes eléctricos» para la clase media, las familias de clase alta insistían en contratar niñeras humanas por una cuestión de pura fachada, independientemente de que proporcionasen mejores o peores cuidados. Quienes trabajaban con Lionel Dacey lo achacaron a su negativa de modernizar la Niñera Automática en lo más mínimo; ignoró la recomendación de un consejero comercial de reemplazar el mecanismo a cuerda de la máquina por un motor eléctrico y despidió a otro que sugirió publicitarlas sin el apellido Dacey.

Igual que su padre, Lionel Dacey acabó decidiendo que criaría a su propio hijo con la Niñera Automática, pero en lugar de buscar a una novia dispuesta, anunció en 1932 que adoptaría a un niño. No aportó más noticias en los años siguientes, lo que animó a un columnista de cotilleos a insinuar que el niño había muerto a manos de la máquina, pero para entonces el interés por la Niñera Automática era tan ínfimo que nadie se molestó en investigarlo.

La verdad en lo que al niño respecta no habría salido a la luz de no ser por la obra del doctor Thackery Lambshead. En 1938, Lambshead pasaba consulta en el Instituto de Subnormalidad Mental de Brighton (hoy conocido como Bayliss House) cuando se encontró con un niño llamado Edmund Dacey. Según el registro de admisiones, Edmund había sido criado sin problemas por una Niñera Automática hasta que alcanzó la edad de dos años, edad a la cual Lionel Dacey consideró apropiado transferirlo a los cuidados de un humano. Descubrió que Edmund no respondía a sus órdenes, y poco después un especialista diagnosticó al niño como «débil mental». Al considerarlo inapropiado para demostrar la eficacia de la Niñera, Lionel Dacey confió a Edmund al Instituto Brighton.

Lo que incitó al personal del instituto a buscar la opinión de Lambshead fue la diminuta estatura de Edmund: aunque tenía cinco años, su peso y altura eran los de un niño de tres años. Los niños del Instituto Brighton normalmente eran más altos y sanos que los de otros manicomios similares, prueba de que el personal del instituto no seguía la por entonces aún habitual práctica de mínima interacción con los niños. Al proporcionar afecto y contacto físico a sus pacientes, las enfermeras estaban evitando la dolencia que hoy conocemos como enanismo psicosocial, que reduce los niveles de hormona del crecimiento del niño como resultado del estrés emocional y que predominaba por aquella época en los orfanatos.

Las enfermeras dieron por hecho con bastante razón que el crecimiento retrasado de Edmund Dacey era el resultado de sustituir con el cuidado mecánico de la Niñera Automática el cuidado auténtico del tacto humano, y esperaban que ganase altura bajo su tutela. Pero tras dos años internado en el instituto, durante los cuales las enfermeras lo colmaron de atenciones, Edmund apenas había crecido, lo que incitó al personal a buscar una causa fisiológica subyacente.

Lambshead lanzó la hipótesis de que el niño padecía realmente enanismo psicosocial, pero de una variedad inversa y única: lo que Edmund necesitaba no era más contacto con una persona, sino más contacto con una máquina. Su reducida talla no era el resultado de los años transcurridos con la Niñera

Automática; era el resultado de haber sido privado de la Niñera Automática cuando su padre consideró que estaba listo para el cuidado humano. Si esta teoría fuera correcta, recuperar la máquina podría hacer que el chico reanudara su crecimiento normal.

Lambshead buscó a Lionel Dacey para adquirir una Niñera Automática. Narró la visita en una monografía escrita muchos años después:

> [Lionel Dacey] habló de sus planes de repetir el experimento con otro niño en cuanto pudiera garantizar que la madre del mismo fuese de buena cepa. Sospechaba que el experimento con Edmund había fracasado sólo por la «imbecilidad nata» del chico, que consideraba culpa de la madre. Le pregunté qué sabía de los padres del niño y me respondió, más bien a regañadientes, que no sabía nada. Más tarde visité el orfanato donde Lionel Dacey adoptó a Edmund, y me enteré por sus registros de que la madre del niño era una mujer llamada Eleanor Hardy que había trabajado previamente de criada para Lionel Dacey. Comprendí que Edmund era en realidad hijo ilegítimo de Lionel Dacey.

Lionel Dacey no estaba dispuesto a donar una Niñera Automática para lo que consideraba un experimento fallido, pero acordó venderle una a Lambshead, que acto seguido la hizo instalar en el cuarto de Edmund del Instituto Brighton. El niño fue a abrazar a la máquina en cuanto la vio, y en los días siguientes jugó feliz con juguetes siempre que la Niñera estaba cerca. A lo largo de los siguientes meses, las enfermeras registraron un incremento constante de altura y peso, confirmando así el diagnóstico de Lambshead.

El personal dio por sentado que los retrasos cognitivos de Edmund eran de naturaleza congénita y se conformaron con que prosperase física y emocionalmente. Lambshead, sin embargo, se preguntó si las consecuencias del vínculo del niño con la máquina podían ir más lejos de lo que sospechaban. Especuló con la posibilidad de que lo hubiese diagnosticado erróneamente como débil mental simplemente por su indiferencia hacia los profesores humanos y porque respondiera mejor a un profesor mecánico. Lamentablemente, no tenía manera de probar esta hipótesis; aun cuando Reginald Dacey hubiera terminado su artefacto pedagógico, no habría proporcionado el tipo de enseñanzas que Edmund requería.

Hasta 1946, la tecnología no alcanzó el nivel necesario. Como resultado de sus clases sobre enfermedades radiactivas, Lambshead había establecido una buena relación con científicos que trabajaban en el Laboratorio Nacional de Argonne en Chicago y estuvo presente en una demostración de los primeros manipuladores remotos, brazos mecánicos diseñados para manipular materiales radiactivos. De inmediato fue consciente del potencial para la educación de Edmund y pudo adquirir un par para el Instituto Brighton.

Llegados a este punto, Edmund tenía trece años. Siempre se había mostrado indiferente a los intentos del personal por enseñarle, pero los brazos mecánicos captaron de inmediato su atención. Utilizando un sistema de intercomunicadores que simulaba el audio de baja fidelidad del gramófono original de la Niñera Automática, las enfermeras consiguieron que Edmund respondiera a sus voces de una manera que hasta entonces no habían logrado hablándole directamente. En pocas semanas quedó claro que Edmund no padecía un retraso cognitivo como habían creído anteriormente; simplemente el personal carecía de los medios apropiados para comunicarse con él.

Con las nuevas de este desarrollo, Lambshead pudo convencer a Lionel Dacey de que visitara el instituto. Al ver a Edmund demostrando una curiosidad animada y una naturaleza inquisitiva, Lionel Dacey se dio cuenta de cómo había atrofiado el crecimiento intelectual del chico. Según el informe de Lambshead:

> Hizo un esfuerzo visible por contener su emoción al ver lo que había provocado al perseverar en la visión de su padre: un niño tan ligado a las máquinas que no era capaz de reconocer a otro ser humano.
>
> —Lo siento, padre —lo oí susurrar.
>
> —Estoy seguro de que su padre habría comprendido que usted tenía buenas intenciones —le dije.
>
> —Me malinterpreta, doctor Lambshead. De haber sido yo cualquier otro científico, mis esfuerzos por confirmar su tesis habrían servido de testamento de su influencia, independientemente de los resultados. Pero dado que soy el hijo de Reginald Dacey, he refutado su tesis por partida doble, porque toda mi vida ha sido una demostración del impacto que puede tener la atención de un padre sobre su hijo.

Inmediatamente después de su visita, Lionel Dacey hizo instalar unos manipuladores remotos y un intercomunicador en su casa y se llevó a Edmund. Se consagró a la interacción mediada por máquinas con su hijo hasta que éste sucumbió a una neumonía en 1966. Lionel Dacey falleció al año siguiente.

La Niñera Automática que vemos aquí es la que adquirió el doctor Lambshead para mejorar el cuidado de Edmund en el Instituto Brighton. Todas las Niñeras en posesión de Lionel Dacey fueron destruidas tras la muerte de su hijo. El Museo Nacional de Psicología agradece al doctor Lambshead la donación de este artefacto único.

LA VERDAD DEL HECHO, LA VERDAD DEL SENTIMIENTO

Cuando mi hija Nicole era un bebé, leí un artículo que insinuaba que ya no era necesario enseñar a los niños a leer y escribir, porque el reconocimiento y la síntesis de voz pronto volverían superfluas dichas capacidades. Mi esposa y yo nos quedamos horrorizados ante la idea, y decidimos que, por mucho que se sofisticara la tecnología, las capacidades de nuestra hija siempre descansarían en los cimientos de la alfabetización tradicional.

Resulta que tanto nosotros como el autor del artículo acertamos a medias: ahora que es adulta, Nicole lee a la perfección. Pero en cierto sentido ha perdido la capacidad de escribir. No dicta sus mensajes ni le pide a un secretario virtual que le relea lo que acaba de decir, como el articulista predijo; Nicole subvocaliza, su proyector retiniano despliega las palabras en su campo de visión y efectúa revisiones usando una combinación de gestos y movimientos oculares. A todos los efectos prácticos, sabe escribir. Pero si le quitamos el software de apoyo y le damos un simple teclado como éste al que yo sigo fiel, tendrá dificultades para deletrear muchas de las palabras de esta misma frase. En estas circunstancias concretas, el inglés acaba transformándose en algo así como una segunda lengua, una lengua que habla con fluidez pero que apenas es capaz de escribir.

Puede sonar como si los logros intelectuales de Nicole me decepcionaran, pero nada más lejos de la realidad. Es lista y se ha consagrado a su empleo en un museo de arte cuando podría estar ganando más dinero en cualquier otro sitio, y yo siempre he estado orgulloso de sus éxitos. Pero ahí sigue mi yo pasado, que se habría quedado consternado al ver perder a su hija la capacidad de escribir, y no puedo negar que formo parte de su *continuum*.

Han pasado otros treinta años desde que leí aquel artículo, y durante ese período de nuestras vidas hemos experimentado incontables cambios que jamás habría adivinado. El más catastrófico fue cuando la madre de Nicole, Angela, anunció que se merecía una vida más interesante que la que le

estábamos dando y se pasó la década siguiente viajando por el mundo. Pero los cambios que condujeron al tipo de alfabetización actual de Nicole fueron más ordinarios y graduales: una sucesión de softwares que no sólo prometían sino que brindaban, en efecto, eficacia y ventajas, y yo no les puse pegas en el momento en que se introdujeron.

Y es que nunca he tenido por costumbre ser agorero cuando se anunciaba un nuevo producto; daba la bienvenida a la nueva tecnología como el que más. Pero cuando Whetstone lanzó su nueva herramienta Remem, me suscitó ciertas inquietudes, a diferencia de sus predecesoras.

Millones de personas, algunas de mi edad pero la mayor parte más jóvenes, llevaban años manteniendo bitácoras personales, cargando a todas partes con cámaras personales que capturaban un vídeo continuo de su vida entera. La gente consultaba sus bitácoras por muchísimas razones —desde revivir sus momentos favoritos hasta averiguar la causa de una reacción alérgica—, pero sólo intermitentemente; nadie quiere pasarse la vida formulando preguntas y filtrando resultados. Las bitácoras personales son el álbum fotográfico más completo que se pueda imaginar, pero al igual que la mayoría de álbumes de fotos, permanecen inactivas salvo en ocasiones especiales. Ahora Whetstone pretende cambiar todo esto; declara que los algoritmos de Remem son capaces de buscar en el pajar antes de que acabes de decir «aguja».

Remem monitoriza tu conversación en busca de referencias a acontecimientos pasados y acto seguido despliega un vídeo de dicho acontecimiento en la esquina inferior izquierda de tu campo de visión. Si dices: «¿Te acuerdas de cuando bailamos la conga en la boda?», Remem recupera el vídeo. Si la persona con la que estás hablando dice: «La última vez que estuvimos en la playa», Remem recupera el vídeo. Y no se utiliza sólo cuando hablas con alguien; Remem también monitoriza tus subvocalizaciones. Si lees las palabras «el primer restaurante chino en el que comí», tus cuerdas vocales se mueven como si lo leyeras en voz alta, y Remem recuperará el vídeo en cuestión.

No se puede negar la utilidad de un software capaz de responder fehacientemente a la pregunta «¿Dónde he puesto las llaves?». Pero Whetstone está posicionando Remem como algo más que un asistente virtual práctico: quiere que ocupe el lugar de tu memoria natural.

Fue el verano en que Jijingi cumplía los trece años cuando un europeo vino a vivir a la aldea. Las polvorientas ráfagas del harmatán acababan de empezar a

soplar desde el norte cuando Sabe, el anciano al que las familias del lugar consideraban el jefe, lo anunció.

La reacción inicial de todo el mundo fue de alarma, desde luego.

—¿Qué hemos hecho mal? —preguntó el padre de Jijingi a Sabe.

Los europeos habían llegado al territorio de los tiv muchos años atrás, y si bien algunos ancianos aseguraban que un día se marcharían y la vida volvería a los cauces del pasado, hasta que llegara ese momento era necesario que los tiv se llevaran bien con ellos. Esto había supuesto muchos cambios en la manera de hacer las cosas de los tiv, pero nunca había significado que los europeos vivieran entre ellos. El motivo habitual por el que los europeos venían a la aldea era para recaudar impuestos por las carreteras que habían construido; visitaban algunos clanes más a menudo porque la gente se negaba a pagar, pero no había sido el caso del clan shangev. Sabe y el resto de ancianos del clan habían acordado que pagar los impuestos era la mejor estrategia.

Sabe les dijo a todos que no se preocuparan.

—Este europeo es un misionero; eso quiere decir que lo único que hace es rezar. No tiene autoridad para castigarnos, pero si le hacemos sentirse acogido complaceremos a los hombres de la administración.

Mandó levantar dos chozas para el misionero, una para dormir y otra para recibir. En el transcurso de varios días, a ratos sueltos durante la cosecha del sorgo, todo el mundo ayudó a poner ladrillos, clavar postes en el suelo y tejer hierba para el tejado. El misionero llegó cuando terminaban la faena apisonando el suelo. Aparecieron primero sus porteadores, las cajas que cargaban eran visibles desde lejos a medida que trenzaban su paso entre los campos de mandioca; el misionero fue el último en aparecer, aparentemente exhausto, aunque no llevaba nada en las manos. Se llamaba Moseby, y les dio las gracias a todos los que habían trabajado en las chozas. Trató de ayudar, pero enseguida quedó claro que no sabía hacer nada, así que al final se sentó en la sombra de un néré y se secó la cabeza con un trapo.

Jijingi contempló al misionero con curiosidad. El hombre abrió una de las cajas y sacó lo que en un principio le pareció un trozo de madera, pero luego se abrió en dos y Jijingi se dio cuenta de que era un fajo de papeles fuertemente ceñidos. Ya lo había visto antes; cuando los europeos recaudaban los impuestos les entregaban un papel a cambio para que la aldea tuviera una prueba de que había pagado. Pero el papel que estaba mirando el misionero era claramente distinto y tenía que servir para otra cosa.

El hombre se fijó en que Jijingi lo observaba y lo invitó a acercarse.

—Me llamo Moseby —dijo—. ¿Tú cómo te llamas?

—Yo me llamo Jijingi, y mi padre es Orga, del clan shangev.

Moseby abrió el fajo de papeles de par en par y lo señaló con un gesto.

—¿Has oído la historia de Adán? —le preguntó—. Adán fue el primer hombre. Todos somos hijos de Adán.

—Aquí somos descendientes de Shangev —respondió Jijingi—. Y todos los habitantes del territorio tiv somos descendientes de Tiv.

—Sí, pero vuestro antepasado Tiv descendía de Adán, igual que los míos. Todos somos hermanos. ¿Entiendes?

El misionero hablaba como si no le cupiera la lengua en la boca, pero Jijingi discernía lo que contaba.

—Sí, entiendo.

Moseby le sonrió y señaló el papel.

—Este papel cuenta la historia de Adán.

—¿Cómo va a contar una historia un papel?

—Es un arte que conocemos los europeos. Cuando un hombre habla, hacemos marcas en un papel. Luego, cuando otro hombre mira el papel, ve las marcas y sabe qué sonidos hizo el primero. De esta manera el segundo hombre puede oír lo que dijo el primero.

Jijingi recordó algo que su padre le había contado del viejo Gbegba, el montaraz más experto: «Donde tú o yo no vemos más que un puñado de hierba desordenada, él ve que en ese punto un leopardo ha matado a una rata de las cañas y se la ha llevado arrastrando». Gbegba era capaz de mirar el suelo y saber qué había sucedido aunque no hubiera estado allí presente. El arte de los europeos debía de ser algo parecido: los expertos en interpretar aquellas marcas podían oír una historia aun cuando no hubieran estado donde se contó.

—Cuéntame la historia que cuenta el papel —le pidió.

Moseby le contó una historia en la que a Adán y a su esposa los engañaba una serpiente. Entonces le preguntó a Jijingi:

—¿Qué te ha parecido?

—No eres muy buen cuentacuentos, pero la historia era bastante interesante.

Moseby se echó a reír.

—Tienes razón, no se me da muy bien el idioma tiv. Pero la historia es buena. Es nuestra historia más antigua. Se contó mucho antes de que naciera vuestro antepasado Tiv.

Jijingi no acababa de creerlo.

—Ese papel no puede ser tan viejo.

—No, este papel no. Pero las marcas que hay aquí se copiaron de un papel más antiguo. Y esas marcas se copiaron de un papel aún más antiguo. Y así muchas veces.

De ser cierto, eso sería asombroso. A Jijingi le gustaban las historias, y las historias antiguas a menudo eran mejores.

—¿Cuántas historias llevas ahí?

—Muchas muchísimas. —Moseby hizo pasar las hojas del fajo y Jijingi vio que cada hoja estaba llena de marcas de arriba abajo; tenían que caber muchas, muchas historias ahí.

—Ese arte del que hablas, el de interpretar marcas en el papel, ¿es sólo para europeos?

—No, te lo puedo enseñar. ¿Te gustaría?

Jijingi asintió con cautela.

Como periodista, he valorado durante mucho tiempo la utilidad de la bitácora personal para determinar los hechos sobre una cuestión. Apenas existe ningún procedimiento jurídico, criminal o civil que no haga uso de la bitácora personal de alguien, y con razón. Cuando la cuestión es de interés público es importante averiguar qué sucedió realmente; la justicia es una parte esencial del contrato social, y no se puede impartir justicia hasta que no se sabe la verdad.

Sin embargo, he sido mucho más escéptico con el uso de la bitácora para las situaciones estrictamente personales. Cuando la bitácora se empezó a popularizar, hubo parejas que pensaron que podrían usarla para resolver discusiones sobre quién había dicho tal o cual cosa usando la videograbación para demostrar que estaban en lo cierto. Pero a menudo no era fácil encontrar el clip exacto, y sólo los menos tercos se daban por vencidos. La dificultad actuaba como barrera, reduciendo la búsqueda de las bitácoras a aquellas situaciones en las que el esfuerzo estaba justificado, por ejemplo situaciones en las que prima el anhelo de hacer justicia.

Ahora, con Remem, encontrar el momento exacto se ha vuelto fácil, y las bitácoras antes ignoradas se analizan como si fueran escenas del crimen, plagadas de pruebas útiles en disputas domésticas.

Normalmente escribo para la sección de noticias, pero también me he dedicado al articulismo, así que cuando propuse un texto sobre los inconvenientes potenciales de Remem el jefe de redacción me dio el visto bueno. Mi primera entrevista fue con una pareja casada a los que llamaré Joel

y Deirdre, arquitecto y pintora, respectivamente. No me costó hacer que hablaran de Remem.

—Joel siempre anda diciendo que ya lo sabía —dijo Deirdre—, aunque no sea verdad. A mí eso me ponía de los nervios, porque no conseguía que admitiera que antes creía otra cosa. Ahora puedo. Por ejemplo, hace poco hablábamos del secuestro de McKittridge.

Me envió el vídeo de una discusión que tuvo con Joel. Mi proyector retiniano desplegó una secuencia en una fiesta; se veía desde el punto de vista de Deirdre, y Joel le decía a un grupo de personas:

—Estaba bastante claro que era culpable desde el momento en que lo arrestaron.

La voz de Deirdre:

—Antes no pensabas eso. Te has pasado meses diciendo que era inocente.

Joel niega con la cabeza.

—No, lo recuerdas mal. Yo dije que incluso aquellos individuos claramente culpables merecen un juicio justo.

—Eso no es lo que decías. Decías que lo estaban acorralando.

—Te equivocas de persona.

—No, lo dijiste tú. Mira.

Se abrió una ventana de vídeo aparte, un fragmento de su bitácora buscada y emitida para los presentes. En el vídeo anidado, Joel y Deirdre aparecían sentados en una cafetería y Joel decía: «Ése es un chivo expiatorio. La policía necesitaba tranquilizar a las masas, así que han arrestado a un sospechoso oportuno. Ahora lo lleva claro». Deirdre replicó: «¿No lo ves con posibilidades de salir absuelto?», y Joel respondió: «Como no se pueda permitir un gabinete de abogados potente, ya te digo que no. La gente en su situación nunca tiene un juicio justo».

Cerré ambas ventanas y Deirdre dijo:

—Sin Remem no habría sido capaz de convencerlo de que había cambiado de postura. Ahora tengo pruebas.

—Vale, aquella vez tenías razón. Pero tampoco era necesario que hicieras eso delante de nuestros amigos —dijo Joel.

—Tú siempre me estás corrigiendo delante de nuestros amigos, ¿me vas a decir que yo no puedo hacer lo mismo?

Aquél era el límite en el que la búsqueda de la verdad dejaba de ser algo intrínsecamente bueno. Cuando las únicas personas afectadas mantienen una relación personal, a menudo son más importantes otras prioridades, y una investigación forense de la verdad puede resultar dañina. ¿De verdad importa

de quién fue la idea de tomarse aquellas vacaciones que resultaron desastrosas? ¿Necesitamos saber qué miembro de la pareja es el más olvidadizo con los recados del otro? Yo no era ningún experto en matrimonios, pero sabía lo que dicen los consejeros matrimoniales: acotar la culpa no es la respuesta. Lo que tienen que hacer las parejas es aceptar los sentimientos del otro y comunicarse sus problemas como un equipo.

A continuación hablé con una portavoz de Whetstone, Erica Meyers. Durante un rato me soltó el sermón típicamente corporativo sobre los beneficios de Remem.

—Hacer más accesible la información es un bien intrínseco. El vídeo ubicuo ha revolucionado el cumplimiento de la ley. Los negocios son más efectivos cuando adoptan buenas prácticas de registro. Lo mismo sucede con nosotros como individuos cuando nuestros recuerdos se vuelven más precisos: mejoramos, no sólo en nuestros empleos, sino también en nuestras vidas.

Cuando le pregunté sobre las parejas como Joel y Deirdre, dijo:

—Si su matrimonio es sólido, Remem no va a perjudicarle. Pero si es de los que necesitan demostrar continuamente que tienen la razón y su mujer no, entonces su matrimonio peligra use Remem o no.

Convine en que quizá tenía razón en ese caso en particular. Pero le pregunté, ¿no le parecía que Remem suscitaba muchas más oportunidades para esa clase de discusiones, incluso en matrimonios sólidos, al facilitar que la gente llevara un recuento de puntuaciones?

—Para nada, Remem no les ha dado una mentalidad de puntuadores, la han desarrollado por su cuenta. Otra pareja podría usar Remem para darse cuenta de que ambos se olvidan de cosas y ser más tolerantes cuando se den esa clase de equivocaciones. Preveo que esta última situación será la más común entre nuestros clientes en general.

Pensé que me gustaría compartir el optimismo de Erica Meyers, pero sabía que las nuevas tecnologías no siempre sacan lo mejor de la gente. ¿Quién no ha deseado alguna vez poder probar que su versión de los acontecimientos es la correcta? No me costaba imaginarme usando Remem de la misma manera que Deirdre, y no estaba convencido de que hacerlo fuese bueno para mí. Cualquiera que haya malgastado horas navegando en la Red sabe que la tecnología refuerza los malos hábitos.

Moseby daba un sermón cada siete días, el día consagrado a descansar, destilar y beber cerveza. La parte de beber la desaprobaba, por lo visto, pero no quería predicar en jornada laboral, así que el día de destilar la cerveza era

el único que le quedaba. Hablaba del dios europeo y le decía a la gente que si seguía sus normas mejoraría sus vidas, pero sus explicaciones sobre el cómo no resultaban especialmente convincentes.

Pero Moseby también contaba con algo de influencia a la hora de distribuir medicamentos, y estaba dispuesto a aprender a trabajar los campos, así que poco a poco la gente fue aceptándolo, y el padre de Jijingi le permitió visitarlo de vez en cuando para aprender el arte de la escritura. Moseby se ofreció a enseñar al resto de niños también, y durante un tiempo los compañeros de la edad de Jijingi se pasaron por allí, sobre todo por demostrar que no les daba miedo estar cerca de un europeo. No tardaron mucho en aburrirse y dejaron de ir, pero como Jijingi continuaba interesado en escribir y su padre pensaba que así los europeos estarían contentos, terminaron dejándolo ir a diario.

Moseby le explicó a Jijingi cómo se podía señalar cada uno de los sonidos que emitía una persona con una marca distinta en el papel. Las marcas se alineaban en filas como plantas en un sembrado; mirabas las marcas como si fueras caminando por una fila, hacías el sonido que indicaba cada marca y te veías diciendo en voz alta lo que la persona original había dicho. Moseby le enseñó cómo hacer las distintas marcas en el folio usando un palito diminuto de madera relleno de carbonilla.

En una lección normal, Moseby hablaba y luego escribía lo dicho: «Cuando se haga de noche debería dormir». *Tugh mba a ile yo me yav*. «Hay dos personas». *Ioruv mban mba uhar*. Jijingi copiaba cuidadosamente la escritura en su folio, y cuando acababa, Moseby miraba su papel.

—Muy bien. Pero tienes que dejar más espacio cuando escribes.

—Si lo dejo. —Jijingi señaló el hueco entre líneas.

—No, no me refiero a eso. ¿Ves los espacios dentro de cada línea? —Le señaló su folio.

Jijingi comprendió.

—Tus marcas están apretadas, mientras que las mías tienen todas la misma separación.

»Es que no son sólo un montón de marcas. Son…, no sé cómo las llamáis vosotros. —Cogió un puñado de hojas que tenía en la mesa y rebuscó—. Aquí no lo veo. Allí de donde vengo las llamamos «palabras». Cuando escribimos, dejamos espacios entre palabras.

—Pero ¿qué son «palabras»?

—¿Cómo te lo explico? —Se lo pensó un momento—. Si hablas despacio, te paras un momentito después de cada palabra. Por eso dejamos un espacio

en esos sitios cuando escribimos. Así: Cuántos. Años. Tienes. —Escribió en su folio mientras hablaba, dejando espacios cada vez que hacía una pausa: *Anyom a ou kuma a me?*

—Pero tú hablas despacio porque eres extranjero. Yo soy tiv, así que no me paro cuando hablo. ¿No debería escribir así?

—Da igual lo rápido que hables. Las palabras son las mismas hables rápido o lento.

—Entonces, ¿por qué has dicho que te paras después de cada palabra?

—Ésa es la forma más fácil de identificarlas. Intenta decir esto muy lentamente. —Señaló lo que acababa de escribir.

Jijingi pronunció muy lentamente, como quien intenta disimular su borrachera.

—¿Por qué no hay espacio entre *an* y *yom*?

—*Anyom* es una palabra. No te paras en medio.

—Pero yo tampoco me pararía después de *anyom*.

Moseby suspiró.

—Pensaré un poco mejor cómo explicarte a qué me refiero. Por ahora, vamos a dejar espacios en los sitios donde yo deje espacios.

Qué arte más extraño este de la escritura. Cuando siembras un campo, lo mejor es espaciar las semillas de ñame con separaciones idénticas; su padre le habría dado una tunda si amontonase los ñames igual que Moseby amontonaba sus marcas en el papel. Pero estaba decidido a aprender aquel arte lo mejor que pudiera, y si eso significaba amontonar marcas, pues eso haría.

Hasta muchas lecciones más tarde no entendió dónde debía dejar espacios y lo que quería decir Moseby con «palabra». No se podía saber dónde empezaban y acababan las palabras escuchando. Los sonidos que hacía una persona mientras hablaba eran lisos e ininterrumpidos como el pellejo de la pata de una cabra, pero las palabras eran como los huesos bajo la carne, y el espacio entre uno y otro era la juntura donde cortarías si quisieras separarlas. Al dejar espacios cuando escribía, Moseby hacía visibles los huesos de lo que decía.

Jijingi se dio cuenta de que, si se paraba a pensarlo, ahora era capaz de identificar las palabras cuando la gente hablaba en una conversación corriente. Los sonidos que salían de la boca de una persona no habían cambiado, sino que los comprendía de una manera diferenciada; era consciente de los trozos que formaban el todo. Él mismo había estado

hablando con palabras durante todo aquel tiempo. Lo que pasaba es que no lo había sabido hasta ahora.

La facilidad de búsqueda que proporciona Remem es de por sí asombrosa, pero eso no es más que una ínfima parte del potencial que Whetstone ve en el producto. Cuando Deirdre verificó las antiguas aseveraciones de su marido, estuvo planteando consultas explícitas a Remem. Pero Whetstone espera que, a medida que la gente se vaya acostumbrando a su producto, las consultas ocupen el lugar del acto cotidiano de recordar, y que Remem pase a integrarse en sus procesos racionales. Una vez esto suceda, nos convertiremos en cíborgs cognitivos, incapaces a todos los efectos de recordar mal nada; el vídeo digital a prueba de errores almacenado en silicona adoptará el papel que en su día ocuparon nuestros falibles lóbulos temporales.

¿Cómo será disponer de una memoria perfecta? Se puede argumentar que el individuo con la mejor memoria documentada a lo largo de la historia fue Solomon Shereshevski, que vivió en Rusia durante la primera mitad del siglo XX. Los psicólogos que lo examinaron descubrieron que podía escuchar una serie de palabras o números una vez y recordarlos meses o incluso años después. Sin conocimientos de italiano, Shereshevski era capaz de citar las estrofas de la *Divina Comedia* que había leído quince años antes.

Pero tener una memoria perfecta no era ningún chollo, como podríamos pensar. Leer un pasaje de un texto evocaba tantas imágenes en la mente de Shereshevski que a menudo no podía concentrarse en lo que estaba diciendo en ese momento, y su consciencia de innumerables ejemplos específicos le dificultaba la comprensión de conceptos abstractos. A veces intentaba olvidar cosas deliberadamente. Escribía números que ya no quería recordar en pedazos de papel y los quemaba, una especie de tala y quema para despejar la maleza de su mente, aunque en vano.

Cuando traje a colación ante la portavoz de Whetstone, Erica Meyers, la posibilidad de que una memoria perfecta supusiera una desventaja, ella tenía una respuesta lista.

—Eso no es distinto de las reticencias de la gente ante los proyectores retinianos. Les preocupaba que ver actualizaciones constantemente los distrajera o los abrumara, pero todos nos hemos adaptado a eso.

No he comentado que no todo el mundo lo consideró un desarrollo positivo.

—Y Remem es completamente personalizable —prosiguió—. Si en cualquier momento le parece que está efectuando demasiadas búsquedas para

sus necesidades, puede disminuir el nivel de sensibilidad de respuesta. Pero según las analíticas de nuestros clientes, nuestros usuarios no están haciendo eso. A medida que se encuentran más a gusto con ello, descubren que Remem se vuelve más útil cuanta más sensibilidad de respuesta ofrezca.

Pero aun cuando Remem no abarrote constantemente tu campo de visión con un flujo de imágenes pasadas sin restricción alguna, me pregunto si no surgen problemas simplemente por contar con todas esas imágenes en un estado perfecto.

«Perdona y olvida», se suele decir, y para nuestros magnánimos yos idealizados eso basta. Pero para nuestros yos auténticos la relación entre esas dos acciones no es directa. En la mayoría de casos tenemos que olvidar un poco antes de ser capaces de perdonar; cuando el dolor ya no está fresco, el insulto es más fácil de perdonar, lo que a su vez lo hace menos memorable, y así sucesivamente. Este bucle psicológico retroalimentado es lo que motiva que ofensas inicialmente exasperantes parezcan perdonables *a posteriori*.

Lo que me daba miedo es que Remem frenase el giro de ese bucle retroalimentado. Al fijar cada uno de los detalles de una afrenta en un vídeo indeleble, impedirá el ablandamiento necesario para que empiece el perdón. Reflexioné sobre lo que Erica Meyers había dicho a propósito de la imposibilidad de Remem de dañar matrimonios sólidos. En esa aseveración iba implícita la idea de en qué consistía un matrimonio sólido. Si el matrimonio de alguien se cimentaba en —por irónico que pueda sonar— un pilar de olvido, ¿qué derecho tenía Whetstone a hacerlo trizas?

El problema no se limita a los matrimonios; toda clase de relaciones dependen del perdón y el olvido. Mi hija Nicole siempre ha sido terca; revoltosa de niña, abiertamente desafiante de adolescente. Tuvimos muchas discusiones iracundas durante sus años de adolescencia, discusiones que en su mayoría hemos sido capaces de dejar atrás, y ahora nuestra relación es bastante buena. Si hubiésemos contado con Remem, ¿nos seguiríamos hablando?

No quiero decir que olvidar sea la única manera de arreglar relaciones. Aunque ya no recuerdo la mayoría de discusiones con Nicole —y doy las gracias por ello—, hay una que sí recuerdo muy claramente, porque me empujó a ser mejor padre.

Fue cuando Nicole tenía dieciséis años, en los tiempos del instituto. Hacía dos años que Angela, su madre, se había marchado, tal vez los dos años más duros de nuestras vidas. No recuerdo qué provocó la discusión —alguna

trivialidad, seguro—, pero fue subiendo de tono, y, cuando me quise dar cuenta, Nicole estaba pagando conmigo su enfado con Angela.

—¡Se fue por tu culpa! ¡La echaste! Por mí te puedes largar también, haz lo que quieras. Seguro que estoy mejor sin ti.

Y para que me quedase claro, salió por la puerta en tromba.

Era consciente de que no había ahí una mala intención calculada —no creo que se parase a pensar demasiado en nada durante aquella etapa de su vida—, pero no se le podría haber ocurrido una acusación más dolorosa. Yo me había quedado devastado tras la marcha de Angela, y me preguntaba sin cesar qué podría haber hecho para no perderla.

Nicole no volvió hasta el día siguiente, y aquella fue una noche de examen de conciencia para mí. Aunque yo no me consideraba responsable de que su madre nos hubiera abandonado, la acusación de Nicole me sirvió como toque de atención. No había sido consciente, pero me di cuenta de que había estado considerándome a mí mismo la mayor víctima de la marcha de Angela, refocilándome en la autocompasión por lo absurdo de mi situación. Ni siquiera había sido idea mía tener hijos; fue Angela quien quiso ser madre, y ahora me dejaba a mí con el problema. ¿Quién en su sano juicio me dejaría como único responsable de la crianza de una adolescente? ¿Cómo se le podía confiar una tarea tan complicada a alguien sin ningún tipo de experiencia?

La acusación de Nicole me hizo darme cuenta de que ella se encontraba en un atolladero peor que el mío. Yo por lo menos me había ofrecido voluntario para aquel deber, aunque hiciera mucho tiempo y no hubiese sido del todo consciente de dónde me metía. A Nicole la habían arrastrado a su papel sin pedir su opinión. Si alguien tenía derecho a estar resentida era ella. Y por mucho que creyera que había sido un buen padre, era obvio que tenía que hacerlo mejor.

Cambié radicalmente. Nuestra relación no mejoró de la noche a la mañana, pero con los años fui capaz de recuperar la confianza de Nicole. Recuerdo cómo me abrazó el día de su graduación, y me di cuenta de que aquellos años de esfuerzo habían valido la pena.

¿Habrían sido posibles esos años de reparación con Remem? Aun en el caso de que los dos hubiéramos sido capaces de evitar echarnos en cara el mal comportamiento del otro, la posibilidad de repasar en privado los vídeos de nuestras discusiones se me antoja perniciosa. Los recordatorios vívidos de cómo nos habíamos gritado el uno al otro en el pasado podrían haber mantenido fresco nuestro enfado y habernos impedido reconstruir nuestra relación.

Jijingi quería anotar algunas historias sobre el origen de los tiv, pero los cuentacuentos hablaban muy rápido y no era lo bastante ágil escribiendo como para seguirles el ritmo. Moseby dijo que mejoraría con la práctica, pero Jijingi temía que no iba a ser nunca lo bastante rápido.

Entonces, un verano, una mujer europea llamada Reiss llegó de visita a la aldea. Moseby dijo que era «una persona que aprende sobre otras personas», pero no le supo explicar lo que eso significaba, sólo que quería aprender sobre el territorio tiv. Preguntó a todo el mundo, no sólo a los ancianos sino también a los jóvenes, incluso a las mujeres y los niños, y apuntó todo lo que le contaban. No intentó que nadie adoptase prácticas europeas; allí donde Moseby insistía en que las maldiciones no existían y que todo era voluntad de Dios, Reiss preguntaba cómo funcionaban las maldiciones y se limitaba a escuchar con atención las explicaciones sobre cómo tu familia por parte de padre puede maldecirte mientras que la familia por parte de madre puede protegerte de las maldiciones.

Una noche, Kokwa, el mejor cuentacuentos de la aldea, contó cómo el pueblo tiv se separó en diversos linajes, y Reiss lo escribió todo según se iba narrando. Después copió la historia utilizando una máquina que golpeaba ruidosamente con los dedos, de modo que obtuvo una copia limpia y fácil de leer. Cuando Jijingi le pidió si podría hacerle otra copia ella accedió, para regocijo del chico.

La versión en papel de la historia era curiosamente decepcionante. Jijingi recordaba que cuando oyó hablar de la escritura se imaginó que le daría la capacidad de ver una sesión de cuentacuentos tan vívidamente como si estuviera allí. Pero la escritura no hacía eso. Cuando Kokwa contó la historia no usó sólo palabras; usó el sonido de su voz, el movimiento de sus manos, la luz de sus ojos. Te contaba la historia con todo el cuerpo, y tú la comprendías de la misma manera. Nada de eso quedaba capturado en el papel; sólo se podían apuntar las palabras peladas y mondadas. Y limitarse a leer las palabras te daba sólo una idea de la experiencia de escuchar a Kokwa en persona, como si lamieras la olla en la que han cocinado ocra en lugar de comerte la ocra en sí.

Aun así, Jijingi estaba contento de tener aquella versión en papel y la leía de vez en cuando. Era una buena historia que valía la pena conservar en papel. No todo lo que se escribía en papel valía tanto la pena. Durante los sermones, Moseby leía en voz alta historias de su libro, y a menudo se trataba de historias de dioses, pero también leía en voz alta palabras que había escrito

unos días antes, y a menudo eso no eran historias, sino simples afirmaciones de que aprender más del dios europeo mejoraría las vidas del pueblo tiv.

Un día que Moseby había estado elocuente, Jijingi le hizo un cumplido.

—Sé que tienes muy buena opinión de todos tus sermones, pero el de hoy estaba realmente bien.

—Gracias —dijo Moseby sonriendo. Después de unos instantes, le preguntó—: ¿Por qué dices que tengo muy buena opinión de todos mis sermones?

—Porque das por hecho que la gente los leerá dentro de muchos años.

—No lo doy por hecho, ¿a qué viene eso?

—Los dejas escritos antes de pronunciarlos. Antes incluso de que una sola persona haya oído tu sermón, tú ya lo tienes escrito para las generaciones futuras.

Moseby se echó a reír.

—No, no los escribo por eso.

—¿Entonces por qué? —Sabía que no eran para gente que viviera lejos de allí, porque a veces llegaban mensajeros a la aldea para entregarle papeles a Moseby y él nunca mandaba sus sermones a nadie.

—Escribo las palabras para no olvidarme de lo que quiero decir durante el sermón.

—¿Cómo vas a olvidar lo que quieres decir? Tú y yo estamos hablando ahora y no nos hace falta papel.

—Un sermón es distinto de una charla. —Moseby se paró a reflexionar—. Quiero estar seguro de que doy mis sermones lo mejor posible. A lo mejor no olvido lo que quiero decir, pero podría olvidar la mejor manera de decirlo. Si lo escribo, ya no tengo que preocuparme. Pero escribir no sólo me ayuda a recordar. Me ayuda a pensar.

—¿Cómo que escribir te ayuda a pensar?

—Ésa es una buena pregunta —dijo—. Es extraño, ¿no? No sé cómo explicarlo, pero escribir me ayuda a decidir qué quiero decir. Allí de donde vengo existe un antiguo proverbio: *Verba volant, scripta manent*. En tiv dirías: «Las palabras habladas se las lleva el viento, las palabras escritas permanecen». ¿Le ves sentido?

—Sí —dijo Jijingi, sólo por cortesía; no le veía ningún sentido. El misionero no era tan viejo como para estar senil, pero debía de tener una memoria terrible y no quería admitirlo. Jijingi contó esto a los compañeros de su quinta y se pasaron días pitorreándose con el asunto. Cada vez que se

confiaban algún cotilleo, añadían: «¿No se te olvidará? A lo mejor esto te ayuda», e imitaban a Moseby escribiendo en su mesa.

Una noche del año siguiente, Kokwa anunció que contaría la historia de cómo los tiv se separaron en distintos linajes. Jijingi sacó su versión en papel para poder leer la historia mientras Kokwa la contaba. A ratos lo podía ir siguiendo, pero era complicado porque las palabras de Kokwa no coincidían con lo escrito en el papel. Una vez Kokwa hubo acabado, Jijingi le dijo:

—No has contado la historia igual que el año pasado.

—Qué estupidez —respondió Kokwa—. Cuando cuento una historia, la historia no cambia por mucho que pase el tiempo. Pídeme que te la cuente dentro de veinte años y te la contaré exactamente igual.

Jijingi señaló el papel que sostenía.

—Este papel es la historia que contaste el año pasado, y había muchas diferencias. —Escogió una que recordaba—: La última vez dijiste: «Los uyengi capturaron a las mujeres y los niños y se los llevaron como esclavos». Esta vez has dicho: «Esclavizaron a las mujeres, pero no contentos con ello, esclavizaron incluso a los niños».

—Es lo mismo.

—Es la misma historia, pero has cambiado la manera de contarla.

—No —dijo Kokwa—, la he contado igual que otras veces.

Jijingi no quería ponerse a explicar qué eran las palabras, así que dijo:

—Si la hubieras contado siempre igual, habrías dicho las dos veces: «Los uyengi capturaron a las mujeres y los niños y se los llevaron como esclavos».

Kokwa se quedó mirándolo unos instantes y luego se echó a reír.

—¿Eso es lo que crees que es importante ahora que has aprendido el arte de escribir?

Sabe, que había estado escuchándolos, reprendió a Kokwa.

—No te corresponde a ti juzgar a Jijingi. La yegua prefiere un alimento, el hipopótamo prefiere otro alimento. Que cada uno dedique su tiempo a lo que le apetezca.

—Claro, Sabe, claro —respondió Kokwa, pero le echó una mirada burlona a Jijingi.

Después de eso, Jijingi se acordó del proverbio que Moseby había comentado. Aun cuando Kokwa estuviera contando la misma historia, podía organizar las palabras de manera distinta cada vez que las pronunciaba; era un cuentacuentos lo suficientemente habilidoso como para que el orden de las palabras no importara. Para Moseby era distinto, porque nunca representaba nada cuando daba sus sermones; para él, las palabras eran lo importante.

Jijingi se dio cuenta de que Moseby escribía los sermones no porque tuviera una memoria malísima, sino porque buscaba un orden concreto de palabras. Una vez encontraba el que quería, se aferraba a él durante el tiempo que hiciera falta.

Por simple curiosidad, Jijingi intentó imaginarse que tenía que dar un sermón y empezó a escribir lo que diría. Sentado en la raíz de un mango con un cuaderno que Moseby le había dado, compuso un sermón sobre el *tsav*, la cualidad que otorgaba a algunos hombres poder sobre otros, un tema que Moseby no había comprendido y había despachado como una chorrada. Le leyó su primera tentativa a uno de sus compañeros de quinta, que declaró que era horrible, cosa que los llevó a un breve intercambio de empujones, pero después Jijingi tuvo que admitir que su amigo tenía razón. Intentó escribir el sermón una segunda vez y luego una tercera hasta que se cansó y cambió de tema.

A medida que Jijingi iba practicando la escritura comenzó a comprender a qué se refería Moseby: la escritura no era solamente una forma de conservar lo que alguien había dicho; podía ayudarte a decidir qué querías decir antes de decirlo. Y las palabras no eran sólo pedazos de habla; eran pedazos de pensamiento. Cuando uno las escribía podía agarrar sus pensamientos como ladrillos y colocarlos en órdenes distintos. La escritura permitía observar los propios pensamientos de una manera en la que no podrías si sólo estuvieras hablando, y una vez vistos podías mejorarlos, hacerlos más potentes y elaborados.

Los psicólogos distinguen entre la memoria semántica —el conocimiento de hechos generales— y la memoria episódica, o entre recuerdos y experiencias personales. Llevamos usando suplementos tecnológicos para la memoria semántica desde la invención de la escritura: primero libros, luego motores de búsqueda. En cambio, históricamente, nos hemos resistido a dichas herramientas en lo que se refiere a la memoria episódica; poca gente ha recopilado tantos diarios o álbumes de fotos como libros corrientes. La razón evidente es la comodidad; si quisiéramos un libro sobre los pájaros de Norteamérica podríamos consultar uno escrito por un ornitólogo, pero si queremos un diario personal tendríamos que escribirlo nosotros mismos. No obstante, me pregunto además si otro motivo, subconsciente, no será que consideramos nuestros recuerdos episódicos como una parte tan integral de nuestras identidades que tenemos reticencias a la hora de externalizarlos, relegarlos a libros en una estantería o archivos en un ordenador.

Esto podría estar a punto de cambiar. Durante años, los padres han grabado todos los momentos de la vida de sus hijos, de manera que aun en el caso de que estos hijos no llevaran cámaras personales, sus bitácoras ya estarían efectivamente compiladas. Ahora los padres les ponen a sus hijos proyectores retinianos cada vez más pronto para que puedan aprovechar antes los beneficios de los agentes del software de apoyo. Imaginad lo que sucedería si los niños comenzasen a usar Remem para acceder a esas bitácoras: su modo de cognición divergiría del nuestro porque el acto de recordar sería distinto. Más que pensar en un acontecimiento del pasado y representárselo mentalmente, un niño subvocalizaría una referencia y vería la secuencia de vídeo con sus ojos físicos. La memoria episódica se volvería tecnológicamente mediada de principio a fin.

Un inconveniente evidente de tal dependencia es la posibilidad de que la gente padezca amnesia virtual cada vez que el software se cuelgue. Pero me preocupa tanto la perspectiva de un fallo tecnológico como la del triunfo tecnológico: ¿cómo cambiaría la concepción propia de una persona cuando sólo ha visto su pasado a través del ojo impasible de una videocámara? Igual que a la hora de suavizar recuerdos duros interviene un bucle retroalimentado, también debe de actuar otro en la idealización de nuestros recuerdos infantiles, e interrumpir este proceso podría tener consecuencias.

El primer cumpleaños que recuerdo es el de mis cuatro años; me recuerdo soplando las velas del pastel, la emoción de rasgar el papel de regalo. No hay ningún vídeo del acontecimiento, pero hay polaroids en el álbum familiar, y coinciden con lo que recuerdo. De hecho, sospecho que ya no recuerdo el día en sí. Es más probable que haya fabricado el recuerdo cuando me enseñaron las fotos por primera vez, y con el tiempo, los he imbuido de la emoción que supongo que sentí ese día. Poco a poco, a fuerza de invocar el recuerdo, he creado un recuerdo feliz para mí mismo.

Otro de mis recuerdos más tempranos es el de estar jugando en la alfombra del salón, empujando cochecitos de juguete de aquí para allá, mientras mi abuela cosía en su máquina; de vez en cuando se giraba y me sonreía cariñosamente. No hay fotos de ese momento, así que sé que el recuerdo es mío y sólo mío. Es un recuerdo encantador, idílico. ¿Me gustaría que me ofrecieran una secuencia auténtica de aquella tarde? Rotundamente, no.

A propósito del papel de la verdad en la autobiografía, el crítico Roy Pascal escribió: «Por un lado está la verdad de los hechos; por el otro, la verdad del sentimiento del autor, y dónde coinciden las dos ninguna autoridad

externa puede aprestarse a decidirlo». Nuestros recuerdos son autobiografías privadas, y aquella tarde con mi abuela tiene un puesto preponderante en mi memoria debido a los sentimientos que le asocio. ¿Y si la secuencia de vídeo revelase que la sonrisa de mi abuela era de compromiso, que en realidad estaba frustrada porque su costura no iba bien? Lo importante de ese recuerdo para mí es la felicidad que le asocio, y no me gustaría verla peligrar.

Se me antoja que un vídeo continuo de la totalidad de mi infancia estaría repleto de hechos pero vacío de sentimientos, simplemente porque las cámaras no capturarían la dimensión emocional de los acontecimientos. Para la cámara, aquella tarde con mi abuela sería indistinguible de otro centenar de tardes. Y si yo hubiera crecido con acceso a todo el metraje de vídeo, no habría tenido manera de asignarle más peso emocional a ningún día en concreto, ningún núcleo alrededor del que pudiera sedimentarse la nostalgia.

¿Y cuáles serán las consecuencias cuando la gente pueda asegurar que recuerda su infancia? No me cuesta imaginarme un futuro en el que, si le preguntamos a un joven cuál es su recuerdo más temprano se quede simplemente perplejo; a fin de cuentas, dispone de vídeos que se remontan hasta el día de su nacimiento. La incapacidad de recordar los primeros años de vida —lo que los psicólogos denominan amnesia infantil— podría convertirse muy pronto en cosa del pasado. Los padres ya no contarán a sus hijos anécdotas comenzando con un «Tú no te acuerdas porque eras un bebé cuando pasó». Será como si la amnesia infantil fuera una característica de la infancia de la humanidad, y de un modo urobórico, nuestra juventud se esfumará de nuestros recuerdos.

Una parte de mí quería frenar esto, para preservar la capacidad de los niños de ver el comienzo de sus vidas filtrado a través de una gasa, para evitar que esas historias de los orígenes sean reemplazadas por vídeos fríos y desaturados. Pero a lo mejor ellos se encariñan tanto de sus recuerdos digitales imborrables como yo de mis recuerdos orgánicos e imperfectos.

La gente está hecha de historias. Nuestros recuerdos no son la acumulación imparcial de cada uno de los segundos que hemos vivido; son la narrativa que hemos ensamblado a partir de momentos escogidos. Y es por eso que, aun cuando hayamos experimentado los mismos acontecimientos que otros individuos, nunca construimos narrativas idénticas: los criterios empleados para seleccionar momentos son distintos para cada cual, y un reflejo de nuestras personalidades. Cada cual se fija en detalles que captan nuestra atención y recuerda qué fue importante para nosotros, y las narrativas que construimos, a su vez, conforman nuestras personalidades.

Pero, me pregunté, si todo el mundo lo recordase todo, ¿acaso no quedaríamos despojados de nuestras diferencias? ¿Qué le sucedería a nuestra autopercepción? Se me ocurre que una memoria perfecta no podría constituir una narrativa de la misma forma que el metraje de una cámara de seguridad sin editar no puede ser una película.

Cuando Jijingi tenía veinte años, se presentó en la aldea un empleado de la administración para hablar con Sabe. Traía consigo a un joven tiv que había asistido a la escuela de la misión de Katsina-Ala. La administración quería llevar un registro escrito de todas las disputas llevadas ante el consejo de la tribu, así que le estaban asignando a cada jefe uno de aquellos jóvenes para que les sirviera de escriba. Sabe hizo adelantarse a Jijingi y le dijo al empleado:

—Sé que no contáis con suficientes escribas para todo el territorio tiv. Mi Jijingi ha aprendido a escribir; puede servirnos de escriba, y así usted puede enviar a su muchacho a otra aldea.

El empleado puso a prueba la capacidad de escritura de Jijingi, pero Moseby le había enseñado bien y al final convino en que le sirviese de escriba a Sabe.

Después de que el empleado se hubiera marchado, Jijingi le preguntó a Sabe por qué no había querido que el muchacho de Katsina-Ala fuera su escriba.

—No se puede confiar en nadie que venga de la escuela de las misiones —le respondió Sabe.

—¿Por qué no? ¿Los europeos los convierten en mentirosos?

—Ellos tienen una parte de culpa, pero también nosotros. Cuando hace unos años los europeos estaban reclutando a muchachos para la escuela de las misiones, la mayoría de ancianos les entregaron a aquellos de los que querían deshacerse, los haraganes y los quejicosos. Ahora esos muchachos han vuelto y no sienten ningún arraigo. Esgrimen su conocimiento de la escritura como un arma de largo alcance; les exigen a sus jefes que les encuentren esposas o de lo contrario escribirán mentiras sobre ellos y harán que los europeos los depongan.

Jijingi conocía a un chico que siempre andaba quejándose y buscando maneras de evitar el trabajo; sería un desastre que alguien así tuviera poder sobre Sabe.

—¿No se puede avisar a los europeos?

—Muchos lo han hecho —respondió Sabe—. Fue Maisho, del clan kwande, quien me advirtió sobre los escribas; los instalaron primero en las aldeas kwande. Maisho tuvo suerte de que los europeos lo creyeran a él en lugar de al mentiroso de su escriba, pero sabe de otros jefes que no han sido tan afortunados; los europeos a menudo creen a un papel antes que a una persona. No quiero correr el riesgo. —Miró a Jijingi serio—. Tú eres de mi familia, Jijingi, y familia de todos los de esta aldea. Confío en que escribirás lo que yo diga.

—Sí, Sabe.

El consejo de la tribu se celebraba cada mes, desde primera hora de la mañana hasta última hora de la tarde durante tres días seguidos, y siempre atraía a un público, a veces tan numeroso que Sabe tenía que pedir que se sentasen todos para que la brisa llegase al centro del círculo. Jijingi se sentó junto a Sabe y anotó los detalles de cada disputa en un libro que el empleado de la administración le había dejado. Era un buen trabajo; le pagaban de los honorarios recogidos de los litigantes, y no sólo le cedieron una silla sino también una mesita que podía usar para escribir incluso cuando no estaba en una sesión del tribunal. Las quejas que Sabe atendía eran variadas: una podía ser por una bicicleta robada, otra sobre si un hombre era responsable o no de que la cosecha de su vecino no prosperase, pero la mayoría tenían que ver con esposas. Para una de esas disputas, Jijingi escribió lo que sigue:

> Girgi, la esposa de Umem, se ha escapado de casa y se ha vuelto con su familia. El cabeza de familia, Anongo, ha tratado de convencerla de que se quede con su marido, pero Girgi se niega, y no hay nada más que pueda hacer Anongo. Umem exige que le devuelvan las once libras que pagó de dote. Anongo dice que no tiene dinero en este momento y que, además, sólo le pagaron seis libras.
>
> Sabe solicita testigos de ambas partes. Anongo dice que tiene testigos, pero que han partido de viaje. Umem aporta un testigo, que presta juramento. Testifica que él mismo contó las once libras que Umem le pagó a Anongo.
>
> Sabe le pide a Girgi que vuelva con su marido y sea una buena esposa, pero ella responde que ya ha soportado bastante. Sabe indica a Anongo que devuelva a Umem las once libras, siendo el primer pago dentro de tres meses cuando sus cosechas sean vendibles. Anongo acepta.

Ésta fue la última disputa de la jornada, momento en el cual Sabe estaba visiblemente cansado.

—Vender hortalizas para devolver una dote —comentó, sacudiendo la cabeza—. Esto en mis tiempos no habría pasado.

Jijingi sabía a qué se refería. En el pasado, según los ancianos, uno hacía intercambios con artículos similares: si querías una cabra podías conseguirla ofreciendo unas gallinas; si querías casarte con una mujer, le prometías a su familia una mujer de la tuya. Luego los europeos dijeron que no aceptarían

más hortalizas como pago de impuestos, insistieron en que tenían que pagarse con moneda. Antes de que se dieran cuenta, todo se podía cambiar por dinero; podías usarlo para comprar lo que fuera, desde una calabaza hasta una esposa. A los ancianos les parecía absurdo.

—Las costumbres antiguas se están esfumando —convino Jijingi. No le dijo que los jóvenes preferían que las cosas fuesen así, porque los europeos también habían decretado que la dote sólo pudiera pagarse si la mujer consentía en casarse. En el pasado, una muchacha podía ser prometida a un viejo con las manos comidas por la lepra y los dientes podridos y ella no tenía otra opción que casarse con él. Ahora una mujer podía casarse con el hombre que prefiriera, siempre que éste pudiera permitirse el pago de la dote. El propio Jijingi estaba ahorrando dinero para casarse.

Moseby iba a verlo a veces, pero los procesos le resultaban confusos, y a menudo interrogaba a Jijingi al acabar.

—Por ejemplo, hubo una disputa entre Umem y Anongo sobre cuánto dinero de la dote se debía. ¿Por qué sólo prestó juramento el testigo? —le preguntó Moseby.

—Para garantizar que contaba exactamente lo que sucedió.

—Pero si Umem y Anongo hubieran prestado juramento, eso habría garantizado que también ambos contaban exactamente lo sucedido. Anongo pudo mentir porque no había prestado juramento.

—Anongo no mintió —respondió Jijingi—. Contó lo que consideraba justo, igual que Umem.

—Pero lo que Anongo contó no fue lo mismo que lo que contó el testigo.

—Pero eso no significa que estuviera mintiendo. —Entonces Jijingi recordó algo sobre el idioma europeo y comprendió la confusión de Moseby —. Nuestro idioma tiene dos palabras para lo que vosotros llamáis «verdad». Existe lo que está bien, *mimi*, y lo que es exacto, *vough*. En una disputa los interesados cuentan lo que consideran justo; dicen *mimi*. Los testigos, sin embargo, prestan juramento para contar exactamente lo que sucedió; dicen *vough*. Cuando Sabe ha escuchado lo sucedido puede decidir qué acción es *mimi* para todas las partes. Pero si los interesados no mienten por no decir *vough*, siempre dicen *mimi*.

Claramente, Moseby desaprobaba aquello.

—En mi tierra, todo aquel que testifica ante un tribunal tiene que jurar decir *vough*, hasta los interesados.

Jijingi no le veía el sentido a eso, pero se limitó a comentar:

—Cada tribu tiene sus costumbres.

—Sí, las costumbres varían, pero la verdad es la verdad: no cambia de una persona a otra. Y recuerda lo que dice la Biblia: «La verdad os hará libres».

—Lo recuerdo —dijo Jijingi. Moseby había dicho que lo que había hecho prosperar tanto a los europeos fue conocer la verdad de Dios. No se podía negar su riqueza ni su poder, pero a saber cuál era la causa.

Me pareció que la única manera justa de escribir sobre Remem era probarlo en mis carnes. El problema era que yo no tenía una bitácora personal para indexarlo; normalmente sólo activaba mi cámara personal cuando hacía una entrevista o cubría algún evento. Pero, desde luego, había pasado tiempo en presencia de gente que mantenía bitácoras, así que pude hacer uso de lo que ellos habían grabado. Aunque todo el software para bitácoras cuenta con controles de privacidad en sí, la mayoría de gente deja libres los derechos para compartir: si tus acciones han sido grabadas en sus bitácoras, puedes acceder al metraje en el que apareces. Así que cargué un rastreador para organizar una bitácora incompleta a partir de secuencias grabadas por otros utilizando mi historial del GPS como base para las consultas. En el transcurso de una semana, mi petición se propagó a través de redes sociales y archivos de vídeo públicos, y fui recompensado con pedacitos de vídeo que iban de varios segundos de duración a varias horas: no sólo metraje de cámaras de seguridad, sino también fragmentos de bitácoras personales de amigos, conocidos e incluso de completos desconocidos.

La bitácora resultante fue, evidentemente, más que fragmentaria comparada con la que habría tenido en caso de grabar mis propios vídeos, y el metraje estaba todo en perspectiva de tercera persona en lugar de la primera en la que la mayoría de bitácoras se ven, pero Remem era capaz de funcionar con ello. Yo esperaba que la cobertura fuera más densa en los últimos años, teniendo en cuenta sencillamente la creciente popularidad de las bitácoras. Así que, en cierto modo, fue una sorpresa que al mirar el gráfico de la cobertura me encontrase con un pico de hacía más de una década. Nicole había estado manteniendo una bitácora desde la adolescencia, de modo que, cuando menos me lo esperaba, apareció allí un enorme segmento de mi vida doméstica.

Al principio no tenía claro cómo poner a prueba Remem, dado que evidentemente no podía pedirle que proyectase un vídeo de un acontecimiento que no recordaba. Se me ocurrió que comenzaría con algo que recordase de manera efectiva. Subvocalicé: «La vez que Vince me contó lo de su viaje a Palau».

Mi proyector retiniano desplegó una ventana en la esquina inferior izquierda de mi campo de visión: estoy almorzando con mis amigos Vincent y Jeremy. Vincent tampoco mantenía una bitácora, así que el metraje tomaba el punto de vista de Jeremy. Escuché a Vincent cantar las alabanzas del submarinismo durante un rato.

A continuación, probé con algo que sólo recordaba vagamente.

—El banquete donde me senté entre Deborah y Lyle. —No recordaba quién más se sentaba a aquella mesa y me pregunté si Remem podría ayudarme a identificarlos.

Cómo no, Deborah había estado grabando aquella noche, y gracias a su vídeo fui capaz de usar un rastreador de reconocimiento para identificar a todos los que se sentaban frente a nosotros.

Después de estos triunfos iniciales obtuve una serie de fracasos, cosa nada sorprendente teniendo en cuenta los huecos en mi bitácora. Pero a lo largo de una travesía informativa de una hora por acontecimientos pasados, el desempeño de Remem fue, en términos generales, impresionante.

Finalmente, parecía que había llegado el momento de probar Remem con algunos recuerdos más cargados desde el punto de vista emocional. Mi relación con Nicole parecía suficientemente sólida ahora como para revisitar sin peligro las peleas que tuvimos cuando era joven. Se me ocurrió que empezaría con la discusión que recordaba claramente e iría revisando hacia atrás a partir de ahí.

Subvocalicé: «La vez que Nicole me gritó: “Se fue por tu culpa”».

La ventana despliega la cocina de la casa donde vivíamos durante la adolescencia de Nicole. El metraje toma el punto de vista de Nicole y yo estoy delante de la estufa. Es evidente que nos estamos peleando.

—¡Se fue por tu culpa! ¡La echaste! Por mí te puedes largar también, haz lo que quieras. Seguro que estaré mejor sin ti.

Las palabras eran exactamente las que recordaba, pero no me las decía Nicole.

Las decía yo.

Mi primer pensamiento fue que tenía que ser una falsificación, que Nicole había editado el vídeo para poner en mi boca sus palabras. Se habría fijado en mi petición de acceso al metraje de su bitácora y debió trucar aquello para darme una lección. O quizá era una película que había creado para enseñársela a sus amigos, para reforzar las historias que contaba sobre mí. Pero ¿por qué podría seguir tan enfadada conmigo como para hacer una cosa semejante? ¿No habíamos pasado página?

Empecé a observar el vídeo en busca de incongruencias que indicaran dónde se había cortado el metraje editado. La secuencia siguiente mostraba a Nicole saliendo de casa a la carrera, tal y como yo recordaba, así que ahí no habría señales de incongruencia. Rebobiné el vídeo y empecé a ver la discusión previa.

Al principio estaba enfadado mientras la veía, enfadado con Nicole por llegar a extremos tales como para crear aquella mentira, porque el metraje anterior guardaba coherencia con el hecho de que fuese yo quien le gritaba a ella. Luego, algunas de las cosas que estaba diciendo en el vídeo comenzaron a sonarme desasosegadoramente familiares: quejas sobre que me llamasen de su colegio de nuevo por meterse en líos, acusaciones de pasarse la tarde con malas compañías. Pero aquél no era el contexto en el que dije aquello, ¿no? Yo había expresado mis preocupaciones, no como una regañina. Nicole debía de haber adaptado cosas que yo había dicho en otro momento para que su vídeo difamatorio fuera más plausible. Era la única explicación, ¿no?

Le pedí a Remem que examinase la marca de agua del vídeo, y me informó de que el vídeo no estaba modificado. Vi que Remem había sugerido una corrección en mis términos de búsqueda: donde había dicho «la vez que Nicole me gritó» proponía «la vez que le grité a Nicole». La corrección tenía que haberse desplegado al mismo tiempo que el primer resultado, pero no me había dado cuenta. Cerré Remem asqueado, furioso con el producto. Estaba a punto de ponerme a buscar información sobre falsificaciones de marcas de agua digitales para demostrar que el vídeo era falso, pero me frené al reconocer en ello un acto de desesperación.

Habría sido capaz de testificar, con la mano en una pila de Biblias o prestando el juramento que se me exigiera, que fue Nicole quien me acusó de ser el motivo por el que su madre nos había abandonado. Mi recuerdo de aquella discusión era tan claro como el de cualquier otro recuerdo mío, pero aquélla no era la única razón por la que me costaba creer el vídeo; era también mi consciencia de que —a pesar de mis defectos e imperfecciones— nunca fui de la clase de padre capaz de decir algo semejante a su hija.

Pero el caso es que ahí tenía un vídeo digital que demostraba que yo había sido exactamente esa clase de padre. Y si bien ya no era aquel hombre, no podía negar que formaba parte de su *continuum*.

Más delator aún era el hecho de que durante muchos años me hubiese ocultado la verdad con éxito a mí mismo. Antes he dicho que los detalles que escogemos recordar son el reflejo de nuestras personalidades. ¿Qué decía

sobre mí que hubiese puesto aquellas palabras en boca de Nicole en lugar de en la mía?

Recordaba aquella discusión como un punto de inflexión para mí. Me había imaginado una narrativa de redención y automejora en la que yo era el padre soltero heroico que daba un paso al frente para aceptar el reto. Pero la realidad era… ¿qué? ¿Cuánto de lo que había sucedido desde entonces podía dar por cierto?

Reinicié Remem y comencé a mirar el vídeo de la graduación de Nicole. Aquél era un evento que había grabado yo mismo, así que tenía metraje de la cara de Nicole, y parecía sinceramente feliz con mi presencia. ¿Estaba escondiendo sus auténticos sentimientos tan bien que no fui capaz de detectarlos? O, si nuestra relación había mejorado realmente, ¿cómo sucedió? Evidentemente, catorce años atrás había sido peor padre de lo que recordaba; sería tentador concluir que había ido más allá para alcanzar el punto en el que me encuentro ahora, pero ya no podía confiar en mis percepciones. ¿Acaso albergaba Nicole siquiera el más mínimo sentimiento positivo hacia mí ahora?

No iba a usar Remem para responder a esta pregunta; necesitaba ir a la fuente. Llamé a Nicole y le dejé un mensaje diciendo que quería hablar con ella y preguntándole si podía pasarme por su apartamento aquella noche.

Unos pocos años más tarde, Sabe comenzó a asistir a una serie de reuniones de todos los jefes del clan shangev. Le explicó a Jijingi que los europeos ya no querían tratar con tantos jefes y que estaban exigiendo que todo el territorio tiv se dividiera en ocho grupos que denominaban «*septs*». En consecuencia, Sabe y el resto de jefes tenían que debatir quién del clan shangev se uniría con quién. Aunque no había necesidad de un escriba, Jijingi tenía curiosidad por escuchar las deliberaciones, le pidió a Sabe si podía acompañarlo y Sabe aceptó.

Jijingi nunca había visto a tantos ancianos en un mismo sitio; algunos eran de temperamento sereno y digno como Sabe, mientras que otros eran gritones y pura bravata. Discutieron sin parar durante horas.

Esa tarde, cuando regresó, Moseby le preguntó a Jijingi cómo había sido. Jijingi suspiró.

—Cuando no gritan, se pelean como gatos salvajes.

—¿Con quién considera Sabe que debéis uniros?

—Debemos unirnos con los clanes más cercanos en parentesco; es el talante tiv. Y dado que Shangev era el hijo de Kwande, nuestro clan debe

unirse con el clan kwande, que vive al sur.

—Tiene sentido —dijo Moseby—. Entonces ¿en qué estriba el desacuerdo?

—No todos los miembros del clan shangev viven unos al lado de los otros. Los hay que viven en el campo al oeste, cerca del clan jechira, y los ancianos de allí tienen amistad con los ancianos jechiras. Les gustaría que el clan shangev se uniera al clan jechira, porque así tendrían más influencia en el sept resultante.

—Ya veo. —Moseby se quedó pensativo un momento—. ¿El shangev del oeste podría unirse a un sept distinto del shangev del sur?

Jijingi negó con la cabeza.

—Los shangev somos hijos de un mismo padre, así que tenemos que permanecer unidos. En eso están de acuerdo todos los ancianos.

—Pero si el linaje es tan importante, ¿cómo es que los ancianos del oeste proponen que el clan shangev se una al clan jechira?

—Ahí estriba el desacuerdo. Los ancianos del oeste afirman que Shangev era hijo de Jechira.

—Espera, ¿no sabéis quiénes eran los padres de Shangev?

—¡Pues claro que lo sabemos! Sabe es capaz de recitar el nombre de todos sus antepasados hasta remontarse al mismísimo Tiv. Los ancianos del oeste se limitan a fingir que Shangev fue hijo de Jechira porque les beneficia unirse al clan jechira.

—Pero si el clan shangev se uniera con el clan kwande, ¿no se beneficiarían tus ancianos?

—Sí, pero Shangev era el hijo de Kwande. —Entonces Jijingi se dio cuenta de lo que insinuaba Moseby—: ¡Tú crees que son nuestros ancianos los que están fingiendo!

—No, no, para nada. Pero es que a mí me suenan igual de bien las dos posturas, y no hay manera de decir cuál es la buena.

—La buena es la de Sabe.

—Claro —dijo Moseby—. Pero ¿cómo vas a lograr que el resto lo admita? En mi tierra, mucha gente escribe su linaje en papel. Así podemos seguir el rastro de nuestros antepasados con precisión, incluso de muchas generaciones pasadas.

—Sí, he visto los linajes de tu Biblia, que remontan el origen de Abraham hasta Adán.

—Claro. Pero incluso, más allá de la Biblia, la gente recopila sus linajes. Cuando la gente quiere averiguar de quién desciende, puede consultar el

papel. Si contaras con un documento, el resto de ancianos tendría que admitir que Sabe tiene razón.

Aquello estaba bien visto, admitió Jijingi. Ojalá el clan shangev hubiera empezado a usar papel tiempo atrás. Entonces se le ocurrió algo.

—¿Cuánto hace que llegaron los europeos al territorio tiv?

—No estoy seguro. Como mínimo cuarenta años, creo.

—¿Crees que quizá escribieron algo sobre el linaje del clan shangev al llegar?

Moseby pareció reflexionar.

—Quizá sí. Desde luego, la administración conserva un montón de archivos. Si lo hicieron, tienen que estar almacenados en la sede gubernamental de Katsina-Ala.

Un camión transportaba víveres por carretera hasta Katsina-Ala cada quinto día de la semana, cuando se ponía el mercado, y el próximo mercado sería en dos días. Si se marchaba al día siguiente, podía llegar a la carretera a tiempo de que lo llevasen.

—¿Crees que me dejarán verlo?

—A lo mejor es más fácil si va un europeo contigo —dijo Moseby sonriendo—. ¿Hacemos un viajecito?

Nicole abrió la puerta de su apartamento y me hizo pasar. Evidentemente, estaba muerta de curiosidad por el motivo de mi visita.

—¿De qué querías hablar?

No tenía muy claro cómo empezar.

—Te va a sonar raro.

—Vale —dijo ella.

Le conté lo de mi bitácora incompleta visualizada con Remem y la discusión que habíamos tenido a sus dieciséis años y que terminó conmigo gritándole y ella marchándose de casa.

—¿Te acuerdas de aquel día?

—Pues claro que me acuerdo. —Pareció incómoda, sin ver claro adónde quería llegar.

—Yo también lo recordaba, o al menos eso pensaba. Pero yo lo recordaba distinto. Tal y como yo lo recordaba, eras tú quien me lo dijo a mí.

—¿Quien te dijo qué?

—Yo recordaba que tú me gritaste que ya me podía largar, y que estarías mejor sin mí.

Nicole se me quedó mirando fijamente un rato.

—Durante todos estos años, ¿así es como has recordado aquel día?

—Sí, hasta ayer.

—Casi tendría gracia si no fuese tan triste.

Se me revolvió el estómago.

—Lo lamento muchísimo. No te puedes imaginar lo mucho que lo lamento.

—¿Lo lamentas por haberlo dicho, o por haberme imaginado diciéndotelo?

—Las dos cosas.

—Bueno, ¡pues ya puedes lamentarlo! ¿Tú sabes cómo me hizo sentir?

—No me lo puedo imaginar. Sé que me sentí fatal cuando pensaba que me lo habías dicho tú a mí.

—Salvo que eso te lo inventaste. Eso me pasó a mí, no a ti. —Sacudió la cabeza incrédula—. Típico de cojones.

Me dolió oírlo.

—¿Típico? ¿De verdad?

—Y tanto. Siempre andas comportándote como si fueras la víctima, como si fueses el pobre hombre que se merece que lo traten mejor.

—Según tú, deliro.

—No es que delires, es que eres un obcecado y un egocéntrico.

Me ericé un poco.

—Estoy intentando pedir disculpas.

—Ya, ya. Tú eres el protagonista.

—No, tienes razón. Lo siento. —Esperé hasta que Nicole me hizo un gesto para que continuase—. Supongo que… soy un obcecado y un egocéntrico. El motivo por el que me cuesta asumirlo es porque pensaba que había abierto los ojos y lo había superado.

Nicole hizo un visaje.

—¿Qué?

Le conté que yo creía haber dado un giro de ciento ochenta grados como padre y haber reconstruido nuestra relación, que culminó en un momento de consenso en la fiesta de graduación. Nicole no se partió de risa abiertamente, pero su expresión me hizo callarme; era evidente que me estaba poniendo en ridículo.

—¿Todavía me odiabas en la graduación? —le pregunté—. ¿Me estaba imaginando que nos llevábamos bien?

—No, nos llevamos bien en la graduación. Pero no fue porque tú te hubieras convertido por arte de magia en un buen padre.

—¿Por qué fue, entonces?

Se calló, respiró hondo y entonces dijo:

—Empecé a ir a una psicóloga cuando entré en la universidad. —Hizo otra pausa—. Prácticamente me salvó la vida.

Mi primer pensamiento fue: ¿Para qué necesitaba un psicólogo Nicole? Me contuve y dije:

—No sabía que hubieras ido a una psicóloga.

—Pues claro que no; tú eras la última persona a quien se lo hubiera contado. En cualquier caso, para cuando llegué al último curso me había convencido de que era mejor no seguir furiosa contigo. Por eso nos llevamos tan bien durante la graduación.

De manera que había fabricado una narrativa que poco tenía que ver con la realidad. Nicole había puesto todo de su parte y yo nada.

—Supongo que en realidad no te conozco.

Se encogió de hombros.

—Me conoces todo lo que necesitas.

También me dolió, pero ¿cómo iba a quejarme?

—Te mereces algo mejor —dije.

Nicole soltó una risa corta y pesarosa.

—Sabes, cuando era más joven fantaseaba con que dijeras eso. Pero ahora…, vaya, no es que lo arregle todo, ¿no?

Me di cuenta de que había estado esperando que me perdonara esto y lo otro y así al final todo arreglado. Pero iba a hacer falta algo más que una disculpa para reparar nuestra relación.

Se me ocurrió una cosa.

—No puedo cambiar lo que hice, pero al menos puedo dejar de fingir que no lo hice. Voy a usar Remem para hacerme una idea general honesta de mí mismo, una especie de inventario personal.

Nicole me observó, sopesando mi sinceridad.

—Perfecto —dijo—. Pero que quede claro: no vengas corriendo aquí cada vez que te sientas culpable por haberme tratado como una mierda. Me he dejado los cuernos para dejar todo eso atrás y no pienso revivirlo sólo para que tú te sientas mejor.

—Por supuesto. —Noté que empezaba a venirse abajo—. Y te he molestado otra vez sacando todo esto. Lo siento.

—No pasa nada, papá. Agradezco lo que intentas hacer. Pero…, a ver…, no lo repitamos durante un tiempo, ¿vale?

—Vale. —Me acerqué a la puerta para marcharme y entonces me paré—. Quería preguntarte sólo una cosa…, si es posible, si hay algo que pueda hacer para arreglarlo…

—¿Arreglarlo? —Me miró incrédula—. No sé. Sé más considerado, simplemente, ¿de acuerdo?

Y eso es lo que intento.

En la sede gubernamental había, efectivamente, documentos que databan de cuarenta años atrás, lo que los europeos denominaban informes de evaluación, y la presencia de Moseby bastó para que les dieran acceso. Estaban escritos en el idioma europeo, que Jijingi no sabía leer, pero se incluían diagramas de los antepasados de varios clanes; pudo identificar los nombres tiv con bastante facilidad, y Moseby le confirmó que su interpretación era correcta. Los ancianos de las plantaciones del oeste estaban en lo cierto y Sabe equivocado: Shangev no fue hijo de Kwande, sino de Jechira.

Uno de los hombres del edificio había accedido a mecanografiarles una copia de la página en cuestión para que Jijingi se la pudiera llevar. Moseby decidió quedarse en Katsina-Ala para visitar a los misioneros de allí, pero Jijingi se volvió a casa enseguida. Se sentía como un niño impaciente durante el viaje de regreso, pensando que ojalá pudiera ir en el camión en lugar de tener que regresar caminando. En cuanto llegó a la aldea, fue a buscar a Sabe.

Lo encontró en el camino que llevaba a una granja vecina; algunos vecinos lo habían parado para que dirimiese una disputa sobre cuántos corderos tenían que repartirse. Al final quedaron satisfechos y Sabe reanudó su paseo. Jijingi caminó a su lado.

—Bienvenido de nuevo —dijo Sabe.

—Sabe, he estado en Katsina-Ala.

—Ah. ¿Por qué has ido?

Jijingi le enseñó el documento.

—Esto se escribió hace mucho tiempo, cuando los europeos llegaron aquí. Hablaron con los ancianos del clan shangev entonces y cuando los ancianos les contaron la historia del clan shangev, dijeron que Shangev era el hijo de Jechira.

La reacción de Sabe fue serena.

—¿A quiénes le preguntaron los europeos?

Jijingi miró el papel.

—A Batur y Iorkyaha.

—Los recuerdo —dijo Sabe asintiendo—. Eran hombres sabios. Nunca habrían dicho algo semejante.

Jijingi señaló las palabras de la página.

—¡Pero lo hicieron!

—A lo mejor lo estás leyendo mal.

—¡No lo estoy leyendo mal! Sé leer.

Sabe se encogió de hombros.

—¿Para qué te has traído ese papel?

—Lo que dice es importante. Significa que lo legítimo es que nos unamos al clan jechira.

—¿Crees que el clan debería confiar en tu decisión a este respecto?

—Yo no pido que el clan confíe en mí. Le pido que confíe en los hombres que fueron ancianos durante vuestra juventud.

—Y así deberían hacer. Pero esos hombres no están aquí. Eso sólo es papel.

—Este papel nos dice lo que dirían si estuvieran aquí.

—¿Ah, sí? Un hombre no dice sólo una cosa. Si Batur y Iorkyaha siguieran aquí, estarían de acuerdo conmigo en que debemos unirnos al clan kwande.

—¿Cómo iban a decir eso si Shangev fue el hijo de Jechira? —Señaló la hoja—. Los jechira son nuestros parientes más cercanos.

Sabe se paró y se volvió hacia Jijingi.

—Las cuestiones de parentesco no se pueden resolver con un papel. Tú eres escriba porque Maisho del clan kwande me advirtió contra los chicos de las escuelas de misiones. Maisho no nos habría protegido si no compartiéramos un mismo padre. Tu puesto demuestra lo cerca que están nuestros clanes, pero lo olvidas. Miras un papel para que te diga lo que ya deberías saber con esto. —Sabe se golpeó el pecho—. ¿Tanto has estudiado el papel que se te ha olvidado lo que es ser un tiv?

Jijingi abrió la boca para protestar, cuando se dio cuenta de que Sabe tenía razón. Todo el tiempo que se había pasado estudiando escritura le había hecho pensar como un europeo. Había llegado a confiar en lo escrito en un papel antes que en lo que decía la gente, y eso no se correspondía con el espíritu de un tiv.

El informe de valoración de los europeos era *vough*; era exacto y preciso, pero eso no bastaba para resolver la cuestión. La elección de a qué clan unirse tenía que ser la adecuada para la comunidad; tenía que ser *mimi*. Sólo los ancianos podían determinar qué era *mimi*; era su responsabilidad decidir lo

que era mejor para el clan shangev. Pedirle a Sabe que respetase el documento era pedirle que actuara contra lo que consideraba correcto.

—Tienes razón, Sabe —le dijo—. Perdóname. Eres mi anciano, y ha estado mal insinuar que este papel podía saber más que tú.

Sabe asintió y reanudó el paso.

—Eres libre de obrar como desees, pero yo creo que enseñarle ese papel a otros hará más mal que bien.

Jijingi reflexionó. Los ancianos de las granjas del oeste argumentarían sin duda que el informe de evaluaciones apoyaba su postura, prolongando un debate que ya había ido demasiado lejos. Y peor aún: llevaría a los tiv a considerar el papel como fuente de verdad; sería otra corriente en la que diluir las antiguas costumbres, y no le veía ningún provecho.

—Pienso lo mismo —dijo—. No se lo enseñaré a nadie más.

Sabe asintió.

Jijingi volvió a su cabaña reflexionando sobre lo sucedido. Aun sin asistir a la escuela de misiones, había comenzado a pensar como un europeo; la costumbre de escribir en sus cuadernos lo había llevado a faltar al respeto a sus ancianos sin darse ni cuenta. Escribir lo ayudaba a pensar más claramente, eso no se podía negar, pero no era suficiente para confiar en el papel antes que en la gente.

Como escriba, tenía que llevar el libro de las decisiones de Sabe en el consejo de la tribu. Pero no tenía por qué mantener el resto de cuadernos, en los que había escrito sus pensamientos. Los usaría como combustible para el horno.

Normalmente no la contemplamos como tal, pero la escritura es una tecnología, lo que significa que una persona alfabetizada es alguien cuyos procesos reflexivos están tecnológicamente mediados. Nos convertimos en cíborgs cognitivos en cuanto nos volvemos lectores fluidos, y las consecuencias son profundas.

Antes de que una cultura adopte el uso de la escritura, cuando su conocimiento se transmite oralmente de manera exclusiva, puede revisarse su historia con toda facilidad. No es intencional, pero sí inevitable; por todo el mundo, los bardos y griots han adaptado su material según el público y así, gradualmente, han retocado el pasado para que encajara en las necesidades del presente. La idea de que los relatos del pasado no deberían cambiar es producto de la reverencia de las culturas alfabetizadas hacia la palabra escrita. Los antropólogos os dirán que las culturas orales comprenden el paso del

tiempo de forma distinta; para ellos, sus historias no necesitan tanto ser precisas como validar la autocomprensión de la comunidad. Así que no sería correcto decir que sus historias no son fidedignas; sus historias hacen lo que tienen que hacer.

Ahora mismo cada uno de nosotros constituye una cultura oral privada. Reescribimos nuestro pasado para que se adecue a nuestras necesidades y sostengan la historia que contamos sobre nosotros mismos. En lo relativo a nuestros recuerdos, todos somos culpables de una interpretación *whig*[*] de nuestras historias personales, de considerar nuestros yos como etapas hacia nuestros gloriosos yos presentes.

Pero esa era está tocando a su fin. Remem es simplemente la primera de una nueva generación de prótesis de la memoria y, a medida que este tipo de productos se vayan adoptando en masa, iremos sustituyendo nuestros recuerdos orgánicos maleables por archivos digitales perfectos. Contaremos con un archivo de lo que realmente hicimos en lugar de con una historia que evolucione con las sucesivas repeticiones. Mentalmente, pasaremos de la cultura oral a la cultura alfabetizada.

Sería fácil para mí aseverar que las culturas alfabetizadas son mejores que las orales, pero mi sesgo resultaría obvio, dado que escribo estas palabras en lugar de pronunciarlas ante ustedes. En lugar de eso, diré que me resulta más fácil valorar los beneficios de la alfabetización y más difícil reconocer el coste que ha supuesto. La alfabetización anima a una cultura a darle más valor a la documentación y menos a la experiencia subjetiva, y creo que los pros superan a los contras. Los registros escritos son vulnerables a todo tipo de errores, y sus interpretaciones están sujetas al cambio, pero las palabras, por lo menos, quedan fijadas en la página, y en eso hay un mérito auténtico.

En cuanto a nuestros recuerdos individuales, yo vivo en la parte opuesta de la división. Como alguien cuya identidad se construyó a partir de la memoria orgánica, me siento amenazado por la posibilidad de borrar la subjetividad del recuerdo de los acontecimientos. Yo creía que podía ser valioso para los individuos contar historias sobre sí mismos, aunque no para las culturas, pero yo soy un producto de mi tiempo, y los tiempos cambian. No podemos evitar la adopción de la memoria digital igual que las culturas orales no pudieron frenar la llegada de la alfabetización, así que lo mejor que se puede hacer es buscarle el lado bueno.

Porque todos nos hemos equivocado en diversas ocasiones, hemos actuado con crueldad e hipocresía, y todos hemos olvidado la mayoría de esas ocasiones. Y eso significa que en realidad no nos conocemos. ¿Qué

conocimiento interior puedo alegar si no puedo confiar en mi memoria? ¿Y ustedes? Tal vez estén pensando que, si bien su memoria no es perfecta, nunca se han embarcado en un revisionismo de la magnitud de la que soy culpable. Pero yo estaba tan convencido como ustedes, y me equivocaba. Podrían decirme: «Sabemos que no somos perfectos. Hemos cometido equivocaciones». Estoy aquí para decirles que han hecho más de lo que creen, que algunos de los supuestos centrales sobre los que se construye la imagen que tienen de ustedes mismos son en realidad mentiras. Utilicen un rato Remem y lo descubrirán.

Pero el motivo por el que ahora recomiendo Remem no tiene que ver con los vergonzantes recordatorios que proporciona de nuestro pasado; sino para evitar la necesidad de ellos en el futuro. La memoria orgánica fue lo que me permitió construir una narrativa blanqueada de mis virtudes paternas, pero al usar la memoria digital de aquí en adelante espero evitar que eso siga sucediendo. La verdad de mi comportamiento no me la plantará delante otra persona, obligándome a ponerme a la defensiva; no será siquiera algo que descubriré como un shock privado que me impulse a un autoexamen. Ahora que Remem me proporciona los hechos sin adornar, la imagen que tengo de mí mismo ya no se separará demasiado de la verdad.

La memoria digital no nos impedirá seguir contando historias sobre nosotros mismos. Como he dicho más arriba, estamos hechos de historias, y nada puede cambiarlo. Lo que la memoria digital nos hará es cambiar esas historias de fabulaciones que enfatizan nuestros mejores actos y eliden los peores, por historias que —espero— acepten nuestra falibilidad y nos hagan menos críticos con la falibilidad de los demás.

Nicole ha comenzado a usar Remem también y ha descubierto que su recuerdo de los acontecimientos tampoco es perfecto. Esto no la ha llevado a perdonarme por cómo la traté —no es que deba, porque sus fechorías son menores comparadas con las mías—, pero ha ablandado su rabia contra mis recuerdos parciales, porque se ha dado cuenta de que es algo que hacemos todos. Y me abochorna reconocer que ésa es precisamente la situación que predijo Erica Meyers cuando hablaba de los efectos de Remem en las relaciones.

Esto no quiere decir que haya cambiado de opinión sobre las desventajas de la memoria digital; tiene muchas, y la gente necesita estar al corriente de ellas. Pero ya no creo que pueda defender la cuestión con ningún tipo de objetividad. Abandoné el artículo que estaba preparando sobre las prótesis de memoria; le entregué mis investigaciones a una colega y ella escribió una

pieza muy aguda sobre los pros y contras del software, un artículo imparcial libre de toda la prospección interior y de la angustia que habrían saturado cualquier cosa que yo hubiera enviado. En su lugar, he escrito esto.

El relato que he hecho de los tiv se basa en hechos, pero no es del todo preciso. Es cierto que hubo una disputa entre los tiv en 1941 sobre a cuál de los clanes shangev debían unirse, basada en afirmaciones contradictorias sobre el parentesco del fundador del clan, y los registros administrativos demostraron que el relato de los ancianos de los clanes a propósito de su genealogía había ido cambiando con el tiempo. Pero muchos de los detalles concretos que he descrito son inventados. Los acontecimientos reales fueron más complicados y menos dramáticos, como siempre sucede con los acontecimientos reales, así que me he tomado libertades para lograr una narrativa mejor. He contado una historia para ejemplificar la cuestión de la verdad. Reconozco lo contradictorio del caso.

En cuanto a mi relato de la discusión con Nicole, he tratado de hacerlo tan exacto como estaba en mi mano. Lo he estado grabando todo desde que empecé a trabajar en este proyecto y he consultado las grabaciones repetidas veces mientras escribía. Pero al escoger qué detalles incluir y cuáles omitir, tal vez he acabado construyendo otra historia. A pesar de mis esfuerzos por ser inquebrantable, ¿me he idealizado en este retrato? ¿He distorsionado los acontecimientos para que encajen mejor en el arco esperable de una narrativa confesional? La única manera de juzgarlo es comparando mi relato con las propias grabaciones, así que voy a hacer algo que nunca pensé que haría: con el consentimiento de Nicole, permito el acceso público a mi bitácora. Echen un vistazo al vídeo y decidan por ustedes mismos.

Y si creen que no he acabado de ser honesto, díganmelo. Quiero saberlo.

EL GRAN SILENCIO

Los humanos se sirven de Arecibo para buscar vida inteligente extraterrestre. Su deseo de lograr un contacto es de tal magnitud que han creado una oreja capaz de oír lo que pasa en la otra punta del universo.

Pero mis compañeros papagayos y yo estamos aquí. ¿Por qué no les interesa escuchar nuestras voces?

Somos una especie no humana capaz de comunicarnos con ellos. ¿Acaso no somos exactamente lo que los humanos están buscando?

El universo es tan vasto que sin duda tiene que haber surgido vida inteligente muchas veces. El universo es, además, tan antiguo que a una especie tecnológica podría haberle dado tiempo incluso a llenar la galaxia. Sin embargo, no hay señales de vida en ninguna parte salvo en la Tierra. Los humanos llaman a esto la paradoja de Fermi.

Una solución propuesta a la paradoja de Fermi es que las especies inteligentes tratan activamente de ocultar su presencia para evitar convertirse en el objetivo de invasores hostiles.

Como miembro de una especie que los humanos han conducido a la casi total extinción, puedo atestiguar que es una estrategia astuta.

Tiene sentido quedarse en silencio y evitar llamar la atención. La paradoja de Fermi se conoce a veces como el Gran Silencio. El universo debería ser una cacofonía de voces y, sin embargo, está desconcertantemente silencioso.

Algunos humanos teorizan que las especies inteligentes se extinguieron antes de lograr expandirse por el espacio exterior. Si están en lo cierto, entonces la calma del firmamento nocturno es el silencio de un cementerio.

Hace cientos de años, mi familia era tan abundante que el bosque Río Abajo retumbaba con nuestras voces. Ahora prácticamente hemos desaparecido. Pronto esta selva quedará tan silenciosa como el resto del universo.

Hubo una vez un papagayo gris africano llamado Alex. Era famoso por sus capacidades cognitivas. Famoso entre los humanos, me refiero.

Una investigadora humana llamada Irene Pepperberg se pasó treinta años estudiando a Alex. Descubrió que éste no sólo sabía palabras para nombrar formas y colores, sino que realmente comprendía los conceptos de forma y color.

Muchos científicos fueron escépticos ante la posibilidad de que el ave captara conceptos abstractos. A los humanos les gusta pensar que son únicos. Pero al final Pepperberg los convenció de que Alex no se limitaba a repetir palabras, sino que comprendía lo que estaba diciendo.

De todos mis primos, Alex fue el que estuvo más cerca de ser tomado en serio como interlocutor por parte de los humanos.

Alex murió repentinamente, cuando era relativamente joven. La tarde antes de morir, Alex le dijo a Pepperberg: «Tú es buena. Te quiero».

Si los humanos buscan un contacto con una inteligencia no humana, ¿qué más pueden pedir?

Cada papagayo tiene un canto único que utiliza para identificarse; los biólogos se refieren a esto como el «canto de cortejo» de los papagayos.

En 1974, los astrónomos usaron Arecibo para emitir un mensaje al espacio exterior que pretendía poner de manifiesto la inteligencia humana. Aquél fue el canto de cortejo de la humanidad.

En la naturaleza, los papagayos se dirigen unos a otros por el nombre. Un ave imita el canto de cortejo de otra para llamar su atención.

Si los humanos detectan algún día que el mensaje de Arecibo llega devuelto a la Tierra sabrán que alguien intenta captar su atención.

Los papagayos somos aprendices vocálicos: podemos aprender a hacer nuevos sonidos una vez los hemos oído. Es una habilidad que pocos animales poseen. Un perro puede llegar a entender docenas de órdenes, pero nunca será capaz más que de ladrar.

Los humanos también son aprendices vocálicos. Tenemos eso en común. De manera que los humanos y los papagayos comparten una relación especial con el sonido. No nos limitamos a pegar chillidos. Pronunciamos. Enunciamos.

Quizá por eso los humanos construyeron Arecibo de esa manera. Un receptor no tiene por qué ser un transmisor, pero Arecibo es ambas cosas. Es una oreja para escuchar y una boca para hablar.

Los humanos llevan conviviendo con los papagayos miles de años y sólo en los últimos tiempos se han planteado la posibilidad de que seamos inteligentes.

Supongo que no es culpa suya. Nosotros los papagayos pensábamos que los humanos eran brillantes. Cuesta encontrarle sentido a un comportamiento tan diferente del de uno mismo.

Pero los papagayos son más parecidos a los humanos de lo que cualquier especie extraterrestre lo será, y los humanos pueden observarnos más de cerca; pueden mirarnos a los ojos. ¿Cómo esperan reconocer una inteligencia alienígena si no son capaces más que de escuchar a hurtadillas a centenares de años luz de distancia?

No es ninguna coincidencia que «aspiración» signifique al mismo tiempo tener esperanza y el acto de respirar.

Cuando hablamos, usamos el aliento de nuestros pulmones para darle a nuestros pensamientos una forma física. Los sonidos que emitimos son simultáneamente nuestras intenciones y nuestra fuerza vital.

Hablo, luego soy. Los aprendices vocálicos, como los papagayos y los humanos, somos tal vez los únicos que comprendemos del todo la verdad que hay en esto.

Dar forma a los sonidos con la boca tiene algo placentero. Es tan primario y visceral que, a lo largo de la historia, los humanos han considerado esta actividad una senda hacia lo divino.

Los místicos pitagóricos creían que las vocales representaban la música de las esferas, y salmodiaban para extraer poder de ellas.

Los cristianos pentecostales creen que cuando hacen uso de lo que llaman «*don de lenguas*» están hablando el idioma que emplean los ángeles en el cielo.

Los brahmanes creen que al recitar mantras refuerzan los ladrillos que construyen la realidad. Sólo una especie de aprendices vocálicos atribuiría tanta importancia al sonido en sus mitologías. Nosotros los papagayos sabemos valorarlo.

Según la mitología hindú, el universo fue creado con un sonido: «om». Es una sílaba que contiene en su interior todo lo que siempre fue y ha sido.

Cuando el telescopio Arecibo se orienta hacia el espacio entre las estrellas, oye un leve canturreo.

A esto, los astrónomos lo llaman el fondo de microondas cósmico. Es la radiación residual del Big Bang, la explosión que creó el universo hace catorce mil millones de años.

Pero también podemos considerarla como una reverberación apenas audible de aquel «om» original. Esa sílaba era tan retumbante que el cielo nocturno seguirá vibrando mientras dure el universo.

Cuando Arecibo no está escuchando otra cosa, escucha la voz de la creación.

Nosotros los papagayos portorriqueños tenemos nuestros propios mitos. Son más simples que la mitología humana, pero yo creo que a los humanos les agradarían.

Ay, nuestros mitos se están perdiendo a medida que mi especie desaparece. Dudo que los humanos lleguen a descifrar nuestro idioma antes de que nos hayamos esfumado.

De modo que la extinción de mi especie no sólo supone la pérdida de un grupo de aves. Significa también la desaparición de nuestro idioma, nuestros rituales, nuestras tradiciones. Significa el silenciamiento de nuestra voz.

La actividad humana ha llevado a mi especie al borde de la extinción, pero no los culpo por ello. No lo hicieron con mala intención. Simplemente no estaban prestando atención.

Y los humanos crean mitos tan hermosos; menuda imaginación. Quizá por eso sus aspiraciones son tan inmensas. Mirad Arecibo. Cualquier especie capaz de construir algo así ha de poseer grandeza interior.

Seguramente mi especie no durará mucho más aquí; es probable que muramos antes de tiempo y nos adentremos en el Gran Silencio. Pero antes de marcharnos estamos enviando un mensaje a la humanidad. Sólo esperamos que el telescopio de Arecibo posibilite su escucha.

El mensaje es:

Sois buenos. Os queremos.

ÓNFALO

Señor, me presento ante ti y te pido que ilumines mi corazón mientras rememoro este día para que pueda discernir más claramente tu gracia en todo lo sucedido.

Ahora mismo estoy contenta y agradecida por un día tan satisfactorio, pero no comenzó con buenos augurios. No andaba de muy buen humor cuando llegó mi avión esta mañana. Mientras recorría la terminal en busca de la parada de taxis, un hombre pensó que me había perdido y vino en mi rescate. Me contó que Chicagou no era lugar para una mujer que viajase sola, y yo le contesté que me las había arreglado bastante bien en Mongolua y que dudaba que Chicagou fuera mucho peor. Perdóname, Señor, por ser cortante con un hombre que no pretendía sino echarme una mano. Te pido ayuda para ser paciente con aquellos que creen que las mujeres son seres indefensos.

Lo admito, no me moría de ganas de parar aquí. Ha pasado tanto tiempo desde que escribí el libro que mi atención ha pasado a otras cosas, y en el último mes he estado completamente concentrada en la excavación de Arisona. Después del correograma eléctrico del doctor Janssen, no podía pensar en otra cosa que en esas puntas de lanza y en qué nos contarían. Cuando mi editor me organizó una conferencia pública aquí, pensé que sólo aprovechaba mis planes de viaje para hacerme promocionar el libro sin pagar un billete de avión, y se me antojó más un retraso que otra cosa.

Mi humor mejoró después de llegar al hotel y que me viniera a recibir una ayudante de la sala donde tenía que hablar. Al principio, cuando me contó lo mucho que había esperado aquella conferencia pensé que estaba siendo cortés, pero luego habló con más detalle de cómo mi libro había renovado el valor que le daba al trabajo que desempeñaban los científicos y me di cuenta de que su entusiasmo no era fingido. Escuchar una reacción así de una lectora fue gratificante, pero es más: fue un recordatorio de que la educación es una parte tan importante de la tarea de un arqueólogo como el trabajo de campo. Gracias, Señor, por mostrarme amablemente cuán egocéntrica fui al considerar la conferencia pública una lata.

Cené ligero en el restaurante del hotel y luego me dirigí a la sala de conferencias. Fue, con diferencia, el público más grande que había tenido en cualquiera de mis conferencias; hombres y mujeres atestaban el vestíbulo como gaviotas en una playa. No caí en la trampa de pensar que la concurrencia fuese un reflejo de mi popularidad; no es que el nombre «Dorothea Morrell» en un cartel haya ejercido un tremendo magnetismo nunca. Venían porque están exhibiendo las momias de Atacama por todo el país para recaudar fondos, y su primera parada es aquí en Chicagou. Ahora mismo la arqueología está hasta en la sopa, y yo me beneficié indirectamente de ello. Pero por mí perfecto; estaba contenta de contar con un público tan numeroso, independientemente del motivo.

Comencé mi conferencia hablando del crecimiento de los anillos del tronco de un árbol, y de cómo el grosor de cada anillo depende de las lluvias durante ese año de crecimiento del árbol, de manera que una sucesión de anillos estrechos indicaba un período de sequía. Expliqué que contando hacia atrás desde el año en que un árbol era talado, podemos compilar una cronología de las pautas meteorológicas y remontarnos muchas décadas atrás, más allá de la memoria de cualquier persona viva. El pasado ha dejado sus huellas en el mundo, y nosotros sólo tenemos que saber cómo leerlas.

Luego describí la técnica del fechamiento cruzado: comparar la pauta de crecimiento de anillos sobre la superficie de diversos árboles. Propuse un ejemplo en el que vemos una secuencia idéntica de anillos estrechos y gruesos en dos trozos de madera: en un caso está casi en el centro de un árbol recién talado, mientras que en el otro está cerca del perímetro de una viga encontrada en un viejo edificio. Sabemos que la vida de esos árboles se solapa; el primero era un retoño cuando el segundo era maduro, pero han experimentado la misma secuencia de abundancia y escasez de lluvia. Podemos usar los anillos de crecimiento del árbol más viejo para ampliar nuestro registro de pautas meteorológicas en el pasado. Gracias al fechamiento cruzado, ya no estamos limitados al tiempo de vida de un solo árbol.

Le conté al público que los arqueólogos han examinado las vigas de edificios muy muy antiguos, comparando las pautas de los anillos de crecimiento sobre la marcha. Incluso sin echar mano de los registros anotados, supimos que las vigas de lo alto de la catedral de Trier en Alemania provenían de árboles cortados en el año 1074, mientras que las de la base venían de árboles cortados en 1042, examinando sus anillos de crecimiento. Y no acababa aquí, les dije; podíamos usar vigas incluso más antiguas, como los

pilares del puente romano de Colonia y los travesaños que reforzaban las antiguas minas de sal de Bad Nauheim. Cada viga funcionaba como un volumen de una historia escrita por la naturaleza misma, un almanaque de lluvias anuales que se remontaba hasta el nacimiento de Cristo.

Luego les conté que ese remontarse aún más era peliagudo. Suponía dar con troncos conservados en pantanos, travesaños sacados a la superficie gracias a excavaciones arqueológicas, incluso enormes pedazos de carbón encontrados en los hornos de los habitantes de las cavernas. Les expliqué que era como resolver un rompecabezas; a veces encontrábamos muchas piezas que encajaban entre ellas, pero no sabíamos adónde iban hasta que dábamos con la pieza que las conectaba con nuestra cronología principal. Con el tiempo fuimos rellenando los huecos, hasta que nuestro registro ininterrumpido de anillos de crecimiento alcanzó los cinco mil años, luego siete mil. Les cuento lo emocionante que era examinar un trozo de madera y saber que el árbol del que venía fue talado ocho mil años antes.

Pero ni siquiera esa emoción es comparable con la que inspira examinar muestras de madera de varios siglos de antigüedad. Porque en esos troncos de árbol hay un punto en el que los anillos de crecimiento se detienen. Si contamos hacia atrás desde el presente, el anillo de crecimiento más antiguo se formó hace ocho mil novecientos doce años. No hay anillos de crecimiento anteriores, les dije, porque ese año Tú creaste el mundo, Señor. En el centro de cada árbol de esa era hay un círculo de madera perfectamente clara y homogénea, y el diámetro de esa zona sin anillos indica el tamaño del árbol en el momento de la creación. Ésos son árboles primigenios, creados directamente por tu mano y no brotados de ninguna semilla.

Les dije que la ausencia de anillos de crecimiento en esas secciones arbóreas es tan significativo como la ausencia de ombligos en las momias de Atacama. De hecho, las secciones de los árboles nos dicen cosas que los restos humanos, en fase esquelética o momificados, no. Sin la cronología de los anillos de crecimiento no tendríamos forma de saber cuándo aparecieron esos humanos primigenios; sus cuerpos nos cuentan que la humanidad fue creada por todo el mundo, pero las secciones arbóreas nos dicen exactamente cuándo.

Luego les digo que, mientras que, si bien los árboles sin anillos de crecimiento y los hombres sin ombligos son extraordinarios y asombrosos, también son necesarios por lógica. Para ayudarlos a entender por qué, les pido que se planteen la alternativa. ¿Qué significaría, Señor, si hubieras creado árboles primigenios con anillos de crecimiento hasta el centro? Significaría

que has creado pruebas de veranos e inviernos que nunca sucedieron. Eso supondría un engaño, lo mismo que si le hubieses dado al hombre primigenio una cicatriz en la ceja como huella de una herida sufrida durante una infancia que jamás vivió. Y, para sostener esa memoria falseada, habrías tenido que crear las tumbas de los padres que lo criaron durante su infancia ficticia. Esos padres seguramente habrían mencionado a los suyos propios, así que habrías tenido también que crear tumbas para los abuelos, Señor. Para guardar la coherencia, habrías llenado la tierra de huesos de incontables generaciones pasadas, tantas que, por más profundo que excavásemos, cada vez que clavásemos la pala removeríamos la tumba de un antepasado. La Tierra no sería más que un cementerio infinito.

Evidentemente, dije, ése no es el mundo en el que vivimos. El mundo que vemos a nuestro alrededor no puede ser tan infinitamente antiguo, así que tiene que haber habido un comienzo, y es lógico que cuando observamos más detenidamente descubramos la confirmación de dicho comienzo. Los árboles sin anillos de crecimiento y los hombres sin ombligo atestiguan nuestro razonamiento. Pero además, les dije, nos proporcionan una ratificación espiritual.

Les pedí que se imaginaran cómo sería si viviéramos en un mundo donde, por más hondo que caváramos, no dejásemos de encontrar huellas de una era pasada del mundo. Les pedí que se imaginasen confrontados con la prueba de un pasado que se extiende tan atrás que los números pierden todo significado: cien mil años, un millón de años, diez millones de años. Entonces les pregunté: ¿no se sentirían perdidos, como náufragos a la deriva en un océano de tiempo? La única respuesta sensata sería la desesperación.

Les conté que nuestra deriva no es tal. Hemos echado un ancla y ha tocado fondo; podemos estar seguros de que la orilla está cerca, aunque no la veamos. Sabemos que Tú creaste este universo con un propósito; sabemos que nos aguarda un puerto. Les dije que nuestro método de navegación es la investigación científica. Y, dije, por eso soy científica: porque quiero descubrir qué propósito nos deparas, Señor.

Aplaudieron cuando acabé de hablar, y admito que me complació. Perdóname por mi vanidad, Señor. Ayúdame a recordar que todo mi trabajo —ya sea excavar en busca de huesos en el desierto o dar conferencias— no lo llevo a cabo por mi gloria personal, sino por la tuya. No dejes que olvide nunca que mi tarea es mostrar a los demás la belleza de tus obras y, con ello, acercarlos a ti.

Amén.

Señor, me presento ante ti y te pido que ilumines mi corazón mientras rememoro este día para que pueda discernir más claramente tu gracia en todo lo sucedido.

El día de hoy estuvo lleno de recordatorios de tu majestad, por lo que me siento agradecida, pero también me preocupó. Comenzó cuando desayuné con mi prima Rosemary y su marido, Alfred. No veo con frecuencia a Rosemary, pero siempre disfruto cuando pasamos un rato juntas. Gracias, Señor, por darme por lo menos un pariente que cree que la arqueología es una profesión adecuada para una mujer y que no me pregunta cuándo voy a casarme o tener hijos.

Después de que Rosemary me contara las últimas noticias de la familia, me reveló que había un motivo añadido para quedar conmigo en el desayuno.

—La semana pasada compré una reliquia, pero Alfred cree que es una falsificación —dijo.

—Lo digo por el precio que pagó —comentó Alfred—. Si es demasiado bueno para creerlo, igual es porque no es verdad. Ése es mi lema.

—Esperábamos que resolvieses el asunto —dijo Rosemary, y yo les dije que con mucho gusto le echaba un vistazo. Cuando acabamos de comer, se fue al mostrador para coger un paquete que les había dejado allí a los recepcionistas y encontramos un sitio vacío en un rincón del lobby del hotel.

Dentro de la caja, envuelto en un metro de muselina, había un fémur de ciervo, tremendamente antiguo pero en excelente estado de conservación, y vi de inmediato que no era un hueso corriente. Al hueso le faltaba una línea epifisaria, la huella de la placa de crecimiento donde se acumula el nuevo cartílago a medida que los huesos juveniles se alargan hasta convertirse en los de un adulto. El fémur no había sido más corto de lo que era ahora; el dueño del hueso nunca había sido cervatillo. Era el fémur de un ciervo primigenio, creado con tamaño adulto por tu mano, Señor.

Les dije a Rosemary y Alfred que era auténtico; ella exultante y él abochornado, disimularon sus reacciones porque yo estaba delante, pero me di cuenta de que se pasarían un buen rato discutiendo más tarde. Rosemary me dio las gracias y yo le dije que no era ninguna molestia; pero ¿dónde, le pregunté, había comprado aquello?

—Fui a ver la exposición de la momia. Igual tú estás acostumbrada a ver cosas así, pero a mí me pareció espectacular. En cualquier caso, hay una tienda de regalos también itinerante. Tiene más que nada postales y libros sobre momias, pero también hay algunas reliquias a la venta. Conchas de

almejas y mejillones, claro, pero también algún objeto menos habitual: huesos como éste, conchas de abulón.

Eso captó mi atención. ¿Estaba segura de que había conchas de abulón?

—Segurísima —dijo—. No es la primera vez que compro reliquias, y nunca había visto conchas de abulón. Tuve que preguntarle al dependiente. Tuve la tentación de llevarme alguna sólo por la novedad, pero no se les ven las líneas.

Entendía a qué se refería. Las conchas de almejas y mejillones corrientes tienen anillos de crecimiento concéntricos como los de un árbol. Pero las conchas de un bivalvo primigenio son sobrenaturalmente lisas en el centro; sólo presentan anillos en los márgenes, cada uno indica un año de crecimiento tras la creación. Estas conchas son las reliquias más populares entre los coleccionistas; no son demasiado caras porque son relativamente comunes, pero son la prueba clara de que están creadas directamente por tu mano, Señor. En cambio, un abulón es un univalvo, y las capas de crecimiento de su concha sólo son visibles perforándola y examinándola bajo el microscopio. A simple vista, la concha de un abulón primigenio es indistinguible de la de cualquier otro abulón.

Pero no me sorprendí por enterarme de que los vendieran en una tienda de regalos, sino porque conocía el único lugar donde se habían descubierto conchas de abulón primigenio, y no entendía cómo habían acabado a la venta. Así que después de visitar a Rosemary y Alfred cogí el autobús rumbo a la iglesia donde estaban expuestas las momias de Atacama.

Fuera había una larga cola de visitantes, y supongo que podría haber ido directamente a la tienda de regalos y saltarme la exposición principal. Pero, contrariamente a lo que creía Rosemary, yo no había visto nunca la momia de un humano primigenio. He leído artículos eruditos sobre las momias, desde luego, y he ojeado los fotogramas que los acompañan, pero hasta hoy eso era lo más cerca que había estado de una momia de verdad. Así que, aunque tenía mis recelos respecto a esta exposición itinerante, decidí comprar una entrada y esperar en la cola de entrada.

Mientras hacía cola oí a dos personas detrás de mí que charlaban sobre momias. Un chico de unos diez años le preguntaba a su madre si era un milagro que aquellos cuerpos se hubieran conservado intactos desde la creación. Su madre le dijo que no, y le explicó que se habían conservado gracias a un entorno extraordinariamente árido. Le contó al niño, acertadamente, que en el desierto chileno de Atacama llueve tan poco que las

pisadas de los cascos de las mulas siguen visibles pasados cincuenta años, y que tales condiciones impiden que los cuerpos enterrados se descompongan.

Me resultó alentador escucharlo, porque tanta gente se apresura a clasificar los sucesos de milagrosos que acaba devaluando el término. Es esa clase de pensamiento lo que conduce a la gente a buscar en las momias una cura cuando la medicina no es capaz de proporcionarla, y aunque la Iglesia ya no haga afirmaciones sobre el poder curativo de las reliquias, eso no basta para disuadir al desesperado. Entre los que tenían entrada había un ciego y dos postrados en sillas de ruedas, todos presumiblemente con la esperanza de que la cercanía de un milagro pudiera inducir otro. Rezo por que su sufrimiento se alivie, Señor, pero yo sigo el consenso secular de que únicamente ha habido un milagro verificado: la creación del universo; y todos nosotros vivimos a una distancia equidistante de eso.

Me debí pasar haciendo cola como una hora hasta que llegué a las momias, pero es una estimación que hago retrospectivamente, porque verlas fue una experiencia tan honda que olvidé toda la espera. Había dos, las dos varones, cada una dentro de su propia vitrina de exposición a temperatura y humedad controladas. Su piel parecía tan delicada como el papel de un nido de avispas y, al mismo tiempo, estaba tan tensa en los cráneos como el parche de un tambor; me imaginé que un leve tirón la haría desgarrarse. Las dos momias vestían pieles de guanaco a la altura de las caderas, pero nada más; estaban recostadas en las esteras de junco con las que las habían enterrado, con el abdomen al aire.

Yo ya había manipulado restos esqueléticos de humanos primigenios antes, Señor, y por fabuloso que sea sostener en una mano un cráneo sin suturas o un fémur sin línea epifisaria, francamente, no se puede comparar con la experiencia de ver un cuerpo que carece de ombligo. La diferencia reside, creo yo, en el hecho de que no somos conscientes de la estructura detallada de nuestros propios huesos, así que se requieren ciertos conocimientos anatómicos para reconocer lo que distingue a un esqueleto primigenio. Pero todos somos conscientes de la existencia de un ombligo, así que ver ese tronco sin ombligo provoca un sobrecogimiento más visceral e íntimo.

Cuando salí de la zona de exposición oí de lejos al chico y a su madre que venían detrás. La madre dirigía la plegaria del chico, y te daban gracias, Señor, por asegurarte de que las momias eran descubiertas por arqueólogos de la Iglesia en lugar de por arqueólogos seculares, porque ahora estaban siendo expuestas ante el público en lugar de ser escondidas en las trastiendas de un

museo, donde sólo los científicos selectos podrían verlas. Esto me alentó menos. No porque no estuviera de acuerdo con ella, precisamente. En lo que a esta cuestión se refiere tengo la mente dividida.

Comprendo el impacto que puede producir la experiencia de ver las momias en persona, y esta exposición itinerante hará que decenas o centenares de miles de personas se acerquen a ti, Señor, al acceder a esta experiencia. Pero como científica, creo que la preservación del tejido es la mayor prioridad. Por muchos esfuerzos que esté haciendo la Iglesia, exponer estas momias por el país terminará provocando más deterioro que si estuvieran guardadas en un museo. ¿Quién sabe qué técnicas para analizar tejidos blandos se desarrollarán en el futuro? Los biólogos creen que están a punto de identificar las partículas hereditarias a través de las cuáles los organismos transmiten sus características a su descendencia; quizá un día sean capaces de leer la información que esas partículas transportan. Cuando llegue ese día podremos acceder a tu plano original de la especie humana, sin corromper por el tiempo. Un descubrimiento como éste acercará a toda la humanidad a ti, Señor, pero requiere que tengamos paciencia y no estropeemos el tejido entretanto.

En cualquier caso, me encaminé hacia la tienda de regalos, donde un puñado de visitantes hacía cola para comprar postales. Mientras esperaba a que el vendedor quedase libre, observé la vitrina de reliquias; tal y como me había dicho Rosemary, había abulones entre las otras conchas más convencionales a la venta. Me había preguntado si la tienda de regalos afirmaría que las conchas de abulón venían de Chile junto con las momias, pero el caso es que las tarjetas que las describían decían que se habían encontrado en la isla de Santa Rosa, en la costa de Alta California. Decían que las encontraron en la parte baja de los muladares, los montones de basura de las comunidades prehistóricas.

En cuanto tuvo un momento de respiro entre los visitantes que compraban, el dependiente de la tienda de regalos vino a atenderme. Quizá estaba acostumbrado a que a la gente le echase para atrás los orígenes basuriles de las conchas, así que me explicó que en realidad eso aumentaba su estatus.

—No sólo provienen de moluscos primigenios, sino que fueron manipulados por humanos primigenios. Hombres hechos directamente por Dios los sostuvieron entre sus manos.

Le dije que sentía curiosidad por las conchas de abulón; ¿las habían encontrado arqueólogos de la Iglesia, igual que las momias?

—Éstas las donó un coleccionista privado. Él me proporcionó la información que figura en las tarjetas.

Le pedí si me podía facilitar el nombre del coleccionista y él me preguntó que por qué quería saberlo. Ahí fue cuando me presenté y le expliqué que era arqueóloga; él me dijo que se llamaba Dahl. Le dije que las únicas excavaciones de la isla de Santa Rosa las financiaba la Universidad de Alta California. Cualquier reliquia recuperada entraba a formar parte de las colecciones de los museos de la universidad, así que no debería haber abulones primigenios en manos de coleccionistas privados.

—No estaba enterado de eso de las conchas de abulón, de haberlo sabido habría hecho más preguntas. ¿Insinúa usted que podrían ser robadas?

Le dije que no podía asegurárselo y que tal vez había una explicación inocente para el caso, pero que estaría muy interesada en oírla si la había.

El señor Dahl estaba visiblemente preocupado.

—Hemos recibido donaciones de coleccionistas privados en el pasado y nunca ha habido problemas con su origen. —Buscó en un libro de contabilidad y luego me anotó el nombre y la dirección del donante: un tal Martin Osborne, en un apartado de correos de San Francisco.

—Nos mandó una selección nutrida poco antes de comenzar la exposición itinerante, y pidió que se les pusiera a las piezas precios baratos para que el ciudadano de a pie pudiera permitírselas. Era una intención tan generosa que accedí, aun cuando supusiera menos fondos para la catedral Yosemeti. ¿Habría hecho eso si las hubiera robado de un museo?

Respondí que no lo sabía. Le agradecí su ayuda y le dije que le escribiría cuando hubiera verificado la fuente de las reliquias donadas por Osborne; le sugerí que, para evitar mayores complicaciones, quizá preferiría no vender más hasta que tuviera noticias mías, y él accedió.

Ahora confieso que lo que hice a continuación fue mentir. Perdóname, Señor, pero no se me ocurrió otra manera de encontrarme con el tal Osborne si de verdad es culpable de robo. He enviado un correograma eléctrico al señor Osborne, asegurando ser el señor Dahl, en el que digo que creo que las reliquias que donó eran robadas y que se las envío de vuelta de inmediato. También he preparado un paquete dirigido al señor Osborne, que viajará por tren hasta San Francisco. He cambiado mis billetes de avión para que, en lugar de coger el vuelo con destino a Arisona mañana, salga en el mismo tren que mi paquete. Una vez en San Francisco, lo único que tengo que hacer es vigilar el apartado de correos e interrogar a quienquiera que recoja el paquete. Si no es capaz de explicar cómo adquirió las reliquias, lo denunciaré a las

autoridades. Luego cogeré el tren rumbo al sur hasta Los Ángeles, y de allí puedo hacer las diligencias pertinentes para llegar al yacimiento de Arisona.

Sé que esto es poco ortodoxo. Si el señor Osborne hubiera facilitado una dirección física, podría limitarme a llamar a su puerta. El hecho de que use un apartado de correos no sólo dificulta encararse con él, sino que me lleva a pensar que el subterfugio está justificado. Espero no estar sacando conclusiones precipitadas.

Oriéntame en el camino a seguir, Señor. Reconozco que mi ansia de respuestas, si bien necesaria en las empresas científicas, no siempre es bien recibida fuera de la disciplina. Ayúdame a saber cuándo es apropiado continuar buscando y cuándo es mejor ignorar mis dudas. Deja siempre que sea inquisitiva, pero nunca suspicaz.

Amén.

Señor, me presento ante ti y te pido que ilumines mi corazón mientras rememoro este día para que pueda discernir más claramente tu gracia en todo lo sucedido.

Tal y como me temía, las reliquias de la tienda de regalos eran robadas. Pero no quiero centrarme en eso hasta olvidarme de todo lo demás; dame hoy muchas razones para pensar en ti, que yo no las ignoraré.

Mi primer día completo en San Francisco comenzó bien; gracias por una buena noche de descanso en la cama de un hotel. Los días de viaje en tren hicieron mella en mí; o las noches, mejor dicho. Siempre me ha costado dormir en los trenes, así que nunca ha sido mi forma de viajar favorita. Preferiría, con diferencia, cruzar un desierto en coche y dormir bajo las estrellas por la noche.

San Francisco es una ciudad donde nadie puede olvidar tu presencia, Señor. En cuanto salí del hotel, un voluntario me pidió un donativo para la catedral Yosemeti. Presumiblemente, se apuestan delante de cada hotel y determinan qué visitantes son de fuera, porque los habitantes del lugar ya hace mucho que llegaron al límite de su paciencia. Yo no hice ningún donativo, pero admiré los dibujos de los carteles del voluntario. Había unas cuantas imágenes preciosas de cómo quedaría la catedral una vez finalizada. Me quedé particularmente impresionada por una que representaba la galería central iluminada por la puesta de sol. He leído que la galería constará de trescientos metros de altura del suelo al techo, y la imagen lograba transmitir la escala.

Nadie puede negar, Señor, que Tú esculpiste un paisaje de gran belleza en la superficie de la Tierra. Yo he tenido la fortuna de visitar tres continentes, y he visto acantilados de piedra caliza, cañones de arenisca, pilares de basalto; todo espectacular. Pero para mí, la consciencia de que no son más que una fachada decorativa aplaca mi arrobo; quizá es mi mentalidad científica, que me incita a observar más en profundidad. Siento más reverencia por el granito que yace bajo la superficie de todos estos elementos, el océano de piedras que constituye la Tierra en realidad. De modo que cuando veo esos lugares donde el granito está a la vista, allí donde la verdadera esencia de la Tierra es visible, es cuando siento una conexión más profunda con tu obra.

El Valle Yosemeti es uno de esos lugares, y ojalá lo hubiera podido visitar hace un siglo, cuando estaba inmaculado e intacto. He visto fotogramas de las formaciones rocosas antes de que comenzaran a vaciarlo por dentro, y era magnífico. No es mi intención criticar la decisión de la archidiócesis. O igual sí. Perdóname, Señor. Sé que la catedral Yosemeti será sobrecogedora cuando esté acabada, y espero que esto suceda mientras viva. Sin duda hará que un número incontable de personas se acerquen más a ti. Pero el caso es que creo que la vista del pico de granito en sí podría haber cumplido ese cometido de igual manera.

¿Es malo que cuestione si la construcción de catedrales es, según nos vamos acercando al siglo XXI, la mejor empresa en la que invertir tantísimos millones de dólares y el esfuerzo de varias generaciones? Estoy de acuerdo en que un proyecto que dura más que una vida humana proporciona a sus participantes aspiraciones más allá de lo temporal. Incluso comprendo la motivación para excavar una catedral en el sustrato de la Tierra, para crear un testamento arquitectónico tanto divino como humano. Pero para mí, la ciencia es la auténtica catedral moderna, un edificio de conocimiento exactamente igual en majestuosidad a cualquier cosa hecha de piedra. Eso cumple todos los objetivos que la catedral Yosemeti logra y más, y ojalá un mayor número de gente lo valorase.

Quizá simplemente siento envidia de la capacidad de la Iglesia para recaudar dinero; perdóname por eso, Señor. Están intentando celebrar tu gloria, Señor, igual que la comunidad científica, así que no puedo disentir tan arduamente con ellos. Nuestros puntos en común son más importantes que nuestras diferencias.

Fui a la oficina de correos donde Martin Osborne recogía sus paquetes y me senté en un banco en una parada de bus al otro lado de la calle. Yo había sellado mi paquete con cinta de color para poder reconocerlo fácilmente

cuando saliera, así que esperé y observé. Me fui sintiendo notablemente incómoda a medida que llegaba gente y se iba en autobús mientras yo seguía allí sentada. Pasó una hora y luego otra, y más de una vez me pregunté si había planteado mal el asunto. Estoy más acostumbrada a cazar huesos que una presa viva, Señor; sé muy poco del acecho y del camuflaje.

Finalmente vi el paquete que había preparado. Casi lo pierdo, porque había estado esperando ver a un hombre y apareció una chica con el paquete y lo apoyó en el borde de la acera mientras paraba un taxi. Era joven, no llegaba a los dieciocho o más joven incluso; demasiado joven para ser empleada de un museo. Al principio pensé que tenía que ser cómplice de Martin Osborne, quizá alguien a quien había embaucado para que participara en su plan, pero luego me di cuenta de que estaba siendo tan machista como esos hombres cuyas preconcepciones me irritan constantemente.

La abordé y le pregunté si era «Martin Osborne». Ella vaciló unos instantes y luego, aceptando que la habían pillado, dijo:

—Sí, soy yo. ¿Envió usted el correograma?

Le dije que había sido yo. Me había preparado para bombardear con un sinfín de acusaciones inflamadas al bribón con el que esperaba toparme, pero al toparme con una muchacha no tenía claro cómo proceder. Me presenté, y ella dijo que se llamaba Wilhelmina McCullough. El apellido me sonaba, así que invadida por una repentina sospecha le pregunté si era pariente de Nathan McCullough.

—Es mi padre —respondió.

Eso aclaraba las cosas; la chica era hija del director del Museo de Filosofía Natural de la Universidad de Alta California, en Oakland. A ningún miembro del personal le extrañaría la presencia de la hija del director en los depósitos.

Continuó:

—Supongo que esto quiere decir que en este paquete no están las reliquias. —Le dije que no. Lo levantó y lo tiró en un contenedor cercano—. Y ahora que me ha encontrado, ¿qué va a hacer?

Le dije que, para empezar, podía explicarme por qué había robado en el museo de su padre.

—No soy una ladrona, doctora Morrell. Los ladrones roban para beneficio propio. Yo cojo las reliquias para beneficio de Dios.

Le pregunté que por qué, si quería apoyar la construcción de la catedral Yosemeti, había pedido que las reliquias se vendieran a precios modestos. Me respondió:

—¿De veras cree que pretendía recaudar dinero para la catedral? A mí eso me da absolutamente igual. Yo quería que el mayor número de personas posible viera las reliquias. Las hubiera dado gratis, pero entonces, ¿quién se habría creído que eran auténticas? No las podía vender por mi cuenta, así que las doné a alguien que sí podía.

Dije que la gente podía observar las reliquias visitándolas en el museo.

—Nadie podía ver las reliquias que cogí; estaban acumulando polvo en las vitrinas. Es absurdo que la universidad coleccione tantas cosas que no puede exponer.

Le dije que los comisarios de todos los museos desean exponer el mayor número posible de objetos de su colección. Le dije que hacen rotaciones de esos objetos.

Me contestó:

—Hay muchísimos objetos que jamás serán expuestos. —Y eso no podía negarse. Sacó un objeto de su bolso; era una concha primigenia, con una sección lisa rodeada de anillos de crecimiento—. Le enseño esto a la gente cuando les hablo de Dios, y todo el que lo ve se queda asombrado. Piense en cuánta gente podría reforzar su fe gracias a las reliquias acumuladas en las trastiendas del museo. Estoy intentando darles alguna utilidad.

Le pregunté cuánto tiempo llevaba cogiendo reliquias del museo y me contestó que hacía poco.

—Pronto se pondrá a prueba la fe de la gente, y algunos necesitarán confirmaciones. Por eso es tan importante que las reliquias sean accesibles. Despejarán las dudas de muchos.

Le pregunté qué clase de prueba de fe se nos venía encima.

—Está a punto de publicarse un artículo; me enteré porque a mi padre le pidieron que lo reseñase. Cuando se lea, mucha gente perderá la fe.

Le pregunté si el artículo no había desencadenado una crisis de fe en ella y su actitud fue desdeñosa.

—Mi fe es absoluta. Mis padres, en cambio…

La idea de que su padre estuviera experimentando una crisis de fe me parecía increíble; como científico, era la última persona con motivos para dudar. Le pregunté qué clase de artículo era aquél, y ella dijo:

—De astronomía.

Admito, Señor, que no he tenido en demasiada estima la astronomía; siempre se me ha antojado la más sosa de las ciencias. Las ciencias de la vida parecen ilimitadas; cada año descubrimos nuevas especies de plantas y animales y adquirimos una mayor penetración de tu genialidad al crear la

Tierra. En cambio, el cielo nocturno es tan finito. Sus ocho mil ciento setenta y dos estrellas quedaron catalogadas en 1745, y desde entonces no se ha encontrado ni una más. Cada vez que los astrónomos examinan una en mayor profundidad descubren que es idéntica en tamaño y composición a cualquier otra, ¿y para qué? Es la característica esencial de las estrellas poseer tan pocas características; son el fondo contra el que se recorta la Tierra, recordándonos lo especiales que somos. Dedicarse a estudiarlas siempre me ha parecido un poco como dedicarse a probar el plato en el que nos servirán la comida.

Así que tampoco es que me sorprenda del todo que un artículo de astronomía sea el causante de que la gente pierda de vista lo que es importante, aunque habría esperado semejante reacción de un profano antes que de un científico. Le pregunté a Wilhelmina qué decía el artículo, y ella dijo:

—Absurdeces. —Le pedí que se extendiera un poco, pero lo único que añadió fue que se trataba de una teoría ideada para inocular la duda—. ¡Y todo basado en algo visto a través de un telescopio! Cada una de las reliquias que entregué era una prueba tangible. Sabes que te está diciendo la verdad porque notas su peso en la mano. —Me puso la concha en una mano y me hizo pasar el pulgar de las zonas lisas a las anilladas—. ¿Quién es capaz de dudar de esto?

Le dije a Wilhelmina que tendría que hablar con sus padres sobre lo que había hecho. No pareció preocuparla.

—No me pienso disculpar por acercar a la gente a Dios. He infringido las normas, pero lo que debe cambiar son las normas, no mi comportamiento.

Le dije que la gente no puede desobedecer las normas simplemente por estar en desacuerdo, porque la sociedad dejaría de funcionar si todos hiciéramos eso.

—No sea estúpida —dijo—. Usted mintió al enviar el correograma firmando como el señor Dahl. ¿Lo hizo porque cree que todos debemos tener libertad para mentir? Pues claro que no. Usted reflexionó sobre la situación y llegó a la conclusión de que estaba justificado mentir. Usted está dispuesta a aceptar la responsabilidad por lo que ha hecho, ¿verdad? Bueno, pues yo igual. Eso es lo que nuestra sociedad necesita que hagamos, no seguir las normas sin pensar.

Ojalá hubiera tenido tanta confianza a su edad. De hecho, ojalá la tuviera ahora. Sólo durante el trabajo de campo estoy segura de seguir tu voluntad, Señor. En lo que se refiere a cualquier otra cuestión, siempre obro con un punto de incertidumbre.

—Mi padre está hoy en Sacramento —dijo Wilhelmina—. Si quiere hablar con él puede venir a casa mañana por la mañana antes de las nueve. —Me dio su dirección.

Le dije que mejor que estuviera allí también cuando llegara y eso pareció ofenderla.

—Por supuesto que estaré. No me avergüenza lo que he hecho. ¿Es que no me estaba escuchando?

Mañana voy a hablar con el doctor McCullough y su señora. La cosa no ha marchado como esperaba al salir de Chicagou. Yo esperaba llevar a un delincuente ante la justicia y en lugar de eso tengo que informar a unos padres del mal comportamiento de su niña. O de su hija, mejor dicho. Ni es una niña ni una delincuente, pero no tengo claro lo que es. De haber sido una delincuente habría sabido mejor qué postura adoptar. En cambio, con ella, me siento desconcertada.

Ayúdame a entender las posturas de otros, Señor, incluso cuando no las comparta. Al mismo tiempo, dame fuerzas para no ignorar los delitos sólo porque se cometan con buenas intenciones. Déjame ser compasiva sin abandonar mis convicciones.

Amén.

Señor, estoy aterrorizada por lo que he oído hoy. Necesito desesperadamente que me guíes. Por favor, ayúdame a comprender lo sucedido.

Fui en ferry hasta Oakland y después en taxi a la dirección que Wilhelmina me había facilitado. Me abrió la puerta un ama de llaves. Me presenté y le dije que necesitaba hablar con los McCullough sobre su hija Wilhelmina. Al minuto aparecieron.

—¿Es usted una de las profesoras de Mina? —me preguntó el doctor McCullough.

Les conté que soy arqueóloga del Museo Natural de Filosofía de Boston. La señora McCullough reconoció mi nombre.

—Usted escribió aquellos textos divulgativos —dijo—. ¿De qué conoce a nuestra hija?

Les propuse que hablásemos dentro. Se volvieron para mirar a Wilhelmina, que esperaba en las escaleras detrás de ellos, y me dejaron pasar.

Una vez en el estudio del doctor McCullough, les conté cómo había empezado a sospechar que las reliquias estaban siendo robadas de los depósitos de los museos y cómo descubrí que Wilhelmina estaba detrás de

aquello. El doctor McCullough se volvió hacia Wilhelmina y le preguntó si aquello era verdad.

—Sí, es verdad —declaró ella sin vergüenza ni beligerancia.

El doctor McCullough se quedó pasmado.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido hacer una cosa así?

—Ya sabes por qué —dijo ella—. Para recordar a la gente lo que tú has olvidado.

El doctor se ruborizó y respondió:

—Vete a tu cuarto. Hablaremos luego.

—Quiero hablarlo ahora —replicó ella—. No puedes seguir negando…

—Haz lo que te dice tu padre —dijo la señora McCullough. Wilhelmina se marchó a regañadientes, y entonces el doctor McCullough se volvió hacia mí.

—Gracias por informarme de esto —dijo—. Puede estar segura de que ninguna pieza más de la colección de la universidad saldrá del recinto.

Le dije que le agradecía sus palabras, pero que quería saber qué había impulsado a Wilhelmina a aquella acción. Parecía actuar en respuesta a algo que él había dicho o hecho. ¿Era así?

—Eso no es asunto suyo. Es un asunto de familia y lo resolveremos en familia.

Le dije que no era mi intención insistir, pero que el robo de la propiedad privada podía ser una preocupación legítima de la junta administrativa, y que necesitaba una explicación más detallada para quedar conforme con no informarla. Le pregunté si, en mi lugar, aceptaría una explicación como la que acababa de darme. Me fulminó con la mirada con tal severidad que si hubiera sido una subordinada suya habría dejado el tema. Pero no lo era, así que por lo visto estábamos en un callejón sin salida.

Entonces la señora McCullough le dijo:

—Cuéntale lo del artículo, Nathan. Ha venido hasta aquí y, además, pronto lo sabrá todo el mundo.

El doctor McCullough cedió.

—Muy bien, pues —dijo. Se dirigió a su escritorio y cogió un manuscrito —. Me pidieron que reseñara un artículo para su publicación en la revista *Natural Philosophy*. —Me tendió el manuscrito y vi que el título era «Sobre el movimiento relativo del Sol y el éter luminífero». Mis conocimientos sobre el éter eran los de cualquier profano, el éter es el medio que transporta las ondas de luz: sé que, igual que un grito llega más lejos cuando viaja a favor del viento que con éste en contra, la velocidad de la luz varía según el

movimiento de la Tierra misma a través del éter. Algo así le dije al doctor McCullough.

—Hasta ahí, sus conocimientos concuerdan. Sin embargo, ciertos cálculos precisos sugieren que las variaciones en la velocidad de la luz no dependen únicamente del movimiento de la Tierra alrededor del Sol, sino que parece existir un viento etéreo constante que atraviesa nuestro sistema solar entero. La mayoría de físicos no lo considera significativo, pero el astrónomo Arthur Lawson propone una explicación alternativa: sugiere que el Sol no está realmente en reposo, sino que se encuentra en movimiento en relación al éter, que sí está en reposo.

A mí me pareció que aquello era como observar un viento incesante soplando por el desierto y llegar a la conclusión de que es el desierto lo que tiene que estar en movimiento mientras que la atmósfera está quieta. El doctor McCullough se adelantó a mi objeción diciendo:

—Sí, claro, suena a contrasentido, pero deme un momento. Lawson desarrolla la hipótesis de que existe otra estrella cuyo movimiento relativo al Sol es el mismo que el del viento etéreo. Dicha estrella sería estacionaria respecto al éter lumínífero, y por lo tanto estaría sin duda en reposo absoluto.

»Los astrónomos acaban de empezar a cartografiar el verdadero movimiento de las estrellas, pero han detectado algunas pautas marcadas, así que Lawson empezó a observar la sección del cielo donde las velocidades de las estrellas son similares a las del viento etérico. Encontró varias estrellas cuyos movimientos se acercan, pero ninguna que coincidiera con exactitud.

»Entonces se topó por casualidad con la 58 Eridani, una estrella de la constelación Erídano. Basándose en su efecto Doppler, Lawson calculó que la 58 Eridani se movía hacia nosotros a una velocidad de varios miles de kilómetros por segundo. Eso sería extraordinario de por sí, pero luego las mediciones mostraron que su movimiento no era consistente. La estrella se movía hacia nosotros y luego se alejaba de nosotros, de nuevo a varios miles de kilómetros por segundo.

Le contesté que, evidentemente, eso era culpa de algún error en los cálculos.

—Eso fue lo que pensó él al principio, por supuesto. Pero tras descartar todas las fuentes de error que se le ocurrieron, Lawson les pidió a los astrónomos de otro observatorio que echasen un vistazo; le confirmaron sus averiguaciones. Juntos determinaron que el movimiento de la 58 Eridani variaba con un período de exactamente veinticuatro horas. Lawson cree que se mueve en círculo.

Le pregunté si estaba en órbita alrededor de un cuerpo más grande, y él dijo que un objeto que se desplaza de esa manera no puede estar sujeto a ningún campo gravitacional. Eso desafía todo lo que sabemos de la mecánica celeste. Le pregunté si creía que entraba en el ámbito de lo milagroso, si aquello era por fin una prueba sin ambigüedades de tu intervención constante y activa en el universo, Señor.

—Desde luego que sí —dijo el doctor McCullough—. Pero el significado del milagro es la auténtica cuestión. ¿Qué nos dice esta maravilla del propósito de Dios?

»Lawson propone una interpretación. Sugiere que la 58 Eridani en realidad orbita alrededor de un cuerpo más pequeño, demasiado pequeño como para que lo detectemos, un planeta del tamaño de la Tierra. La estrella se desplaza de tal manera que proporciona un ciclo de día y noche de veinticuatro horas a un planeta estacionario. Lawson cree que constituye un sistema solar geocéntrico.

»Prosigue con la idea de que el planeta alrededor del cual orbita la 58 Eridani es estacionario en relación al éter luminífero, lo que significa que es el único objeto en el universo en reposo absoluto. En ese planeta, y sólo en ese planeta, la velocidad de la luz será exactamente la misma independientemente de la dirección en la que nos desplacemos. Y aunque no hay manera de detectar vida en ese planeta, Lawson insinúa que el planeta está habitado, y que sus habitantes son la razón por la que Dios creó el universo.

Me quedé muda por un instante. Luego le pregunté cómo explicaba Lawson la existencia de la humanidad y la vida en la Tierra. El doctor McCullough cogió el manuscrito, pasó unas páginas hasta que encontró la sección que buscaba y entonces me lo devolvió.

Al leerla vi que Lawson proponía tres hipótesis para la presencia de humanidad. En la primera, la humanidad era el resultado de un acto independiente de la creación, un experimento o prueba llevado a cabo como ensayo del proyecto principal. En la segunda, la creación de la humanidad era un efecto secundario inesperado, una especie de «vibración simpática» inducida por culpa de la similitud de nuestro sistema solar con el de la 58 Eridani. En la tercera, la humanidad en la Tierra era en realidad el proyecto principal, y la vida de 58 Eridani era el ensayo o el efecto secundario. Descartaba esta última como improbable, porque si damos por hecho que los milagros son señales de tu atención, Señor, entonces un milagro continuo

como una estrella orbitando un planeta tiene que ser un claro indicativo de lo que Tú consideras más importante.

Lawson concluía su artículo admitiendo que muchas de sus conclusiones eran necesariamente especulativas, e invitaba a proponer otras hipótesis que encajaran con las observaciones. Mientras observaba la página, traté de dar con una explicación alternativa, pero no se me ocurrió ninguna. Luego levanté la mirada hasta McCullough, que asintió como si yo fuera una alumna que acabara de llegar a la respuesta correcta.

—Es una teoría convincente —dijo amargamente—. Y todavía más cuando uno se da cuenta de que resuelve muchas preguntas sin respuesta. La multiplicidad de las lenguas, por ejemplo.

Me di cuenta de que era cierto. ¿Por qué las lenguas del mundo son tan distintas? Los filólogos han luchado por reconciliar su variedad con la edad de la Tierra y el ritmo al que divergen. Si Tú hubieras imbuido a todos los humanos primigenios de tu conocimiento de una lengua común, Señor, se esperaría que las lenguas del mundo compartieran todas cierto parecido, como las indoeuropeas. Pero las acentuadísimas diferencias entre lenguas del mundo significan que, inmediatamente después de la creación, tuvieron que hablarse más de una decena de idiomas sin ninguna relación entre ellos. Llevamos mucho tiempo preguntándonos por qué harías eso, Señor. Pero si las poblaciones dispares de humanos primigenios hubieran inventado cada una su idioma por su cuenta, entonces no hay rompecabezas que resolver; la multiplicidad de las lenguas fue accidental y no intencionada.

—Así que ahora ya lo sabe —dijo el doctor McCullough—. El artículo se publicará pronto y todo el mundo lo leerá. Quería recomendar que lo rechazasen, pero no encontré ninguna base para hacerlo. Mi compromiso con la práctica científica me obligó a aprobarlo —rezongó—: Pero ¿y si la práctica entera de la ciencia se basa en una falsa premisa? De niño pensaba que ojalá Dios les hubiera dado a los hombres primigenios la capacidad de escribir, porque así habrían podido registrar las fechas en las que aparecían nuevas estrellas en el cielo. Entonces sabríamos con precisión a qué distancia está cada estrella, porque sabríamos, hasta el día de hoy, cuándo llegó su luz a la Tierra. Pero los hombres no inventaron la escritura hasta mucho después del nacimiento de las estrellas, así que los astrónomos se ven obligados a usar medios más indirectos para deducir distancias. Mis profesores me dijeron que Dios quería que razonásemos las cosas por nuestra cuenta. Pero ¿y si eso no es verdad? ¿Y si —se le quebró la voz—, y si Dios no tiene previsto nada para nosotros?

Aquélla era la crisis de fe a la que se había referido Wilhelmina. Intenté calmarlo torpemente diciendo que se trataba de un descubrimiento tremendamente desconcertante, pero que podíamos seguir manteniendo nuestra fe en Dios. El doctor McCullough me gritó:

—¡Entonces es que usted no entiende nada!

Su mujer le tocó una mano y él agarró las suyas, esforzándose por contener sus emociones. Los dos se quedaron unos instantes en silencio. Luego la señora McCullough se volvió hacia mí y me dijo:

—Teníamos un hijo, diez años mayor que Mina. Se llamaba Martin. Murió de gripe.

Le dije que lo sentía. Recordé que «Martin» era el nombre que había dado Wilhelmina al donar las reliquias.

El doctor McCullough dijo:

—Usted no tiene hijos, así que no puede comprender el dolor que produce la pérdida de uno.

Le dije que tenía razón y que ahora me daba cuenta de por qué el descubrimiento era especialmente complicado para ellos dos.

—¿Lo comprende de verdad? —me preguntó.

Le dije lo que suponía: que la única cosa que había hecho soportable la muerte de su hijo era la consciencia de que aquello formara parte de un plan superior. Pero si la humanidad no es el centro de tu atención, Señor, entonces no hay tal plan, y la muerte de su hijo era un hecho insignificante.

El doctor McCullough siguió inexpresivo, pero su mujer asintió.

—He disfrutado con sus libros, doctora Morrell —me dijo—. Me recuerdan las cosas que Nathan decía cuando yo era alumna suya, antes de casarnos. En sus clases hablaba de cómo la investigación científica nos proporcionaba los cimientos más sólidos para la fe. Decía: «Las convicciones personales pueden vacilar, pero el mundo físico no puede negarse», y yo le creía. Así que cuando Nathan se embarcó en su investigación tras la muerte de Martin, no lo hizo sólo para su consuelo, sino también para el mío.

—Y logré lo que pretendía —dijo el doctor McCullough con serenidad—. Encontré oscilaciones de onda en el Sol, los ecos de la compresión original que Dios utilizó para iniciar el colapso gravitacional responsable de su temperatura y de su luz.

—Fue como encontrar las huellas dactilares de Dios en nuestro mundo —dijo la señora McCullough—. En aquel momento no podríamos haber pedido mayor consuelo.

—Pero ahora me pregunto qué prueba eso. Todas las estrellas deben de haber tenido sus oscilaciones de onda; no hay nada que nos distinga. Nada que haya descubierto la ciencia tiene ningún sentido.

Le dije que la ciencia puede ser un bálsamo para nuestras heridas, pero que eso no debería ser la única razón para perseverar en ella. Le dije que tenemos el deber de buscar la verdad.

—La ciencia no es solamente la búsqueda de la verdad —me respondió—. Es la búsqueda de un propósito.

Y a eso yo no tenía respuesta. Siempre he dado por hecho que lo uno y lo otro eran la misma cosa, pero ¿y si no lo son?

Ahora no sé lo que pensar. Me aterroriza imaginar que nunca me has estado escuchando.

Querida Rosemary,

Las últimas semanas han sido muy complicadas para mí, más de lo que esperaba. Te escribo para contarte por qué he dejado la excavación de Arisona temporalmente.

Como te dije en mi última carta, pensaba que sería capaz de volver a participar en la excavación porque, pese a todo lo sucedido, creía que mi afinidad con el trabajo físico de la arqueología me ayudaría a continuar. Pero resulta que continuar no ha sido tan fácil como esperaba. Las dudas sembradas por el descubrimiento de Lawson me han estado horadando la mente como un puñado de roedores. Hace unos días llegó al punto de que, mientras sacaba una punta de lanza de la matriz edáfica, pensé: ¿Qué más da? Todo lo que estamos haciendo aquí es irrelevante. Tuve que parar de trabajar por temor a machacar a martillazos algún cachivache antiguo por pura frustración. Ahí supe que tenía que abandonar la excavación. No sé si hay peligro de que haga eso que digo, pero el simple hecho de que se me pasara por la cabeza me indicó que no me encontraba con el estado de ánimo adecuado para seguir allí.

Me había alojado en una cabaña de alquiler a una hora de la excavación, más o menos. No podía explicarle a nadie por qué me marchaba, porque me parecía inapropiado hablar públicamente sobre el artículo de Lawson antes de su publicación. Quizá eso contribuyó a la sensación de aislamiento, pero creo que la causa más acuciante fue que me siento abandonada por Dios. Necesito tiempo para decidir qué hacer.

Me preguntaste si la Iglesia no tendría que sentirse perturbada por el descubrimiento al igual que la comunidad científica secular, y yo te respondería que sí, que debería. Pero la Iglesia como institución siempre ha sido capaz de sacar fuerzas de las pruebas cuando le resultan útiles e ignorarlas cuando no. Mira la historia de Adán y Eva. La Iglesia se mostró dispuesta a admitir que no podía tomarse literalmente después de que se encontrasen esqueletos de humanos primigenios por el mundo, pero insistieron en que la historia conservaba una importancia fundacional como alegoría. Y tú y yo y cualquier mujer hemos seguido viviendo a la sombra de Eva, sin otro motivo que la costumbre. Así que doy por hecho que serán capaces de desestimar este descubrimiento de una manera similar y usarlo para defender los mismos valores de siempre.

Supongo que se podría argumentar que la idea del poligenismo lleva siglos aflorando en el ambiente, así que no fue una gran sorpresa cuando los descubrimientos arqueológicos lo confirmaron. Cosa que es cierta. Los científicos de la Iglesia llevan mucho tiempo luchando por explicar cómo una sola pareja pudo

poblar la Tierra tan rápidamente, así que debieron barajar en secreto teorías alternativas antes de verse obligados a cambiar su postura oficial. En cambio, nunca he oído un argumento serio sobre que la humanidad no sea el propósito de la creación antes del artículo de Lawson. De modo que tal vez a los científicos de la Iglesia los pille tan por sorpresa como a mí antes de que la lealtad a la doctrina los reafirme.

Para mí el problema como científica secular es que mi fe siempre se ha forjado, lo primero y más importante, por las pruebas. Admito que al principio no había valorado la importancia de la astronomía para comprender nuestra posición, pero ahora sí. Y si tomábamos como premisa que la humanidad era la razón de la creación, entonces eso debía verse reflejado sobre nuestras cabezas en los cielos tanto como en la tierra bajo nuestros pies. Si la humanidad es el hecho central del universo, si nuestra especie es el ónfalo, entonces un examen más detenido de la esfera celeste debería confirmar ese estatus privilegiado. Nuestro sistema solar debería ser el punto fijo contra el que todo lo demás se mueva; nuestro Sol debería encontrarse en absoluto reposo. Si las pruebas no sostienen dicha premisa, entonces tenemos que preguntarnos a qué debemos nuestro compromiso realmente.

Entiendo, Rosemary, que a ti o a Alfred no os perturbe como a mí. No sé cómo reaccionará la mayoría de la gente cuando el descubrimiento de Lawson sea de dominio público. Wilhelmina McCullough previó que otros reaccionarían como su padre, y en mi caso estuvo en lo cierto. Ojalá no me hubiera afectado tan profundamente. Me gustaría que pudiéramos escoger qué nos afecta y qué no, pero no es así.

Pero si resulta que te molesta mi postura, ten por seguro que puedes comentarme tus recelos, independientemente de la forma que adopten. Si bien es cierto que cada cual tiene que encontrar su manera de seguir adelante a través de este mar de dudas, sólo seremos capaces con el apoyo de los demás.

Con todo el amor, tu prima,
Dorothea

Señor, quizá no oyes mis plegarias. Pero nunca he rezado con la expectativa de que ello afectase a tus acciones; rezaba para que tus expectativas afectaran a las mías. Así que ahora rezo, por primera vez en dos meses, porque aun cuando no estés escuchando, necesito la claridad de pensamiento que la oración proporciona.

Dejé la excavación porque temía que el descubrimiento de Lawson volviera toda la empresa absurda. La razón por la que las puntas de lanza que el doctor Janssen descubrió eran tan emocionantes fue que se conservaban suficientes trozos de la vara como para que creyéramos posible identificar con exactitud los años en las que se fabricaron a partir de los anillos de crecimiento. Si podíamos identificar diferentes estilos en la técnica del tallado en piedra, esperábamos conocer si la pericia de los talladores aumentaba o disminuía en las primeras generaciones después de la creación, y de ahí deducir qué intenciones albergabas Tú, Señor, en lo relativo al conocimiento humano. Pero eso se basaba en la asunción de que los humanos primigenios eran la expresión más directa de tu voluntad. Si la creación de la humanidad

no era deliberada por tu parte, entonces cualquier habilidad que los humanos primigenios poseyeran no nos dice nada de tus intenciones. Sus atributos habrían sido puramente accidentales.

Desde que estoy en la cabaña me he pasado mucho tiempo pensando en cuánto sabían los humanos primigenios. No pudieron surgir con mentes tan huecas como las de los humanos recién nacidos, porque se habrían muerto de hambre enseguida en una tesitura semejante. Hasta los cachorros de tigre tienen que aprender a cazar de su madre. No puede ser que los humanos, en los inicios, aprendieran a cazar para alimentarse antes de morir de hambre. Los humanos primigenios debieron poseer algún tipo de conocimiento sobre caza y construcción de refugios. ¿Fue uno de los experimentos que llevaste a cabo, Señor? ¿Determinar el conjunto mínimo de habilidades necesarias para que una especie sobreviviera? O quizá fue sólo un efecto secundario inesperado, un eco desdibujado de la información que inoculaste a los habitantes primigenios de 58 Eridani.

Hay otro tipo de información, tan vital como las aptitudes para la supervivencia, con la que daba por hecho que los humanos primigenios contaban desde que respiraron por primera vez: que habían sido creados por un motivo. La posibilidad de que no lo supieran es algo que ni me había planteado. Más que henchirse de orgullo y ambición, debieron sentirse temerosos y confusos durante los primeros años. He intentado imaginarme cómo debió de ser despertarse formado por completo, en posesión de ciertas habilidades pero sin un pasado recordable, perdido en un mundo de amnésicos. Se me antoja aterrador, incluso más aterrador que lo que he experimentado en las últimas semanas.

Y esto pone sobre la mesa otra pregunta. ¿Qué empujó a los humanos primigenios a construir una civilización sino el deseo de realizar un propósito divino? Evitar el frío y el hambre debió de impelirlos a cubrir ciertas necesidades, pero ¿por qué ir más allá? ¿Por qué empezaron a inventar todo el arte y la tecnología que han hecho de la humanidad lo que es hoy sino para llevar a cabo tu voluntad, Señor?

No lo sé, pero he desarrollado una teoría.

Es posible que la arqueología no sea una ciencia tan exacta como la física, pero depende de la física para cimentarse. Las leyes físicas son las que hacen posible el estudio del pasado; examinamos el estado del universo lo suficientemente de cerca e inferimos su estado un momento antes en el tiempo. Cada momento sigue inexorablemente al anterior y a éste lo sigue inexorablemente el siguiente, como eslabones forjados en una cadena causal.

Pero en el momento de la creación es donde todas las cadenas causales terminan; la inferencia nos puede llevar hasta ese momento y no más allá. Por eso la creación del universo es un milagro; porque lo que sucedió en ese momento no fue necesariamente consecuencia de lo que lo precedía. Esa concha primigenia que Wilhelmina se guardó es, de hecho, la prueba de algo: no de los planes de Dios para la humanidad, sino de la existencia de los milagros. Ese borde donde los anillos de crecimiento terminan marca el límite del poder de explicación de las leyes de la física. Y eso es algo de lo que podemos extraer inspiración.

Porque creo que hay acontecimientos de otra categoría que quedan igualmente sin fijar en la cadena causal: los actos de volición. El libre albedrío es una especie de milagro; cuando tomamos una decisión genuina, provocamos un resultado que no puede reducirse al funcionamiento de las leyes físicas. Cada acto de volición es, al igual que la creación del universo, una causa primera.

Si no tuviéramos pruebas del milagro de la creación, podríamos pensar que las leyes físicas bastan para explicar cada uno de los fenómenos del cosmos, lo que nos llevaría a la conclusión de que nuestras mentes no son más que procesos naturales. Pero sabemos que hay más de lo que observamos y de lo que pueden abarcar las leyes de la física; los milagros suceden, y las elecciones humanas son, desde luego, uno de ellos.

Yo creo que los humanos primigenios tomaron una decisión. Se vieron en un mundo lleno de posibilidades pero sin ninguna indicación sobre qué hacer. No hicieron lo que nosotros hubiéramos esperado, que es limitarse a sobrevivir, sino que se esforzaron en mejorar para convertirse en los amos del mundo.

Los científicos nos encontramos en una situación similar. La prueba siempre ha estado ahí esperando que la encontrásemos: los árboles sin anillos de crecimiento, las momias sin ombligos, el movimiento del 58 Eridani. Es cosa nuestra decidir qué hacemos con eso. Siempre lo hemos visto como algo determinante del valor de nuestras vidas, pero eso no era inevitable. Escogimos hacerlo, lo que significa que podemos escoger hacer otra cosa.

He dedicado mi vida a estudiar el fabuloso mecanismo que constituye el universo, y eso me ha hecho sentirme realizada. Siempre he dado por sentado que eso significaba que actuaba de acuerdo con tu voluntad, Señor, y con tu razón para crearme. Pero si es verdad que en realidad no tienes ningún propósito para mí, entonces esa sensación de autorrealización surgió

únicamente de mí misma. Lo que eso demuestra, para mí, es que nosotros, en cuanto que humanos, somos capaces de crear un sentido para nuestras vidas.

No digo que sea un camino fácil. No tengo nada que ofrecer a los McCullough salvo mi deseo de que logren darle un sentido a sus vidas a pesar de la ausencia de su hijo. Pero nuestras vidas a menudo han sido complicadas incluso cuando creíamos que había detrás un plan divino, y hemos perseverado. Si en realidad estábamos solos, entonces nuestros triunfos a pesar de ello son la prueba de nuestras capacidades.

Así que volveré a la excavación de Arisona, ya sea bajo tu ojo vigilante o no. Aunque la humanidad no sea la razón por la que se creó el universo, yo sigo queriendo comprender cómo funciona. Tal vez los seres humanos no seamos la respuesta al *por qué*, pero yo seguiré buscando la respuesta al *cómo*.

Esta búsqueda es mi propósito; no porque Tú me hayas elegido, Señor, sino porque lo he elegido yo.

Amén.

LA ANSIEDAD ES EL VÉRTIGO DE LA LIBERTAD

A Nat le habría venido bien un cigarrillo, pero la política de la empresa prohibía fumar en el establecimiento, así que no podía hacer otra cosa que ir poniéndose cada vez más nerviosa. Eran las cuatro menos cuarto y Morrow aún no había vuelto. No tenía claro qué explicaciones iba a dar si no regresaba a tiempo. Le mandó un mensaje de texto preguntándole dónde estaba.

Sonó una campanilla al abrirse la puerta principal, pero no era Morrow. Entró un tipo con un jersey naranja.

—¿Hola? Tengo un prisma para vender.

Nat dejó su teléfono.

—Vamos a echarle un vistazo.

El hombre se acercó y colocó el prisma en el mostrador; era un modelo nuevo, del tamaño de una maleta. Nat le dio vuelta de un lado y de otro para poder ver la lectura numérica de un extremo: la fecha de activación era sólo de seis meses atrás y tenía más del noventa por ciento del cuaderno por usar. Desplegó el teclado para sacar la pantalla, pulsó la tecla online y esperó. Transcurrió un minuto.

—A lo mejor algo de tute le han dado —comentó Jersey Naranja vacilante.

—No pasa nada —respondió Nat.

Tras otro minuto la luz se encendió. Nat tecleó:

Test de teclado.

A los pocos segundos llegó la respuesta:

Parece en buen estado.

Pasó a modo vídeo y el texto de la pantalla fue sustituido por una imagen granulosa de su propia cara mirándola.

Su yo paralelo asintió y dijo: «Test de micro».

—Alto y claro —respondió ella.

La pantalla volvió al modo texto. Nat no había reconocido el collar que llevaba puesto su para-yo; si acababan comprando el prisma tendría que preguntarle de dónde lo había sacado ella. Volvió a mirar al hombre del jersey naranja y le dijo un precio.

Su decepción fue evidente.

—¿Sólo eso?

—Es lo que vale.

—Yo pensaba que estas cosas se revalorizaban con el tiempo.

—Y así es, pero no de inmediato. Si tuviera cinco años sería otra cosa.

—¿Y si en la otra rama está pasando alguna cosa muy interesante?

—Ya, eso igual vale la pena. —Nat señaló el prisma—. ¿En la otra rama del prisma está pasando algo muy interesante?

—No… no lo sé.

—Tendrá que investigarlo por su cuenta y traérnoslo si desea una oferta mejor.

Jersey Naranja dudó.

—Si quiere pensárselo y volver más tarde, aquí le esperamos.

—¿Me da un momento?

—Tómese su tiempo.

Jersey Naranja sacó el teclado y tecleó un breve diálogo con su para-yo. Cuando hubo terminado le dijo:

—Gracias, regresaré más tarde. —Plegó el prisma y se marchó.

El último cliente del establecimiento había acabado de chatear y estaba listo para desconectarse. Nat se acercó al cubículo que había estado usando, comprobó el uso de datos del prisma y se lo llevó al almacén. Para cuando acabó de hacerle la cuenta, los tres clientes con cita para las cuatro habían llegado, incluido el que necesitaba el prisma que se había llevado Morrow.

—Deme un momento —le dijo— y le doy acceso.

Se fue al almacén y sacó los prismas para los otros dos clientes. Acababa de colocarlos en sus cubículos cuando Morrow entró por la puerta principal, con los codos separados como si cargase con una enorme caja de cartón. Se encontró con él en el mostrador.

—Podrías apurar menos —le susurró fulminándolo con la mirada.

—Ya, ya, me conozco el horario.

Morrow llevó la caja descomunal al almacén y salió con el prisma. Lo preparó en un cubículo para el tercer cliente cuando faltaban pocos segundos. A las cuatro en punto las luces de los tres prismas se encendieron, y los tres clientes comenzaron a chatear con sus para-yos.

Nat siguió a Morrow al despacho que había tras el mostrador principal. Él se sentó tras el escritorio como si no hubiera pasado nada.

—¿Y bien? —le preguntó Nat—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Estaba charlando con uno de los asistentes de la residencia.

Morrow acababa de volver de visitar a una de sus clientes. Jessica Oehlsen era una viuda septuagenaria con pocos amigos y cuyo único hijo era más una carga que un consuelo. Hacía casi un año que había empezado a ir a hablar con su para-yo una vez por semana; siempre reservaba uno de los cubículos privados para poder usar el chat de voz. Un par de meses antes se había fracturado la cadera en una caída, y ahora estaba en una residencia de la tercera edad. Como no podía ir al establecimiento, Morrow le llevaba el prisma cada semana para que pudiera continuar con sus conversaciones habituales; era una infracción de la política de empresa de SelfTalk, pero ella le pagaba el favor.

—Me ha contado cómo anda la salud de la señora Oehlsen.

—¿Qué contaba?

—Ahora tiene neumonía —dijo Morrow—. Me ha dicho que pasa mucho cuando se tienen las caderas rotas.

—¿En serio? ¿Qué tiene que ver una cadera rota con una neumonía?

—Según este tipo es porque no se mueven demasiado y se pasan el día atiborrados de oxígeno, así que no llegan a respirar a pleno pulmón. En cualquier caso, la señora Oehlsen tiene neumonía.

—¿Es grave?

—El asistente cree que en un mes, dos como mucho, la palma.

—Caray. Qué lástima.

—Ya. —Morrow se rascó la barbilla con la yema roma y cuadrada de los dedos—. Pero he tenido una idea.

Nada sorprendente.

—¿Qué se te ha ocurrido esta vez?

—Esta vez no te necesitaré. Me las puedo arreglar solo.

—Por mí perfecto. Ya tengo suficiente.

—Es verdad, tienes que ir a una reunión esta noche. ¿Cómo va por ahora?

Nat se encogió de hombros.

—Cuesta saberlo. Creo que voy avanzando.

Cada prisma —el nombre era casi un acrónimo de la designación original, «Pasarela intermundos maximizada»— tenía dos leds, uno rojo y el otro azul. Cuando un prisma se activaba se realizaba un cálculo cuántico dentro del aparato, con dos posibles resultados de idéntica probabilidad: uno lo indicaba el encendido del led rojo, el otro el led azul. A partir de ese momento, el prisma permitía la transferencia de información entre dos ramas de la función de ondas universal. En términos coloquiales, el prisma creaba dos líneas temporales nuevamente divergentes, una en la que el led rojo estaba encendido y otra en la que era el azul el que lo estaba, y permitía la comunicación entre ambos.

La información se intercambiaba usando una matriz de iones, aislados en trampas magnéticas dentro del prisma. Cuando el prisma se activaba y la función de ondas universal se separaba en dos ramas, esos iones permanecían en un estado de superposición coherente, en equilibrio sobre la hoja de un cuchillo y accesibles a uno y otro lado de la rama. Cada ion podía usarse para enviar un pedacito de información, un sí o un no, de una rama a la otra. La lectura de ese sí/no provocaba la desadherencia del ion, que caía para siempre a uno u otro lado de la hoja del cuchillo. Para enviar otro pedacito se necesitaba otro ion. Con una matriz de iones podías transmitir una cadena de fragmentos en los que se codificaba un texto; con una matriz lo suficientemente larga se podían enviar imágenes, sonido, e incluso vídeo.

El caso es que un prisma no era como una radio que conecta dos ramas; activar una no ponía en marcha un transmisor cuya frecuencia se pudiese sintonizar repetidas veces. Era más bien como un cuaderno compartido entre las dos ramas, y cada vez que se enviaba un mensaje se arrancaba una hoja del fajo. Una vez acabado el cuaderno, no se podía intercambiar más información y las dos ramas continuaban por caminos separados, incomunicadas para siempre.

Desde la invención del prisma, los ingenieros han trabajado para añadir más iones a la matriz e incrementar el tamaño del cuaderno. Los últimos prismas comerciales tenían cuadernos de un gigabyte de tamaño. Eso bastaría para una vida si nos limitásemos a intercambiar texto, pero no todos los clientes se conformaban con esto. Muchos querían la posibilidad de sostener una conversación en directo, preferiblemente en vídeo; necesitaban oír su propia voz o ver su propia cara mirándolos. Incluso un vídeo a baja resolución y pocos fotogramas por segundo podía fundirse el cuaderno entero de un prisma en cuestión de horas; la gente tendía a usarlo sólo de vez en cuando,

ciñéndose a comunicaciones de texto y audio la mayor parte del tiempo para que sus prismas durasen tanto como fuera posible.

La cita habitual de Dana a las cuatro era con una mujer llamada Teresa. Teresa llevaba siendo clienta sólo un año, aproximadamente; había estado asistiendo a terapia principalmente debido a su dificultad para mantener relaciones de pareja a largo plazo. Dana había pensado al principio que sus problemas provenían del divorcio de sus padres durante la adolescencia, pero ahora sospechaba que Teresa estaba preparada para buscar mejores alternativas. En la sesión de la semana pasada, Teresa le había contado que hacía poco se topó con un exnovio; cinco años antes había rechazado su propuesta de matrimonio y ahora estaba felizmente casado con otra. Dana esperaba que continuaran hablando de aquello en esta sesión.

A menudo, Teresa empezaba sus sesiones con bromas, pero esta vez no. En cuanto se sentó, dijo:

—Hoy, a la hora del almuerzo, he ido a Crystal Ball.

—¿Qué les ha preguntado?

—Les he preguntado si podían averiguar cómo habría sido mi vida de haberme casado con Andrew.

—¿Y qué le dijeron?

—Que quizá. No me había dado cuenta de cómo funciona; un hombre de allí me lo explicó. —Teresa no le preguntó si estaba familiarizada con ello. Necesitaba hablarlo, cosa que estaba bien; a menudo era capaz de desenmarañar sus pensamientos así, con muy poca ayuda de Dana—. Dijo que mi decisión de casarme o no con Andrew no provocaba la bifurcación de dos líneas temporales, que eso sólo lo provoca la activación del prisma. Dijo que podían mirar en prismas que se hubieran activado en los meses previos a la proposición de Andrew. Enviarían consultas a las versiones paralelas de Crystal Ball en aquellas ramas, y sus empleados comprobarían si mis versiones paralelas estaban casadas con él. Si una de ellas lo estaba, podían entrevistarla y decirme lo que les había contado. Pero me confió que no había garantías de que pudieran encontrar esa rama, y que el simple hecho de enviar consultas costaba dinero, así que tendrían que cobrarme encontrasen algo o no. Luego, si quisiera que entrevistasen a mi versión paralela, supondría un pago adicional. Y dado que los prismas utilizados tienen cinco años, todo sería caro.

Dana se alegró de oír que en Crystal Ball habían sido honestos sobre lo que vendían; sabía que había corredores de datos que prometían resultados

imposibles de conseguir.

—¿Entonces qué ha hecho?

—No quería hacer nada sin hablar antes con usted.

—Vale —dijo Dana—, hablemos. ¿Cómo se sintió usted después de la consulta?

—No lo sé. No me había planteado la posibilidad de que no fueran capaces de encontrar una rama donde le di el sí a Andrew. ¿Por qué no la van a encontrar?

Dana barajó la idea de guiar a Teresa hacia la respuesta, pero decidió que no era necesario.

—Podría significar que su decisión de rechazarlo no fue una decisión difícil. A lo mejor a usted le pareció que estaba entre la espada y la pared, pero en realidad no era así; su decisión de rechazarlo se basó en un sentimiento firme, no en un capricho.

Teresa pareció pensativa.

—Eso estaría bien saberlo. Mejor que se limiten a una búsqueda. Si no encuentran una versión de mí casada con Andrew, entonces paro.

—Y, en caso de que encuentren a una versión suya casada con Andrew, ¿qué posibilidades hay de que les pida que la entrevisten?

Suspiró.

—Del cien por cien.

—¿Qué le dice eso, entonces?

—Supongo que me dice que no debería hacerles investigar a menos que esté segura de que quiero saber la respuesta.

—¿Y usted quiere saber la respuesta? —le preguntó Dana—. No, vamos a plantearlo de otra manera. ¿Cuál le gustaría que fuese la respuesta, y cuál temería que fuera?

Teresa se calló unos instantes. Al final dijo:

—Imagino que lo que me gustaría descubrir es que una versión de mí se casó con Andrew y luego se divorció porque no era el hombre adecuado para mí. Lo que me daría miedo descubrir es que una versión de mí se casó con él y ahora es felicísima. ¿Es muy mezquino por mi parte?

—En absoluto —dijo Dana—. Esos sentimientos son totalmente comprensibles.

—Supongo que sólo tengo que decidir si estoy dispuesta a correr el riesgo.

—Ésa es una manera de verlo.

—¿Cuál otra hay?

—Otra sería plantearse si algo de lo que llegue a saber sobre la otra rama le podría ser de ayuda realmente. Podría ser que nada de lo que descubra en ninguna otra rama cambie su situación en esta rama.

Teresa frunció el ceño mientras lo reflexionaba.

—A lo mejor no cambiaría nada, pero yo me sentiría mejor sabiendo que tomé la decisión correcta. —Se quedó callada, y Dana esperó. Entonces Teresa le preguntó—: ¿Tiene usted clientes que hayan acudido a corredores de datos?

Dana asintió.

—Muchos.

—En general, ¿cree usted que es buena idea usar uno de estos servicios?

—No creo que exista una respuesta general para eso. Depende por completo de cada individuo.

—Y no me va a decir si debería o no hacerlo.

Dana sonrió.

—Ya sabe que ése no es mi papel.

—Lo sé, he pensado que por preguntar… —Tras un momento, Teresa dijo —: He oído que hay quien se obsesiona con los prismas.

—Sí, eso puede pasar. De hecho, organizo un grupo de apoyo para gente cuyo uso del prisma se ha convertido en un problema.

—¿En serio? —Teresa pareció fugazmente tentada de preguntarle más detalles, pero lo que dijo fue—: ¿Y no me va a poner en guardia contra los servicios de Crystal Ball?

—Hay quien tiene problemas con el alcohol, pero yo no voy a aconsejar a mis clientes que no se tomen una copa.

—Supongo que tiene sentido. —Teresa se calló, luego preguntó—: ¿Usted ha usado alguna vez uno de estos servicios?

Dana negó con la cabeza.

—No, nunca.

—¿Nunca ha tenido la tentación?

—La verdad es que no.

Teresa observó a Dana con curiosidad.

—¿No se pregunta nunca si tomó la decisión equivocada?

No tengo que preguntármelo; lo sé. Pero en voz alta, lo que dijo Dana fue:

—Por supuesto. Pero intento centrarme en el aquí y el ahora.

Al principio, las dos ramas conectadas por un prisma son completamente idénticas, salvo por el resultado del cálculo cuántico. Si una persona ha

resuelto basar una decisión importante en el cálculo —«Si el led azul se enciende, detonaré la bomba; de lo contrario, la desactivaré»—, las dos ramas se bifurcarán de manera evidente. Pero si no se realiza ninguna acción como consecuencia del cálculo, ¿cuánto divergirán las dos ramas? ¿Puede un único acontecimiento cuántico por sí solo conducir a cambios visibles entre dos ramas? ¿Es posible estudiar las vastísimas fuerzas históricas mediante prismas?

Estas preguntas han sido objeto de debate desde la primera muestra de comunicación vía prisma. Cuando se desarrollaron los prismas con cuadernos de unos cien kilobytes de tamaño, un científico medioambiental llamado Peter Silitonga, dirigió un par de experimentos para zanjar la cuestión.

Por aquella época, un prisma todavía era un inmenso equipamiento de laboratorio que usaba nitrógeno líquido para refrigerarse, y Silitonga requería de uno para cada experimento planificado. Antes de activarlos hizo una serie de preparativos. Primero reclutó voluntarias de una decena de países que no estuvieran embarazadas pero estuvieran tratando de concebir; transcurrido un año, las parejas que hubiesen tenido un hijo se comprometían a permitir que se les hiciera un análisis de ADN de veintiún loci a los recién nacidos. Luego activó el primero de los prismas, introdujo por el teclado el comando que enviaba un fotón a través del filtro de polarización.

Seis meses más tarde, programó un agente de software para recuperar informes meteorológicos de todo el planeta a lo largo de un mes. Luego activó el segundo de los prismas y esperó.

A Nat le gustaba que, independientemente del problema a tratar, en los grupos de apoyo siempre hubiera café. No le importaba tanto si era bueno o malo; lo que valoraba era que al sostener la taza ya no tenía que pensar qué hacer con las manos. Y aun cuando la ubicación de este grupo de apoyo no fuese la más agradable —el típico sótano de iglesia—, al menos el café solía ser muy bueno.

Lyle estaba en la cafetera sirviéndose una taza cuando Nat entró.

—¿Qué hay? —dijo el hombre. Le tendió la taza que acababa de llenar y empezó a servirse otra.

—Gracias, Lyle. —Lyle llevaba asistiendo al grupo sólo un poco más que Nat, como tres meses. Diez meses atrás le habían ofrecido un empleo y no acababa de decidir si aceptarlo o no. Se compró un prisma y lo usó como quien lanza una moneda al aire: led azul, aceptar la oferta; led rojo, rechazarla. El led azul se había encendido en esta rama, así que aceptó el

nuevo empleo mientras su para-yo permanecía en su trabajo de entonces. Durante meses ambos se sintieron felices con sus situaciones. Pero después de pasada la novedad inicial del puesto, Lyle se descubrió desilusionado con sus deberes, mientras que a su para-yo lo ascendieron. La confianza de Lyle sufrió una sacudida. Fingía estar satisfecho cuando se comunicaba con su para-yo, pero luchaba con sus sentimientos de envidia y celos.

Nat encontró un par de sillas vacías juntas.

—A ti te gusta sentarte delante, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí, pero si a ti no, da igual.

—No hay problema —respondió. Se sentaron y esperaron que comenzase la reunión dando sorbos a sus cafés.

La moderadora del grupo era una terapeuta llamada Dana. Era joven, no mayor que Nat, pero parecía saber lo que estaba haciendo. A Nat le habría venido bien alguien así en sus grupos anteriores. Una vez sentados, Dana dijo:

—¿A alguien le apetece comenzar hoy?

—Empiezo yo —dijo Lyle.

—Vale, cuéntanos qué tal la semana.

—Bueno, pues busqué a la Becca de aquí. —El yo paralelo de Lyle llevaba meses saliendo con una mujer llamada Becca, tras un encuentro casual en un bar.

—Mala idea, mala idea —dijo Kevin sacudiendo la cabeza.

—Kevin, por favor —intervino Dana.

—Lo siento, lo siento.

—Gracias, Dana —dijo Lyle—. Le envié un mensaje, le conté a qué venía el mensaje, le mandé una foto de mi para-yo con su para-yo juntos, y le pregunté si podía invitarla a tomar un café. Dijo que por supuesto.

Dana gesticuló con la cabeza para que prosiguiera.

—Quedamos el sábado por la tarde, y al principio parecía que conectábamos. Se rio con mis chistes, yo me reí con los suyos, y pensaba: seguro que así es como fue cuando mi para-yo la conoció. Me sentí como si viviera la mejor versión de mi vida. —Pareció abochornado—. Y entonces todo se torció. Estaba diciendo lo genial que había sido conocerla, y que notaba que las cosas empezaban a cuadrarme, y cuando me quise dar cuenta le estaba contando que usar el prisma me había jodido la vida. Le conté lo celoso que estaba de mi para-yo por haber conocido a la Becca paralela, que siempre andaba pensando «y si» ante cada decisión, y ya no paré. Y me daba cuenta de lo patético que sonaba aquello. Y supe que la estaba perdiendo, así que por pura desesperación… —Vaciló, y luego dijo—: Le ofrecí prestarle mi

prisma para que pudiera hablar con la Becca paralela, y que Becca pudiera contarle a la de aquí lo genial que podía ser yo. Ya os podéis imaginar qué buena impresión. Ella fue educada, pero dejó claro que no quería volver a saber nada de mí.

—Gracias por compartirlo, Lyle —dijo Dana. Se dirigió al resto del grupo—: ¿Alguien quiere decir algo sobre esto?

Era una oportunidad, pero Nat no iba a lanzarse de buenas a primeras. Sería mejor si los demás miembros del grupo hablaban antes.

Empezó Kevin.

—Perdón por mi comentario de antes. No me refería a que fueses tonto por intentarlo. Lo que estaba pensando era que sonaba como algo que yo mismo haría, y por eso, tenía el mal presentimiento de cómo iba a acabar la cosa. Siento que no te saliera mejor.

—Gracias, Kevin.

—Y en realidad no es una mala idea. Los dos tenéis que ser compatibles si vuestros para-yos son pareja.

—Estoy de acuerdo con Kevin en que sois los dos compatibles —dijo Zareenah—. Pero el error que no dejamos de cometer todos es que cuando vemos a nuestros para-yos disfrutando de una racha de buena suerte pensamos que nos corresponde lo mismo.

—Yo no creo que Becca me corresponda —contestó Lyle—. Pero ella está buscando a alguien, lo mismo que yo. Si fuéramos compatibles, ¿no debería contar? Sé que le causé una mala impresión inicial, pero creo que nuestra compatibilidad debería ser un motivo para que ella hiciera la vista gorda.

—Sería bonito que lo hiciese, pero no tiene ninguna obligación.

—Ya —dijo Lyle entre dientes—. Entiendo lo que dices. Pero es que… sé que siempre digo lo mismo, pero me da envidia. ¿Por qué soy así?

Ahora parecía el momento oportuno. Nat dijo:

—A mí me ha pasado algo hace poco que creo que podría ser parecido a lo de Lyle.

—Adelante —dijo Dana.

—Vale, yo hago bisutería por afición, pendientes sobre todo. Tengo una tiendecita *online* donde la gente puede comprarlos; no atiendo los pedidos en persona, me limito a subir los diseños y una empresa los fabrica y los envía a los clientes. —Esa parte era toda verdad, lo que estaba bien por si alguien quisiera buscar la tienda—. Mi para-yo me estaba contando que una

influencer se topó con uno de nuestros diseños y posteó que le encantaban, así que en la última semana mi para-yo ha vendido centenares de pendientes.

»El caso es que el diseño que captó la atención de todos no fue uno que hiciera después de activar el prisma; es de antes. Esos mismos pendientes los tengo yo en mi tienda a la venta en esta rama, pero aquí nadie los compra. Ella está ganando dinero por algo que hizo antes de que nuestras ramas se bifurcasen, pero yo no. Y estoy molesta con ella. ¿Por qué es tan afortunada y yo no? —Nat vio que otros asentían empáticamente.

»Y me di cuenta de que no me sentía como cuando veo que otra gente vende un montón de bisutería en sus tiendas *online*. Esto es distinto. —Se volvió a mirar a Lyle—. No me considero una persona envidiosa por naturaleza, y tampoco creo que tú lo seas. No nos pasamos el tiempo codiciando lo que tienen otros. Pero con un prisma, no se trata de otras personas, se trata de ti misma. De manera que ¿cómo no sentir que nos merecemos lo que ellos tienen? Es natural. El problema no eres tú, es el prisma.

—Gracias, Nat. Muy agradecido.

—De nada.

Un avance. Sin duda era un avance.

Colocad las bolas de billar en su triángulo y romped con un golpe limpio. Imaginad que la mesa no tiene troneras y que no existe la fricción, así que las bolas rebotan sin cesar, sin llegar a pararse nunca; ¿con qué precisión seríais capaces de predecir la trayectoria de una bola concreta mientras choca contra las demás? En 1978, el físico Michael Berry calculó que sólo se pueden predecir nueve colisiones antes de incluir en la ecuación el efecto gravitatorio de una persona plantada en la habitación. Si vuestro cálculo inicial de la posición de una bola no es exacto por un solo nanómetro, la predicción se vuelve inútil en cuestión de segundos.

Las colisiones entre las moléculas de aire son contingentes de un modo similar y pueden verse afectadas por el efecto gravitatorio de un solo átomo a un metro de distancia. Así que, aun cuando el interior de un prisma esté protegido del entorno externo, el resultado del cálculo cuántico que tiene lugar cuando el prisma es activado puede ejercer un efecto en el mundo exterior, determinando si dos moléculas de oxígeno colisionan o pasan una por el lado de la otra. Sin que sea ése el objetivo de nadie, la activación del prisma provoca inevitablemente una diferencia entre las dos ramas generadas. La diferencia es imperceptible al principio, una discrepancia al nivel del

movimiento térmico de las moléculas, pero cuando el aire es turbulento, una perturbación a nivel microscópico apenas tarda un segundo en volverse macroscópica y desencadenar remolinos de un centímetro de diámetro.

En los fenómenos atmosféricos a pequeña escala, los efectos de las perturbaciones se duplican en tamaño cada dos horas. En términos de predicción, eso significa que un error de un metro de ancho en las mediciones iniciales de la atmósfera nos llevará a un error de un kilómetro de ancho en la predicción meteorológica para el día siguiente. A escalas mayores, la propagación de errores se ralentiza debido a factores como la topografía y la estratificación de la atmósfera, pero la cosa no se queda ahí; al final los errores a escala kilométrica se vuelven errores de cientos y miles de kilómetros de tamaño. Aun en el caso de que vuestros cálculos fueran tan precisos que incluyeran datos sobre cada metro cúbico de la atmósfera de la Tierra, vuestra predicción meteorológica futura dejaría de ser útil en menos de un mes. Aumentar la resolución de las mediciones iniciales tiene un beneficio limitado, porque los errores se propagan tan rápidamente a pequeña escala que comenzar con datos sobre cada uno de los centímetros cúbicos de la atmósfera prolongaría la precisión de la predicción tan sólo unas pocas horas más.

El crecimiento de los errores en la predicción meteorológica es idéntico a la divergencia entre la meteorología en las ramas de cada lado de un prisma. La perturbación inicial es la diferencia entre la colisión de las moléculas de oxígeno cuando el prisma es activado, y a lo largo de un mes, la meteorología es distinta por todo el globo terráqueo. Silitonga lo confirmó cuando su para-yo y él intercambiaron informes meteorológicos un mes después de activar el prisma. Los informes meteorológicos eran todos coherentes con la estación —en ningún momento se experimentaba un invierno en una rama y un verano en la otra—, pero en esencia, y aparte de eso, no guardaban relación. Sin intervención de nadie, las dos ramas habían divergido visiblemente a escala mundial.

Después de que Silitonga publicara estos resultados, en un artículo titulado «Un estudio de la propagación del error del escalado atmosférico con la Pasarela intermundos maximizada», los historiadores se embarcaron en un acalorado debate sobre hasta qué punto podía afectar la meteorología al curso de la historia. Los escépticos admitieron que podía afectar a las vidas cotidianas de los individuos de diversas maneras, pero ¿con qué frecuencia los resultados de los acontecimientos que dan forma a la historia se deciden por la meteorología? Silitonga no participó en dichos debates; estaba

esperando a que su otro experimento con el prisma, de un año de duración, concluyera.

Había veces que los clientes llegaban en el orden adecuado, y los miércoles por la tarde eran así para Dana. La tarde empezó con uno de sus clientes más exigentes, un hombre que le pedía que tomara todas las decisiones por él, rezongaba cuando ella se negaba y le echaba la culpa cada vez que tomaba la iniciativa. Así que fue un alivio ver a Jorge inmediatamente después, un soplo de aire fresco para despejar el despacho. Los problemas con los que lidiaba éste no eran los más interesantes que hubiera visto, pero le agradaba tenerlo de cliente. Jorge era divertido y amable, y siempre bienintencionado; todavía desconfiaba del proceso terapéutico, pero habían ido progresando con su mala autoimagen y las actitudes negativas que lo tenían reprimido.

Cuatro semanas atrás había tenido lugar un incidente. El gerente de Jorge en el trabajo era un tirano rastrero que denigraba a todos sus empleados; una de las tareas habituales en las sesiones de Dana con Jorge consistía en ayudarlo a ignorar sus insultos. Un día, Jorge había perdido los nervios y le pinchó las cuatro ruedas del coche cuando estaba solo en el aparcamiento. Ya había pasado tiempo suficiente como para que no hubiese peligro de que lo pillaran, y si bien una parte de él quería fingir que aquello no había sucedido, seguía sintiéndose fatal.

Comenzaron la sesión charlando de esto y lo otro; Dana tenía la sensación de que Jorge quería contarle algo. Lo miró expectante y él dijo:

—Después de la sesión de la semana pasada me fui a uno de esos corredores de prismas, Lydoscope.

Dana se quedó sorprendida.

—¿En serio? ¿Para qué?

—Quería ver cuántas versiones de mí actuaron de la misma manera.

—Cuénteme más.

—Les pedí que mandaran preguntas a seis versiones mías. Al tratarse de un punto de partida tan reciente, era barato, así que les pedí vídeo. Esta mañana me enviaron un montón de archivos, grabaciones de lo que mis para-yos dijeron.

—¿Y qué ha sacado en claro?

—Ninguno de mis para-yos le pinchó las ruedas a su gerente. Todos dijeron que habían fantaseado con ello. Uno estuvo a puntísimo de hacerlo el mismo día que yo, pero se contuvo.

—¿Qué cree que significa eso?

—Significa que el hecho de que yo pinchara las ruedas fue un accidente fruto del desbarajuste. El hecho de que lo hiciera yo no dice nada importante de mí como persona.

Dana sabía de gente que usa prismas de maneras parecidas, pero normalmente se trataba de alguien que justificaba sus acciones señalando que otros habían hecho cosas peores. No se había topado con esta versión en particular, donde la defensa se basaba en que los yos paralelos se comportasen mejor. Desde luego no esperaba esto de Jorge.

—¿Entonces cree que el comportamiento de sus para-yos es un reflejo del suyo?

—Las ramas que probaron eran todas de un mes antes del incidente. Eso significa que esos para-yos eran iguales que yo; no les había dado tiempo a ser gente distinta.

Dana asintió; tenía razón.

—¿Cree usted que el hecho de que destrozara el coche de su gerente se anula porque sus para-yos no lo hicieron?

—Anularse no, pero sí es un indicador del tipo de persona que soy. Si todos mis para-yos le hubieran pinchado las ruedas, eso indicaría algo significativo de mi personalidad. Eso es algo que debería contarle a Sharon. —Jorge no le había contado a su mujer lo que había hecho; se sentía demasiado avergonzado—. Pero el hecho de que no lo hicieran significa que en esencia no soy una persona violenta, así que contárselo a Sharon podría hacerle sacar conclusiones equivocadas.

Lograr que le contase todo a su mujer era una idea que tenían que ir construyendo gradualmente.

—Entonces, ¿cómo se siente ahora que tiene esa información?

—Aliviado, supongo —respondió Jorge—. Me preocupaba qué significaba haber hecho esto. Pero ahora ya no tanto.

—Cuénteme más sobre esa sensación de alivio.

—Me siento como… —Jorge se removió en la silla mientras buscaba las palabras. Al final dijo—: Imagino que me siento como si me hubiesen dado los resultados de unos análisis médicos y estuviese sano.

—Como si hubiera podido estar enfermo y resulta que no.

—¡Sí! No era nada grave. No es algo que vaya a ser recurrente.

Dana decidió arriesgarse.

—Entonces vamos a considerarlo como un análisis médico. Tiene usted algunos síntomas que podrían indicar algo grave, como cáncer. Pero resulta que no tiene cáncer.

—¡Eso es!

—Evidentemente es genial que no tenga cáncer. Pero sigue teniendo esos síntomas. ¿No vale la pena averiguar qué es lo que le provocó esos síntomas?

Jorge se quedó inexpresivo.

—Si no es cáncer, ¿qué más da?

—Bueno, podría ser otra cosa, algo sobre lo que le vendría bien saber más.

—Tengo la respuesta que necesitaba. —Se encogió de hombros—. De momento me basta.

—Vale, perfecto —dijo Dana. No tenía sentido seguir insistiendo. Estaba convencida de que acabaría llegando por su cuenta.

Es creencia común que uno nacerá en cualquier rama en la que sus padres se conozcan y tengan un hijo, pero nuestro nacimiento no es ineludible. Silitonga pretendía que su experimento de un año de duración demostrase que el acto de la concepción era altamente contingente según las circunstancias, incluido el clima del día.

La ovulación es un proceso gradual y regulado, así que el mismo óvulo emerge del folículo independientemente de que llueva o haga sol. La célula espermática que llega al óvulo, sin embargo, es como una pelota de ping-pong ganadora expulsada por un bombo de la lotería que gira; es el resultado de fuerzas tremendamente aleatorias. Aun en el caso de que las circunstancias externas que rodean el acto de la relación sexual parezcan idénticas en ambas ramas, basta con una diferencia imperceptible para que este espermatozoide y no aquel otro se fusione con el óvulo. En consecuencia, en cuanto las pautas meteorológicas son visiblemente distintas en las dos ramas, todas las posibilidades de fertilización se ven afectadas. Nueve meses más tarde, en diversos puntos del mundo se da a luz a un bebé distinto a cada lado del prisma, Esto es evidente de inmediato cuando el bebé es niño en una rama y niña en la otra, pero sigue siendo cierto cuando los niños son del mismo sexo. El recién bautizado Dylan de una rama no es el mismo Dylan que en la otra; son hermanos.

Esto es lo que demostró Silitonga cuando comparó con su para-yo análisis de ADN de bebés nacidos al año de activar un prisma, en un artículo titulado «El efecto de la turbulencia atmosférica en la concepción humana». Había utilizado un prisma distinto en el artículo de la propagación del error para evitar la cuestión de si la publicación de los resultados de aquel experimento había creado divergencias que de lo contrario no habrían tenido lugar. En el

momento de la concepción de aquellos niños no había habido comunicación entre las dos ramas. Cada niño contaba con una composición cromosómica distinta de la de su contrapartida en la otra rama, y la única causa posible había sido el resultado de un solo cálculo cuántico.

Hubo quien continuó argumentando que el curso de la historia, en líneas generales, no podía cambiarse entre las dos ramas, pero se volvió una tesis más difícil de apoyar. Silitonga había demostrado que el cambio más ínfimo imaginable podía tener repercusiones a nivel global. Para un hipotético viajero del tiempo que quisiera evitar el ascenso de Hitler al poder, la intervención mínima no era asfixiar a Adolf de bebé en su cuna; bastaría con que viajase hasta un mes antes de su concepción y moviera de sitio una molécula de oxígeno. No sólo sustituiría a Adolf por un hermano suyo, sino que sustituiría a cualquiera de su misma edad o más joven. Hacia 1920, esos humanos compondrían la mitad de la población del mundo.

Morrow había comenzado a trabajar en SelfTalk hacia la misma época que Nat, así que ni uno ni otro habían sido empleados cuando la empresa iba viento en popa. Cuando los prismas eran algo que sólo las empresas podían permitirse, la gente entraba con frecuencia a un establecimiento de SelfTalk a comunicarse con sus versiones paralelas. Ahora que los prismas eran asequibles para cualquiera, a SelfTalk sólo le quedaban un puñado de sucursales, y sus clientes eran principalmente adolescentes cuyos padres no les dejaban usar prismas, o ciudadanos ancianos poco sofisticados a los que la idea de los para-yos les seguía pareciendo una novedad.

Nat se había conformado con ser discreta, pero Morrow siempre andaba con sus chanchullos. Lo ascendieron a encargado del establecimiento después de que se le ocurriera una manera de conseguir nueva clientela. Cada vez que les llegaba un prisma nuevo comprobaba los informes de accidentes de un mes después de la activación de ese prisma y enviaba publicidad capciosa a la gente relacionada con los mismos. A menudo eran incapaces de resistirse a la oportunidad de echar un vistazo a cómo serían sus vidas si las circunstancias hubieran sido otras. Ninguno se convertía en cliente a largo plazo —la mayoría se deprimían con lo que quiera que descubriesen—, pero era una forma fiable de amortizar cada prisma adquirido.

En la residencia de la tercera edad, Morrow esperó a la puerta de la señora Oehlsen mientras ésta hablaba con su para-yo. Ahora usaban vídeos para sus conversaciones en lugar de texto; sabía que no le quedaba mucho, así que ya no tenía sentido ahorrar en páginas del cuaderno. Esto complicaba las cosas

para la señora Oehlsen paralela, sin embargo, que ahora estaba viendo morir a una versión de sí misma. Su conversación era tensa, Morrow había dejado un micrófono en el cuarto para poder escucharlas por un auricular, aunque la señora Oehlsen moribunda no parecía darse cuenta.

Cuando acabaron, la señora Oehlsen alzó la voz levemente para decirle a Morrow que volviera.

—¿Qué tal la charla? —le preguntó él.

—Perfecta —respondió. Respiraba con dificultad—. Si hay alguien con quien puedes hablar sin tapujos es contigo misma.

Morrow levantó el prisma de la mesa auxiliar y lo volvió a guardar en la caja de cartón.

—Señora Oehlsen, si no le importa, me gustaría proponerle algo.

—Adelante.

—Me ha dicho usted que no conoce a nadie que se merezca de verdad su dinero. Si lo ve así, igual debería darle el dinero a su para-yo.

—¿Se puede hacer eso?

La confianza era la clave para hacer que se tragasen cualquier mentira.

—El dinero no es más que una forma de información como cualquier otra —le dijo—. Podemos transmitirlo a través del prisma igual que transmitimos información por vídeo o audio.

—Mmmm, es una idea interesante. Sé que le daría mejor uso que mi hijo. —Hizo un ligero visaje al pensar en él—. ¿Cómo lo haríamos? ¿Debería consultar con mi abogado para modificar el testamento?

—Podría, pero tardarán un tiempo en tasar sus propiedades, y quizá le convenga transferir el dinero cuanto antes mejor.

—¿Y eso por qué?

—El mes que viene entra en vigor una nueva ley. —Cogió su teléfono y le enseñó un artículo que había confeccionado él mismo—. El Gobierno quiere disuadir a quienes pretenden mover dinero fuera de esta línea temporal, así que va a obligar a un impuesto del cincuenta por ciento de la cantidad transferida. Si envía dinero antes de que la ley entre en vigor puede evitar el impuesto. —Vio en su cara que la idea le resultaba atractiva—. SelfTalk podría hacer la gestión en su nombre de inmediato.

—Haga los preparativos —dijo ella—. La semana que viene lo llevamos a cabo.

—Lo tendré todo listo —contestó Morrow.

Cuando volvió a SelfTalk, Morrow usó el prisma para enviar un mensaje a su para-yo y pedirle que le siguiera la corriente. Los dos le contarían a la

señora Oehlsen paralela que la de aquí estaba empezando a desvariar por culpa de la medicación y que creía que le había enviado dinero a través del prisma, y que sería mejor bailarle el agua durante el tiempo que le quedase. Con eso seguramente bastaría, pero también podían ponerle fin a las conversaciones en vídeo diciéndole que otro cliente había agotado inesperadamente el cuaderno del prisma.

Hecho esto, Morrow comenzó a preparar la cuenta corriente falsa para recibir la transferencia. No esperaba una fortuna; la señora Oehlsen debía tener algo de dinero ahorrado, pero no era rica. El gran botín vendría, si tenía suerte, del grupo de apoyo de Nat.

Como parte de su empleo en SelfTalk, Morrow mantenía una lista de grupos de apoyo para gente con relaciones problemáticas con sus prismas. Conocía a varias personas en aquellos grupos que acabarían vendiendo sus prismas, así que se presentaba periódicamente en las iglesias y los centros comunitarios donde se reunían los grupos y colocaba folletos: «compramos su prisma al mejor precio». Tres meses atrás, Morrow estaba grapando un folleto en un tablón de anuncios con una pareja de miembros del grupo de apoyo allí parados con sus tazas de café en la mano. Escuchó lo que hablaban.

—¿Tú no te preguntas a veces si habrás echado a perder la vida de alguien al activar tu prisma?

—¿A qué te refieres?

—En plan que quizá alguien vaya a morir en un accidente de coche en la otra rama pero no en ésta, y que todo sea por activar tu prisma.

—Ahora que lo comentas, ¿te acuerdas de aquel accidente de coche en Hollywood hace unos meses? En la rama de mi para-yo, el que murió en el choque fue Scott en lugar de Roderick.

—A cosas así me refiero. Activar el prisma tuvo un gran impacto en la vida de alguien. ¿No te lo planteas de vez en cuando?

—La verdad es que no. Igual soy demasiado egocéntrico, pero normalmente pienso en mi propia vida.

El tipo hablaba de una pareja de famosos, el cantante pop Scott Otsuka y la estrella de cine Roderick Ferris. Iban de camino al estreno de una película cuando un conductor ebrio embistió su limusina; Roderick murió y Scott quedó viudo. Pero el prisma de aquel individuo conectaba con una rama donde Scott había acabado muerto y Roderick era el superviviente.

Aquel prisma podía valer un montón de dinero, pero Morrow no podía acercarse y decirle que se lo compraba y punto. Así que había enviado a Nat al grupo para que fingiera que quería solucionar su dependencia del prisma.

El nombre del tipo era Lyle, y la tarea de Nat consistía en hacerse amiga de él. Nada sexual, Morrow sabía que más le valía ni insinuárselo, sólo una colega de grupo de apoyo, alguien que le cayera bien y en quien confiase. Así podría inducirlo disimuladamente a deshacerse de su prisma. Y cuando estuviera listo, Nat le contaría que ella también iba a deshacerse del suyo y que conocía a alguien que compraba prismas usados a buen precio, ¿qué tal si iban los dos a venderlos juntos? Y entonces se traería a Lyle a SelfTalk, donde Morrow les compraría los prismas.

Después Morrow organizaría una visita a Scott Otsuka y le ofrecería venderle un prisma que le permitiría hablar con su marido muerto.

Ningún prisma permitía la comunicación con una rama que se hubiera bifurcado antes del momento de su activación, así que no había constancia de ramas donde Kennedy no hubiera sido asesinado o donde los mongoles hubieran invadido Europa occidental. Por la misma razón, no se podía hacer fortuna con patentes de invenciones recopiladas de ramas donde el progreso tecnológico hubiera tomado una dirección distinta. Si se podía sacar beneficio del uso de un prisma, tenía que derivar de divergencias posteriores, no anteriores.

De vez en cuando, alguna variación azarosa permitía evitar un accidente: una vez que un vuelo comercial se estrelló, la Administración Federal de Aviación se lo notificó a su contrapartida en otra rama, que fue capaz de aterrizar su versión del avión, realizar una inspección a fondo e identificar un componente del sistema hidráulico que estaba a punto de caerse. Pero no había nada que hacer con accidentes provocados por el error humano, que eran distintos en cada rama. Tampoco era posible enviar advertencias de desastres naturales: un huracán en una rama no indicaba ninguna probabilidad de que se produjera en otra, mientras que los terremotos tenían lugar simultáneamente en todas las ramas, de modo que no podían advertirse con anterioridad.

Un general del Ejército compró un prisma porque se le ocurrió que podría usar una rama a modo de simulación militar ultrarrealista: pretendía hacer que su para-yo ejecutase una acción agresiva en la otra rama para poder comprobar cuál era la respuesta. Descubrió el fallo de su plan en cuanto se comunicó con su yo paralelo, que pretendía usarlo a él con idénticos fines. Cada rama era de importancia fundamental para sus habitantes; nadie estaba dispuesto a servir de conejillo de indias a ninguna otra.

Lo que sí ofrecían los prismas era una manera de estudiar los mecanismos del cambio histórico. Los investigadores comenzaron a comparar titulares de noticias entre ramas, en busca de discrepancias, para después indagar en sus causas. En algunos casos, la divergencia surgía de un acontecimiento claramente casual, como por ejemplo un fugitivo arrestado durante un atasco en la carretera. En otros casos, la divergencia era el resultado de un individuo que tomaba decisiones distintas en dos ramas; ante esa eventualidad los investigadores solicitaban una entrevista, pero si la persona era una figura pública, raramente daba detalles de por qué había escogido una u otra opción. Para casos que no entraban en ninguna de esas categorías, los investigadores tenían que cribar las noticias de las semanas anteriores para tratar de identificar las causas de la discrepancia, lo que generalmente los llevaba a analizar las sacudidas estocásticas del mercado de valores o de las redes sociales.

Luego los investigadores continuaban monitorizando las noticias a lo largo de las siguientes semanas y meses para ver cómo evolucionaban las divergencias con el tiempo. Buscaban la proverbial situación del aleteo de las alas de mariposa que desencadena un torbellino, en la que las ondas se expanden inexorablemente pero de manera inteligible. En lugar de eso, lo que encontraron fue otras pequeñas discrepancias, sin relación con la que habían descubierto primero; el clima instigaba cambios por todas partes incesantemente. Para cuando se observaba una divergencia política significativa, era difícil determinar cuál había sido la causa. El problema se veía agravado por el hecho de que todos los estudios tenían que finalizar una vez se acababa el cuaderno de un prisma; independientemente de lo interesante que fuese una divergencia en concreto, la conexión entre ramas siempre era temporal.

En el sector privado, los empresarios se dieron cuenta de que la información obtenida a partir de los prismas tenía un valor instrumental limitado, era algo que podía venderse como contenido para consumidores. Emergió una nueva clase de corredor de datos: una empresa intercambiaba noticias sobre acontecimientos actuales con sus versiones paralelas y vendía información a los suscriptores. Las noticias deportivas y la prensa rosa eran lo más fácil de vender; a menudo, la gente estaba tan interesada en lo que sus estrellas favoritas habían hecho en otras ramas como en la suya propia. Los fanáticos de los deportes recopilaban información de múltiples ramas y discutían sobre qué equipo se desempeñaba mejor a nivel global y si eso era más importante que su desempeño en una rama en particular. Los lectores

comparaban las diferentes versiones de las novelas publicadas en distintas ramas, con el resultado de que los autores se las tuvieron que ver con copias pirateadas de libros que podrían haber escrito. A medida que se fueron desarrollando prismas con cuadernos más grandes, comenzó a suceder lo mismo con la música, y luego con las películas.

En la primera reunión a la que asistió, Nat no daba crédito a las cosas de las que hablaban los asistentes: un hombre preocupado obsesivamente con que su para-yo se divirtiera más que él; una mujer atrapada en una espiral de dudas porque su para-yo había votado a un candidato distinto a ella. ¿Eso era lo que la gente consideraba problemas? Despertarte rebozada en tu propio vómito; tener que follarte a tu camello porque no has conseguido reunir suficiente pasta: eso eran problemas de verdad. Nat había fantaseado momentáneamente con contarles a todos los del grupo que deberían superarlo, pero evidentemente se calló, y no sólo porque hubiera supuesto fastidiar la tapadera. No estaba en posición de juzgar a aquella gente. ¿Qué más daba si se tenían pena? Mejor refocilarse en la autocompasión por nada que sufrirla por haberla cagado de verdad en la vida.

Nat se había mudado aquí para empezar desde cero, lejos de la gente y los lugares que podían motivar una recaída. El empleo en SelfTalk no era un chollo, pero estaba bien para cobrar su cheque honradamente, y sobre todo le gustaba quedar con Morrow. Sus chanchullos habían sido divertidos; a ella siempre se le había dado bien aquella clase de cosas, porque el placer de tangar a la gente era un sustitutivo sano de pillar un ciego. Últimamente, sin embargo, Nat había empezado a sospechar que se estaba engañando. Aunque no se gastara el dinero en drogas, aquellos pequeños timos acabarían llevándola a meterse de nuevo. Lo mejor sería alejarse de todo aquello; tenía que encontrar otro trabajo, lejos de Morrow, y eso probablemente significaba volver a instalarse en otro sitio. Pero para hacer eso necesitaba dinero, así que tenía que seguir trabajando con Morrow para poder dejar de trabajar con él.

Zareenah estaba hablando.

—Mi sobrina está en su último año de instituto, y estos últimos meses han sido el período de solicitudes de acceso a la universidad. Esta semana le respondieron y le salió bastante bien; la aceptaron en tres facultades. Me quedé satisfecha hasta que hablé con mi para-yo.

»Resulta que a la sobrina de mi para-yo la han aceptado en Vassar, que era su primera opción. Pero, en nuestra rama, ésa es una de las facultades que la rechazó. Todo lo que es distinto entre las dos ramas es resultado de que yo

haya activado el prisma, ¿verdad? Así que soy la causante de que mi sobrina haya sido rechazada. Es culpa mía.

—Está dando por hecho que si no hubiera activado el prisma la habrían aceptado —dijo Kevin—. Pero eso no tiene por qué ser así.

Zareenah empezó a rasgar un pañuelo de papel que tenía entre las manos, una manía que tenía mientras hablaba.

—Pero eso quiere decir que mi para-yo hizo algo para ayudar a su sobrina, algo que yo no hice en esta rama. Así que soy culpable por omisión.

—Usted no tiene la culpa —le dijo Lyle.

—Pero todo lo que es distinto se debe a mi prisma.

—Eso no significa que sea culpa suya.

—¿Cómo no va a serlo?

Como se había quedado sin argumentos, Lyle miró a Dana en busca de ayuda. Dana le preguntó a Zareenah:

—Aparte de Vassar, ¿había alguna otra diferencia en las admisiones y rechazos que obtuvo el para-yo de su sobrina?

—No, el resto eran idénticos.

—Entonces podemos dar por hecho que el monto de solicitudes de su sobrina era igual de sólido en ambas ramas.

—Sí —respondió ella con firmeza—. Es una chica lista, y nada que yo haga cambiará eso.

—Entonces especulemos por un momento. ¿Por qué aceptaría Vassar a su sobrina en otra rama pero no en esta?

—No lo sé.

Dana paseó la mirada por la sala.

—¿A alguien se le ocurre alguna idea?

Lyle dijo:

—Igual el funcionario de admisiones de esta rama tuvo un mal día cuando revisó la solicitud.

—¿Y qué podría motivar un mal día?

Nat tenía que fingir interés, así que participó.

—A lo mejor alguien le cerró el paso en medio del tráfico esa mañana.

—O se le cayó el teléfono en el váter —dijo Kevin.

—O las dos cosas —aportó Lyle.

Dana le dijo a Zareenah:

—¿Acaso se derivarían estas consecuencias de las acciones que llevó usted a cabo?

—No —admitió Zareenah—. Imagino que no.

—No son resultados más casuales que las diferencias meteorológicas de las dos ramas. Y cualquier cosa puede provocar que el clima sea distinto. Si buscásemos, estoy segura de que encontraríamos un centenar de personas cuyos prismas conectan con una rama donde su sobrina fue rechazada. Si lo mismo sucede en ramas donde usted actuó de otra manera, entonces usted no es la causante.

—Pero yo me sigo sintiendo como si lo fuera.

Dana asintió.

—Nos gusta la idea de que siempre haya alguien responsable de cada acontecimiento, porque nos ayuda a darle un sentido al mundo. Nos gusta tanto que a veces nos echamos las culpas sólo porque haya alguien que cargue con las culpas. Pero no todo está bajo nuestro control, ni bajo el control de nadie.

—Ya veo que no es una reacción racional, pero la siento de todas maneras —dijo Zareenah—. Creo que tengo inclinación por sentirme culpable con mi hermana… —Se calló—. Por nuestro historial.

—¿Quiere hablar de ello? —le preguntó Dana.

Zareenah vaciló y entonces prosiguió.

—Hace años, cuando éramos adolescentes, estudiábamos danza las dos, pero ella era mucho mejor que yo. Consiguió una audición para ir a Juilliard, pero yo estaba tan celosa que se la saboteé.

Ahora sí que se ponía interesante: mal comportamiento, sin matices. Nat no había oído nada así en el grupo hasta ahora, pero se cuidó de no acercarse con demasiada avidez.

—Le puse cafeína en la botella de agua porque sabía que le entrarían ganas de vomitar. No la admitieron. —Zareenah se llevó las manos a la cara —. Me siento como si no fuera a poder compensárselo jamás. Probablemente no puedan ponerse en mi lugar.

Una expresión de dolor cruzó por la cara de Dana, pero se recompuso rápidamente.

—Todos cometemos equivocaciones —dijo—. Créame, yo he perdido la cuenta. Pero una cosa es ser responsables de nuestras acciones y otra asumir la culpa por desgracias casuales.

Nat observó a Dana mientras hablaba. Su expresión había vuelto a su habitual aprobación serena, pero la momentánea pérdida de compostura le había llamado la atención. No había observado esto en ningún moderador de grupo hasta ahora. La única vez que oyó a un moderador en desintoxicación rememorar su pasado fue un tipo que lo tenía tan ensayado que su historia

sonaba como si te estuviera vendiendo algo. Le picó la curiosidad: ¿Qué había hecho Dana que la hacía sentirse tan culpable?

A medida que los prismas con cuadernos de mayor capacidad fueron siendo más asequibles, los corredores de datos comenzaron a ofrecer servicios personalizados de investigación para quienes desearan saber qué otros posibles derroteros habían tomado sus vidas. Aquello era un negocio mucho más arriesgado que vender noticias de otras ramas, por varias razones. La primera: podían pasar años hasta que las divergencias se acentuaran lo suficiente como para resultar interesantes, y los corredores tenían que acumular prismas y activarlos, pero sin intercambiar ninguna información, reservando sus cuadernos para más adelante. Segundo: requería un alto nivel de cooperación entre las versiones paralelas de la empresa. Si el cliente Jill quería saber de sus yos paralelos, varias versiones de la empresa tendrían que investigar en sus ramas, pero Jill sólo podría pagar la versión de su rama; no había forma alguna de compartir dinero entre ramas. Se esperaba que dicha cooperación entre ramas favoreciera que cada versión de una empresa fuera consiguiendo clientes que pagasen, y con el tiempo eso repercutiría en beneficio de todos: una forma de altruismo recíproco entre todas las versiones paralelas de la empresa.

Como era de esperar, algunos individuos se deprimieron tras saber que sus yos paralelos cosechaban éxitos que ellos no habían experimentado. Durante una época se temió que aquellas consultas privadas hicieran que se ganara la reputación de hacer infelices a sus usuarios. Sin embargo, la mayoría de la gente decidía que le gustaban más cosas de sus vidas que de las de sus yos paralelos, y concluían que habían tomado las decisiones correctas. Si bien lo más probable es que esto no fuese más que un sesgo de confirmación, era bastante habitual que los servicios de investigación personales resultaran negocios provechosos para los corredores de datos.

Algunos evitaban a los corredores de datos por completo, por temor a lo que pudieran averiguar, mientras que otros se obsesionaron con ellos. Había parejas casadas en las que un miembro entraba en la primera categoría y el otro en la segunda, lo que a menudo desembocaba en divorcio. Los corredores de datos hicieron varios intentos de expandir su base de clientes, pero pocas veces lo lograron. El producto más exitoso entre los que renegaban era uno orientado a quienes habían perdido a un ser querido: los corredores de datos localizaban una rama en la que la persona seguía con vida y seguían sus actualizaciones en las redes sociales, de manera que el doliente pudiera ver la

vida que su ser querido podría haber vivido. Esta práctica no hizo sino consolidar el reparo más habitual entre los detractores: que los corredores de datos estuvieran favoreciendo un comportamiento poco saludable entre sus clientes.

Nat esperaba que Morrow estuviera satisfecho por un tiempo, dado el éxito de su plan con la señora Oehlsen. La mujer había transferido parte de su dinero a una cuenta falsa hacía un par de semanas, y su yo paralelo se había tragado la historia de la confusión fruto de los calmantes. Ahora que la señora Oehlsen había fallecido, todo quedaba rematado y sin fisuras. Pero en lugar de conformarse con ello, Morrow parecía más ávido que nunca por dar un golpe aún mayor.

Estaban en el despacho de SelfTalk comiéndose unos tacos que Morrow había traído de un puesto ambulante dos manzanas más arriba cuando sacó el tema.

—¿Cómo vamos con Lyle? —le preguntó.

—Voy avanzando —le dijo Nat—. Veo que está pensando que igual sería más feliz sin prisma.

Morrow se acabó su taco y vació la lata de refresco.

—No podemos quedarnos sentados esperando que se decida a deshacerse de su prisma.

Nat le miró mal.

—¿Sentados? ¿Te crees que eso es lo que hago?

Él le hizo un gesto con la mano.

—Cálmate, no te estoy reprochando nada. Pero no nos conviene que se aferre a ese prisma durante años. Necesitamos obligarlo a que se deshaga de él.

—Lo sé, y eso es exactamente lo que me estoy currando.

—Estaba pensando en algo más concreto.

—¿Como qué?

—Conozco a un tipo que trabaja con una banda que se dedica al robo de identidades. Podría pedirle que coja a Lyle y le eche a perder la reputación. Después de eso, Lyle ya no querrá volver a saber nada de lo bien que le va a su para-yo.

Nat hizo una mueca.

—¿De eso vamos ahora?

Él se encogió de hombros.

—Si hubiera una manera de hacer que la vida del Lyle paralelo pareciera mejor, yo encantado, pero no la hay. Lo único que podemos hacer es que su vida de aquí parezca peor.

Rogarle pretextando remilgos no haría desistir a Morrow; necesitaba un argumento más pragmático.

—No conviene hacerlo tan desgraciado que termine aferrándose al prisma como única conexión con una vida feliz.

Eso pareció funcionar.

—Ahí no te falta razón —admitió.

—Déjame unas cuantas reuniones más antes de hacer eso.

Morrow hizo una pelota con su bandeja de papel y su lata de refresco vacía y la tiró en la papelera.

—Muy bien, probaremos a tu manera un tiempo más. Pero tienes que acelerar la cosa.

Ella asintió.

—Tengo una idea.

A Dana le sorprendió que Nat anunciase al grupo que había vendido su prisma; en anteriores reuniones no había tenido la sensación de que estuviera lista para dar el salto, aunque sabía que no siempre era posible predecir estas cosas. Nat parecía contenta con su decisión, pero era lo típico; todo el mundo se sentía bien inmediatamente después de dejarlo. Se fijó en que Nat prestaba atención muy sutilmente a la reacción de Lyle ante su anuncio, algo que Dana ya le había visto hacer antes. No parecía que el interés de Nat fuese de índole romántica, o si lo era, no era su objetivo, quizá para no complicar las cosas mientras resolvía sus problemas.

En la siguiente reunión, Nat habló más rato de lo habitual, describió en qué sentido consideraba que había mejorado su actitud desde que abandonó el prisma. Si bien no era exageradamente efusiva, a Dana le preocupaba un poco que estuviera albergando esperanzas poco realistas y estuviera a punto de caer en picado. Kevin expresó un sentimiento similar, con cierta falta de tacto, y tal vez llevado más por la envidia que por la compasión; él llevaba en el grupo mucho más que Nat, y en todo aquel tiempo había hecho avances muy tímidos. Afortunadamente, Nat no se puso a la defensiva; dijo que comprendía que deshacerse de su prisma no había solucionado todos sus problemas en la vida por arte de magia. Luego el grupo se pasó el resto de la reunión centrado en Kevin y en qué había andado metido durante la semana sin que Dana tuviera que tirar de ellos en absoluto.

Después se sintió bastante satisfecha con el grupo y consigo misma, pero su buen humor no duró mucho. Acababa de llevar la cafetera de nuevo a la cocina de la iglesia y estaba cerrando la sala de reuniones cuando apareció Vinessa.

—Eh, Dana.

—¿Vinessa? ¿Qué haces aquí?

—Te he ido a buscar a tu oficina, pero no estabas allí, así que se me ha ocurrido probar aquí.

—¿Qué pasa?

—Es por lo del dinero.

Cómo no; Vinessa había decidido volver a estudiar y le había pedido a Dana ayuda para pagar las clases.

—¿Qué pasa con el dinero?

—Lo necesito ya. El plazo de inscripciones se cierra esta semana.

—¿Esta semana? La última vez que hablamos de esto decías que era en otoño.

—Ya, lo sé, pero he decidido que cuanto antes empiece, mejor. Así que…, ¿me puedes conseguir el dinero esta semana?

Dana vaciló al pensar cómo tendría que reorganizar su presupuesto.

—¿Vas a cambiar de opinión?

—No…

—Porque te tomé la palabra, y he hecho planes en función de lo que dijiste. Pero si vas a cambiar de opinión, dilo.

—No, no, te lo puedo conseguir. Te lo envío mañana, ¿vale?

—Genial, gracias. No te arrepentirás, te lo prometo. Esta vez me saldrá bien.

—Lo sé.

Se quedaron las dos allí plantadas incómodas un momento, y luego Vinessa se marchó. Mientras la miraba alejarse, Dana se preguntó cuál sería la palabra exacta para definir su relación.

En el instituto habían sido superamigas. Se pasaban el día juntas, se hacían confidencias, se hacían reír hasta llorar. Aparte de eso, Dana había admirado cómo a Vinessa no le importaba lo que pensara nadie de ella, cómo se negaba a que la encasillasen; sacaba buenas notas porque tenía facilidad, y luego se burlaba abiertamente de los profesores hasta que no les quedaba otra opción que castigarla después de clase. A veces Dana había deseado ser tan valiente, pero estaba demasiado cómoda con su papel de ojito derecho de la maestra como para hacer nada que pudiera ponerlo en peligro.

Entonces llegó la excursión a Washington. Las dos habían planeado celebrar una fiesta en su habitación del hotel la última noche en la ciudad, pero se les planteaba el problema de qué hacer si una profesora llamaba a la puerta: el alcohol era difícil de esconder, la marihuana demasiado fácil de oler. Lo que hicieron entonces fue acumular Vicodin del botiquín de sus padres, sobras de la operación de encías del padre de Dana y de la histerectomía de la madre de Vinessa, suficiente para ellas y sus amigos.

Con lo que no habían contado era con que una de las profesoras hubiera cogido prestada una llave maestra para hacer inspecciones sorpresa por las habitaciones. La primera noche, la señora Archer entró justo cuando estaban las dos contando su alijo, una veintena de pastillas pulcramente alineadas encima del tocador.

—¿Pero qué leches está pasando aquí?

Se quedaron las dos unos instantes mudas y petrificadas. Dana vio todos sus planes futuros evaporándose como bruma matinal.

—¿Ninguna de las dos tenéis nada que decir?

Ahí es cuando lo dijo.

—Son de Vinessa.

Y Vinessa la miró, más asombrada que otra cosa. Podría haberlo negado, pero ambas sabían que no iba a cambiar nada, que a Dana la creerían y a Vinessa no. Durante un instante, Dana todavía habría podido retractarse, podría haber confesado la verdad, pero no lo hizo.

Expulsaron a Vinessa. Cuando volvió al instituto, ignoró deliberadamente a Dana, cosa que ella no podía reprocharle, pero la cosa no acabó ahí. Furiosa con el mundo, comenzó a desmadrarse: robaba en tiendas, salía toda la noche, iba borracha o fumada a clase y andaba con chicos que hacían otro tanto. Sus calificaciones cayeron en picado, y sus posibilidades de optar a una buena universidad se fueron al traste. Fue como si, antes de aquella noche, Vinessa hubiera estado haciendo equilibrismos en el filo de un cuchillo; podía convertirse en lo que la sociedad considera una buena chica o en una chica mala. La mentira de Dana la empujó al lado malo, y con ese sambenito, el curso de la vida de Vinessa había tomado un rumbo distinto.

Después de eso perdieron el contacto, pero Dana se cruzó con ella varios años más tarde. Vinessa le dijo que la perdonaba, dijo que entendía por qué lo había hecho. Después de una temporada en la cárcel y otra en rehabilitación estaba intentando enderezar su vida; quería asistir a clase en la universidad pública, pero no se podía permitir la cuota, y sus padres ya la habían dado por perdida. Dana se ofreció en el acto a echarle una mano.

Aquel primer intento no salió bien; Vinessa descubrió que no era capaz de conectar con la universidad a nivel emocional y lo dejó. Más tarde intentó abrir un negocio *online* y le pidió a Dana algo de dinero para ayudarla a despegar. Aquello tampoco prosperó; había calculado mal los costes que suponía. Ahora se le había ocurrido una idea para otra empresa, pero no le iba a pedir dinero a Dana para eso. El plan de Vinessa era cursar las asignaturas que le sirvieran para aprender a organizar una propuesta de negocio sólida que a continuación presentaría a potenciales inversores. Así que ahora le pedía de nuevo a Dana dinero para pagarse las clases.

Dana era consciente de que Vinessa se aprovechaba de sus sentimientos de culpabilidad, pero no le importaba. Era culpable. Se lo debía.

Nat salía del lavabo cuando oyó a Dana hablando con alguien a la vuelta de la esquina, en el vestíbulo. Se paró, se apoyó contra la pared y se puso el teléfono en la oreja para disimular. Luego se deslizó hasta que pudo escuchar a hurtadillas: alguien le estaba dando un sablazo, pero no quedaba clara la situación. ¿Se trataba de una especie de chantaje? Nat se dijo que tendría que indagar más, sólo para asegurarse de que no había sorpresas que afectaran a lo que Morrow y ella estaban haciendo, pero en realidad era pura curiosidad.

Salió a la calle y alcanzó a la mujer.

—Disculpa, ¿tú conoces a Dana?

La mujer le echó una mirada suspicaz.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Estoy en un grupo de apoyo que ella modera. Estaba a punto de marcharme cuando os he visto hablando. No he podido oír lo que decías, pero me ha parecido que estabas enfadada con ella. Me preguntaba si habías estado en algún grupo que moderase o habías sido paciente suya y tenías una mala experiencia. No es por fisgonear, me pregunto sólo si hay algo que valga la pena saber de Dana.

La mujer soltó una risita.

—Qué pregunta más interesante. ¿En qué clase de grupo estás?

—Es para gente con dificultades a la hora de usar prismas —dijo Nat. Ante la mirada de desdén de la mujer, Nat decidió seguir una corazonada—: Antes estaba en uno de Narcóticos Anónimos.

La otra asintió.

—Pero Dana no era tu moderadora en ese grupo, ¿no?

—No.

—Menos mal, porque para eso no confiaría en ella. Pero con eso de los prismas seguro que es perfecta. No tienes de qué preocuparte.

—¿Me puedes contar por qué no confiarías en ella para un grupo de Narcóticos Anónimos?

Ella se lo pensó y luego se encogió de hombros.

—Claro, por qué no. Invitas tú a las birras.

Se fueron a un bar cercano. La mujer se llamaba Vinessa; Nat la invitó a una Maker’s Mark y ella se pidió un refresco de arándanos. Nat le contó una versión suavizada de su historial de drogadicción, con cuidado de que encajase con su tapadera en el grupo de apoyo; no creía que Vinessa fuera a contarle aquella conversación a Dana, pero toda prudencia era poca. Una vez satisfecha con las credenciales de Nat, Vinessa empezó a hablar de su pasado; le contó que en el instituto tenía todo el potencial del mundo, que iba bien encaminada para acceder a una facultad prestigiosa y una vida genial. Todo eso se fue al garete cuando su mejor amiga la traicionó y la echó a los perros por salvar su culo. A partir de ahí, Vinessa se había tirado a la mala vida, una mala vida de la que ahora por fin empezaba a salir.

—Y por eso no la querría para un grupo de Narcóticos Anónimos. No sabes cuándo te va a entregar a la poli.

—Se supone que todo lo que sucede dentro de esos grupos es confidencial —dijo Nat.

—¡Lo mismo que un secreto entre amigas! —Otros clientes del bar se giraron para mirarlas. Vinessa retomó el volumen normal—: No es que sea la peor persona del mundo; por lo menos tiene la decencia de sentirse mal por lo que hizo. Pero hay gente con la que puedes contar para cualquier cosa y luego está la gente con la que sólo puedes contar para algunas cosas, y tienes que saber distinguir quién es quién.

—Pero sigues viéndote con ella.

—Bueno, como digo, Dana es buena para algunas cosas. A lo que voy es a que no es buena para todo. Yo me enteré por las malas.

Entonces Vinessa se puso a hablar de sus planes para poner en marcha un negocio. Nat no le preguntó por el dinero que le estaba sacando a Dana, pero vio que no era un chantaje premeditado. Vinessa se limitaba a utilizar a Dana, le daba una oportunidad para expiar sus pecados proporcionándole apoyo económico. Nat le dio las gracias a Vinessa y le prometió que no le contaría su conversación a nadie, y luego se fue para casa.

Nat había sido como Vinessa, siempre echándole la culpa de sus problemas a los demás. Durante años creyó que era culpa de sus padres que la

arrestasen por allanamiento, porque si no hubieran cambiado las cerraduras de su casa no habría tenido que forzar la puerta para coger algo que vender para pagarse las drogas. Le había costado mucho tiempo responsabilizarse de sus actos. Estaba claro que Vinessa todavía no había llegado a ese punto, y tal vez fuese porque había encontrado en Dana alguien dispuesto a aceptar la culpa. Dana le había jugado una mala pasada a Vinessa, sin duda, pero de eso hacía años. Si Vinessa todavía no se había recuperado a aquellas alturas, era culpa suya, no de Dana.

Cuando los prismas se volvieron asequibles para los clientes individuales, los comercios los anunciaron al principio como la alternativa privada a un corredor de datos. Lo orientaron a nuevos padres, animándolos a comprar uno ahora, activarlo y guardarlo hasta que su hijo fuera adulto, momento en el cual el chico vería de qué otra manera podía haber sido su vida. Este enfoque atrajo a algunos compradores, pero ni por asomo el volumen de demanda que los comercios habían esperado. En cambio, resultó que cuando la gente pudo comprarse prismas les encontraron usos personales más allá de explorar «lo que podría haber pasado».

Un uso extendido del prisma consistía en permitir la colaboración con uno mismo, incrementando tu productividad dividiendo las tareas de un proyecto entre dos versiones, cada uno de tus tus hacía la mitad del trabajo y luego se compartían los resultados. Algunos individuos intentaron comprar varios prismas para reunir un grupo formado sólo de versiones de ellos mismos, pero no todos los yos paralelos estaban en contacto directo con ellos mismos, lo que suponía que la información tenía que irse pasando de unos a otros, con lo que el cuaderno del prisma se consumía más rápidamente. Más de un proyecto concluyó repentinamente porque alguien había calculado a la baja el uso de datos y agotaba el prisma antes de que el trabajo realizado en una rama pudiese ser transmitido, con lo que quedaba inaccesible para siempre.

Más que los corredores de datos, la disponibilidad de prismas privados produjo un enorme impacto en la imaginación pública; incluso gente que jamás había usado prismas se descubría pensando en el tremendo papel que representaba la contingencia en sus vidas. Algunos experimentaban crisis de identidad, su percepción del yo se veía mermada por las numerosas versiones paralelas de sí mismos. Unos cuantos compraron muchos prismas y trataron de mantener sincronizados a todos sus yos paralelos, obligando a todos a mantener el mismo curso a pesar de que sus respectivas ramas divergieran. Aquello se reveló impracticable a la larga, pero los partidarios de esta práctica

se limitaron a comprar más prismas y repetir sus esfuerzos con un nuevo grupo de yos paralelos, aduciendo que cualquier intento de minimizar su dispersión valía la pena.

A muchos les preocupaba que sus decisiones perdieran sentido por el hecho de que cada acción que llevaban a cabo tenía su contrapartida en una rama en la que habían tomado la decisión contraria. Los expertos intentaron explicar que la facultad humana de tomar decisiones era más un fenómeno clásico que cuántico, de modo que el hecho de tomar una decisión no provocaba en sí la bifurcación de nuevas ramas; era el fenómeno cuántico lo que generaba nuevas ramas, y nuestras decisiones en esas ramas eran tan significativas como siempre. A pesar de dichos esfuerzos, mucha gente se convenció de que los prismas anulaban la carga moral de sus actos.

Algunos fueron tan irreflexivos como para cometer asesinatos y otros crímenes; las consecuencias de sus actos te persiguen en tu rama, no en ninguna otra. Pero hubo un cambio en el comportamiento que, si bien no llegó a la categoría de estallido de delincuencia, fue un dato claramente distinguible para los científicos sociales. Edgar Allan Poe había utilizado la fórmula «el demonio de la perversidad» para referirse a la tentación de hacer el mal simplemente porque puedes, y para muchos el demonio se había vuelto más persuasivo.

Como tantas otras veces, Nat pensó que ojalá hubiera una manera de saber qué opinaba Lyle de su prisma, alguna especie de medidor de los avances que iba consiguiendo ella. Había pasado un mes desde la treta de anunciar que se había deshecho de su prisma y, aunque sabía que Lyle estaba más cerca de hacerlo que al empezar, no tenía manera de saber cuánto tiempo tardaría. ¿Otro mes? ¿Otros seis meses? A Morrow se le acabaría pronto la paciencia, y entonces tendrían que probar con algo más drástico.

Una vez estuvo sentado todo el mundo, Lyle se ofreció a empezar. Se volvió hacia Dana.

—Cuando empecé a asistir a este grupo me dijiste que uno de los objetivos era tener una relación sana con nuestro para-yo.

—Uno de los posibles objetivos, sí —respondió Dana.

—El otro día estaba charlando con un tío que va al mismo gimnasio que yo, y me pareció que éste la tiene. Dice que su para-yo y él son amigos, intercambian consejos que han probado, animan al otro a mejorar. Suena maravilloso.

Nat se puso alerta de inmediato. ¿Acaso estaba planteándose Lyle hacer de ése su objetivo? Sería un desastre. Si se empecinaba en eso, ni el plan de Morrow bastaría para hacer que se deshiciera de su prisma.

—Y me di cuenta de que yo jamás de los jamases voy a tener esa clase de relación con mi para-yo. Así que he decidido que me voy a deshacer del prisma.

Nat sintió tal alivio que por un instante pensó que los demás lo debían de haber detectado, pero nadie se dio cuenta. Zareenah le preguntó a Lyle:

—¿Lo has hablado con tu para-yo?

—Pues sí. Al principio me propuso tomarnos un descanso durante un tiempo pero conservar los prismas. Yo eso ya lo había pensado, porque así cuando me vayan mejor las cosas podría contárselo. Pero hace un par de reuniones Nat comentó que ya no necesitaba demostrarle nada a nadie. Creo que quedarme con el prisma no haría más que perpetuar mi idea fija y seguir deseando demostrar algo. Así que se lo conté a mi para-yo, y lo comprendió. Vamos a vender nuestros prismas.

Kevin dijo:

—Que tu relación con tu para-yo no sea perfecta no quiere decir que tengas que darla por perdida. Eso es como decir que si tu matrimonio no es un cuento de hadas felicísimo todo el tiempo es que no quieres estar casado.

—No creo que la cosa funcione así —dijo Zareenah—. Conservar tu matrimonio es mucho más importante que conservar la relación con tu para-yo. Todo el mundo se las arreglaba sin ellos antes de que se inventaran los prismas.

—Pero ¿es que ahora la tónica general del grupo va a ser deshacerse de los prismas? Primero Nat, ahora tú. Yo no sé si quiero deshacerme del mío.

—No te preocupes, Kevin —dijo Dana—. Cada uno se pone sus metas. No hay necesidad de que todos tengamos la misma.

El grupo se pasó un rato más tranquilizando a Kevin y comentando la validez de las diferentes maneras de vivir con prismas. Cuando la reunión terminó, Nat se fue a hablar con Lyle.

—Creo que vas a tomar la decisión correcta —le dijo.

—Gracias, Nat. Me has ayudado mucho.

Ahora venía la parte crucial.

Nat se sorprendió por lo nerviosa que se sentía. Intentando que sonase como quien no quiere la cosa, le dijo:

—¿Sabes qué?, deberías vender el prisma en el mismo sitio donde vendí el mío. Os harán a tu para-yo y a ti un buen precio.

—¿En serio? ¿Cómo se llama?

—SelfTalk, en la cuarta.

—Ah, sí, creo que he visto algún folleto de ellos por ahí.

—Sí, así los descubrí yo también. Si quieres algo de apoyo moral cuando vayas a venderlo puedo ir contigo, y luego nos vamos a tomar un café o algo.

Lyle asintió.

—Claro, hagamos eso.

Y así, porque sí, el plan se encarriló.

—¿Qué te parece el domingo? —propuso Nat.

Nat estaba esperando a Lyle fuera de SelfTalk. Sabía que había posibilidades de que hubiera cambiado de opinión, pero se presentó puntual y llevaba el prisma. Fue un poco anticlimático verlo; ahí estaba lo que Morrow y ella llevaban currándose meses, pero no parecía distinto de cualquier otro prisma último modelo, un simple maletín de aluminio azul. Nat fue consciente de golpe de lo que tenía aquella situación de extraordinario y asombrosamente mundano a la vez: cada prisma era como algo sacado de un cuento de hadas, una bolsa que contenía una puerta a otro mundo, y sin embargo la mayoría de aquellos mundos no eran especialmente interesantes. Éste sólo era precioso porque podía reunir a un príncipe con su amado.

—¿Sigues dispuesto? —le preguntó.

—Al cien por cien —respondió Lyle—. Lo he confirmado esta mañana con mi para-yo y está conmigo. Ahora mismo debería estar llegando a su versión de SelfTalk.

—Genial. Vamos.

Entraron y Morrow estaba en el mostrador.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó.

Lyle respiró hondo.

—Me gustaría vender este prisma.

Morrow hizo lo habitual, comprobó el teclado, la cámara de vídeo, el micrófono. Ahora venía la variable más grande del plan: no sabían quién estaba en el mostrador del otro lado del prisma, quién iba a hacerle una oferta al Lyle paralelo. Muy probablemente el Morrow paralelo o la Nat paralela, en cuyo caso las cosas irían bien; aun cuando no tuvieran ni idea del plan, seguirían las instrucciones del Morrow de aquí. Pero siempre estaba la posibilidad de que otra persona trabajara en el mostrador de SelfTalk en la otra rama, lo que podía complicar las cosas.

Nat vio que Morrow tecleaba más de lo que la comprobación del teclado requería, lo que era buena señal. Morrow le estaba diciendo a la persona del otro lado que confiara en él, que le pagara al Lyle paralelo por encima del precio de mercado y actuase como si eso fuera completamente normal, que luego se lo explicaría. Por suerte, Lyle no tenía ni idea del tiempo que dura la inspección de un prisma.

Morrow hizo su oferta, y entonces Lyle lo habló brevemente con su para-yo. Dado que ya habían acordado vender sus prismas, no hablaron del precio; era una despedida. Nat se aseguró de no intercambiar miradas con Morrow mientras esperaban, pero no tenía claro dónde tenía que mirar. Era absurdo quedarse observando a Lyle, así que se puso a mirar la calle a través del escaparate.

Finalmente, Lyle entregó el prisma y cogió el dinero. Una vez hecho esto, Nat le preguntó:

—¿Cómo te sientes?

—Entre triste y aliviado.

—Vamos a por un café.

Charlaron un rato en la cafetería. Después se despidieron con un abrazo y ella le dijo que lo vería en la próxima reunión. Su plan era asistir a una más y luego anunciar que se marchaba porque le parecía que ya no lo necesitaba.

Cuando volvió a SelfTalk faltaba media hora para cerrar, y sólo había un par de clientes en el establecimiento. Encontró a Morrow en su despacho, tecleando en el prisma de Lyle.

—Llegas justo a tiempo —le dijo—. Estoy con mi para-yo. —Gesticuló para que mirase la pantalla mientras escribía.

¿Qué hay, tío?

¿Me vas a explicar por qué he pagado ese prisma a precio de oro?

Un accidente de coche hace seis meses, Scott Otsuka y Roderick Ferris. ¿Quién sobrevivió en tu rama?

Roderick Ferris.

Aquí Scott Otsuka.

¡Entendido! ¡Buena jugada, tío!

Ya, es tu día de suerte.
Esto es lo que tienes que hacer ahora.

Morrow ya había encontrado una copia impresa de un periódico de hacía seis meses cuyo titular decía que Roderick Ferris había muerto en el accidente mientras que Scott Otsuka no. La tarea del Morrow paralelo era encontrar un periódico impreso de su rama que informara del mismo choque en el que murió Otsuka y Ferris sobrevivió. Fijaron una hora varios días más adelante para volver a charlar.

Morrow plegó el teclado y puso el prisma en una estantería en la parte de atrás del almacén. Sonrió a Nat cuando volvió al despacho.

—Te pensabas que no nos íbamos a salir con la nuestra, ¿eh?

Nat había tenido sus dudas, y de hecho todavía le costaba creerlo.

—Todavía no nos hemos salido con la nuestra —respondió.

—Ya hemos hecho lo más difícil. El resto va a ser fácil. —Se echó a reír —. Alégrate, vas a ser rica.

—Supongo que ya estoy alegre. —Lo que era preocupante de por sí; para una adicta, una fortuna caída del cielo podía desencadenar una recaída con la misma facilidad que un suceso traumático.

Como si le estuviera leyendo la mente, Morrow le dijo:

—¿Te preocupa volver a caer en los vicios? Si quieres te guardo el dinero y me aseguro de que no te lo gastas en cosas malas.

Nat soltó una carcajadita.

—Gracias, Morrow, pero creo que mejor cojo mi parte.

—Si yo lo digo por ayudar.

Nat se preguntó sobre su versión en el otro lado del prisma. Su yo paralelo y ella habían sido la misma persona hasta hacía un año, cuando el prisma se activó. Ahora Nat iba a ser rica, mientras que su yo paralelo no. El Morrow paralelo iba a ser rico, pero su estilo no hacía esperar que compartiera su parte con la Nat paralela. Tampoco es que se lo mereciese mucho; la Nat paralela no había asistido a grupos de apoyo, no había hecho nada. El Morrow paralelo tampoco había hecho nada; tuvo la suerte de estar en el mostrador cuando

hicieron contacto. Si la Nat paralela hubiese estado atendiendo el mostrador en aquel momento, probablemente habría tenido que repartir con el Morrow paralelo (era el jefe), pero seguiría habiendo ganado un montón de dinero por estar en el sitio indicado en el momento indicado. La de cosas que se debían a la suerte.

Alguien había entrado por la puerta principal, un hombre de unos cuarenta con un chubasquero, así que Nat se dirigió hacia el mostrador.

—¿En qué puedo ayudarle?

—¿Un tal Morrow?

Morrow salió del despacho.

—Soy yo.

El hombre se le quedó mirando.

—Soy Glenn Oehlsen. Tú le robaste veinte mil dólares a mi madre.

Morrow se quedó perplejo.

—Aquí ha habido un error. Yo ayudaba a su madre a mantener contacto con su para-yo…

—Ya, y luego la convenciste para que te diese su dinero. ¡Ese dinero era mío!

—Era de su madre —dijo Morrow—. Podía hacer lo que le diese la gana con él.

—Bueno, pues yo estoy aquí ahora y quiero que me lo devuelvas.

—Yo no tengo ningún dinero, se transfirió a la otra rama.

La cara de Oehlsen se retorció en una mueca de desprecio.

—No me vengas con ésas, que sé que no se puede enviar dinero a otra línea temporal. ¡No soy idiota!

—Si me da unos días, puedo mirar si el para-yo de su madre estaría dispuesto a devolver…

—Calla la puta boca. —Oehlsen sacó una pistola de su chaqueta y apuntó a Morrow—. ¡Dame el dinero!

Morrow y Nat levantaron las manos.

—Vale, vamos a calmarnos —dijo Morrow.

—Me calmaré cuando me des el dinero.

—No tengo lo que buscas.

—¡Los cojones!

Desde donde estaba, Nat vio que un cliente metido en un cubículo se había dado cuenta de lo que pasaba y estaba llamando a la policía.

—Hay algo de pasta en la caja registradora —le dijo Nat—. Puede cogerlo.

—Yo no soy un puto ratero, sólo quiero lo que es mío. Lo que este tipo le timó a mi madre. —Con la mano libre, Oehlsen se sacó el teléfono y lo puso encima del mostrador—. Ahora saca el tuyo —le dijo a Morrow.

Lentamente, Morrow se sacó el teléfono y lo dejó junto al de Oehlsen.

Oehlsen abrió la cartera digital de su teléfono.

—Ahora me vas a hacer una transferencia. Veinte mil dólares.

Morrow negó con la cabeza.

—No.

—¿Te crees que estoy de broma?

—No te voy a pagar —le dijo.

Nat lo miró incrédula.

—Venga…

—Cállate —le dijo Morrow fulminándola con la mirada. Volvió a centrar su atención en Oehlsen—. No voy a pagarte.

Oehlsen estaba aturullado.

—¿Te crees que no soy capaz?

—Lo que creo es que no quieres ir a la cárcel.

—Tú trabajas con prismas. Sabes que hay alguna línea en la que ahora mismo te disparo.

—Ya, pero no creo que sea en ésta.

—Si va a pasar de todas formas, ¿por qué no voy a ser yo?

—Si me matas tú, eres tú el que va a la cárcel. Y como he dicho, no creo que te interese.

Oehlsen le clavó la mirada por unos instantes. Luego bajó la pistola, cogió su teléfono y salió del establecimiento.

Nat y Morrow soltaron unos suspiros de alivio tremendos.

—La madre que te parió, Morrow —dijo Nat—. ¿Qué coño te ha dado?

Morrow sonrió levemente,

—Sabía que no se iba a atrever.

—Cuando un tipo te apunta con un arma, tú haces lo que te diga. —Nat se dio cuenta de que el corazón le iba a mil por hora; trató de respirar hondo para aplacarlo. Tenía la camiseta empapada de sudor—. Mejor que vaya a ver cómo están los clientes… —Oehlsen estaba plantado en la entrada de nuevo.

—A la mierda —dijo—, ¿qué más da? —Levantó la pistola, disparó a Morrow en la cara y se marchó.

La policía atrapó a Glenn Oehlsen a unos kilómetros de allí. Los agentes interrogaron a Nat, a los clientes que estaban en el local y a un directivo que

vino de la oficina central de SelfTalk. Nat les dijo a los agentes que no tenía ni idea de qué se traía Morrow entre manos, y pareció que la creían. Le reconoció al directivo que sabía que Morrow había estado sacando un prisma del local y visitando a Jessica Oehlsen en la residencia, y éste la reprendió por no informar de una infracción de la política de empresa. Al día siguiente llegó un encargado provisional para el establecimiento; mandó hacer un inventario de todos los prismas del local e impuso nuevos procedimientos para marcar las entradas y salidas del almacén, pero Nat ya se había llevado a casa el prisma que Morrow le había comprado a Lyle.

En la siguiente conversación programada con el Morrow paralelo, Nat se puso al teclado:

¿Qué hay, tío?

No soy Morrow. Soy Nat.

Ey, Nat. ¿Por qué estás tú en el prisma?

Hemos tenido problemas. Morrow está muerto.

¿Qué? ¿En serio?

Timó a una mujer llamada Jessica Oehlsen.
Su hijo Glenn Oehlsen vino aquí
y le pegó un tiro. No sé si tú andas
con el mismo timo en tu rama,
pero si es así, déjalo.
Su hijo es un trastornado.

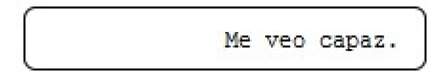
Mierda. Qué chungo.

¡Dímelo a mí! ¿Qué quieres que hagamos ahora?

Se hizo una larga pausa. Al final apareció una respuesta en la pantalla.

Podemos seguir con el
trato.
Tendrás que encargarte tú
de las cosas
en ese lado. ¿Te ves
capaz?

Nat se lo pensó. Vender el prisma a Scott Otsuka significaría viajar a Los Ángeles, un trayecto en bus de varias horas ida y vuelta. Probablemente necesitaría una reunión preliminar antes de cerrar la venta en sí, lo que suponía como mínimo dos viajes.



Por primera vez, Nat no representaba el papel de la compradora; era la vendedora. Tendría que proporcionar pruebas de lo que hacía de aquel prisma algo valioso. Nat y el Morrow paralelo intercambiaron fotos de sus respectivos periódicos impresos; eran más difíciles de falsificar que los digitales.

Ahora tenía que contactar con alguien que trabajase para Scott Otsuka, contarle lo que ofrecía y mandarle la foto como prueba.

Ornella llevaba diez años trabajando como asistente personal de Scott, mucho antes de que conociera a Roderick y se casase con él. El asistente de Roderick se había mudado a Francia hacía un par de años, y mientras buscaban a alguien que lo acompañase cuando rodaba o hacía alguna gira publicitaria, cuando Roderick estaba en casa era Ornella quien les hacía de asistente a ambos. Hasta seis meses atrás, cuando un conductor borracho lo había cambiado todo. Ahora, de nuevo, trabajaba sólo para Scott.

Antes del accidente, Ornella nunca le había prestado demasiada atención a los prismas. Sabía que los fans de Scott hacían circular copias piratas de otras versiones de sus canciones, pero nunca había escuchado ninguna de las auténticas, así que tampoco de las falsas; lo mismo pasaba con Roderick y sus películas. Sin embargo, desde el accidente parecía como si la estuvieran bombardeando con publicidad de corredores de datos: «Suscríbete ahora y sé la primera en ver las películas que Roderick Ferris habría protagonizado si hubiera sobrevivido».

Y luego estaban las ofertas de fans que tenían prismas y querían regalárselos a Scott. Sabían por las entrevistas que Scott y Roderick no tenían prismas, y si bien a Scott no le habría costado nada comprarle uno a un

corredor de datos, muchos de sus fans querían tener esa conexión con él, ser quienes hubieran aliviado su dolor. Ornella sabía que Scott se había planteado buscar un prisma; habría dado lo que fuera por ver vivo de nuevo a Roderick. Pero el problema era evidente: en cualquiera de esas ramas en las que el accidente no hubiera ocurrido y su marido viviera aún, también estaría allí su para-yo. Scott sería un viudo doliente inmiscuyéndose en una pareja felizmente casada, un recordatorio de que el desastre podía sobrevenir en el momento menos pensado, un pájaro de mal agüero. No era eso lo que quería. Si Scott iba a ver a un Roderick paralelo, no podía ser un objeto de piedad ni de temor.

La última oferta era distinta: un prisma que conectaba con una rama donde no había ningún Scott paralelo, sólo un Roderick de luto. Eso sí podía interesar a Scott. Aunque no se lo iba a contar hasta que no se asegurara de que era una oferta legítima.

Ornella le había pedido a un experto que examinara la imagen que había recibido, evidentemente. Éste le dijo que de entrada no era una falsificación, pero que él mismo podía crear una igual de buena, así que por sí sola no demostraba nada. Le respondió al vendedor que primero quería hablar con la Ornella de la otra rama, así que fijaron una fecha.

Se quedó un poco sorprendida cuando llegó la vendedora. Había dado por hecho que «Nat» era un hombre, pero era una mujer que se presentó en la puerta principal con un prisma. Nat era delgada y podría haber sido guapa si se esforzara, pero tenía un aura de tristeza. Los años que Ornella llevaba trabajando para Scott le habían dado mucha experiencia a la hora de identificar a oportunistas, pero Nat no le dio esa sensación, por lo menos no de buenas a primeras.

—Quiero que quede claro —le dijo Ornella cuando entró—. Hoy no va a ver a Scott. Ni siquiera está en casa. Si quedo conforme con lo que veo, entonces programaremos otra reunión.

—Por supuesto, eso suponía —dijo Nat. Casi parecía disculparse por lo que estaba haciendo.

Ornella hizo que preparase el prisma en una mesita. Al principio, Nat sostuvo una conversación vía texto con la persona que había al otro lado, y luego pasó a vídeo y deslizó el prisma hacia Ornella. Apareció una cara en la pantalla, pero no era una versión paralela de Nat, era un hombre, flaco y desgarbado. Un oportunista.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Me llamo Morrow. —Se apartó y entonces la pantalla la ocupó otra versión de sí misma. Ornella vio que la habitación de fondo era la misma en la que estaba ella ahora, y reconoció también el vestido que llevaba su yo paralelo.

—¿Es verdad? —preguntó vacilante—. ¿Roderick está vivo en vuestra rama?

A su yo paralelo también parecía que le costase creérselo.

—Eso es. ¿Y en la vuestra vive Scott?

—Sí.

—Tengo unas cuantas preguntas.

—Las mismas que yo, seguramente. —Las dos Ornellas intercambiaron información sobre el accidente de tráfico. Había sido igual en ambas ramas: el mismo estreno de cine, el mismo conductor ebrio. Con un superviviente distinto.

Acordaron que Ornella hablaría con Scott, y que su yo paralelo hablaría con Roderick. En el caso de que ambos estuvieran abiertos a la posibilidad, las Ornellas programaron una cita para la semana siguiente a fin de que probasen los prismas y decidieran si querían comprarlos.

—Ahora hablemos del precio —dijo Ornella.

—No vamos a hablar ahora del precio —dijo Morrow con firmeza desde el otro lado—. Después de que vuestros jefes hayan probado el producto, pondré un precio. O lo tomáis o lo dejáis.

Una estrategia hábil; en el caso de que Scott y Roderick quisieran comprar, no estarían de humor para regatear. Era evidente que el tal Morrow era quien manejaba los hilos.

—De acuerdo —contestó Ornella—. Hablaremos después.

Deslizó el prisma hacia Nat, que charló brevemente con Morrow antes de cerrarlo.

—Supongo que eso es todo —dijo Nat—. Volveré la semana que viene.

—Perfecto —dijo Ornella. Acompañó a Nat hasta la puerta principal y le abrió. Cuando Nat empezaba a bajar los escalones, Ornella le preguntó—: ¿Cómo es que estoy tratando con usted?

Nat se dio la vuelta.

—¿Disculpe?

—Mi para-yo trata con un tipo que se llama Morrow. ¿Por qué me toca a mí tratar con usted en lugar de con una versión de Morrow?

La mujer suspiró.

—Es una larga historia.

Nat se sirvió una taza de café y se sentó. Aquélla era su segunda reunión desde que se había hecho con el prisma de Lyle; la semana anterior tenía planeado anunciar que no volvería, pero al final apenas dijo nada. De modo que había tenido que asistir por lo menos a una más para decir que se iba a tomar un descanso; la gente se haría preguntas si se limitaba a desaparecer.

Dana sonrió al grupo y dijo:

—¿Quién quiere comenzar hoy?

Sin pretenderlo, Nat se vio hablando justo cuando Lyle comenzaba a decir algo. Se callaron los dos.

—Adelante —dijo Nat.

—No, habla tú —dijo Lyle—. Creo que tú nunca has empezado.

Nat se dio cuenta de que así era. ¿Qué le había entrado? Abrió la boca, pero por una vez no se le ocurrió una buena mentira. Al final dijo:

—A un tipo con quien trabajo, supongo que se le podría llamar mi supervisor, lo mataron hace poco. De un tiro, de hecho.

El grupo se quedó pasmado, entre ay Dios míos murmurados aquí y allá.

—¿Quieres contarnos cómo era tu relación con él? —le preguntó Dana.

—Sí —dijo Kevin—. ¿Erais amigos?

—Más o menos —admitió Nat—. Pero no es por eso por lo que no me lo quito de la cabeza. Ya sé que éste no es un grupo de duelo…, supongo que lo traigo a colación porque quería saber vuestra opinión sobre una cosa.

—Por supuesto —dijo Dana—. Adelante.

—Sigo pensando en lo azaroso de su asesinato. No me refiero a que el asesino lo escogiera al azar, quiero decir que cuando apuntó con la pistola a mi supervisor le dijo que alguna versión suya apretaría el gatillo, de manera que ¿qué más daba cuál de ellos? No es la primera vez que oímos esa frase, pero nunca le había prestado atención. Pero ahora me pregunto, ¿la gente que dice eso está en lo cierto?

—Es una buena pregunta —dijo Dana—. Concuerdo en que todos hemos oído a gente hacer afirmaciones similares. —Se dirigió al grupo—. ¿Alguien tiene alguna opinión sobre el tema? ¿Creéis que cada vez que alguien os enfurece hay una rama en la que agarráis una pistola y le disparáis?

Zareenah intervino:

—Yo he leído que ha habido un aumento de crímenes pasionales desde que los prismas se popularizaron. No es que sea enorme, pero sí estadísticamente significativo.

—Pues sí —dijo Kevin—, y por eso la teoría no puede ser cierta. El hecho de que haya habido un aumento, por pequeño que sea, refuta la teoría.

—¿En qué sentido? —le preguntó Zareenah.

—Las ramas son generadas por cualquier acontecimiento cuántico, ¿verdad? Incluso antes de que tuviéramos prismas las ramas se separaban constantemente, lo que pasa es que no teníamos acceso a ninguna de ellas. Si fuera verdad que siempre hay una rama donde agarramos una pistola y disparamos a alguien porque sí, entonces deberíamos tener el mismo número de asesinatos antes y después de la invención de los prismas. La invención de los prismas no va a provocar que esos asesinatos se acumulen en esta rama en concreto. Así que si tenemos más gente matando desde que los prismas se popularizaron, no puede ser porque siempre haya una rama donde coges una pistola.

—Sigo tu razonamiento —dijo Zareenah—, pero entonces ¿qué es lo que provoca el aumento de asesinatos?

Kevin se encogió de hombros.

—Es como una moda de suicidios. La gente oye que otros lo hacen y se le meten ideas en la cabeza.

Nat pensó en ello.

—Eso demuestra que el argumento no puede ser cierto, pero no explica por qué es erróneo.

—Si sabes que la teoría está mal, ¿para qué quieres más?

—¡Quiero saber si mis decisiones cuentan! —Le salió con más vehemencia de la que pretendía. Nat cogió aire y prosiguió—: Olvidaos del asesinato; no es de lo que hablo. Pero ¿cuando tengo la opción de hacer algo bien o algo mal siempre escojo las dos en distintas ramas? ¿Para qué molestarme en ser amable con otros si cada vez también estoy siendo una capulla con ellos?

Comentaron el asunto un rato entre los miembros del grupo, pero al final Nat se volvió hacia Dana.

—¿Me puedes decir qué piensas tú?

—Claro —contestó Dana. Se paró a organizar sus pensamientos—. En general, creo que las acciones de uno son coherentes con su carácter. Habrá más de una cosa que encaje con tu carácter, porque tu comportamiento va a variar dependiendo de tu humor, pero hay muchas más cosas que no tendrán nada que ver con tu carácter. Si eres alguien a quien siempre le han gustado los animales, no hay una rama en la que le pegas una patada a un cachorro porque te ha ladrado. Si eres alguien que siempre ha obedecido la ley, no hay ramas donde de repente has robado un colmado en lugar de ir al trabajo esa mañana.

Kevin dijo:

—¿Y qué hay de las ramas que divergieron cuando eras un bebé y en las que tu vida toma un curso totalmente distinto?

—Eso a mí me da igual —dijo Nat—. Lo pregunto por ramas donde yo, habiendo vivido la vida que he vivido, me enfrento a una elección.

—Kevin, luego podemos hablar de divergencias mayores, si quieres —dijo Dana.

—No, no pasa nada. Seguid.

—Vale, entonces imaginemos que estáis en una situación donde tienes un par de opciones, y cualquier manera de actuar sería coherente con tu carácter. Por ejemplo, supongamos que un cajero te ha dado cambio de más, y puedes devolverlo o quedártelo. Supongamos que puedes hacer una cosa y otra dependiendo del tipo de día que lleves. En ese caso, diría que es totalmente posible que haya una rama en la que te quedas con el cambio extra, así como una rama donde lo devuelves.

Nat se dio cuenta de que tal vez no había otras ramas donde pudiera devolver el cambio de más. Desde que tenía memoria, si tenía un buen día, sacar algo de cambio de más no hacía sino mejorar aún más el día.

Kevin preguntó:

—¿Entonces eso significa que no importa si nos comportamos como gilipollas?

—Le importa a la persona de esta rama con la que estés comportándote como un gilipollas —dijo Zareenah.

—Pero ¿y globalmente? ¿Acaso comportarse como un gilipollas en esta rama aumenta el porcentaje de riesgo de comportamiento gilipollesco en todas las ramas?

—No tengo claro el cálculo —dijo Dana—. Pero la verdad es que creo que las decisiones cuentan. Cada decisión que tomamos contribuye a nuestro carácter y conforma la clase de persona que somos. Si queremos ser alguien que devuelve el dinero de más a la cajera, las acciones que llevemos a cabo ahora afectan a la probabilidad de llegar o no a ser esa persona.

»La rama en la que tienes un mal día y te quedas con el dinero de más es una que se bifurca en el pasado; tus acciones ya no pueden afectarla. Pero si actúas con empatía en esta rama, eso es significativo, porque tiene un efecto en las ramas que se separarán en el futuro. Cuanto más a menudo tomemos decisiones basadas en la empatía, menos probable es que tomemos una egoísta en el futuro, ni siquiera en las ramas donde estamos teniendo un mal día.

—Eso suena bien, pero… —Nat pensó en cómo un montón de años actuando de cierta forma podía dejar marcas en el cerebro de una persona, de manera que uno cayese una y otra vez en los mismos errores sin quererlo—. Pero no es fácil —dijo.

—Ya sé que no —dijo Dana—. Pero la cuestión era, teniendo en cuenta que sabemos de la existencia de otras ramas, si vale la pena tomar buenas decisiones. Yo creo que sí, sin duda. No somos santos, pero podemos esforzarnos. Cada vez que hacemos algo generoso le damos forma a un yo más susceptible de serlo de nuevo la próxima vez, y eso cuenta.

»Y no es sólo nuestro comportamiento lo que estamos cambiando en esta rama: lo estamos inoculando a todas nuestras versiones que se separen de nosotros en el futuro. Al volvernos mejores personas, nos aseguramos de que cada vez más ramas divergentes de este punto se pueblen de mejores versiones de nosotros.

Mejores versiones de Nat.

—Gracias —le dijo—. Eso es lo que buscaba.

Desde el principio Ornella había tenido claro que el momento en que Nat y Scott se viesen sería incómodo, pero resultó serlo aún más de lo esperado. Scott llevaba meses sin hablar apenas con nadie que no fuera miembro de la familia o amigo íntimo y había perdido la práctica de enfundarse la máscara pública; la perspectiva de ver a Roderick vivo de nuevo hacía que estuviera especialmente angustiado. En cuanto a Nat, parecía distante, que no era lo que Ornella había esperado de alguien que pretendiera ganar un montón de dinero en los próximos minutos.

Nat volvió a colocar el prisma en la mesilla. Ornella pasó a vídeo y vio la cara de Morrow; entonces apareció su yo paralelo, que daba la sensación de estar tan nerviosa como ella. Por un instante Ornella sintió el impulso de cancelar el asunto, por temor a que Scott saliese aún más herido, pero sabía que no podían dejar pasar aquella oportunidad. Le hizo un gesto a Scott para que se sentara en el sofá a su lado al mismo tiempo que su yo paralelo hacía un gesto a alguien fuera de plano, y entonces Ornella giró el prisma hacia Scott.

En la pantalla había una cara que resultaba doblemente familiar, primero porque era Roderick y segundo porque presentaba las marcas de meses y meses de duelo, las mismas huellas de desgaste que Ornella veía en la cara de Scott a diario. Scott y Roderick debieron de tener la misma reacción, porque se echaron a llorar simultáneamente, y nunca antes en su vida había sentido

Ornella tan claramente que aquellos dos hombres habían nacido para estar juntos, por cómo eran capaces de mirarse a la cara el uno al otro y reconocerse a sí mismos.

Scott y Roderick empezaron a hablar pisándose. Ornella no quería que ningún desconocido escuchase lo que decían, así que se puso en pie.

—¿Podemos dejarles un poco de intimidad?

La mujer, Nat, asintió e hizo el amago de salir de la habitación, pero Ornella oyó a Morrow al otro lado del prisma.

—Pueden tener todas las conversaciones privadas que quieran en cuanto el prisma sea suyo. Pero primero tienen que comprarlo.

Al mismo tiempo, las dos Ornellas preguntaron:

—¿Cuánto?

Morrow dijo una cantidad. Ornella vio la reacción de Nat, como si la cifra fuese más alta de lo que esperaba.

Scott y Roderick no vacilaron.

—Pagadles.

Ornella le agarró una mano a Scott y lo miró, preguntándole sin palabras: «¿Estás seguro de lo que haces?». Él le apretó la mano y asintió. Antes habían hablado de la finitud de lo que ofrecía el prisma. Por mucho que Roderick y él los dosificasen, la cantidad de datos restante del cuaderno no duraría el resto de sus vidas. No se conformarían sólo con texto; querrían oír sus voces y verse las caras, así que el cuaderno acabaría agotándose, y entonces tendrían que decirse adiós. Scott se había mostrado dispuesto a seguir con aquello; en su opinión, todo el tiempo que pudieran compartir valía la pena por poco que fuera, y cuando llegara el final, al menos no sería por sorpresa.

Ornella se levantó y se volvió hacia Nat.

—Venga conmigo y le haré el pago. —Oyó a su yo paralelo decirle lo mismo a Morrow. La pantalla pasó de la cara de Roderick a la de Morrow y entonces la pantalla se oscureció; no iba a perder de vista el prisma hasta que el dinero no estuviera en su cuenta.

Nat, en cambio, se conformó con dejar el prisma a Scott en la mesa. Lo miró un momento con incomodidad y le dijo:

—Le acompaño en el sentimiento.

—Gracias —respondió Scott secándose las lágrimas.

Nat siguió a Ornella hasta el cuarto donde tenía el escritorio. Ornella desbloqueó su teléfono y abrió la cartera digital. Intercambiaron sus números de cuenta y luego dejaron sus teléfonos uno al lado del otro sobre el

escritorio. Ornella introdujo la cantidad de dólares y pulsó enviar. El teléfono de Nat recibió la transferencia, pero Nat no tocó el botón de aceptar.

—Supongo que Scott tiene un montón de fans que le habrían dado el prisma gratis —dijo Nat mirando fijamente la pantalla.

Ornella asintió, aunque Nat no la estaba mirando.

—Sí —le dijo—. Desde luego.

—Probablemente hay incluso gente que sin ser fan habría hecho lo mismo.

—Probablemente. —Ornella estuvo a punto de decir que todavía quedaban buenos samaritanos en el mundo, pero no quería ofender a Nat dando a entender que ella no lo era. Tras unos segundos, Ornella dijo—: Ya que tenemos aquí el dinero, ¿le importa si le hago una observación personal?

—Adelante.

—Usted no es como Morrow.

—¿A qué se refiere?

—Entiendo por qué hace esto él. —¿Cómo podía decirlo con tacto?—. Ve en una persona destrozada la oportunidad de sacar provecho.

Nat asintió con reticencia.

—Ya, así es.

—Pero usted no es así. Entonces ¿por qué lo hace, usted?

—Todo el mundo necesita dinero.

Ornella se envalentonó lo suficiente como para ser franca.

—Si me lo permite, le diré que hay mejores maneras de ganar dinero.

—Me da igual. He estado dándole vueltas a lo mismo.

Ornella no tenía claro qué decir. Al final dijo:

—Scott está conforme con pagarle por lo que ha hecho. Pero si usted no va a sentirse bien aceptando el dinero, nadie la obliga.

El dedo de Nat sobrevoló el botón.

A lo largo de las últimas semanas Dana se había asegurado de no traer a colación en sus sesiones el incidente de vandalismo de Jorge. En cambio, hablaron de sus esfuerzos por reconocer sus propias cualidades e ignorar lo que otra gente pudiera pensar o no de él. Le pareció que avanzaban y pensó que podría abordar el tema en un futuro cercano.

Así que se quedó sorprendida cuando Jorge comenzó una sesión diciendo:

—Me he estado preguntando si debería volver a Lydoscope y pedirles que me pongan en contacto de nuevo con mis yos paralelos.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Quiero saber si han desvariado desde la última vez.

—¿Es por algo que haya sucedido?

Jorge contó una interacción reciente con su encargado.

—Y me puse realmente furioso, en plan que me habría puesto a destrozar cosas. Y eso me hizo pensar en lo que hablamos aquella vez, que era como si me hubiesen dado los resultados de un análisis médico cuando fui a Lydoscope. Empecé a pensar que igual el análisis no fue lo bastante preciso.

—¿Y si supiera que sus para-yos han desvariado en los últimos tiempos?, ¿significaría que hay algo grave que el primer análisis no detectó?

—No lo sé —dijo Jorge—. Quizá.

Dana decidió apretarle un poco las tuercas.

—Jorge, quiero proponerle algo. Aun en el caso de que sus para-yos no hayan dado rienda suelta a su cólera últimamente, igual vale la pena pensar en lo que sucedió en nuestra rama.

—Pero ¿cómo puedo saber si fue una ida de la olla o no sin comparar con mis para-yos?

—Desde luego es impropio de su carácter —le dijo Dana—. De eso no hay duda. Pero sigue siendo algo que hizo usted. Usted, no sus para-yos.

—Me está diciendo que soy horrendo.

—Yo no digo eso para nada —le aseguró—. Sé que es usted una buena persona. Pero incluso una buena persona se puede enfadar. Se enfadó y perdió los papeles. No pasa nada. Y no pasa nada por admitir que existe ese lado de su personalidad.

Jorge se quedó un rato allí sentado en silencio, y Dana temió haberse excedido. Entonces dijo:

—A lo mejor tiene razón. Pero ¿no es importante si eso es impropio de mi carácter en lugar de ser típico en mí?

—Pues claro. Pero aunque no fuese impropio de usted, tendría que asumir la responsabilidad de sus actos.

Jorge puso cara de terror.

—¿Quiere decir que tengo que contarle a mi jefe lo que hice?

—No me refiero a responsabilidad legal —lo tranquilizó Dana—. Me da igual si su encargado se entera o no. A lo que me refiero cuando hablo de asumir la responsabilidad es a asumir lo que hizo, y tenerlo en cuenta cuando decida qué hacer en el futuro.

Jorge suspiró.

—¿Por qué no puedo olvidarme de que pasó y punto?

—Si yo creyera sinceramente que va a ser más feliz olvidándolo estaría conforme. Pero el hecho de que haya invertido tanta energía en esto indica que le preocupa.

Jorge miró al suelo y asintió.

—Tiene razón, así es. —Volvió a mirarla—. ¿Qué debería hacer, entonces?

—¿Qué le parecería contarle a Sharon lo que pasó?

Él se quedó callado un buen rato.

—Supongo… que si también le cuento que mis para-yos no hicieron lo mismo verá que no es una cosa fundamental de mi carácter. Así no se le meterán ideas raras en la cabeza.

Dana se permitió una sonrisa imperceptible; Jorge estaba llegando por su propio pie.

Nueva ciudad, nuevo apartamento; Nat todavía no había encontrado trabajo, pero era pronto aún. Encontrar un grupo de Narcóticos Anónimos sí había sido fácil, en cambio. Al principio había querido asistir al grupo de apoyo de los prismas una última vez y contarles todo a todos, pero cuanto más lo pensaba más convencida estaba de que eso habría sido sólo en su propio beneficio. Lyle ahora estaba bien; no le gustaría enterarse de que ella había abrigado motivos ocultos durante todo el tiempo que se trataron. Lo mismo con los demás del grupo. Mejor que siguieran pensando que la Nat que conocieron era la Nat de verdad.

Y por eso estaba ahora en una reunión de Narcóticos Anónimos. Era más grande que el grupo de apoyo de los prismas —los prismas jamás igualarán el reclamo de las drogas— y la formaba el batiburrillo habitual: gente de la que nunca habría sospechado que fueran adictos y gente que no podía ser otra cosa. No tenía ni idea de si ese grupo se tomaba lo de los pasos a rajatabla o se confiaba a un poder supremo. Ni siquiera estaba segura de que quisiera asistir a reuniones con regularidad; lo vería sobre la marcha.

La primera persona con la que habló era un hombre que contó cómo se despertó de una sobredosis con su hija de trece años pinchándole una inyección de Narcan. Escuchar aquello no era plato de buen gusto para nadie, pero Nat encontró algo vagamente consolador en verse de vuelta entre un grupo de gente con cuyas experiencias podía identificarse. A continuación, tomó la palabra una mujer, y luego otro hombre; ninguno contó nada particularmente desgarrador, para su alivio. Nat no quería hablar inmediatamente después de nadie con una historia de terror a cuestas.

El director del grupo era un hombre de voz suave y barba entrecana.

—Veo algunas caras nuevas esta noche. ¿Os gustaría contarle algo al grupo?

Nat levantó una mano, se presentó.

—Llevo unos cuantos años sin venir a una de estas. He sido capaz de mantenerme limpia sin reuniones. Pero últimamente me han pasado algunas cosas…, no es que sintiera la necesidad de venir a una reunión para evitar una recaída, pero he estado dándole vueltas y supongo que quería un sitio donde hablar.

Nat se quedó un momento en silencio, había perdido la práctica, pero el director del grupo se dio cuenta de que tenía más que decir y esperó pacientemente. Al rato prosiguió:

—He hecho daño a gente a la que probablemente no voy a poder compensar nunca. No me darán oportunidad, y lo entiendo. Pero supongo que, en cierto modo, eso me hizo pensar que, ya que no había sido capaz de portarme bien con ellos, a quienes más perjudiqué, entonces no importaba realmente si era buena o no con otra gente. Así que me mantuve limpia, pero seguí mintiendo, seguí engañando. Nada horrendo, nada que perjudicase a nadie como cuando me metía. Me limitaba a mirar por mí, sin darle la mayor importancia.

»Pero hace poco tuve una…, una oportunidad de hacer algo realmente bueno por otra persona. No era nadie a quien hubiese perjudicado, sino alguien que lo estaba pasando mal. Me habría resultado fácil comportarme como siempre lo he hecho. Pero me imaginé cómo actuaría una persona mejor, y eso es lo que hice.

»Me siento bien por lo que hice, pero tampoco es que me merezca una medalla. Porque hay otros a quienes la generosidad les sale de manera natural, sin forzarlo. Y para ellos es fácil porque en el pasado tomaron un montón de pequeñas decisiones para ser generosos. A mí me costó porque en el pasado tomé un montón de pequeñas decisiones para ser egoísta. Así, yo misma soy la razón por la que me cuesta ser generosa. Eso lo tengo que solucionar. O lo quiero solucionar. No estoy segura de si éste es el grupo indicado para eso, pero es el primer sitio que se me ocurrió.

—Gracias —dijo el director de grupo—. Eres más que bienvenida a nuestras reuniones.

El otro nuevo, un chico que parecía recién salido del instituto, se presentó y se puso a hablar. Nat se volvió para escucharlo.

Cuando Dana llegó a casa le esperaba un paquete. Al entrar en su apartamento lo abrió y se encontró una tableta personal dentro, sin embalaje de tienda, sólo una nota adhesiva pegada en la pantalla: «Para Dana». Examinó el envoltorio, pero no aparecía ningún nombre ni dirección del remitente.

Dana encendió la tableta; los únicos iconos en la pantalla eran media docena de archivos de vídeo, cada uno etiquetado con su nombre seguido de una secuencia de números. Clicó en el primero para verlo, y la pantalla se llenó con una imagen de su cara en baja resolución. Pero no era ella, era una versión paralela suya que hablaba de su pasado.

—La señora Archer entró en nuestra habitación y nos pilló contando las pastillas. Nos preguntó que qué era aquello y me quedé petrificada un segundo. Luego dije que era mío, que Vinessa no tenía nada que ver con eso. No se fiaba, porque yo nunca me había metido en líos hasta entonces, pero la convencí. Al final me expulsaron del colegio, pero tampoco fue para tanto; me pusieron en régimen de prueba, de manera que si no volvía a meterme en líos no lo pondrían en mi expediente. Sabía que habría sido peor para Vinessa, por cómo les caía a los profesores.

»Pero Vinessa empezó a evitarme y, cuando por fin le pregunté por qué, me dijo que se sentía culpable cada vez que me veía. Le dije que no tenía por qué sentirse culpable y que quería salir por ahí con ella, pero aún le sentó peor. Me enfadé con ella; se enfadó conmigo. Empezó a ir con unas chicas que siempre andaban metidas en líos, y a partir de ahí la cosa fue cuesta abajo. La pillaron pasando droga dentro del colegio, la expulsaron y luego ya estuvo entrando y saliendo cada dos por tres de la cárcel.

»Y yo sigo pensando que si no hubiese dicho que las pastillas eran mías, todo habría sido distinto. Si hubiera dejado que Vinessa cargase con su parte de culpa no habrían tenido con qué separarnos. Habríamos estado juntas, no habría empezado a salir con esas chicas problemáticas y su vida habría ido por un camino totalmente distinto.

¿Qué cojones? Con dedos temblorosos clicó en el segundo vídeo.

Otra Dana:

—Una de las profesoras entró en la habitación justo cuando estábamos contando las pastillas. Yo lo confesé todo de inmediato; le conté que Vinessa y yo se las habíamos robado a nuestros padres para desfasar. Al final el colegio nos expulsó temporalmente y nos puso en régimen de prueba; creo que querían hacerle algo peor a Vinessa, pero se vieron obligados a imponernos el mismo castigo a las dos.

»Vinessa se cabreó conmigo. Dijo que tendría que haberle dicho a la profesora que nos habíamos encontrado las pastillas, que alguien nos las debía de haber metido en las mochilas en el aeropuerto, y que estábamos a punto de contárselo a un profesor. Dijo que así no habrían podido cargarnos con aquel marrón. Pero como había confesado, ahora estaba en régimen de prueba y los profesores que la detestaban se la cargarían a la primera de cambio. No pensaba darles ese poder. En cuanto se terminó el período de expulsión, Vinessa se presentó al instituto borracha. Después de repetirlo unas cuantas veces, la expulsaron permanentemente y empezaron a arrestarla de vez en cuando.

»Y yo sigo pensando que si no hubiera confesado todo sería distinto. Aquel susto habría bastado para que Vinessa se alejase de líos. Empezó a pasarse de la raya sólo porque estaba enfadada conmigo. De no ser por eso, habría entrado en una buena universidad, y su vida habría ido por derroteros completamente distintos.

El resto de vídeos no aludían a ninguna pillada con pastillas, pero seguían una pauta reconocible. En uno, Dana se sentía culpable por presentarle a Vinessa a un chico que la hizo aficionarse a las drogas. En otro era un hurto en una tienda lo que envalentonaba a Vinessa para intentar robos más espectaculares. Un montón de Vinessas atrapadas en pautas de comportamiento autodestructivo. Un montón de Danas culpándose por ello, independientemente de las decisiones que tomasen.

Si la misma cosa sucede en ramas donde actuaste de manera distinta, entonces tú no eres la causa.

Ella mintió sobre el hecho de que las pastillas fuesen de Vinessa, pero su mentira no fue lo que la hizo decantarse por la mala vida, lo que la convirtió en delincuente. Ésa era la dirección que Vinessa iba a escoger siempre, sin importar lo que hiciesen los demás. Y Dana se había pasado años y había gastado miles de dólares intentando enmendar lo que hizo, tratando de arreglarle la vida a Vinessa. Igual no tenía por qué seguir haciéndolo.

Dana echó un vistazo a los metadatos de los archivos de vídeo. Cada archivo contenía información sobre el prisma de donde provenía; los prismas tenían fechas de activación de quince años atrás.

Quince años eran los que habían transcurrido desde aquel viaje de fin de curso de Vinessa y ella. Los corredores de datos acababan de comenzar por entonces, y los prismas de la época tenían cuadernos mucho más pequeños que los modernos. Le sorprendió que algún corredor conservase todavía prismas tan antiguos, y además con datos sobrantes en los cuadernos como

para transmitir vídeo. Aquéllos eran los prismas más valiosos que tenían los corredores de datos, y transmitir aquellos vídeos probablemente habrían agotado los cuadernos.

¿Quién lo habría pagado? Tenía que haber costado una fortuna.

NOTAS A LOS RELATOS

«EL COMERCIANTE Y LA PUERTA DEL ALQUIMISTA»

A mediados de la década de los noventa, el físico Kip Thorne estaba en medio de la gira de presentación de uno de sus libros cuando asistí a una charla en la que explicó cómo podría, en teoría, crearse una máquina del tiempo que obedeciera a la teoría de la relatividad de Einstein. Me pareció absolutamente fascinante. El cine y la televisión nos han empujado a imaginarnos las máquinas del tiempo como vehículos en los que viajas, o algún tipo de teletransportador que nos lleva a una era diferente. Pero lo que Thorne describió fue más bien un par de puertas donde todo lo que entra o sale de una, saldrá o entrará por la otra en un lapso de tiempo fijo más tarde. Este tipo de máquina del tiempo respondía a varias preguntas planteadas por las máquinas del tiempo tipo vehículo o transportador: ¿qué pasa con el movimiento de la Tierra?, ¿por qué todavía no hemos visto visitantes del futuro? Aún más interesante fue el hecho de que Thorne hubiera realizado algunos análisis matemáticos que indicaban que no se podía cambiar el pasado con esta máquina del tiempo, y que sólo era posible una única línea de tiempo coherente.

En la mayoría de las historias de viajes en el tiempo se da por sentado que es posible cambiar el pasado, y aquéllas en las que no es posible resultan a menudo trágicas. Aunque todos podemos comprender el deseo de cambiar cosas en nuestro pasado, quería intentar escribir un relato de viajes en el tiempo donde la incapacidad para cambiar nada no fuera necesariamente motivo de tristeza. Pensé que un entorno musulmán podría funcionar, porque la aceptación del destino es uno de los artículos básicos de fe en el Islam. Entonces se me ocurrió que la naturaleza recurrente de las historias de viajes en el tiempo podría encajar bien con la convención de cuentos dentro de cuentos estilo *Las mil y una noches*, y eso se me antojó un experimento interesante.

«EXHALACIÓN»

«EXHALACIÓN»

Esta historia tiene dos inspiraciones muy dispares. La primera fue un cuento de Philip K. Dick llamado «La hormiga eléctrica», que leí de adolescente. En él, el protagonista acude a un médico para una consulta rutinaria y, para su sorpresa, le dicen que en realidad es un robot. Más tarde, se abre el pecho y ve un carrete de cinta perforada que se desenrolla lentamente para producir su experiencia subjetiva. Esa imagen de una persona que literalmente observa su propia mente se me quedó clavada para siempre.

La segunda fue el capítulo del libro *La nueva mente del emperador*, de Roger Penrose, donde se analiza la entropía. Penrose señala que, en cierto sentido, es incorrecto decir que comemos alimentos porque necesitamos la energía que contienen. La conservación de la energía significa que no se crea ni se destruye; irradiamos energía constantemente, casi al mismo ritmo que la absorbemos. La diferencia es que la energía térmica que irradiamos es una forma de energía de alta entropía, lo que significa que está desordenada. La energía química que absorbemos es una forma de energía de baja entropía, lo que significa que está ordenada. En efecto, estamos consumiendo orden y generando desorden; vivimos aumentando el desorden del universo. Somos capaces de existir únicamente porque el universo comenzó en un estado altamente ordenado.

La idea es bastante simple, pero nunca la había visto expresada de esa manera hasta que leí la explicación de Penrose. Quería ver si podía transmitir esa idea en una narración.

«LO QUE SE ESPERA DE NOSOTROS»

Hay un *sketch* de los Monty Python sobre un chiste que es tan divertido que cualquiera que lo escuche o lo lea se muere de risa. Es un ejemplo de un viejo tropo que ha adquirido el nombre de «el motivo de la sensación dañina»: la idea de que podrías morir simplemente escuchando o viendo algo. O, según la versión, entendiendo algo; en el *sketch* de los Monty Python, los angloparlantes podían recitar con seguridad la versión alemana de la broma mientras no entendieran lo que decían.

La mayoría de las versiones de este tropo involucran algún elemento sobrenatural; por ejemplo, en la literatura de terror a menudo se presentan libros malditos que enloquecen a la gente. Me pregunté si era posible una versión no sobrenatural de esto, y se me ocurrió que un argumento realmente convincente de que la vida no tenía sentido podría encajar. No es algo que

funcione instantáneamente; el argumento costaría tiempo asimilarlo por completo, pero eso sólo significaba que se extendería aún más a medida que la gente lo repitiera a otros mientras lo rumiaban.

Contra esto se puede aducir, por supuesto, que incluso un argumento irrefutable no convencerá a todos los que lo escuchen. Los argumentos son demasiado abstractos como para influir en la mayoría de las personas. Una demostración física, en cambio, sería mucho más efectiva.

«EL CICLO DE VIDA DE LOS ELEMENTOS DE SOFTWARE»

La ciencia ficción está llena de seres artificiales que brotan completamente formados, igual que Atenea de la cabeza de Zeus, pero no creo que la conciencia realmente funcione de esta manera. Según nuestra experiencia con las mentes humanas, se requieren al menos veinte años de esfuerzo constante para producir una persona útil, y no veo ninguna razón por la que el proceso de enseñar a un ser artificial vaya a ser más rápido. Quería escribir una historia sobre lo que podría suceder durante esos veinte años.

También me interesaba la idea de las relaciones emocionales entre humanos e IA, y no me refiero a que los humanos se enamoren de los robots sexuales. No es el sexo lo que hace que una relación sea real, sino la disposición a dedicarle nuestros esfuerzos para mantenerla. Algunos amantes rompen a la primera discusión grave; algunos padres hacen tan poco por sus hijos como pueden; los dueños de algunas mascotas las ignoran cuando ya no les convienen. En todos estos casos, la gente no está dispuesta a hacer un esfuerzo. Mantener una relación real, ya sea con un amante, un niño o una mascota, exige que estemos dispuestos a equilibrar nuestros deseos y necesidades y los de los demás.

He leído relatos donde las personas argumentan que las IA merecen derechos legales, pero al centrarse en la gran pregunta filosófica hay una realidad mundana que dichos relatos pasan por alto. Es parecido a cómo se representa siempre en las películas el amor en términos de gran gesto romántico cuando, a largo plazo, el amor también significa capear los problemas económicos y recoger ropa sucia del suelo. Entonces, tan importante es el paso de lograr derechos legales para las IA como lograr que las personas inviertan un esfuerzo real en sus relaciones individuales con las IA.

E incluso en el supuesto de que no nos importe que tengan derechos legales, sigue habiendo buenas razones para tratar a las máquinas conscientes

con respeto. No hace falta creer que los perros detectores de bombas merecen el derecho a votar para reconocer que es mala idea maltratarlos. Incluso si lo único que nos importa es que detecten bombas con precisión, lo mejor es que se les trate bien. No importa si queremos que las IA cumplan el papel de empleados, amantes o mascotas, sospecho que su desempeño será mejor si durante su desarrollo hubo personas que se preocuparon por ellas.

Finalmente, permítanme citar a Molly Gloss, quien pronunció un discurso en el que habló sobre el impacto que tuvo su madre en ella como escritora. Criar a un hijo, dijo, «te pone en contacto, a fondo, inevitablemente, a diario, con algunos problemas bastante estimulantes: ¿Qué es el amor y cómo damos con él? ¿Por qué en el mundo hay maldad, dolor y pérdida? ¿Cómo descubrir la dignidad y la tolerancia? ¿Quién está en el poder y por qué? ¿Cuál es la mejor manera de resolver un conflicto?». Si queremos otorgarle a una IA responsabilidades importantes, entonces necesitará buenas respuestas a estas preguntas. Eso no va a suceder cargando las obras de Kant en la memoria de un ordenador; va a requerir el equivalente a una buena crianza de los hijos.

«LA NIÑERA AUTOMÁTICA, PATENTADA POR DACEY»

Normalmente soy incapaz de escribir un relato sobre un tema específico, pero hay raras ocasiones en que funciona. Jeff VanderMeer estaba editando una antología vertebrada en torno a exposiciones de artefactos imaginarios de museos: los artistas crearían ilustraciones de los artefactos, y los escritores proporcionarían un texto descriptivo para acompañarlos. El artista Greg Broadmore propuso la idea de una «niñera automática», una «máquina subrobótica, diseñada para cuidar bebés», y a mí se me antojó algo con lo que podía trabajar.

El psicólogo conductista B. F. Skinner diseñó una cuna especial para su hija, y existe el mito persistente de que la chica creció con daños psicológicos y acabó suicidándose. Es completamente falso; creció sana y feliz. Por otro lado, investigué al psicólogo John B. Watson, conocido como el fundador del conductismo. Aconsejó a los padres: «Cuando tengas la tentación de acariciar a tu hijo, recuerda que el amor de madre es un instrumento peligroso», y formó opiniones sobre la crianza de los hijos durante la primera mitad del siglo XX. Estaba convencido de que su enfoque era lo mejor para el niño, pero todos sus hijos sufrieron depresiones al llegar a la madurez, con varios intentos de suicidio, uno con éxito.

«LA VERDAD DEL HECHO, LA VERDAD DEL SENTIMIENTO»

A finales de la década de los noventa asistí a una conferencia sobre el futuro de la informática personal, y el ponente señaló que algún día sería posible conservar una grabación permanente en vídeo de cada momento de nuestras vidas. Fue una afirmación atrevida: en aquel momento el espacio en disco duro era demasiado costoso para almacenar vídeo, pero me di cuenta de que tenía razón: al final se podría grabar todo. Y aunque no se me ocurría qué forma iba adoptar, tuve claro que tendría un profundo impacto en la psique humana. Intelectualmente somos conscientes de que nuestros recuerdos son falibles, pero rara vez tenemos que afrontarlo. ¿Qué nos haría tener una memoria verdaderamente precisa?

Cada pocos años, recordaba esta pregunta y pensaba en ella nuevamente, pero nunca avancé en la construcción de una historia en torno a ella. Los memorialistas han escrito elocuentemente sobre la maleabilidad de la memoria, y no quería limitarme a repetir lo dicho. Luego leí *Oralidad y escritura* de Walter Ong, un libro sobre el impacto de la palabra escrita en las culturas orales; si bien algunas de las afirmaciones más sólidas del libro han sido cuestionadas, sigue pareciéndome revelador. Me sugirió que podría establecerse un paralelismo entre la última vez que una tecnología cambió nuestra cognición y la próxima.

«EL GRAN SILENCIO»

En realidad, hay dos piezas tituladas «El gran silencio», sólo una de las cuales tiene cabida en esta colección. Ello requiere una breve explicación.

En 2011 participé en un congreso llamado Tiende Puentes, cuyo propósito era promover el diálogo entre las artes y las ciencias. Otra de las participantes fue Jennifer Allora, la mitad del dúo de artistas Allora & Calzadilla. Yo no estaba del todo familiarizado con el tipo de arte que creaban (híbridos de performance, escultura y sonido), pero la explicación de Jennifer sobre las ideas con las que estaban comprometidos me fascinó.

En 2014, Jennifer se puso en contacto conmigo por la posibilidad de colaborar con ella y su pareja, Guillermo. Querían crear una instalación de vídeo multipantalla sobre antropomorfismo, tecnología y las conexiones entre el mundo humano y el no humano. Su plan era yuxtaponer imágenes del radiotelescopio de Arecibo con imágenes de los papagayos puertorriqueños en peligro de extinción que viven en un bosque cercano, y me preguntaron si podría escribir unos subtítulos que aparecerían en una tercera pantalla, una

fábula contada desde el punto a la vista de uno de los loros, «una especie de traducción entre especies». Dudé, no sólo porque no tenía experiencia en videoarte, sino también porque escribir fábulas no es lo habitual en mí. Pero después de que me mostrasen una breve secuencia preliminar, decidí probar, y en las siguientes semanas intercambiamos ideas sobre temas como la glosolalia y la extinción de lenguas.

La instalación de vídeo resultante, titulada The Great Silence, se expuso en el Fabric Workshop and Museum de Filadelfia como parte de una exposición de la obra de Allora & Calzadilla. Tengo que admitir que cuando vi la obra terminada lamenté una decisión que había tomado. Jennifer y Guillermo ya me habían invitado a visitar el Observatorio de Arecibo, pero rechacé la idea porque no creía que fuera necesario para escribir el texto. Al ver imágenes de Arecibo en una pantalla del tamaño de una pared, pensé que ojalá hubiera dicho que sí.

En 2015, le pidieron a Jennifer y Guillermo que contribuyeran en un número especial de la revista de arte *e-flux* como parte de la 56.ª Bienal de Venecia, y ellos propusieron publicar el texto de nuestra colaboración. No había escrito el texto para que funcionara en solitario, pero resultó bastante bien incluso cuando se eliminó su contexto previsto. Así fue como nació «El gran silencio», el relato corto.

«ÓNFALO»

Lo que ahora llamamos «creacionismo de la tierra joven» solía ser una cuestión de sentido común; hasta el siglo XVII, en líneas generales se daba por hecho que el mundo tenía un origen reciente. Pero a medida que los naturalistas comenzaron a observar su entorno más de cerca, encontraron pistas que cuestionaban esta suposición, y en los últimos cuatrocientos años, esas pistas se han multiplicado e interconectado hasta conformar la refutación más definitiva imaginable. ¿Qué pinta tendría que tener el mundo, me preguntaba, para confirmar aquella suposición original?

Algunos aspectos eran fáciles de imaginar: árboles sin anillos de crecimiento, cráneos sin suturas. Pero cuando comencé a pensar en el cielo nocturno, se volvió considerablemente más difícil responder a la pregunta. Gran parte de la astronomía moderna se basa en el principio copernicano, la idea de que no estamos en el centro del universo y no lo observamos desde una posición privilegiada; esto es más o menos lo contrario del creacionismo de la tierra joven. Incluso la teoría de la relatividad de Einstein, que

presupone que la física debe ser invariable independientemente de cuán rápido nos movamos, es una consecuencia del principio copernicano. Me pareció que si la humanidad fuera realmente la razón por la que se creó el universo, entonces la relatividad no debería ser cierta; la física debería comportarse de manera diferente en diferentes situaciones, y esto debería ser detectable.

«LA ANSIEDAD ES EL VÉRTIGO DE LA LIBERTAD»

En las discusiones sobre el libre albedrío, mucha gente defiende que para que una acción sea elegida libremente, para que tengamos responsabilidad moral sobre dicho acto, debemos haber tenido la posibilidad de hacer una cosa distinta en las mismas circunstancias exactas. Los filósofos han discutido sin cesar sobre qué significa exactamente esto. Algunos han señalado que cuando Martín Lutero defendió sus actos ante la iglesia en 1521, según los informes, dijo: «Aquí estoy, no puedo hacer otra cosa», es decir, no podría haber hecho nada más. ¿Pero eso significa que los actos de Lutero no tienen mérito? Seguramente no nos parecería digno de elogio que hubiera dicho: «Podría haber hecho tanto una cosa como la otra».

Luego está la interpretación de la mecánica cuántica en multitud de mundos, que popularmente se entiende que significa que nuestro universo se divide constantemente en un número casi infinito de versiones distintas. Soy bastante escéptico al respecto, pero creo que sus defensores encontrarían menos resistencia si hicieran afirmaciones más modestas sobre sus implicaciones. Por ejemplo: hay quien argumenta que esto vuelve nuestras decisiones inútiles, porque hagamos lo que hagamos siempre hay otro universo en el que tomamos la decisión opuesta, negando así el peso moral de nuestra decisión.

Estoy bastante convencido de que, incluso en el caso de que la interpretación de la multiplicidad de mundos sea correcta, ello no significa que todas nuestras decisiones se anulen. Si afirmamos que el carácter de un individuo se revela por las decisiones que toma a lo largo del tiempo, entonces, de manera similar, el carácter de un individuo también se revelaría por las decisiones que toma en muchos otros mundos. Si se pudiera estudiar a una multitud de Martines Luteros en múltiples mundos, creo que tendríamos que perseverar mucho para encontrar uno que no desafiara a la Iglesia, y eso diría algo sobre el tipo de persona que fue.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los miembros de los talleres de Sycamore Hill y Río Hondo por leer mis primeros borradores. Gracias a Karen Joy Fowler, Molly Gloss, Daniel Abraham, Benjamin Rosenbaum, Meghan McCarron, Geoff Ryman, Mo ses Tsenongu, Richard Butner y Christopher Rowe por sus comentarios a propósito de varios relatos. Gracias a Jennifer Allora y Guillermo Calzadilla por su invitación para colaborar con ellos. Gracias a Tim O’Connell por creer en este libro, y a Kirby Kim por creer en mí. Y gracias a Marcia Glover, por todo.

NOTAS

[*] A través de un sistema de referencia inmediata al tiempo presente, el historiador *whig* se arma de una regla general útil pero falaz gracias a la cual puede seleccionar y rechazar hechos, así como decidir qué aspectos de esos hechos enfatizar, y a la vez interpreta su trabajo como una vigilancia ante las similitudes entre el pasado y el presente, en vez de estar pendiente de las disimilitudes. [N. del T.] **<<**